GENES

Serie Intrépidos 7

Elena de la Cruz

GENES

SERIE INTRÉPIDOS - 7

ELENA DE LA CRUZ

Septiembre 2024
Derechos de autor ©Elena de la Cruz, 2024
Sello: Independently published
Fotos de portada: obtenidas imágenes en Pixabay_Kodini.
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyrigth*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler público.

“Es curioso como la naturaleza juega con la carne y la sangre de generación en generación.”

Matilde Asensi

SINOPSIS
PRÓLOGO
1 – CAMBIO DE RUMBO
2 – HOSPITAL CENTRAL
3 – LA NOCHE ANTERIOR
4 – PREGUNTAS SIN RESPUESTA
5 – ADOPTADA
6 – LA VIDA SIGUE
7 – UN SEPELIO Y UN ROBO
8- UN SÁBADO ESPECIAL
9 – LA MADRE BIOLÓGICA
10 – UNA MUESTRA DE ADN
11 – UNA CENA PENDIENTE
12 – MARÍA FLETCHER
13 – EL DIARIO
14 – ALGUNAS PISTAS Y UN INTERROGATORIO
15 – DESCONECTAR
16 – LOS ASALTANTES
17 – ALGO SOSPECHOSO
18 – EL SECUESTRO
19 – BUSCANDO A LAURA
20 – UNA TRAMPILLA EN EL SUELO
21 – LA CLÍNICA CLANDESTINA
22 – LAS ISLAS BIMINI
23 – GENES
24 – EL RESCATE
25 – ATANDO CABOS
26 – LAURA CLARK
27 – MIRARSE EN EL ESPEJO
EPÍLOGO
¿Qué tal una reseña?
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Nash Brennan, agente federal, se incorpora a su nuevo puesto. Trabajará bajo las órdenes de Abra Clark, Directora de la Unidad de Análisis de Conducta en las oficinas de Washington DC. Abra tiene una investigación entre manos para la que necesita ayuda y decide involucrar a Brennan, aunque es un caso que implica a otras administraciones.

Natalie Watts trabaja como enfermera en un hospital donde empiezan a tener lugar una serie de robos inesperados e inexplicables, por lo que solicitan ayuda a la policía para que se investiguen, ya que están teniendo consecuencias negativas para algunos pacientes. Pero la policía poco puede hacer con las escasas pruebas que consigue.

El ataque, recibido por Abra y su hija Laura, destapará secretos que complicarán la trama de esta compleja investigación en la que la información es escasa y los delitos numerosos.

PRÓLOGO

2009

La mujer sabía que seguía respirando, pero no era capaz de mover ni un solo músculo de su apaleado cuerpo. Notaba la sangre caliente resbalando desde su frente y su nariz y tenía los ojos tan hinchados que era incapaz de abrirlos. Quizá aquellos puños la habían dejado ciega para siempre.

Estaba segura de tener más de un hueso roto, aunque no sabría decir cuáles, tal era la extensión del dolor. Su brazo derecho y su pié izquierdo habían adoptado posturas antinaturales, era consciente de ello a pesar de que las intensas punzadas casi no la dejaban razonar. Deseaba con todas sus fuerzas perder la consciencia y que se atenuaran los miles de pinchazos, calambres y estremecimientos que parecían nacer en la raíz de su pelo y acabar en las puntas de los dedos de sus pies.

El riesgo de estar sufriendo alguna hemorragia interna también era más que plausible, el dolor abdominal iba en aumento, por lo que no sería raro que le quedara poco más que un hálito de vida.

Aquel sicario que se había ocupado de buscarla y casi matarla, lo había hecho bajo las órdenes de alguien a quien ella conocía muy bien, no tenía duda alguna. También sabía la razón, pero se sentía orgullosa de su decisión. Viviera o muriera, había hecho lo correcto. El interrogatorio no había dado sus frutos y el matón se había largado convencido de haberla matado a golpes. Él jamás la encontraría y se olvidaría de ella, estaba segura. Aunque no podría hacerlo sola.

Su magullado cuerpo estaba abandonado en un rincón oscuro de un almacén desierto, en una zona industrial de espacios enormes, lejos de todo. ¿Quién iba a encontrarla allí? ¿Cómo podía pedir ayuda si no era capaz de pronunciar ni una palabra?

Quizá había llegado su momento y lo mejor era dejar de luchar, rendirse.

Sus pensamientos se dispersaron y las imágenes que le mostraba su cerebro cada vez tenían menos sentido. Supo que estaba a punto de desmayarse, o quizá de morir. Por lo que dejó de luchar contra su cuerpo y se sumergió en la inconsciencia.

Despertó al cabo de unas horas con el rumor de voces cercanas, aunque incapaz de moverse ni dar señales de vida.

—Tío, ahí hay alguien —le pareció oír.

—Es raro, este almacén siempre está vacío —respondió otra voz a

la primera.

Los pasos se acercaron, a lo mejor la remataban y dejaba de sufrir de una vez.

—¡Joder! ¡Una mujer muerta! ¡Esto está lleno de sangre!

—¿Nos vamos? —Por lo que podía apreciar eran dos chicos y, por su voz, parecían jóvenes.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —La mujer notó unos dedos palpando su cuello, buscando su pulso, que era cada vez más débil—. ¡Tío, está viva!

—Entonces hay que llamar a la poli, aunque sabes que nos vamos a meter en un lío ¿no? —el chico parecía asustado.

—Pues hacemos una llamada anónima para que venga una ambulancia y nos largamos, que se apañen ellos.

La mujer pensó que aún tenía una posibilidad y hubiera cruzado los dedos si hubiera podido, pero bastante trabajo tenía con seguir respirando.

Las voces desaparecieron, los pasos se alejaron corriendo y, al cabo de unos eternos minutos, escuchó la sirena lejana de una ambulancia que se acercaba.

La trasladaron a un hospital y, por suerte, le salvaron la vida, aunque lo mejor sería que nadie se enterara de ello.

Tenía que convertirse en un fantasma. Y lo haría por ella, sobre todo por ella. La pondría a salvo como fuera.

2010

Abra Clark no estaba segura de haber hecho lo correcto, pero no supo decirle que no a una de sus mejores amigas de la infancia. Hacía años que no se veían, pero cuando le explicó su complicada y peligrosa situación, supo que no podía darle la espalda y se adaptó a todas sus demandas, incluso sin estar de acuerdo en todo con ella. Hizo un intento de desviar su petición hacia otros destinos, pero la súplica en la mirada de su amiga, la hizo desistir. El motivo era demasiado valioso.

Hacerse cargo de lo que le pedía era una gran responsabilidad y no bastaría con sufragar sus gastos, algo que no le suponía ningún problema, sino que se necesitaba mucho más que eso para hacerlo bien. En cuanto la tuvo en sus brazos supo que iba a quererla más que a nada. No solo iba a protegerla, también le daría todo el amor que se merecía.

Se llamaba Laura y se había convertido en su hija, a pesar de no haberse planteado nunca ser madre. Sus cabellos oscuros y su piel aceitunada hacían juego con sus grandes ojos, de un negro brillante. En cuanto se miró en ellos supo que se había enamorado de aquella pequeña que justo entró en su vida a punto de cumplir su primer año.

Su trabajo no podía resentirse y no iba a ser fácil avanzar si quería llegar todo lo alto que se había propuesto en la agencia, pero ella no era de las que se amedrentaban; los obstáculos la endurecían y le daban el arrojo que fuera necesario para conseguir sus objetivos.

Iba a educar a Laura, iba a quererla y le daría todo lo que estuviera en sus manos. Si además conseguía apartar de sus sucios negocios a su padre y meterlo en prisión de por vida, se daría por satisfecha y lo celebraría.

Aunque no era tarea fácil, de eso estaba segura. El tipo estaba bien protegido y sabía esconderse. Su cara era un enigma por resolver, su identidad una incógnita. Conseguía mantener el anonimato y pasar desapercibido era una pieza más de aquel rompecabezas.

En aquel entonces no imaginaba que aquel ser escurridizo le daría esquinazo con cada nueva investigación, que era una especie de sombra ilocalizable que nadie parecía haber visto.

Abra Clark nunca hubiera creído que, catorce años después, seguiría sin tener ni una prueba contra aquel monstruo que adivinaba en la cúpula de una red criminal de narcotraficantes, entre otros negocios igual de ilegales.

1 – CAMBIO DE RUMBO

En la actualidad

Nash Brennan estaba satisfecho con los últimos acontecimientos. Por fin estaba trabajando en la UAC, un cambio de rumbo que había deseado desde que entró en la agencia.

En los últimos meses había tenido una despedida por todo lo alto de su anterior puesto en el FBI. Desde el equipo especializado de delitos contra el patrimonio artístico, habían conseguido desarticular una red de tráfico de arte que llevaba actuando muchos años por todo el mundo. Él había estado al mando, aunque había informado a sus superiores de que los méritos eran, en gran parte, de Jeff Rogers, que se había encargado de sacar el caso adelante, incluso infiltrándose en París y haciéndose pasar por un supuesto marchante de arte. Aquella operación dio inmejorables resultados y consiguieron detener a uno de los mayores falsificadores de los últimos tiempos.

Se alegraba por su amigo, que empezó por ser solo un subordinado hasta convertirse en un compañero al que apreciaba y con el que ahora mantenía el contacto de manera habitual.

Nash se había preparado bien para su nuevo puesto y había incrementado sus conocimientos con un master de conducta criminal. Ahora estaba justo empezando a ponerse en situación. Su departamento recibía solicitudes de servicios federales, estatales, locales e internacionales y sabía que era importante y estaba bien considerado.

Su superiora era Abra Clark, la Directora Asistente al Mando, un puesto de mucha relevancia al que había conseguido llegar por méritos propios, eso le habían comentado sus compañeros.

No la conocía mucho, pero le caía bien. Debía rondar los cuarenta y cinco o algo más, (aunque Nash reconocía que no se le daba muy bien adivinar las edades), y no sabía nada de su vida personal, sólo que llevaba casi veinte años trabajando en el FBI y que era una persona muy apreciada. Tenía una reunión con ella esa misma mañana.

De momento no le habían asignado ningún caso en concreto, ya que la Directora Clark prefería que primero se habituase al entorno y al acceso a las herramientas de las que disponían para sus análisis. Nash sabía que en su próxima reunión ya empezaría a tomar las riendas y que le encomendaría su próximo trabajo.

Llamó a la puerta de su despacho con los nudillos y la abrió al

escuchar un «adelante» dicho con firmeza.

—Buenos días —la saludó Nash— ¿Le va bien que mantengamos la reunión ahora?

—Habíamos quedado a las nueve ¿no? —Abra miró su reloj de pulsera, eran las nueve en punto—. Me gusta la puntualidad, pase y siéntese.

Abra volvió la mirada a la pantalla de su ordenador y levantó un dedo índice.

—Sólo un segundo, Brennan —tecleó un par de frases, cerró la tapa del portátil y entonces miró a Nash con semblante serio—. ¿Está preparado para demostrarme de qué está hecho?

—Espero que sí —Nash iba a sonreír, pero se lo pensó mejor; su encanto personal no era de los que funcionaba con mujeres como Abra —. Estoy a su disposición.

—Supongo que se ha revisado a fondo los archivos que le he pasado y que ha sacado sus propias conclusiones —Abra extendió las palmas de las manos sobre su mesa—. Explíquemelas.

—Bueno, de entrada todos los hechos que se relatan parecen estar relacionados con el tráfico de drogas, entiendo que con una red criminal de narcos —Nash hizo una pausa y Abra lo miró a los ojos—. Aunque parece más un tema para la DEA ¿no?

—Sabía que me diría eso, pero sus dudas se verán resueltas cuando le envíe el resto de archivos y vea la cantidad de casos sin resolver que parecen asociados a esa red —a la mujer se le escapó un suspiro—. Si le soy sincera, he estado intentando llegar al cabecilla de ese grupo desde hace muchos años, casi quince.

—Han tenido lugar detenciones —intervino Nash.

—Cierto —Abra afirmó con un movimiento de cabeza—. Pero le aseguro que, aunque muchos miembros hayan acabado en la cárcel por cargos de asesinato, tráfico de drogas y un buen número de delitos más, nunca llegamos a la cúpula, que parece estar muy bien protegida. La DEA nos ha pedido ayuda en muchas ocasiones y es uno de esos casos en los que cierras una puerta y se abren tres más. También están informadas la policía y la Interpol. Por lo que parece, los delitos son muy variados.

—Son un grupo muy numeroso —adivinó Nash.

—Y tienen muchos tentáculos, bastantes en el interior de las prisiones —Abra recordó algunos casos del pasado—. Más de un preso ha aparecido muerto en reyertas carcelarias cuando estaba cercano a declarar. Lo mismo ha ocurrido con algunos testigos: accidentes inesperados y suicidios inexplicables. Saben hacer su trabajo, por mucho que me cueste reconocerlo.

—De todas formas, con la tecnología actual…

—Ahí está el mayor problema —lo interrumpió Abra—. Por

supuesto, los sicarios del que creemos responsable y que responde al nombre de Roberto Guillén, utilizan móviles y ordenadores que nos han ayudado a localizarlos en algunos casos. Pero ese hombre, del que ni siquiera podemos asegurar su apellido, es completamente anónimo. Creemos que tiene varias identidades falsas, no utiliza ni móvil, ni redes sociales, ni correo electrónico. Ni en nuestras bases de datos ni en las de Interpol nos constan huellas ni ADN. Sólo hay una fotografía muy antigua y puede haber cambiado mucho su aspecto.

—Parece algo imposible hoy en día —Nash no entendía como alguien podía vivir sin un móvil en 2024—. Pero imagino que es una cuestión de supervivencia para él.

—Cierto. Bueno, Brennan —Abra le dedicó un atisbo de sonrisa—. Pues vamos a ponerte manos a la obra. La DEA nos ha informado de que van a interceptar una posible carga de drogas en el puerto de *Inner Harbor*, en Baltimore. Todo indica que se trata de la gente de Roberto Guillén, aunque el soplo no es del todo de fiar, pero quiero que estés ahí, por si acaso. Eso será dentro de tres días, el próximo lunes. Si hay detenciones e interrogatorios quiero que ayudes en lo que puedas.

—De acuerdo, me pongo en contacto con ellos —Nash tomó nota del nombre del agente al mando, Bill Peters.

—También espero que la que será tu compañera en este trabajo se incorpore la semana que viene, como sabes está de baja por un disparo. Por suerte no ha sido muy grave, aunque ha necesitado terapia, aparte de los cuidados médicos, para recuperarse.

—Gwen Taylor ¿no? —Nash había oído hablar de ella, pero aún no la conocía.

—Exacto. Mientras tanto, me gustaría que en base a la documentación que tenemos y lo que sabemos del fantasma que buscamos, me hagas un perfil —le solicitó Abra—. Por supuesto ya hice el mío y no he sido la única, pero me interesa ver lo que puedes deducir. No me mires así, no es un examen.

—No, no, perdone, no pensaba eso —Abra esta vez sí se echó a reír a carcajadas.

—Sí lo pensabas, pero no pasa nada, solo intento conocerte mejor y saber si ves en ese tipo lo mismo que yo con lo poco que tenemos. En cuanto lo redactes envíalo a mi correo, aunque no me corre prisa.

—Claro, lo haré —Nash dudó un segundo, pero acabó preguntando lo que le rondaba por la cabeza con aquella información—. Son muchos años para haber conseguido tan poco ¿no? Y perdone si mi pregunta no es oportuna, me empuja la curiosidad y en ningún caso quiero ofenderla.

—Tienes razón y las causas son muchas —Abra entrelazó los dedos de las manos y miró a través de la ventana—. Lo cierto es que no

hemos podido implicarnos demasiado, ha sido sobre todo por insistencia mía. La DEA es la que lidera esta investigación, pero dados los escasos resultados para localizar y detener al principal dirigente de la red, por fin nos han pedido ayuda. No me entiendas mal, han hecho muchas detenciones, han decomisado drogas y armas y han encerrado en la cárcel a muchos integrantes del grupo a lo largo de los años. Pero hablamos de algo a gran escala y necesitamos saber más sobre la cabeza pensante, quién mueve los hilos y arrancar de raíz el germen que genera todo este fatídico negocio. Sin contar con las vidas que se cobra cuando llega a los consumidores.

—Ya entiendo —Nash asintió—. Gracias por confiar en mí.

—No te equivoques, voy a estar atenta como un halcón, vigilando cada paso que des —Abra lo señaló con el dedo índice—. Disfruta del fin de semana ahora que aún puedes.

—Lo haré, gracias Directora Clark.

Abra se quedó mirando la puerta cerrada. Nash Brennan le trasmitía buenas vibraciones, estaba casi segura de haber acertado en su elección.

*****

Aquella tarde, Nash se llevó algo de trabajo a casa, a pesar de ser viernes. El perfil del jefe de la red de narcotraficantes no era fácil de hacer, sobre todo porque sabían muy poco de él, aunque eso ya le daba bastante información.

Era un tipo muy cauto, seguramente taimado y muy protector de su intimidad e identidad, algo normal considerando que debía ser un criminal de los más buscados. Parecía un individuo con mucho autocontrol, seguramente muy desconfiado y poco o nada empático. Nash dedujo que sus relaciones debían ser hostiles en su mayoría, dado el gran número de posibles personas bajo su mando. Su lealtad debía estar muy bien comprada, seguramente con amenazas reales sobre las familias y los bienes de sus hombres. Aunque la lealtad que ha sido obtenida con dinero, bien puede ser vencida por él.

El sonido del móvil lo distrajo de sus cavilaciones, a la vez que su estómago protestaba por la falta de ingesta de alimentos desde hacía demasiadas horas. Solía ocurrirle cuando estaba concentrado en alguna tarea que le absorbía. Al ver el nombre de Jeff en la pantalla no dudó en contestar.

—Hola, Jeff ¿Qué hay? —saludó a su amigo.

—¡Nash! ¿Qué tal va todo en el nuevo puesto? Desde el traslado casi no te vemos el pelo —se quejó Jeff.

—Todo bien, pero muy liado, han sido unas semanas de no parar de recibir información por todos lados —contestó Nash—. Me están

bombardeando.

—«*Dile de mi parte que lo quiero aquí mañana por la noche, que no te dé excusas*» —escuchó la voz de Alana, algo lejana, y Nash se echó a reír.

—Dile a Alana que se oye su voz a kilómetros de distancia y que lo de mañana, ya veremos —contestó Nash, que quería aprovechar el fin de semana para ponerse al día con la cantidad de archivos que aún le quedaban por leer.

—Oye, no voy a hacer de intermediario entre Alana y tú; si dice que mañana vienes a cenar a casa, pues vienes, no vayas a crearme problemas tú ahora —Jeff lo tenía claro.

—Vale, por la mañana te lo confirmo, lo prometo —cedió Nash.

—Piensa que mi mujer es capaz de presentarse en tu casa y traerte aquí tirando de tus orejas, avisado quedas —Jeff hizo una pausa y bajó la voz—, además ya sabes que le encanta hacer de casamentera, tenemos a otra invitada.

Al instante Nash pensó en Natalie Watts, la hermana de Alana, una mujer que cada vez que la veía lo alteraba sobremanera, aún no tenía muy clara la razón. Bueno, aparte de que sentía por ella una atracción muy… intensa, que había conseguido frenar hasta ese momento.

—No necesito que Alana me busque pareja, Jeff, ya me apaño yo solito —bromeó Nash, aunque se quedó con las ganas de preguntar si la invitada era quién él imaginaba. Pero Jeff no se lo dijo y se despidió.

—Mañana me lo confirmas, espero que nos veamos para cenar en casa y después salimos por ahí a tomar algo, jefe ¡Venga, anímate!

—Creo que ya puedes dejar de llamarme jefe —ambos se tenían confianza, pero las costumbres adquiridas en los inicios costaba cambiarlas.

—Vale, jefe —Jeff se rio—. Cuento contigo para mañana.

Nash colgó sabiendo que al día siguiente acudiría a la cita con sus amigos. En realidad necesitaba distraerse algunas horas y con ellos siempre lo pasaba bien. Alana era una mujer muy divertida y extrovertida y su hermana se le parecía mucho.

Esperaba no haberse equivocado en sus suposiciones y que su invitada no fuera una desconocida; la vena casamentera de Alana lo traía de cabeza y más de una vez le había presentado a sus amigas solteras con la esperanza de emparejarlo, una extraña vocación la suya.

En aquel momento se dio cuenta de que estaba realmente cansado, la semana había sido intensa. Mucho que procesar para ponerse al día, aunque sabía que colapsar su mente de datos no era una buena idea. Lo mejor era integrar lo conocido hasta el momento con una lectura

tranquila y no saturar su capacidad de concentración.

Por ello se dio un descanso, aunque no dejó de cavilar sobre lo que sabía de las mafias centradas en el tráfico de drogas. Saber que afectaba a todos los rincones del mundo no era un consuelo. Tenían rutas concretas para el transporte y, normalmente, no solo trasladaban droga, sino también armas.

Las fronteras internacionales cada vez eran más permeables. Daba igual si se trataba de cannabis, cocaína, heroína o sustancias sintéticas, casi siempre estaban implicados desde los agricultores a los productores, transportistas, proveedores y traficantes. Al final los drogadictos no eran más que las víctimas de un enorme negocio, muy poderoso, y que manipulaba a los más débiles.

Nash suspiró sabiendo que ante él se alzaba un monstruo difícil de vencer, pero iba a ponerle todo el empeño a su nueva etapa.

Que Abra Clark llevara tantos años tras aquel narco del que tan poco sabían, no iba a desanimarlo. Colaboraría con la DEA si era lo que tocaba en aquel momento.

Decidió que aquella noche era para desconectar, se estiró en el sofá y buscó una película de acción en el televisor. Antes de que pasaran diez minutos se quedó dormido.

2 – HOSPITAL CENTRAL

Natalie estaba a punto de acabar un largo turno en su lugar de trabajo, el Hospital Central, ubicado cerca del río Potomac, justo en la frontera con el estado de Maryland, que se encontraba al otro lado de sus aguas.

Vivía en el noreste de la ciudad, en el vecindario de la *Calle H NE*, una especie de corredor de algo más de dos kilómetros, lleno de tiendas originales y cafés tranquilos. A Natalie le encantaba su barrio, una zona llena de vida nocturna, ambiente comunitario y festivales, a pesar de que pocas veces pudiera disfrutarlos.

Era cierto que su profesión de enfermera la tenía muy absorbida y que sus horarios y turnos no le dejaban demasiado tiempo libre. Mientras guardaba su bata en la taquilla y recogía su chaqueta, indispensable en aquella fresca primavera, recordó el último festival en la Calle H en el que incluso su hermana participó con un puesto de antigüedades que causaron impacto y en el que hizo muchas ventas.

Fue inevitable que apareciera en su mente la imagen de una noche de aquel festival, en la que quedó con Alana, Jeff y Nash, el antiguo superior de su futuro cuñado. No podía negar que cada vez que evocaba aquellas horas, unos ojos del color del chocolate y una sonrisa insinuante se implantaran en su cerebro para ponerla nerviosa. Y ella no se ponía nerviosa por casi nada.

Se sacó a aquel hombre de la cabeza y recordó que al día siguiente había quedado en ir a cenar a casa de su hermana. Estaba cansada, pero dado que tenía el fin de semana libre, algo que no ocurría a menudo, intentaría dormir mucho esa noche para poder disfrutar del sábado.

Estaba viviendo una etapa estresante en el trabajo, aunque a la vez le resultaba motivadora. Durante mucho tiempo, casi desde sus inicios laborales, había trabajado en urgencias, por lo que Natalie estaba acostumbrada a los horarios inhumanos, a responder ante las emergencias y a adaptarse a las circunstancias en cada momento; era algo inherente a la profesión que había escogido y que amaba.

Hacía tiempo que había pedido el traslado a un área que le entusiasmaba y para la que se había preparado mucho: la de trasplantes, el departamento estrella del hospital. Empezó por asistir al quirófano como observadora y, poco a poco, los médicos le fueron concediendo más responsabilidades.

El Hospital Central era miembro de la Red de Obtención y Trasplante de Órganos (OPTN) y cumplía exhaustivamente con los

requisitos. Trabajaba directamente con un centro de trasplantes de órganos sin fines de lucro, asignada por el gobierno federal y un banco de tejidos.

El centro facilitaba la donación y recuperación de órganos con el fin de salvar vidas. Tenían programas de recuperación eficaces en más de cien hospitales e intentaban concienciar al público para convertirlos en donantes de órganos, una labor encomiable. Natalie también colaboraba con el centro cuando podía, que no era mucho.

El centro se enfrentaba ahora con un nuevo rival, esta vez por parte del estado, ya que desde el año anterior se había aprobado un programa que permitía retribuir a los particulares al donar un riñón o parte del hígado con hasta diez mil dólares, una dura competencia.

Salió del gigantesco edificio por la puerta principal y se encaminó a la parada de metro más cercana.

Tenía buena combinación y solía utilizar el transporte público, que la dejaba muy cerca de su piso.

En cuanto llegó, abrió la puerta y la recibió el silencio y la oscuridad, recordó la algarabía que solía habitar aquel espacio un año atrás. Había compartido el piso de alquiler con dos amigas y con su hermana. Fue una época de las que hacían historia.

Sonrió al evocar algunos recuerdos de risas, confidencias, vino y helado de chocolate; incluso de lágrimas. Lo habían pasado bien, pero todas parecían haberse puesto de acuerdo para encontrar a sus medias naranjas, si es que eso existía. La habían dejado sola.

Por suerte, el cambio de trabajo había supuesto un aumento de sueldo que, junto a los turnos de veinticuatro horas, le daban para poder vivir ella sola sin pasar necesidades. Aunque debía reconocer que no era tan divertido.

Notó la vibración del móvil en su bolsillo y contestó a Alana. Era raro que volviera a llamarla, lo había hecho el día anterior.

—Dime ¿Ocurre algo? —fue su saludo.

—¿Tiene que ocurrir algo para que llame a mi hermana? —Alana sonaba ofendida, pero Natalie sabía que no era más que teatro.

—Bueno, como hablamos ayer… pero dime, dime —Natalie se encogió de hombros.

—Quiero que me confirmes que vienes mañana a cenar —Natalie pensó que a su hermana se le iba la olla.

—A ver Alana, que te dije ayer que sí —se echó a reír—. A veces creo que no me escuchas, en serio.

—Vale, vale —Alana hizo una pausa y Natalie se quedó a la espera —. Y ponte guapa, que después nos vamos por ahí a tomar algo.

—Te recuerdo que estoy agotada y necesito dormir, mañana después de cenar me vuelvo a casa. Incluso podría ir en pijama para ganar tiempo.

—¡Como vengas a cenar en pijama te quedas sin postre!

—¿Pastel de queso y frambuesa? —Natalie sonó esperanzada; su hermana era bastante negada en la cocina, pero ese pastel le salía de fábula, era su única especialidad.

—Eso mismo, o sea que no te arriesgues si quieres probarlo —le advirtió Alana.

—Tú ganas, hasta soy capaz de ponerme un vestido y tacones si me das ración doble.

—¡Hecho! —Alana le mandó un beso—. Hasta mañana, a las siete en mi casa.

*****

Una vez que acabó de comerse un sándwich a la plancha, se preparó una infusión relajante y se dispuso a ver la tele un rato. Parecía masoquista, se había enganchado a una serie de hospitales y médicos, como si no se pasara el día entre ellos. Le hacía gracia ver el *glamour* que le ponían a la ficción y que no existía en la vida real. Aquellas enfermeras preciosas y bien maquilladas eran un fraude.

La lámpara regulable a media luz y el sonido tenue de la película la arrastraron a un duermevela en el que volvió al quirófano real en el que pasaba tantas horas.

El trasplante de corazón que habían realizado hacía tan solo tres días a un niño de diez años, aún estaba en cuidados intensivos y ella se había encariñado mucho con Sam. En los días previos a la operación, pasó muchos ratos con él y sus padres. Cada vez que lo visitaba charlaban y le pareció un niño despierto y lleno de vida, esa que en realidad pendía de un hilo. En casos como ese era necesario ponerse una coraza por si las cosas salían mal, lo sabía.

Muchas veces se había planteado si tenía lo necesario para ejercer su profesión. Ser compasiva, empática y buena en lo suyo no era suficiente; debía protegerse de los sentimientos, del dolor ajeno, aunque a veces era prácticamente imposible. Si Sam sufría un rechazo sería fatal y debía estar preparada para ello. En ese momento lo miró y detectó su falta de oxígeno, se estaba poniendo azul y las máquinas a las que estaba conectado empezaron a pitar, mientras los números del monitor de signos vitales parpadeaban y aumentaban.

El corazón de Natalie se disparó y se quedó paralizada mirando al niño. Le tocó la pálida mejilla y comprobó que estaba helado.

Se despertó de golpe, se sentó en el sofá poniendo una mano en su pecho y sintiendo los latidos acelerados en su interior. ¡Caray con las pesadillas! Hacía tiempo que no las tenía, desde…

Perder un paciente era duro. Sobre todo a los niños. Y ella ya había pasado por esa horrible experiencia. Parecía que no acababa de

superarlo. Seguro que Sam estaba bien.

Cogió el mando, cerró el televisor y se arrastró hasta su habitación. Se dejó caer sobre la cama y volvió a dormirse, esta vez sin sueños.

*****

Ya era sábado por la tarde y Nash estaba saliendo de casa para dirigirse a la de Jeff y Alana. Cuando decidieron vivir juntos, Alana tuvo claro que quién debía trasladarse de piso era Jeff, según ella su piso lucía una decoración que no podía compararse a la de él. Se conocieron cuando ambos se mudaron al mismo edificio con unos días de diferencia y se convirtieron en vecinos, puerta con puerta. Incluso se veían desde las respectivas ventanas de las cocinas, lo que propició algunos momentos para el recuerdo, según le había explicado su amigo.

Llevaba en su mano una botella de vino; él era más de cerveza, pero sabía que a la pareja le gustaba un buen tinto.

Iba a llamar al timbre del portero electrónico cuando una voz a su espalda casi le hizo dar un brinco.

—¡Vaya! —era Natalie, lo supo al instante—. ¡Mira a quién tenemos aquí!

—Hola, Natalie. ¿También vienes a cenar? —preguntó Nash, a la vez que se acercaba a darle un beso en la mejilla.

—Claro, ya veo que mi hermana «la casamentera» no ceja en su empeño de reunirnos en su casa —Natalie le sonrió y se encogió de hombros—. No se lo tengas en cuenta, ya la conoces.

—Si quieres, podemos conseguir que deje de hacerlo —se escuchó el sonido de apertura y ambos entraron en el vestíbulo—. Solo tenemos que salir juntos y se olvidará de nosotros.

—¿Me estás proponiendo algo? —Natalie lo miró con sorna—. No es necesario que hagas sacrificios por ella.

—No lo sería en absoluto —Nash se puso serio y ambos se pararon ante el ascensor—. Y no me gusta que digas eso, siempre me has atraído, creo que no es un gran secreto. Me gusta mucho mirarte.

—No lo parece, nunca has dado un paso adelante —Natalie entrecerró los ojos y lo miró con suspicacia.

—Tú tampoco —subieron hasta el cuarto piso en silencio y antes de salir del ascensor, Natalie puso una mano en su brazo.

—¿Te apetece dejar a mi hermana sin habla? —Nash asintió, dejándose llevar por aquel descarado coqueteo que le estaba pareciendo muy entretenido—. Pues tú sígueme la corriente, vamos a tener una cena para el recuerdo.

Salieron del ascensor a la vez que se abría la puerta del piso de Jeff y Alana y ambos les sonreían.

Natalie le cogió de la pechera de la camisa y se acercó a él, se puso

de puntillas y le plantó un beso en los labios; impetuoso y suave a la vez. Cerraron los ojos y Nash se vio envuelto por su aroma, por el sabor de una boca que había deseado en muchos momentos y rogando que aquella puerta volviera a cerrarse para perderse en aquel beso que le supo a poco.

Las caras de Jeff y Alana eran para enmarcarlas. Se habían quedado sin habla. Natalie los miró y se echó a reír a carcajadas. Él la siguió sin soltar su mano y entraron en el piso para verse acosados por las preguntas de Alana, que quería conocer cada detalle de la supuesta historia que su hermana tenía con Nash. Éste alucinó al escuchar la que explicó Natalie, digna de una cuentista imaginativa. Esperaba que Alana no se enfadara mucho cuando conociera la verdad, que entre ellos no había nada. ¿O había algo?

—La verdad es que nos hemos estado viendo desde que nos conocimos —explicaba Natalie, mientras Jeff servía unas copas de vino y se sentaban a la mesa, donde la cena ya estaba a punto—. No os hemos dicho nada porque queríamos estar seguros de que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿En serio? —Alana no daba crédito—. No puedo creerme que no hayas hablado conmigo. ¡Soy tu hermana!

—Aunque seas mi hermana, hay cosas que pertenecen al apartado «y a ti qué te importa», por mucho que seas la mayor. Mira… —Nash estaba descubriendo a una «cuenta historias» en aquella preciosidad de pelo negro y rizado y no podía apartar la vista de ella—. Un día nos encontramos en una discoteca, y cuando bailamos juntos nos dimos cuenta de que nuestros cuerpos encajaban como las piezas de un puzle ¿sabes? Incluso hemos hecho alguna escapada de fin de semana. Hemos estado quedando en cada momento libre que hemos tenido y ya nos estábamos agobiando con tus intentos de casamentera con nosotros. Así que date por satisfecha y olvídate. ¡Lo has conseguido!

—¡Pero si yo no he hecho nada! —Alana abrió mucho los ojos—. Sólo os invitamos a los dos a la vez para que estemos equilibrados, ya sabes. Me gustan los números pares.

—Ya… será eso —comentó Natalie con escepticismo, mientras Jeff y Nash se miraban de soslayo con cara de póquer.

La cena transcurrió entre bromas y Nash se preguntaba hasta dónde iba a llegar la trola que Natalie les estaba colando a su hermana y su cuñado. Él no iba a descubrirla, pero no sabía hasta que punto toda aquella historia podía hacerse realidad, ni si él mismo estaba dispuesto. Una cosa era tener sexo sin compromiso y otra fomentar algo más serio.

Salieron a tomar una copa y se metieron en un pub. Alana y Natalie se alejaron en dirección a los lavabos. Fue entonces cuando

Jeff lo miró y se puso a reír.

—Alana se va a cabrear cuando se entere de que todo esto es un cuento —le dijo—. Voy a hacer ver que me lo creo, pero esto ha sido cosa de Natalie, me juego el cuello.

—¡Vaya! Con lo bien que lo ha hecho —Nash se echó a reír—. No se lo digas a Alana o nos va a matar a todos.

—Más vale que no se entere nunca de que lo sé o me lo hará pagar —Jeff levantó su copa y brindó con su amigo—. ¿O es que tienes interés en hacerlo realidad?

—No lo sé —Nash se puso serio—. A ver, Nat me gusta mucho, pero de ahí a algo serio hay un trecho.

—Todo es probar, ya sabes —contestó Jeff—. La primera vez que vi a Alana estaba con su hermana en la cocina de su casa y me pareció una loca divertida. Jamás me hubiera imaginado que acabaría viviendo con ella. Y ya ves.

—Enamorado hasta las trancas —Nash levantó su copa— brindo por eso.

*****

Mucho más tarde, las parejas se separaron. Jeff y Alana volvieron a su casa y Nash iba a acompañar a Natalie a la suya, ya que había acudido a la cena en metro y Nash en su coche.

Se hizo el silencio dentro del auto. Natalie había apoyado la cabeza en el asiento y parecía estar dormida.

Nash aparcó delante de su casa y ella abrió los ojos.

—Perdona, casi me he quedado dormida —se le escapó un bostezo —. Y lo siento si te he hecho sentir mal con el cuento que le he colado a mi hermana.

—No me has hecho sentir mal, al contrario, creo que me has dado buenas ideas —declaró Nash— tan buenas como esta.

No pidió permiso, en aquel momento sabía que no era necesario. Lo vio en su mirada, incluso en sus labios entreabiertos. Se acercó mostrando claramente sus intenciones, dando espacio a Natalie para que se echara atrás. Por suerte no lo hizo.

Sus bocas se encontraron, esta vez sin testigos. No había risas socarronas ni bromas de por medio. Estaban solos y era muy tarde. La noche era oscura, como el deseo que se estaban provocando.

Natalie pensó que aquello si era un paso grande, una declaración de intenciones. La mano de Nash llegó hasta su pecho y la hizo suspirar. La piel erizada y la vista nublada no fueron suficientes para sucumbir en aquel primer contacto real, pero le dio muy buenas vibraciones. Quería más, pero no iba a lanzarse al vacío, no el primer día que la cosa se ponía intensa.

—Creo que ahora necesito irme a casa a dormir —susurró mientras

seguía compartiendo el aire con él—. Sola.

—¿Es un adiós? —preguntó Nash, decepcionado.

—Para nada, es un «hasta mañana». Si quieres.

—Quiero. Hasta mañana.

*****

El domingo no pudieron verse. Se suponía que Natalie tenía el fin de semana libre, pero la avisaron desde el hospital de que había llegado un órgano y tenía que asistir a un trasplante. Por lo visto se trataba de un accidente de tráfico mortal de un donante y el trasplante de corazón que estaban esperando se haría aquel mismo día, ya que era compatible con el enfermo.

Cuando pensó en el trabajo de Natalie no pudo más que admirarla. Sabía que eran muchas horas y malos horarios la mayoría de las veces, pero ayudaba a salvar vidas y eso era encomiable. Seguro que le daba muchas satisfacciones.

*****

El lunes Nash se reunió con Bill Peters, agente al mando de la DEA, para conocerse y prestarle su colaboración.

—He hablado con la Directora Abra Clark y dice que ya te ha puesto al día —comentó Bill.

—Tengo tal cantidad de datos en la cabeza que amenazan con hacerla explotar —contestó Nash con una sonrisa—. Es mucho tiempo detrás de ese grupo.

—Son como un cáncer, no creas que acabaremos con ellos —Bill se encogió de hombros—. Abra está obsesionada con dar con el alto mando, el cabecilla; pero creo que es por algo personal, siempre ha estado muy implicada.

—¿Acaso lo conoce? —aquella información era nueva para Nash.

—¡No! Pero hay rumores de que en algún momento tuvo relación con alguien que ella conocía, pero no es algo que le suela explicar a nadie, solo un cotilleo —Bill lo escaneó con la mirada—. ¿Preguntas?

—Muchas. Supongo que incluso si consiguiéramos dar con la cabeza pensante sería casi imposible desactivar la red ¿cierto?

—Cierto, piensa que las personas implicadas son muchísimas —Bill se dirigió a una gran pantalla de cristal y cogió un rotulador negro para hacer un croquis—. Son como una gran empresa. Imagina que está la cúpula, los jefes. Normalmente en sus inicios ya eran un grupo, una banda o una familia, es como suelen empezar. Se reparten las tareas, como si fueran distintos departamentos que dirigir: agricultores, recolectores, transporte de los productos, vínculos con algunos políticos y empresarios que lavan el dinero, policías comprados que hacen la vista gorda… etcétera, etcétera.

—Es un mundo aparte —señaló Nash— imagino que incluso cuentan con abogados y notarios.

—Por supuesto, lo tienen todo cubierto —asintió Bill—. Aparte de muchos vigilantes, los encargados de que no falte la gasolina, los braceros que recogen las drogas en las playas o los puertos y los llevan hasta los coches, los transportistas que utilizan una red de camiones bien camuflados o los vigilantes de las llamadas «guarderías», o sea los locales donde descansa la droga de camino a su destino o a la espera de la entrega final.

—Imagino que tenéis localizados algunos de esos puntos —inquirió Nash.

—Voy a pasarte la información que no te ha dado Abra —le informó Bill—. Ahora mismo tenemos localizadas algunas viviendas, y un par de mansiones que creemos que son de su propiedad, aunque no podemos entrar sin una orden judicial y no tenemos las pruebas para poder solicitarla. De momento. Aunque lo que más me interesa ahora es la idea que te has hecho de cómo puede ser el mandamás de la red. Queremos encontrarlo y detenerlo. Cogerlo con las manos en la masa. Pero es escurridizo como una anguila.

—Me dijo la Directora Clark que tenéis un soplo reciente sobre una entrega en el *Inner Harbor* en *Baltimore* —comentó Nash.

—Sí, en teoría es mañana —Bill se restregó los ojos con cansancio —. No vas a intervenir en las detenciones, pero te quiero cerca para los interrogatorios de los detenidos. Por si ves algo que a nosotros se nos escapa para llegar a Guillén, o cómo se llame.

—Allí estaré —aseguró Nash.

Nunca imaginó que eso no sería posible, debido al suceso inesperado que tendría lugar al día siguiente y que supondría un golpe para todos.

3 – LA NOCHE ANTERIOR

El martes siguiente por la mañana, nada más llegar a las oficinas del FBI, Nash tenía un aviso de Trevor O'Neil para que se presentara en su despacho. No entendía que podía querer O'Neil de él, ya que se trataba del Director Ejecutivo del Departamento y era el superior de Abra Clark.

Se acercó a la puerta que nunca había atravesado y llamó con los nudillos. Escuchó la voz grave del director y entró. Estaba sentado en su trono y al otro lado de la mesa se encontraba una mujer joven con el aspecto estereotipado de una californiana, a la que solo parecía faltarle la tabla de surf. Muy rubia, de melena larga y ojos azules, con aspecto de practicar mucho deporte.

—Buenos días —saludó Nash— he recibido el aviso, usted dirá.

—Tranquilo, Nash —Trevor sonrió a su subordinado—. Debería ser la Directora Clark la que os presentara, pero parece que hoy llega tarde, algo muy inusual.

—No hay problema —Nash se sentó en la silla vacía al lado de la chica, tal como le señalaba su superior.

—Ella es Gwen Taylor, se incorpora hoy tras la baja por un disparo en su última misión —le informó O'Neil.

—Encantado, agente Taylor —Nash le estrechó la mano y Gwen correspondió con una sonrisa y un fuerte apretón.

—Lo mismo digo, agente Brennan —Gwen tenía una voz grave que no casaba con su aspecto.

—He querido hablar con ella para saber si está preparada y hoy mismo se reincorpora —O'Neil los miró a ambos—. Vais a ser compañeros, o sea que espero que la pongas al día en el caso en el que estás trabajando. Cuando llegue Abra ya hablará también con los dos y decidirá si trabajáis juntos o prefiere hacer algún otro cambio. Yo os dejo aquí que tengo una importante reunión. Si llega Abra durante la siguiente hora, por favor decidle que quiero verla, que tenemos temas pendientes.

—Por supuesto —Nash y Gwen se levantaron y salieron del despacho.

—Me extraña mucho que la Directora Clark no haya llegado, siempre es muy puntual por las mañanas—comentó Gwen.

—Es verdad, en el tiempo que llevo aquí nunca he conseguido llegar antes que ella —respondió Nash— imagino que habría avisado si estuviera enferma.

—Es extremadamente puntual —aseguró Gwen.

—¿Puedo preguntarte qué ocurrió? —al notar su expresión de extrañeza, Nash se lo aclaró—. Con el disparo.

—Mala suerte, supongo —Gwen se encogió de hombros—. Teníamos acorralado a un asesino que prefirió disparar antes de rendirse y una de las balas se incrustó en mi hombro.

—Lo siento, imagino que cuesta superar algo así —Nash no había recibido ningún disparo y suponía que no era fácil lidiar ni con la parte física ni con la emocional.

—Me consuela pensar que no me dio en la cabeza —Gwen se rió—. Por suerte, él acabó muerto y enterrado con varias balas de mis compañeros enquistadas en su cuerpo.

La conversación fue interrumpida por una voz muy alterada.

—¡Tenemos un aviso urgente de la policía! —dos agentes corrían en su dirección y ambos se miraron con curiosidad—. ¡Brennan y Taylor! ¡Vamos con vosotros! ¡Coged los chalecos y las armas, os lo cuento por el camino!

*****

El lunes por la noche, a pesar de no ser festivo, Abra decidió salir a cenar con Laura para celebrar las fabulosas notas que había conseguido aquel trimestre y que le habían entregado ese mismo día. Era una buena estudiante, pero desde que había cumplido los quince, intentaba superarse.

Abra la estaba educando lo mejor que sabía. Tenía claro que la adolescencia era una etapa con altibajos, pero que una buena base la hacía soportable para ambas. Siempre se habían llevado bien y se querían, por lo que a pesar de las discusiones y los tira y afloja que provocaban los cambios, siempre llegaban a un punto de encuentro. Hablar era indispensable y así la había educado ella.

Laura era una chica jovial y sensata, ella se había encargado de ello. Siempre había procurado que pisara sobre suelo firme, que se sintiera segura… aunque sabía que existía un hecho que no podía ocultarle durante más tiempo. Su hija pasó temporadas, más o menos largas, en las que las preguntas sobre su padre eran cada vez más incisivas. Abra siempre creyó que lo mejor sería contestarlas cuando fuera algo mayor y pudiera entender sus orígenes; no le gustaba mentirle, pero iba posponiendo ese momento, sabiendo que había llegado la hora. Sabía que sería un mal trago.

Se propuso hablar con ella el próximo fin de semana. Llevaría a Laura a pasar un par de días a una cabaña en la montaña y hablarían muy seriamente. Necesitaba un entorno de serenidad para poder hacerlo y la primavera ofrecía un ambiente agradable para las noticias difíciles. Abra se preguntaba si ocultarle que era adoptada había sido un error, pero no era el momento para arrepentirse, sino para

enfrentarse a la realidad.

Sabía que Laura había tenido sus dudas; las preguntas sobre su físico tan distinto al de ella, la llevaron a imaginar que su padre era moreno y de ojos oscuros, como ella misma.

Abra era rubia, de piel y ojos claros. La decisión de Laura de hacerse aquellas mechas claras que nunca se olvidaba de conservar, delataban su necesidad de parecerse más a su madre y ella lo sabía. Tener su mismo apellido y no contar con el del padre que nunca conoció, y que supuestamente las abandonó antes de que naciera, también le quitó el sueño en algunas épocas difíciles.

Pero aquella noche era para Laura; para celebrar sus notas y comer su pizza preferida. Aquella noche le propondría la salida para el próximo fin de semana y se lo contaría todo. Laura tenía derecho a saber la verdad. Era muy probable que se enfadara con ella, incluso que dejara de hablarle. Pero la conocía lo suficiente para estar segura de que la perdonaría y volverían a ser la madre y la hija que siempre habían sido.

Paso a paso, se dijo Abra, uno tras otro, como los peldaños de una escalera. De momento se acababan de acomodar en el italiano de Enrico y bebían coca cola mientras esperaban sus «pizzas con todo», la especialidad de la casa.

—Estoy orgullosa de ti —Abra miró a su hija a los ojos, con cariño —. Sé que te estás esforzando.

—¡Mamá! —la niña, que ya se creía toda una mujer, negó con la cabeza—. ¡No te pases! Hago el esfuerzo porque eres muy pesada con el tema de los estudios y prefiero sacar buenas notas para no tener que escuchar tus sermones.

—No te quites mérito —Abra se echó a reír—. El año pasado tuviste que superar algún suspenso.

—Pues por eso mismo, esos suspensos me costaron un montón de discursos motivadores —Laura puso una mueca y le dio un gran mordisco a su pizza.

—Sea por la causa que sea, creo que las dos nos merecemos un fin de semana especial —Abra vio como su hija fruncía el ceño, en los últimos tiempos solo quería salir con sus amigas—. Podemos pasarlo en una cabaña en la montaña ¿Qué te parece?

—Pues… —Laura notó la súplica en la mirada de su madre y no supo decirle que no— vale, como quieras.

—Ya sé que ahora tus amigas son muy importantes, cielo, pero te prometo que el próximo fin de semana también lo será para las dos — Abra no quería que se echara atrás o le pusiera problemas.

—¿Por…? ¿Vamos a hacer algo especial? —preguntó la niña con curiosidad.

—Quiero hablar contigo de muchas cosas y voy a responder a todas

tus preguntas, pero eso no será esta noche.

—Oye, mamá —Laura se puso seria— ya sé que hay cosas con las que siempre he sido algo cargante, pero sólo era curiosidad. Eres mi madre y contigo es suficiente. No voy a ponerme en plan empalagoso contigo, porque ni tú ni yo somos así; pero sabes que te quiero y no necesito más. Si tuve un padre que se desentendió de mí, peor para él ¿no crees?

—¡Por supuesto! —Abra cogió su mano sobre la mesa y la apretó —. Creo que has crecido muy rápido. Demasiado…

Fue una cena agradable, charlaron sobre todo un poco y, al terminar, salieron del restaurante tras pagar y saludar a Enrico, del que eran asiduas clientas.

—¡*Ciao ragazze*! —el hombre las despidió con una sonrisa—. Espero volver a veros pronto.

—Volveremos, Enrico —Abra rio a la vez que le decía adiós con la mano—. Esta hija mía es adicta a tus pizzas.

Una vez en la calle, ambas pasearon en dirección al *parking* en el que habían dejado aparcado el coche.

Estaba en una calle adyacente a la del restaurante y al girar la esquina notaron la falta de luz.

—¡Qué oscuro está esto! —Abra miró hacia las farolas extintas—. Parece que ha habido un apagón por aquí.

—¡Buuu! —Laura imitó a un fantasma levantando los brazos ante la cara de su madre—. Es el escenario perfecto para un atraco, je, je.

—Laura, hija, no llames al mal tiempo —Abra señaló a su derecha — ahí está la entrada del *parking*, vamos.

En cuanto accedieron al interior, descubrieron que allí sólo las luces de emergencia seguían en funcionamiento; el resto también estaban afectadas por el apagón y el ambiente era muy lúgubre, casi fantasmagórico. Sus pasos resonaban al caminar sobre el pavimento. Laura seguía con sus bromas y se alejó de su madre escondiéndose entre los coches y apareciendo por sorpresa para asustarla y acabar riendo a carcajadas.

Corrió hacia su izquierda y se escondió tras una camioneta azul, casi aguantando la respiración y riendo entre dientes. Seguía escuchando los pasos de los tacones de su madre, hasta que se detuvieron. Para llegar a su coche aún faltaba un trecho, aquel espacio era enorme. Igual su madre le estaba siguiendo el juego y también se había escondido. Le pareció escuchar un golpe sordo, un quejido y después nada.

Se quedó quieta y oyó correr a alguien, quizá eran dos personas. Empezó a asustarse de verdad. Asomó la cabeza por el lateral de la camioneta, pero la visibilidad era muy escasa. A pesar de ello, pudo ver dos siluetas y ninguna era la de su madre. Eran dos hombres

fornidos y altos. Se detuvieron y miraron a su alrededor.

Entonces se asustó mucho. Era muy extraño que su madre no gritara su nombre y fuera en su busca. ¿Qué había ocurrido? Se arrastró por el suelo para acercarse a la zona en la que suponía que se encontraba, no podía estar muy lejos.

Le pareció que el bombear de su corazón debía oírse a kilómetros de distancia. En aquel instante escuchó las voces de los dos hombres que se acercaban en su dirección.

—¿Dónde demonios está la chica? —ese parecía enfadado—. ¡Hay que buscarla!

—Es peligroso quedarse aquí, alguien puede entrar en cualquier momento —ese era el otro que le contestaba.

Laura casi dejó de respirar. Buscaban a «la chica». ¿Acaso la buscaban a ella? ¿Por qué? Su madre era directora del FBI, quizá querían raptarla para chantajearla y que soltara a algún malhechor. A lo mejor no la oía porque le habían vendado la boca y no podía hablar. Laura no movió ni un dedo mientras los hombres buscaban entre los coches, cada vez más rápido.

En ese momento se escucharon pasos lejanos, quizá de alguien que entraba a buscar su coche. Y, de golpe, la luz volvió. Laura se encogió aún más y se metió bajo la camioneta, rodando por el suelo, en silencio.

—¡No podemos quedarnos aquí! Alguien viene y ha vuelto la luz, podrían identificarnos. Ya volveremos a buscar a la chica —fueron las últimas palabras que escuchó de aquel par de tarados.

En cuanto los pasos apresurados se alejaron y el dueño del coche, que había entrado oportunamente en el parking, salió de él, Laura se asomó desde su escondite y empezó a buscar a Abra entre los coches. Al mirar hacia uno de los pasillos, vio sus zapatos. Estaba en el suelo y, en cuanto se acercó, la visión de un reguero de sangre en el suelo la hizo chillar.

—¡Mamá, mamá! ¡¿Qué te han hecho?! —se agachó a su lado y la miró con la vista emborronada por las lágrimas—. ¡Contéstame!

Abra tenía un fuerte golpe en la cara que había deformado su pómulo derecho y un disparo en el pecho. Su blusa blanca tenía una enorme mancha carmesí que se extendía. Laura buscó su móvil en el bolsillo de sus vaqueros para llamar, pero debía haberlo perdido al lado de la camioneta, debía ir a buscarlo.

—¡Voy a llamar a una ambulancia, mamá! Aguanta, por favor, aguanta…

—Laura… —la voz de Abra le llegó como un susurro, débil y frágil —. Escóndete, que no te encuentren…

Le costaba hablar, pero estaba haciendo un gran esfuerzo para alertar a su hija.

—Te buscaban… a ti, cariño… son peligrosos, mucho… no te fíes… de nadie…

Fueron sus últimas palabras, con un último lamento y un gorgoteo en su garganta, Abra dejó de respirar.

Sus ojos abiertos se quedaron fijos en el rostro de su hija, aunque ya no la veían. Laura tenía las manos sobre el pecho de su madre, sobre la herida de bala y sabía que acababa de verla morir. Los latidos cesaron y su pulso se extinguió.

Estaba colapsada, en shock, completamente desolada; pero no dejaba de escuchar las palabras de su madre. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía fiarse de nadie. Quizá la buscaban a ella por alguna razón que no atinaba a comprender.

Si volvía a su casa podrían buscarla allí. Debía huir, pero no era capaz de dejar a su madre allí tirada.

Llamaría a la policía. No se atrevía a llamar al FBI, si su madre decía que no se fiara de nadie, quizá es que tenía compañeros que no eran trigo limpio. Y lo haría desde el móvil de su madre. Rebuscó en su bolso y marcó.

—¡Es una emergencia! Hay una mujer muerta en un parking —dio la dirección y cuando le preguntaron por su identidad colgó y dejó el móvil de su madre en el bolso, de nuevo.

La besó en la frente y le cerró los ojos con dedos temblorosos. Le faltaba el aire y creyó que iba a desmayarse, estaba a punto de hiperventilar. Aquello era de locos. Acababan de matar a su madre y ella parecía estar en peligro.

No sabía qué hacer, le costaba separarse de su lado. Ella era su puntal cuando las cosas se torcían, cuando existía cualquier problema. Pero ya no estaba. Escuchó la ambulancia y volvió a esconderse entre los coches. Debería haber huido, pero se sentía paralizada. Las voces de los sanitarios le llegaron claras.

—Esta mujer está muerta, por lo que parece de un disparo en el pecho y un golpe muy fuerte en la cara.

—Hay que avisar al forense —ese debía ser uno de los policías— y a la científica. Vigilad que nadie contamine la escena del crimen.

Laura pasó varias horas escondida en aquel parking sin ser descubierta y esquivando a los policías, escondida entre los coches. En la madrugada, una vez que se habían llevado el cuerpo de su madre y habían revisado el aparcamiento sin detectarla, caminó hasta su casa con las manos manchadas de sangre reseca y la suciedad pegada a su ropa.

Sabía que la localizarían y le harían muchas preguntas, pero ahora solo podía pensar en meterse bajo el chorro de agua caliente de la ducha y llorar hasta vaciarse del todo.

Estaba mareada y necesitaba respuestas a tantas cosas que era

incapaz de enumerarlas. Su mente estaba dejando de funcionar, se sentía agotada en extremo.

Era de madrugada cuando entró en su casa y se dejó caer tras la puerta cerrada, se sentó en el suelo y se llevó las manos a la cara. El llanto emergió desde el centro de su alma y la partió en dos.

4 – PREGUNTAS SIN RESPUESTA

Nash y Gwen corrían hacia el coche para acudir aún no sabían dónde.

—Se trata de la muerte de una mujer de cuarenta y cinco años, ocurrida esta noche por un arma de fuego —les informó Ron, el agente que los había avisado a gritos, que se puso al volante y los instó a subir con él—. La policía ha acudido al lugar del crimen y tras el examen forense y la recogida de pruebas, se les ha extraviado el bolso de la víctima y nadie lo había mirado hasta esta mañana. Lo siento chicos, me han confirmado que es Abra Clark.

—¡¿Abra está muerta?! —la pregunta sonó a dos voces, la de Nash y la de Gwen, ambos impactados por la inesperada noticia.

—Eso parece, aunque en cuanto han visto su carnet de conducir y la han buscado en las bases de datos para su identificación, han descubierto que era directora de la agencia y casi se han vuelto locos al ver lo que tenían entre manos —les explicó Ron—. ¿Sabéis si estaba muy implicada en algún caso en concreto?

—Bueno —tanto Nash como Gwen se miraron y ella explicó lo que sabía— creo que estaba muy interesada en una red de narcotráfico, por lo que el asesino podría ser cualquiera que formara parte, o quizá no tenga nada que ver. Por lo que yo sé, es un interés antiguo. Hay que esperar a tener toda la información.

—De momento, voy a llamar a O'Neil —comentó Nash— debe saberlo enseguida.

Su superior también quedó impactado por la noticia y los instó a tenerlo informado sobre cualquier novedad y a recordarles que tenían a su disposición a cuantos agentes pudieran necesitar.

En cuanto los del FBI se reunieron con la policía, les instaron a ponerlos al día con todos los detalles.

Nash no se quitaba de la cabeza la imagen de la que había sido su jefa durante muy poco tiempo; una mujer llena de vida, una directora a la que todo el mundo consideraba muy válida y cuyo cadáver se encontraba a la espera de ser trasladado a la morgue de la sede de la agencia.

—FBI —se presentaron enseñando sus identificaciones a los policías que los recibieron—. Hemos avisado para que recojan el cadáver de la víctima, Abra Clark. La trasladan a nuestras instalaciones para la autopsia.

—De acuerdo, pasen, por favor —el teniente al cargo les hizo pasar a una sala de reuniones y les mostró los asientos—. Soy el teniente Walker.

Los agentes se presentaron también y todos se acomodaron alrededor de la mesa.

—Ante todo, quiero disculparme por el extravío del bolso de la víctima, lo que ha retrasado su identificación —se excusó Walker—. Por lo visto cayó en el suelo de la ambulancia y no supimos que lo tenía hasta que los sanitarios vinieron a devolverlo, ya que en la escena del crimen no se encontró nada. Hasta ese momento no hemos conocido su identidad. Ha sido una gran conmoción enterarnos de que se trataba de una directora del FBI.

—¿Pueden relatarnos los hechos desde el principio? —los interpeló Nash, que se estaba impacientando.

—Claro, por supuesto —Walker se aclaró la garganta—. Se ha recibido un aviso a las 12:06 minutos de la madrugada. Una llamada que hemos comprobado se ha hecho desde el móvil de la víctima y que hemos localizado en el interior del bolso más tarde. Se han recogido huellas del móvil y se están analizando.

—¿Es ella misma la que ha llamado antes de morir? —preguntó Gwen.

—Hemos escuchado la grabación y estamos seguros de que no es ella, parece una voz muy juvenil, seguramente de una niña. Ha dicho «hay una mujer muerta en el parking» y después nos ha dado la dirección, pero al llegar no había nadie con la víctima.

—La directora Clark tiene una hija adolescente, que yo sepa— intervino Ron— a lo mejor era ella.

—Si era su hija y no estaba a su lado, hay que encontrarla para interrogarla —comentó Nash—. Es muy raro que no esperara a la ambulancia. ¿Podrían haberla raptado?

—¿Y matar a su madre? —Se extrañó Gwen—. No van a poder pedirle rescate a una muerta. No me convence como móvil.

—Dejaremos las hipótesis para cuando tengamos más certezas —contestó Nash—. Prosiga, por favor.

—Los policías que han acudido han encontrado a la mujer tirada en el suelo con un pómulo roto y hundido, y un disparo en el pecho, hechos corroborados por el forense que ha acudido a la escena —continuó Walker mirando sus notas—. Tenía los ojos cerrados y se hallaba en postura decúbito supino. Han fotografiado dos tipos de huellas parciales de un calzado deportivo que ha pisado la sangre. Ambas se dirigían hacia la salida del parking, pero por rutas distintas.

—¿Hay cámaras en el exterior o el interior del parking? —se interesó Ron.

—Sí, en el exterior, ahora mismo están buscando imágenes, no ha dado tiempo a más —Walker se encogió de hombros—. Esperemos encontrar algo. Dos de mis hombres están de camino al *parking* para buscar al gestor del aparcamiento y pedir las grabaciones del interior,

aunque creo que no hay muchas cámaras y no abarcan todos los rincones. El hombre sólo está durante el día, pero las cámaras funcionan. Por la noche no hay nadie.

—Perdone, teniente —se abrió la puerta y apareció un policía—. Nos hemos enterado de que ayer hubo un apagón justo en el edificio en cuyo parking se ha encontrado a la víctima; si le parece bien, vamos a indagar si ha sido provocado, quizá encontremos más huellas.

—De acuerdo —contestó el teniente—. Manténganme informado.

—Teniente… —intervino Gwen— como comprenderá agradecemos su colaboración, pero el caso pasa a ser prioritario para el FBI.

—Por supuesto, lo entiendo —contestó Walker—. Pero quiero que tengan presente que estamos a su disposición si necesitan ayuda de cualquier tipo. Todos estamos en el mismo barco.

—Creo que lo mejor será que nos pongamos en marcha lo antes posible —Nash miró a Gwen, buscando su conformidad—. Deberíamos acudir enseguida a su domicilio.

—Muy bien —Walker levantó el dedo índice— un momento, lo olvidaba. Tengo aquí un ticket de un restaurante cercano, y la fecha es de la noche pasada. Es muy probable que volvieran de cenar. Se encontraba en el bolsillo de la víctima.

Nash cogió el ticket y lo miró, la pizzería estaba muy cerca.

—Gracias, pasaremos un momento a interrogar al dueño por si detectaron algo inusual —miró a Gwen— ¿Te parece bien?

—Sí, no perdamos más tiempo —Gwen miró al policía mientras apuntaba algo en un trozo de papel—. Teniente Walker, muy agradecidos; seguiremos en contacto. Por favor pasen toda la información recabada hasta ahora a este correo electrónico.

*****

La persiana de la pizzería estaba solo levantada unos palmos por la parte inferior. Se percibía luz, pero claramente no estaba aún abierta al público. Nash y Gwen se habían despedido de Ron, que tenía una cita inaplazable por otro caso y se acercaron a paso rápido al restaurante.

Nash golpeó con los nudillos y tuvo que agacharse y casi gritar para que alguien le hiciera caso. Por fin escucharon unos pasos apresurados y una voz enojada.

—*Che corsa! Chi chiama a quest'ora?*

Enrico levantó la persiana un trozo más y se encontró con una identificación del FBI. Asustado, elevó la persiana y abrió la puerta de cristal.

—¡Agentes! —Los hizo pasar al interior y cerró la puerta—. ¿Qué ocurre?

—¿Es usted el dueño del restaurante? —preguntó Nash.

—Sí, Enrico Nardi, para servirles.

—Sentimos molestarle, Enrico, pero es importante —Gwen tomó la palabra mientras Nash buscaba en su bolsillo la fotocopia del carnet de Abra Clark para mostrarle su fotografía—. ¿Estaba usted ayer en el restaurante por la noche? Digamos hacia las doce de la noche.

—Sí, siempre cierro yo mismo el local —aseguró el restaurador.

—¿Puede decirnos si esta mujer estaba aquí ayer a esa hora? —le mostró la imagen y Enrico abrió la boca y levantó las cejas con asombro.

—Sí, la señora Abra Clark vino a cenar, es una asidua clienta, sobre todo por Laura.

—¿Su hija? —Inquirió Nash—. ¿Estaba con ella?

—Las dos cenaron aquí anoche, comieron pizza y bebieron coca cola —el ceño fruncido de Enrico mostraba preocupación—. ¿Les ha ocurrido algo?

—¿Notó algo extraño en ellas? Si las conocía sabrá si estaban como siempre o si las acompañaba alguien más —Gwen no contestó a la pregunta, pero siguió con las suyas—. ¿Le pareció que discutieran?

—¡No! ¡No, no, no! —Enrico negaba rotundamente con la cabeza —. Me enteré de que celebraban las buenas notas de la niña, me lo dijo la señora Abra cuando pagó la cuenta. Estaban muy contentas. ¿Qué le ha pasado?

—Sentimos ser portadores de malas noticias, pero la señora Clark fue asesinada esta misma madrugada en un parking cercano y aún no tenemos noticias de la hija —Nash quería salir corriendo de allí para acudir al domicilio de la directora—. Ahora vamos a su casa.

—*Oh, mío Dio!* ¡Qué desgracia! —al hombre se le encharcaron los ojos, se notaba el aprecio que le tenía.

—Si cualquier otra persona que estuviera aquí anoche recuerda algo que pueda sernos de ayuda, le agradeceremos que nos llame — Nash le entregó una tarjeta.

*****

Gwen y Nash subieron al coche que Ron les había dejado aparcado muy cerca y la agente se puso al volante para dirigirse al domicilio de Abra Clark.

—¿Por qué crees que habrá huido la niña? —preguntó Nash—. ¿Por miedo?

—Ponte en su lugar, Brennan —Gwen miraba el semáforo en rojo como si así pudiera hacer que cambiara de color—. Si vio como asesinaban a su madre, debía estar en shock. Pudo reaccionar de cualquier manera, debe estar muy asustada. Aparte de que es una adolescente, sus reacciones suelen ser poco previsibles, más en un caso como este.

—No sé mucho de adolescentes, pero te entiendo.

—Haz un poco de memoria, todos hemos pasado por ahí —le recordó Gwen—. Estamos cerca.

—Me acaban de enviar el número de móvil de Laura Clark —Nash miraba el mensaje recibido en el suyo—. Si estamos cerca prefiero no alertarla con una llamada, mejor presentarnos en su casa.

—¿Crees que deberíamos avisar a Bill Peters? —preguntó Gwen.

—Creo que será mejor hacerlo cuando tengamos algo más —Nash miró el perfil de su compañera mientras aparcaba—. Tú también piensas que el asesinato de Abra podría estar relacionado con la red de narcotráfico que tanto le interesaba.

—A lo mejor había llegado más lejos de lo que sabemos, o había puesto nervioso a alguien; tendremos que pedir permiso para investigar en su portátil de trabajo y en su teléfono —ambos salieron del coche y miraron el edificio al que debían acceder—. Aunque también es posible que no tenga nada que ver.

*****

Laura Clark no iba a pegar ojo, estaba demasiado nerviosa, asustada y dolida, una combinación peligrosa. Caminaba por el piso como una zombi, sin una meta ni un propósito concreto. Deambulaba por su propia casa como si estuviera perdida en medio de un bosque, así se sentía. Fue a la cocina y se calentó un vaso de leche, tenía dolorido el estómago.

Necesitaba saber más, entender la razón del giro diabólico que había dado su vida, por lo que empezó a abrir cajones y armarios en busca de algo, lo que fuera que le diera una pista.

El inconsciente la guio hasta el despacho de su madre, conocedora de que algunos cajones estaban cerrados con llave. Nunca había sentido excesiva curiosidad, hasta ahora. Siempre había creído que la celosía con la que algunas gavetas estaban atrancadas, era por temas de trabajo.

Si existía un secreto, fuera el que fuera, debía estar allí y ella quería descubrirlo antes de que cualquier otra persona entrara en su casa a revolver sus pertenencias. Estaba segura de que eso haría el FBI en cuanto supiera que su madre había muerto. Seguro que ya se habían enterado, podían incluso estar de camino.

En un ataque de actividad, abrir aquellos cajones se convirtió en su prioridad. Buscó llaves que no encontraba, intentó abrirlos con una fuerza bruta con la que no contaba. El cuchillo de cocina no hizo más que muescas en la madera y los golpes desesperados solo magullaron sus nudillos y le rompieron un par de uñas. Debía pensar, pero era una tarea harto difícil en aquellas circunstancias.

Pasó una mano por la parte inferior de la mesa, recordando las

muchas series que había visto acompañada de su madre, el lugar dónde siempre se escondían cámaras, grabadoras y… llaves. ¡Y allí estaba!

Un minúsculo cajón de madera, camuflado y adherido en el centro del escritorio antiguo que a su madre tanto le gustaba.

Se abrió tras un par de intentos y cayeron sobre su mano dos pequeñas llaves rústicas de latón. Las probó en los dos cajones cerrados, que se abrieron limpiamente, y se encontró con varias carpetas llenas de papeles y un arma.

Apartó el arma con cuidado y empezó a leer los papeles. Todo parecía información de algo relacionado con el trabajo. Nombres, listas y documentos que no sabía lo que eran. Aquel arrebato no iba a servirle para nada. En el segundo cajón todo tenía el mismo aspecto.

Al extraer todas las carpetas y colocarlas sobre el escritorio, una le llamó la atención por su color. Era violeta, distinta del resto, de plástico transparente y contenía un sobre blanco. Lo extrajo y se sorprendió al ver su nombre en él: «Laura». Y nada más.

Le temblaban las manos cuando lo abrió y sacó el par de hojas grapadas que contenía. Empezó a leer y sus ojos quedaron muy pronto anegados por las lágrimas. En el fondo siempre lo había sabido, sobre todo cuando se miraba al espejo y miraba a su madre. Eran el día y la noche. Siempre había pensado que los genes de su madre no debían ser dominantes, porque no se parecían en nada, aunque había supuesto que los había heredado de su padre, fuera quien fuera.

Pero ahora la razón estaba clara: era adoptada.

Nunca había conocido a su padre y, ahora se enteraba, tampoco a su verdadera madre.

5 – ADOPTADA

Laura seguía con la vista fija en el título del documento que descansaba entre sus manos: «Registro de adopción», dónde se podía leer la sentencia dictada por un juez. Laura Clark, de padres desconocidos y abandonada en un parque de bomberos, pasaba a ser la hija de Abra Clark a todos los efectos.

Todos los datos que constaban le eran conocidos. Los de su madre y los suyos propios. Pero nada sobre sus padres biológicos que, por lo visto, la abandonaron a su suerte. Nunca había sentido mucha necesidad por saber quién era su padre, pero ahora que sabía que su madre la había adoptado, la necesidad de conocer sus orígenes se multiplicaron de manera exponencial. ¿Quién fue su madre biológica? ¿Por qué razón se deshizo de ella?

Tan absorta se encontraba en sus cábalas, mientras seguía intentando asimilar que su madre estaba muerta, que no escuchó el timbre de la puerta hasta que sonó con insistencia, acompañado de una voz masculina.

Se le desbocó el corazón y recordó las palabras de su madre antes de morir «te buscan a ti, son peligrosos, no te fíes de nadie…».

No tenía escapatoria… o sí: la escalera de incendios. No lo pensó y salió corriendo en su dirección. Por eso no escuchó a Nash identificándose como agente del FBI. Corrió escaleras abajo intentando no llamar la atención; por suerte, el lateral del edificio dónde se encontraban las escaleras exteriores no daba a la calle principal, sino a otra adyacente mucho menos transitada.

Al llegar a la acera con un salto, intentó serenarse y caminar con disimulo. Detectó un coche parado ante la entrada de su casa y era un *Chevrolet Suburban*.

Laura no sabía qué hacer, aquel coche era un claro indicativo de que las personas que la buscaban eran del FBI, pero las palabras de su madre resonaban en su cabeza. No fiarse de nadie era «de nadie». Decidió darse un poco más de tiempo, tampoco sabía qué hacer. Estaba segura de que la acabarían encontrando, seguro que tenían los medios para hacerlo.

Nash y Gwen forzaron la puerta del piso de Abra y entraron llamando a Laura, pero nadie contestó a sus demandas. Al revisar las distintas estancias constataron que estaba deshabitado.

—Alguien ha estado aquí hace poco —Nash señaló un vaso de leche en la mesa, lo tocó y aún estaba templada.

—¡Nash! —Gwen lo llamó desde la entrada de una habitación que tenía la puerta abierta—. Esto está lleno de papeles.

Ambos se acercaron al escritorio y ojearon por encima las carpetas y algunas listas que parecían haber salido de las bases de datos de la agencia.

—Por lo visto la directora Clark se traía el trabajo a casa —comentó Gwen y Nash asintió.

—¿No crees que estaba un poco obsesionada con esa red de narcotráfico? —Nash estaba leyendo documentos que eran un calco de los que le había enviado su jefa hacía muy poco tiempo.

—A lo mejor está muerta por eso —Gwen cogió el sobre que llevaba el nombre de Laura y leyó el contenido—. Mira esto, según el documento, la hija de Abra es adoptada.

—¿Eso era un secreto? —Nash no conocía esa información.

—Yo sabía que tenía una hija, pero nada más —Gwen se encogió de hombros—. Y en el trabajo la gente no habla de esas cosas, ya sabes, temas personales. Ella era siempre muy discreta con su vida privada. Aunque es posible que alguien de su confianza lo supiera.

—El caso es si lo sabía la chica, deberíamos encontrarla cuanto antes —Nash cogió su móvil para llamar a un agente técnico de su departamento, le contestaron enseguida—. Por favor, aquí agente Brennan código 25631, nos urge la localización de la hija de la directora Abra Clark. Buscad sus datos y su número de móvil, se llama Laura Clark, es urgente. Es muy posible que esté cerca de su domicilio.

—No cuelgue agente Brennan, por favor —pasaron un par de minutos a la espera, mientras seguían releyendo los papeles esparcidos sobre el escritorio y amontonándolos para llevárselos a las oficinas—. Ya está, no se encuentra lejos, le paso el seguimiento a su móvil.

—Ok, gracias.

Ambos miraron la pantalla de Nash y el mapa dónde un punto rojo se movía lentamente.

—Vamos, nos acercaremos poco a poco, no hace falta asustarla —Nash ya se alejaba hacia la puerta y Gwen lo siguió, ambos cargados con las carpetas.

Subieron al coche y Nash condujo lentamente mientras Gwen iba controlando el punto rojo que era Laura.

—Ya llegamos, se ha parado y según el mapa está en esa plaza —informó Gwen y ambos miraron a la plazoleta a su derecha.

Aparcaron el coche muy cerca y ambos salieron y caminaron hacia la plaza.

Había varias madres con niños, un pequeño grupo de jóvenes y una chica que coincidía con la fotografía que el agente técnico les había enviado. La chica estaba sentada en un banco mirando su móvil. Ni siquiera levantó la vista cuando ambos se sentaron en el mismo banco,

uno a cada lado.

—Laura, no te asustes, por favor —Gwen tomó la palabra—. Somos agentes del FBI y sabemos lo que le ha ocurrido a tu madre…

—¡No era mi madre! —Laura explotó y se echó a llorar, se encontraba al límite de sus fuerzas. Nash y Gwen se miraron sin saber qué hacer.

—¡Claro que era tu madre! —Gwen le pasó la mano por la espalda, pero la chica rehuyó el contacto—. ¿Acaso no eres Laura Clark?

Laura se encogió de hombros y a los agentes les dio mucha pena, la pobre estaba desolada.

—Oye, Laura —Gwen le habló muy quedo mientras le ofrecía un paquete de kleenex—. Deberías venir con nosotros, o si lo prefieres podemos hablar aquí mismo. Es importante que te quedes con alguien, no puedes estar sola. ¿Tienes familia?

—Mi… madre solo tiene una tía en la ciudad, la tía Grace —Laura se limpió las lágrimas y de nuevo se encogió de hombros— pero el resto de su familia es de California, están repartidos entre Los Angeles y San Francisco, creo. No se veían casi nunca, yo solo tengo un vago recuerdo.

—Es bueno saber que tienes familia —intervino Nash y Laura lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Si creen que voy a irme con una familia que ni siquiera recuerdo a la costa oeste, ya les digo que ni hablar —Laura tenía los ojos enrojecidos y se la veía exhausta—. Y la tía Grace es insoportable.

—Bueno, es algo que trataremos cuando hayas descansado —Nash pensó que era mejor apartar el tema de la familia de momento—. Lo importante ahora es que nos cuentes lo ocurrido con todo detalle. Estabas con ella.

Laura se llevó las manos a la cara y volvió a sollozar. Gwen volvió a acariciar su espalda y esta vez Laura no se apartó; al contrario, apoyó la cabeza en el hombro de Gwen. Se sentía demasiado desvalida como para dar la espalda a una mano tendida y un poco de cariño.

—Fue horrible —volver a revivirlo era un mal trago, pero necesario. El parque no era el entorno ideal para un interrogatorio, pero el caso era especial—. Eran dos hombres.

—¿Pudiste verlos bien? ¿Los podrías identificar si los volvieras a ver? —se interesó Nash.

—No creo. Se había ido la luz en el *parking* y solo nos alumbraban las de emergencia, muy tenues para un espacio tan grande. —Laura cerró los ojos, volviendo al momento más amargo de su corta vida—. Yo bromeaba con mi madre mientras íbamos a buscar el coche y empecé a esconderme y a aparecer sin avisar, para asustarla. Me escondí detrás de una furgoneta azul oscuro. Al cabo de un momento dejé de escuchar el sonido de sus tacones. A mi madre le gustaban los

zapatos de tacón alto.

Laura hizo una pausa, recordar la pasada noche no era fácil y los agentes no la importunaron y se quedaron a la espera.

—Me pareció que alguien corría y escuché un golpe seco y el chillido de mi madre —un escalofrío le recorrió la espalda al rememorarlo—. Yo seguía en cuclillas, escondida tras la camioneta. Fue entonces cuando asomé la cabeza y vi la silueta de dos hombres altos y corpulentos que miraban a su alrededor. Escuché la voz de uno de ellos que preguntaba por «la chica» y supuse que esa era yo, aunque no entendía que podían querer de mí esos tipos.

Otra pausa para coger aire y secarse las lágrimas. Nash y Gwen se miraron contrariados, aquella cría lo estaba pasando muy mal.

—Tranquila —Gwen le pasó la mano por el hombro—. Poco a poco, cariño, no pasa nada.

—El otro quería largarse, entonces alguien más entró en el parking a buscar su coche y casi al mismo tiempo volvió la luz. Yo estaba muy asustada y me había metido bajo la camioneta, rodando por el suelo, por lo que solo pude ver sus pies que se alejaban corriendo. Uno llevaba botas y el otro calzado deportivo, pero no recuerdo los detalles. Al cabo de un momento volvíamos a estar solas. Corrí a buscar a mi madre y cuando la encontré… aún estaba viva.

—¿Estaba viva? —tanto Nash como Gwen coincidieron al hacer la misma pregunta y Nash continuó—. ¿Te dijo algo? ¿Reconoció a los hombres?

—Estaba a punto de morir, casi no podía hablar y solo me dijo que huyera, que me escondiera y que eran peligrosos, nada más —un sollozo frenó sus palabras—. Entonces se murió y yo… yo…

—No pasa nada —Gwen volvió a abrazarla y le apartó los cabellos oscuros del rostro—. Ya está, ya está, preciosa.

—¿Dónde está el cuerpo de mi madre? —Laura miró a Nash.

—Ahora mismo ya debe estar en la morgue del FBI, le van a hacer la autopsia y después podremos preparar su despedida como tú prefieras.

—Tengo que avisar a la tía Grace, aunque sea insoportable —hipó Laura, a la que ahora la tía de su madre empezaba a parecerle un posible refugio—. Estoy… sola.

—No vas a estar sola, Laura —le aseguró Nash—. Pero vas a necesitar protección. ¿Dónde vive la tía Grace?

—En *Mount Pleasant*, cerca del parque *Rock Creek* —Laura perdió la mirada en el infinito y se le cerraban los párpados, se notaba que estaba agotada—. Necesito dormir.

—Te llevaremos a su casa, le daremos la mala noticia y allí podrás dormir —le comunicó Gwen—. Vais a estar protegidas.

—Voy a avisar a O'Neil para que nos autoricen la vigilancia

urgente y protección de veinticuatro horas el tiempo que sea preciso —le mencionó Nash a su compañera—. Si lo ordena él todo será mucho más rápido.

—Me parece bien —Gwen miró a Laura—. Hasta entonces estaremos contigo, nadie va a hacerte daño ¿de acuerdo?

La chica asintió mientras se levantaban de banco y la acompañaban hasta su coche.

—¿No puedo pasar por casa a buscar mis cosas y algo de ropa? —preguntó.

—Lo primero es lo primero, estás exhausta —Gwen la instó a entrar en el auto.

—También podríais ayudarme a saber quiénes son mis padres biológicos, me acabo de enterar de que soy adoptada —las palabras de Laura sonaron como una súplica.

—Haremos indagaciones, aunque lo primero es investigar el asesinato de tu madre, eso es prioritario —tenían tantos frentes abiertos que era complicado saber qué era lo más urgente. Todo lo era.

*****

Llegaron a *Mount Pleasant* y a la casa de la tía Grace. Aquel barrio, con su arquitectura antigua, la sensación de pequeño pueblo y sabor hispano, había combinado bien con una gran cantidad de restaurantes y tiendas variopintas.

Llamaron a la puerta, a la vez que admiraban la fachada de aquella casa tan antigua, aunque bien conservada. Antes de abrir, vieron apartar una cortina de una ventana cercana a la entrada y escucharon la voz de la tía Grace a bastante volumen.

—¿Quién llama? —abrió un poco el ventanal y divisó a Laura—. ¡Niña! ¿Cómo no estás en el instituto? ¿Y quiénes son esos?

—¿Señora Grace Stuart? —preguntó Nash— somos del FBI, tenemos que hablar con usted.

La mujer se quedó mirando un instante y desapareció. Escucharon los pasos que se acercaban a la puerta. La abrió y los hizo pasar. Se quedó mirando la cara descompuesta de su sobrina.

—¿Qué te ha pasado? ¿Y que se supone que haces con el FBI? ¿Acaso has hecho algo malo y te han detenido? —la mujer fruncía el ceño y la mano derecha le temblaba con fuerza, a pesar del bastón.

—Señora Stuart —Gwen le habló con suavidad, no sabía cómo amortiguar el golpe—. Somos portadores de malas noticias, quizá quiera sentarse.

—¿Malas noticias? —el temblor de su mano aumentó al ver como Laura lloraba y enrojecía aún más sus ojos—. Pasen al salón.

Se acomodaron en un antiguo sofá con desniveles en el asiento y la

mujer se arrellanó en una gran butaca con orejeras y estampado de flores descoloridas, descansando sus manos sobre el reposabrazos cubierto con tapetes de ganchillo.

—Verá… la pasada noche, ocurrió una desgracia —Nash se alegró de que Gwen tomara la palabra, no se le daba bien trasmitir malas noticias—. Se trata de…

—Abra, sólo puede ser ella —la mujer acabó la frase de la agente —. ¿Qué le ha pasado a mi sobrina?

Le explicaron los hechos con toda la delicadeza que podía ofrecer el relato de la muerte de un ser querido. La mujer inspiró hondo y se quedó mirando a Laura con una pena infinita. Le temblaba la barbilla y sus ancianos ojos brillaron por las lágrimas contenidas.

—Ven aquí, niña —alargó los brazos y Laura se acercó a ella con renuencia—. Tu madre te quería más que a nada.

—Ni siquiera era mi madre —Laura seguía muy dolida por su descubrimiento.

—¡Por supuesto que lo era! —Grace le acarició la larga melena—. En cuanto te tuvo con ella te ofreció su vida entera, se dedicó a ti y te protegió siempre.

—¿Sabes tú quienes eran mis padres biológicos? —preguntó Laura, deseando que su tía abuela tuviera alguna información.

—Siento mucho que te hayas enterado así —la mujer se secó las lágrimas— y aún siento más no poder decirte nada nuevo. Lo único que yo supe es que tu madre te adoptó cuando eras muy pequeña. Me dijo que te abandonaron en un parque de bomberos y que supo de tu existencia por su trabajo. No sé más y nunca pregunté.

—¿Ningún otro detalle? —inquirió Nash.

—Bueno —miró a Laura— sabes que hablaba con ella con asiduidad. La semana pasada me dijo que quería planificar un par de días para pasarlos vosotras dos juntas y que te iba a explicar lo de tu adopción.

—Tú también lo sabías y yo vivía en una fantasía —Laura intervino con la voz rota, sorprendida por esa nueva noticia.

La mujer solo la miró compungida, aquella situación era dolorosa para todos.

—¿Laura puede quedarse en su casa? —Gwen interrogó a la tía Grace—. Es menor de edad y no puede quedarse sola.

—¡Por supuesto! ¿Dónde iba a ir si no? —la mujer frunció el ceño como si la hubieran ofendido—. Ella es mi familia y aquí va a quedarse.

—Esta casa es impresionante —Nash miraba a su alrededor descubriendo objetos que harían las delicias de Alana y su tienda de antigüedades.

—Es la casa colonial de mi familia desde que mis antepasados la

construyeron en 1765 —Grace la miró con cariño y se fijó en el rostro agotado de Laura—. Creo que necesitas dormir, niña.

—Señora Stuart, van a tener vigilancia a todas horas —la informó Nash—. Tras lo ocurrido con su sobrina, toda precaución es poca hasta que atrapemos a quien lo hizo. Les ruego que cualquier cosa extraña que detecten la pongan en nuestro conocimiento ¿de acuerdo?

—Así lo haremos, aunque la niña deberá volver a sus clases en unos días.

—Va a tener asignado un guardaespaldas para protegerla —Laura lo miró como si le acabaran de imponer el peor de los castigos; su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y aún estaba mareada, además de hundida—. Estaremos en contacto, seguro que pronto podrán disponer del cuerpo para su sepelio.

Los agentes se marcharon, la vigilancia se concentró alrededor de aquella casa, la tía Grace y Laura lloraron juntas y bebieron una infusión caliente de hierbas relajantes y la chica se durmió sobre aquel sofá hundido, aunque su inconsciente estuvo plagado de pesadillas y angustia.

6 – LA VIDA SIGUE

Nash y Gwen se reunieron esa misma tarde con el Director O'Neil para ponerlo al día de lo que tenían hasta el momento. Los recibió en su despacho y los invitó a sentarse ante él.

—Os comunico que hasta que se designe un nuevo director, para cubrir el puesto de Abra Clark, yo seré vuestro superior directo y responderéis ante mí —les informó—. ¿Qué tenéis?

Los agentes le pusieron al día de la información obtenida por la policía en un primer momento y la que se había recabado en las últimas horas.

—También han dado con la causa del apagón, que fue provocado al manipular las cajas de registro eléctrico —anunció Nash.

—Hay algunas imágenes de las cámaras de seguridad de la calle —continuó Gwen—, pero en ninguna de ellas se ven los rostros, solo alguna porción de perfil insuficiente para comparar con las bases de imágenes; está claro que las tenían controladas para evitarlas. Las cámaras del parking estaban rotas de antemano, se ha comprobado que habían dejado de funcionar una hora antes del asesinato.

—¿No han encontrado huellas? —preguntó O'Neil.

—Sólo huellas parciales de calzado, ya que pisaron sangre de la víctima —recordó Nash— pero corresponden a zapatillas y botas muy comunes, nada especial. Ni una huella dactilar en la víctima, debían llevar guantes. Y la barra de hierro con la que le golpearon la cara estaba tirada bajo un coche, con sangre de la víctima, pero sin rastro de huellas.

—¿Y esa documentación? —el director había sido informado de los papeles encontrados en el despacho personal de Abra Clark y los agentes habían cargado con las carpetas.

—Está toda en mi despacho, queremos estudiarla con detalle, aunque parecen copias de datos e información sobre el caso de la red de narcotráfico —contestó Nash— la única diferencia es que tienen algunas anotaciones manuales.

—No perdáis el tiempo con eso, pasádmela a mí, ya me ocuparé de que la revisen por si hay algo extraño o que no sepamos —ordenó O'Neil—. ¿Y la niña?

—Está con su tía abuela, es la única familia que tiene aquí, el resto son de California y casi no tienen relación. La chica y su tía ya están vigiladas y protegidas.

—Sabéis que ese gasto no puede alargarse eternamente, o sea que os suplico resolver este caso cuanto antes —O'Neil parecía alterado—.

La prensa que tiene contacto diario con la policía ya se ha enterado y ha aparecido en las noticias de un montón de canales de televisión y en redes. Si no damos pronto con el asesino esto va a convertirse en un circo. Os recuerdo que nadie puede cargarse a una directora del FBI e irse de rositas ¿está claro?

—Por supuesto, señor —contestó Nash y Gwen asintió—. Haremos todo lo posible por resolverlo cuanto antes. Ahora le hago llegar las carpetas.

—Bien. Contáis con toda la ayuda que necesitéis, este caso es prioritario. Podéis iros y no olvidéis mantenerme informado.

Cuando los agentes salieron del despacho del director, éste se quedó mirando por la ventana con gran preocupación. Se subió las gafas negras de pasta sobre el puente de la nariz e inspiró con fuerza. Aquel caso podía convertirse en una pesadilla, estaba seguro de ello.

*****

Nash decidió llamar a Bill Peters, el agente de la DEA; quería que siguieran colaborando. El agente le contestó enseguida.

—Brennan, estoy cerca del edificio Hoover, si te parece paso un momento y hablamos.

—Perfecto, ya sabes dónde estamos, la agente Taylor y yo te esperamos.

—¿Gwen ha vuelto de la baja? —notó la alegría de Bill.

—Sí, ayer mismo, justo para encontrarse con lo de la directora Clark.

—Ya es mala suerte, en diez minutos estoy con vosotros —hizo una breve pausa—. Dile a Gwen que me debe el pago de una apuesta, que no me olvido.

—Lo haré, hasta ahora —Nash colgó y miró a su compañera—. Dice Bill Peters que le debes algo por una apuesta, que te lo recuerde.

Gwen se echó a reír a carcajadas y Nash la miró sonriendo, siempre era bueno tener un momento de distensión para relajar el ambiente y era la primera vez que veía reír a su compañera.

—Eso viene de un caso en el que colaboramos hace más de un año, tema de drogas, ya puedes imaginártelo —le explicó Gwen—. Estaba tan complicado y ambos éramos tan competitivos, que hicimos una apuesta sobre cuál de los sospechosos era el que estaba vendiendo droga a unos críos, ya que uno, por desgracia, había muerto. Nos jugamos un baño en pleno invierno en la playa de *Assateague* y yo perdí. Nunca pagué y siempre me lo recuerda, aunque el premio de verdad fue encerrar al culpable.

—¿Por qué allí? No está muy cerca.

—Para ver la manada de caballos salvajes, algún día iré.

La conversación se vio interrumpida por Bill, que llegó enseguida y

los tres se acomodaron en un pequeño despacho.

—¿Recuperada? —le preguntó a Gwen y esta asintió con una sonrisa.

—Estoy bien —Bill detectó una sombra en aquella respuesta, un disparo siempre deja secuelas.

—¿Los pillasteis ayer? —preguntó Nash, refiriéndose a la carga de drogas en el puerto de *Inner Harbor*.

—Sí, pero no era una carga tan grande como imaginábamos —explicó Bill—. Decomisamos unos kilos de coca, unos paquetes de hachís y poco más. Detuvimos a tres tipos y creemos que son de la red de Guillén, pero no hablan ni a tiros. Está claro que prefieren la cárcel, allí están más protegidos que si confiesan.

—Vaya lacra —Gwen negaba con la cabeza—. ¿Has escuchado algo sobre lo de Clark?

—Ya ha llegado la noticia a la DEA y todo el mundo está alerta, esto nos atañe a todos. Los agentes van a ponerse en contacto con sus soplones, es posible que alguno largue algo, nunca se sabe —les contó Bill— las voces corren y siempre puede aparecer alguno que quiera vender información a cambio de un favor.

—Entonces seguimos en contacto —contestó Nash— también tenemos ocupado al teniente Walker de la policía, fueron los que acudieron a la llamada.

—¿Por qué ir a por Abra Clark? —preguntó Bill con curiosidad.

—Ya sabes que estaba muy interesada en esa red de narcos —contestó Gwen— es posible que descubriera algo que no debía y se la hayan cargado por ello. Por eso debemos comunicarnos, podría tener relación, aunque de momento no tenemos evidencias.

—La información que tenía en casa parece la misma que tenemos en las oficinas —añadió Nash— aunque hay que comprobarlo con detalle. Se ocupará O'Neil.

*****

Natalie salía de la habitación del pequeño Sam, que se recuperaba bien. Al levantar la mirada hacia el fondo del pasillo, vio a una chica joven mirar los rótulos de algunas puertas. No fue eso lo que le llamó la atención, sino que fuera acompañada por lo que parecía un guardaespaldas. Un hombre con pinta de matón caminaba tras ella y no dejaba de controlar todo a su alrededor.

Natalie era curiosa por naturaleza. Se fijó entonces en el rostro demacrado de la chica. Aquella planta era de habitaciones, no de consultas externas y era posible que se hubiera equivocado de ubicación.

—¿Buscas a alguien ingresado? —le preguntó cuando la tuvo cerca y notó como el hombre se colocaba a su lado.

—Creo que me he perdido —Natalie se fijó en sus ojos enrojecidos y en las marcadas ojeras—. Busco a la doctora Evans, es psicóloga.

—Es en la segunda planta —Natalie miró al hombre de reojo y frunció el ceño, allí pasaba algo raro— te acompaño, voy ahora para allí. ¿Usted va con ella?

—Sí señora, no se preocupe, soy policía y estoy de servicio —el hombre le enseñó su placa y Natalie respiró tranquila al ver que la joven corroboraba sus palabras.

—De acuerdo, la doctora Evans está en la segunda planta, consulta quince —en ese instante recibió aviso de su jefe directo, el doctor Max Kirkwood—. Tengo que irme, que te vaya todo bien, bonita.

—Gracias —contestaron ambos.

Los pasillos del hospital estaban llenos de familiares de los enfermos a aquella hora, aunque el estricto horario de visitas pronto despejaría de visitantes las instalaciones y habitaciones.

Natalie corrió hacia la sala de reuniones en que la habían convocado con urgencia junto al resto del personal de la unidad de trasplantes. La puerta estaba abierta y vio llegar a sus compañeras de enfermería, Ava y Lorna, desde el otro lado del corredor.

Las tres entraron a la vez y se encontraron con el resto del equipo.

—¿Estamos todos? —el doctor Kirkwood miró a su alrededor. Era un excelente cirujano y tenía unas manos de oro, pero sus despistes con respecto al nombre de sus ayudantes y enfermeras era motivo de continuas bromas—. Parece que sí… veamos, últimas noticias, tenemos un páncreas de camino para Cameron Wood. Ya he dado orden de que lo lleven a quirófano y lo preparen para el trasplante. Os quiero a todos y todas a punto en tiempo récord, sabéis que cada minuto cuenta.

—¿Tardarán mucho en llegar? —preguntó uno de los médicos.

—Creo que alrededor de una hora, están cerca —contestó Kirkwood—. Los de la OPTN me han dicho que el grupo sanguíneo es compatible, incluso la edad es similar. Ya tienen el órgano envasado en hielo. Se trata de un hombre de cuarenta años que ha muerto de un infarto fulminante. Por suerte es donante de órganos, no vive muy lejos de aquí y su páncreas está en perfecto estado.

—Cameron va a superar su diabetes tipo 1 si tenemos suerte y no hay rechazo —aseguró otro médico con buen humor.

—Esperemos que así sea. Natalie, por favor, asegúrate de que todo el instrumental esté a punto —Max le sonrió—. Ava y Lorna, id con ella y ayudadla. No sonriáis así, no me he equivocado con vuestros nombres, estoy seguro.

*****

Laura localizó la consulta que la amable enfermera, con la que se

había topado, le había indicado. Estaba nerviosa, pero su tía Grace la había instado a acudir a esa visita.

La doctora Evans era la nieta de una amiga suya y según decía era una magnífica profesional. Aunque no tenía hora programada, había aceptado visitarla debido a su dolorosa situación de urgencia y la había colado entre sus pacientes.

El policía que le hacía de niñera se quedó custodiando la puerta de la consulta. Laura llamó con los nudillos y escuchó una voz agradable que le daba paso. Se encontró con una mujer joven y menuda, de cabellos muy cortos del color de las zanahorias y pendientes largos de cuentas de colores. Sus ojos azules la miraron con interés, a la vez que le sonreía. A Laura le gustó al instante, su aspecto y su sonrisa le dieron confianza y cercanía.

—Hola, Laura, te estaba esperando —le señaló una de las sillas al otro lado de su escritorio y se levantó para sentarse a su lado—. Me llamo Annie. Me han contado lo sucedido y entiendo que estás pasando por un momento muy duro. Sé que es muy pronto y que no debes saber cómo gestionarlo, por eso quiero ayudarte.

Antes de que Laura contestara pasaron unos minutos, tiempo que la doctora le dio para que organizara sus ideas y se expresara como pudiera. No iba a atosigarla.

—No creo que nada ni nadie pueda ayudarme —Laura parecía estar ida, como si su mente estuviera muy lejos—. Vi a mi madre muerta… volvíamos de cenar pizza, estábamos contentas y, de pronto, todo se hundió. Es como si flotara ¿sabe? No me reconozco a mí misma. Si muriera yo también todo se acabaría. Quiero que se acabe.

—Esa no es la solución, Laura —la doctora Evans se acercó más y le acarició un brazo sin que se apartara—. Solo tienes quince años y toda una vida por delante. Debes superar un duelo y eso es muy difícil a tu edad, pero vas a conseguirlo con mi ayuda.

—A veces creo que estoy sufriendo una pesadilla, que despertaré y volveré a la noche del lunes y al restaurante —Laura se miraba las manos entrelazadas— y que no pasará nada. Volveremos a casa y nos iremos a dormir. Y yo seguiré sin saber que soy adoptada. ¡Ni siquiera era mi madre!

—¡Claro que era tu madre! —la psicóloga le levantó la barbilla con delicadeza para que la mirara a los ojos—. ¿Quién te cuidaba desde que eras muy pequeña? ¿Quién te llevaba al colegio, te ayudaba con los deberes o pasaba contigo las vacaciones? ¿Quién jugaba contigo? ¿Quién te daba buenos consejos?

—¿Y quién me mintió toda mi vida? —Laura ya no pudo más y se echó a llorar; cuando creía que no le quedaban más lágrimas, éstas nacían de nuevo y resbalaban por sus mejillas.

—Laura, sé que es mucho el peso que cargas ahora a tus espaldas,

pero estoy segura de que tu madre te quería más que a nada y que tú lo sabes. Piensa en ello, recuerda vuestros momentos más felices. Estás enfadada y tienes todo el derecho; la vida te ha dado un golpe muy fuerte y quieres devolverlo —Laura la miró con infinita tristeza y la doctora Evans le abrió los brazos—. Te sientes vulnerable e indefensa, pero eso no durará para siempre, créeme.

—Es difícil, todo es difícil —dijo Laura entre hipidos.

—Voy a darte mi número para que puedas llamarme siempre que quieras ¿de acuerdo? —propuso la psicóloga—. A cualquier hora.

Laura sólo asintió, sin saber si aquello iba a servir de algo, aunque supuso que siempre era bueno tener a alguien a quién recurrir.

7 – UN SEPELIO Y UN ROBO

El día era gris, nublado y lluvioso. Muy apropiado para acompañar con su tristeza ambiental el funeral que se estaba celebrando en el Cementerio de Rock Creek. El ataúd descansaba ante un numeroso grupo de gente, lo que daba fe de la gran cantidad de personas que apreciaban a Abra Clark: compañeros de trabajo, amistades, conocidos del barrio que habitaba y la poca familia con la que contaba en la ciudad, aumentada por la que se había desplazado desde California a pesar de la poca relación que tenían.

Mientras el párroco recitaba palabras de consuelo, Laura solo sentía ese dolor afilado que parecía haberse incrustado en su pecho y que le impedía respirar con normalidad. Las palabras del clérigo no eran más que un rumor ajeno a sus propios pensamientos. Los ojos cerrados y un ligero mareo, que la acompañaba desde el amanecer, la instaban a dejarse llevar por la inconsciencia, como si eso fuera posible. Cualquier cosa por no seguir viendo ese ataúd que la enfrentaba a la cruda realidad. Sabía que el cuerpo de su madre estaba allí dentro, pero seguía sin poder aceptarlo. Le parecía que en cualquier momento aparecería a su lado y le pasaría un brazo por los hombros, como solía hacer. Le susurraría al oído que estaba soñando y que ella le despertaría. Pero sabía que eso no iba a suceder.

Recordaba su propuesta para pasar fuera el fin de semana, algo que ya no sería posible. Nada parecía real, incluso se preguntaba si no se estaría volviendo un poco loca. Cuando el párroco acabó su responso y esa infame caja de madera se hundió en la tumba, el sollozo angustiado de Laura atrajo todas las miradas compasivas.

En la parte más alejada, tras la multitud apiñada en torno a la sepultura, los agentes Nash Brennan y Gwen Taylor no dejaban de observar a los presentes, buscando cualquier actitud sospechosa o algún personaje peculiar que les resultara dudoso. Estaban allí por Abra, por supuesto, pero también por su investigación. Alguien había llevado a la directora Clark hasta aquel agujero y ellos debían encontrar al asesino y a los responsables. No era extraño que los autores de un crimen se regodearan de sus «hazañas» en lugares como aquel.

—¿Ves algo sospechoso? —Gwen se acercó a Nash y le susurró la pregunta—. A tu izquierda hay un tipo alto y algo apartado que parece estar solo y observa mucho a la gente.

—Me he dado cuenta —asintió Nash— aunque puede ser

cualquiera, un amigo o familiar.

—Ya, esto es muy difícil, creo que no vamos a conseguir nada —Gwen se encogió de hombros—. Los tipos que le dispararon seguramente eran sicarios y no estén aquí; creo que no es algo personal.

—Yo tampoco lo creo —Nash estuvo de acuerdo— pero debemos atenernos a las pruebas, ya sabes lo que le gustan las suposiciones a O'Neil.

—Entre poco y nada, lo sé, mejor que le llevemos algo tangible.

Cuando el párroco se retiró y todos los asistentes se acercaron a Laura y la tía Grace para darles el pésame, Nash y Gwen no dejaron de observar al personal, aunque nada les llamó especialmente la atención. La mayoría se dirigieron a la casa de la familia, donde les esperaba un refrigerio y las predecibles palabras de consuelo.

Laura parecía estar en otro mundo, pero cuando vio a los agentes que la habían encontrado, se acercó a la mujer y recordó que su nombre era Gwen.

—Perdone ¿Puedo consultarle algo? —preguntó con un hilo de voz.

—Por supuesto —Gwen y Nash se miraron de reojo—. ¿Has detectado a alguien sospechoso en el sepelio, Laura?

—No, lo siento. No es por eso. Ya saben que me enteré por casualidad de que mi madre me adoptó y ahora… ahora me gustaría saber quién es mi verdadera madre —Laura tenía, de nuevo, los ojos encharcados de lágrimas.

—Normalmente no nos dedicamos a ese tipo de búsquedas en nuestro departamento —contestó Nash— pero en este caso haremos una excepción. Todo lo que tenga que ver con tu madre, con Abra, nos atañe en este caso, o sea que va a ser algo prioritario.

—De todas formas —intervino Gwen— antes de darte cualquier información al respecto, si averiguamos algo, tiene que pasar por el filtro de tu tía abuela, ya que va a convertirse en tu tutora legal hasta que cumplas la mayoría de edad.

—Lo sé —la chica hizo un gesto de asentimiento— todo son buenas noticias últimamente.

—Pensé que no querías mudarte con tus familiares de California —añadió Gwen al notar su malestar.

—Y no quiero, de verdad.

A Laura aquellas horas se le hicieron interminables, eternas. Tenía ganas de encerrarse en su nueva habitación, que olía a cerrado, y acurrucarse en la cama, taparse la cabeza y dormir; algo que sabía sería difícil. Desde la muerte de su madre todo eran sobresaltos y pesadillas.

Nash y Gwen entablaron conversación con algunos de los asistentes, pero no averiguaron nada que les sirviera o les ofreciera

indicios de un hilo del que tirar. Aquel caso prometía ser difícil de desentrañar y más les valía ponerse las pilas si no querían ver a O'Neil perdiendo la paciencia.

*****

Natalie ya estaba junto a su equipo de trabajo en el quirófano. El seguimiento del vehículo que transportaba el páncreas para su trasplante, estaba al llegar. Según el último comunicado se encontraba a sólo unas calles y el paciente ya estaba allí. Estaban acabando de prepararlo todo para la inminente operación.

Al estar ingresado desde hacía unos días, debido a su estado grave, sus analíticas y radiografías eran muy recientes, así como el ECG y la valoración del anestesista. No lo dormirían hasta que llegara el órgano, ya que, a pesar de ser del mismo grupo sanguíneo, los médicos querían revisarlo primero por si hubiera alguna incompatibilidad visible.

El doctor Kirkwood miró la hora en el monitor, no tardarían mucho y entrarían por urgencias directos hasta la zona de quirófanos. Iba a hacer un comentario en voz alta, cuando todos escucharon un aviso a través de un altavoz que conectaba con la sala.

—«*Doctor Kirkwood, por favor, acuda a urgencias, tenemos un aviso del transporte de OPTN*» —una pausa— «*repetimos, Doctor Kirkwood, acuda a urgencias…*»

—¿Qué acuda a urgencias? —el cirujano abrió mucho los ojos—. No lo entiendo, ya saben que estamos desinfectados y con ropa estéril, gorro y mascarilla. ¡Esto es inaudito!

Nadie del equipo osaba decir nada, aquello no entraba dentro de ningún protocolo y parecía acuciante. Sin dar más explicaciones el médico salió del quirófano a grandes zancadas y con un cabreo considerable.

Al llegar al mostrador de urgencias se acercó a uno de los administrativos.

—Espero que tengáis una buena razón para haberme hecho salir del quirófano —comentó con el ceño fruncido, ya que aquel trasplante era importante.

—Sí, doctor —el chico asintió y abrió mucho los ojos— nos han comunicado, desde el transporte de OPTN, que el vehículo ha sido interceptado aprovechando una ruta alternativa que habían tomado para eludir el tráfico de la avenida principal. Los asaltantes eran dos encapuchados armados que se han llevado el órgano del donante.

—¡¿Qué se han llevado el páncreas?! —se sorprendió el cirujano—. ¡No me lo puedo creer! ¿En serio?

—Eso nos han dicho, doctor —el chico se encogió de hombros—. Lo siento.

—¡Qué alguien avise a la policía! —gritó el médico—. ¡Ya!

Tras sus palabras, Kirkwood se quedó unos segundos sin reaccionar, aquello era surrealista. Se dirigió al quirófano de nuevo y entró resoplando. Su equipo y el enfermo, al que iba a darle una noticia nefasta, lo esperaban en silencio. Ante la expectación les transmitió lo mismo que le acababan de informar a él hacía unos instantes. Todos se quedaron mudos y entonces se acercó a Cameron y se inclinó sobre él en la camilla.

—Lo siento muchísimo, Cameron —le dijo y le apretó un hombro —. No entiendo cómo ha podido ocurrir, pero no vamos a perder la esperanza ¿vale?

El hombre asintió y lo sacaron de allí para devolverlo a su habitación.

—¿Qué sentido tiene esto? —preguntó Natalie— sabemos que un páncreas envasado en hielo dura como mucho doce horas, pasado ese tiempo es un despojo inservible.

—No creo que otro hospital se dedique a robarnos órganos —contestó otro de los médicos— más bien apuesto por alguna clínica clandestina, con médicos corruptos, que se dedican a hacer trasplantes cobrando grandes sumas de dinero. No serían los primeros.

—Por desgracia hay pocos órganos y muchas personas necesitadas de trasplantes —Kirkwood se llevó las manos a la mascarilla y se la sacó— gracias a todos, volved a vuestro trabajo. Si me entero de algo más, os informaré. De momento he pedido que avisen a la policía.

—Poco van a hacer, más aún sabiendo que el objeto del robo será inservible dentro de unas horas —dijo Natalie, que no confiaba demasiado en el interés de la policía por aquel acto vandálico.

Todos volvieron a sus obligaciones, aunque ninguno se quitaba de la cabeza aquel atraco intolerable.

A media mañana, Natalie bajó a la cafetería y se unió a Lorna y Ava para su sesión diaria de cafeína. En cuanto se sentaron se les unió Annie Evans, la psicóloga infantil más apreciada del hospital. El tema principal era el atraco al transporte del páncreas; la voz había corrido por todo el hospital como la pólvora e iba de boca en boca.

—¡Madre mía! —exclamó Annie— es de película, creo que en este hospital nunca habíamos tenido un caso así. Un atraco para robar un órgano ¡qué barbaridad!

—Me ha sabido tan mal por el paciente —se quejó Natalie—. El pobre Cameron lleva tiempo esperando su oportunidad y su diabetes 1 está al límite. Me ha dado mucha pena.

—A mí también —ratificó Ava— el hombre es un amor y ya se veía curado, vaya decepción.

—¿Han avisado a la policía? —inquirió Annie.

—Eso nos ha dicho el doctor Kirkwood —contestó Lorna— aunque

dudo mucho que sirva para algo, el páncreas durará unas horas y estoy segura de que no vamos a recuperarlo.

—A lo mejor se podría avisar al FBI, seguro que hay especialistas en tráfico de órganos —propuso Annie y, automáticamente, Natalie pensó en Nash y en su cuñado.

—A lo mejor hago una llamada a ver qué me dicen —sugirió Natalie y lo anotó mentalmente.

—Por probar no pierdes nada. Hoy debe ser el día de los desastres, a mi me ha llegado una paciente nueva que ha perdido a su madre… la han asesinado. —Annie las miró al ver sus caras de sorpresa—. Ya sé que no debo hablar de mis pacientes, pero el hecho es de dominio público.

—¡Oh! Debe ser la chica que iba con un guardaespaldas esta mañana ¿no? —preguntó Natalie— la he visto deambulando por los pasillos custodiada por un hombre que parecía un armario. Me ha enseñado la placa, era un «poli».

—Sí, un caso complicado, no va a ser fácil devolverle las ganas de mirar hacia adelante y rehacerse de algo tan inhumano —aseguró Annie.

—¿No será la hija de un alto cargo del FBI? Creo que lo he escuchado por la radio —intervino Natalie.

—Exacto, ese mismo —Annie se encogió de hombros— lo que me pone en una situación bastante comprometida, tengo a varias personas pendientes de los posibles avances de la chica. Y la ayuda psicológica lleva su tiempo si se hace bien.

—Por algo eres la mejor —aseguró Ava y el resto la secundaron—. Bueno, aparte de los temas de trabajo y dado que nos quedan cinco minutos ¿Para cuándo la próxima salida nocturna?

—Propongo el próximo sábado por la noche —sugirió Lorna y el resto asintieron, excepto Natalie que se mantuvo pensativa.

—¿Tú no puedes? —la interpeló Ava.

—Bueno, aún faltan unos días y es posible que tenga una cita pendiente, aunque no hay nada seguro —Natalie notó los rostros expectantes de sus amigas y les guiñó un ojo. Entonces les explicó su atracción por cierto agente del FBI, que desde hacía bastante tiempo, tenía enquistado en la cabeza—. Y no puedo escuchar vuestras opiniones porque es hora de volver al trabajo.

—¿Vas a dejarnos así? —curioseó Annie—. ¡Necesitamos más información! ¡Cobarde!

—Exacto, hasta el próximo café —se levantó de la silla mirando el reloj y se despidió con la mano.

8 - UN SÁBADO ESPECIAL

A Natalie le rondó por la cabeza, durante todo el día, la idea de llamar a Nash, por varias razones. Primero, porque no pudieron verse el anterior domingo y aquel beso del sábado por la noche pudo ser el preámbulo de algo más. Y ella quería descubrir las posibilidades que tenía de serlo. Por otro lado, no perdía nada por preguntar por el tema del tráfico de órganos y enterarse de lo que podía hacer el FBI y en qué casos se implicaba. Eso era recabar información y nada más. Cierto era que su cuñado podía contestar a esa pregunta, pero si podía escoger…

Según el policía que se ocupaba de ello, habían examinado las grabaciones de las cámaras de las calles por las que había circulado el transporte de OPTN y tenían localizado el momento del atraco, pero los hombres iban completamente camuflados. Guantes, capuchas, mascarillas negras y chaquetas gruesas y amplias. Imposible comparar su físico con las imágenes guardadas en sus archivos. Como imaginaba, aquello no iba a resolverse fácilmente.

También detectaron el vehículo en el que viajaban, del que una cámara había captado la parte trasera, incluida la matrícula. La búsqueda consiguiente, realizada con muchas esperanzas, fue otro fiasco: era una matrícula falsa. Los números y letras que mostraba la grabación se correspondían con otro modelo de coche; concretamente con uno que se había llevado al desguace hacía más de un año. Otro callejón sin salida.

Natalie acababa de llegar a casa tras un día largo de trabajo. Se metió bajo la alcachofa de la ducha y consiguió que el agua caliente arrastrara el ligero dolor de cabeza que la acompañaba desde hacía horas.

Se vistió con ropa cómoda y vieja y se acomodó en el sofá para hacer la llamada que había pospuesto hasta ese momento. Buscó el contacto de Nash y pulsó a la vez que se le escapaba una sonrisa.

—¡Natalie! —saludó el agente con entusiasmo—. Te juro que lo que voy a decirte no es una excusa, aunque lo parezca. Quería llamarte, pero he tenido unos días nefastos y ha sido difícil encontrar el momento.

—Hola, Nash —Natalie se echó a reír—. Tranquilo, agente. Seguro que los malos te han tenido muy entretenido, recuerda que ya sé cómo va esto, que mi cuñado cumple condena cada cierto tiempo. Alana no le perdona ni una. En realidad te llamo para hacerte una consulta profesional.

—¡Vaya decepción! —su voz sonó algo triste y Natalie imaginó una mueca de desencanto—. Pensaba que querrías continuar con nuestra salida frustrada del sábado pasado.

—¿Y quién te ha dicho que no quiera? —inquirió Natalie con voz melosa—. Ya me dirás cuándo dispones de tiempo para mí y veremos si no coincide con alguna de mis guardias.

—Tenemos el sábado al caer, dime que mañana por la noche estás libre y te invito a cenar donde tú quieras —se ofreció Nash.

—Es un peligro que me digas eso, Brennan, soy de las que disfruta comiendo, que sepas dónde te metes —afirmó Natalie sin dejar de sonreír.

—Así que una sibarita ¿eh? —replicó Nash— eso me gusta, a mí también me complace disfrutar de la comida… entre otras cosas. Por cierto ¿cuál era la pregunta profesional?

—A ello voy, no me despistes —Natalie intentó centrarse en el tema que le preocupaba en aquel momento y dejar de lado las veladas insinuaciones de su interlocutor—. Resulta que hoy teníamos un trasplante de páncreas, estábamos todo el equipo en quirófano, esperando el órgano, y alguien lo ha robado durante su traslado.

—¿Alguien ha robado un páncreas? —Nash era conocedor del tráfico de órganos, pero no solía funcionar así.

—Lo estaba transportando el OPTN en uno de sus vehículos, cuando…

—¿Qué es el OPTN? —la interrumpió Nash.

—Es la Red de Obtención y Trasplante de Órganos, son los que se ocupan de recogerlos cuando tienen un aviso, mantienen el órgano en condiciones óptimas y se ocupan del traslado en base a las listas de espera y la proximidad del paciente receptor —le explicó Natalie—. El caso es que lo estaban llevando al hospital, los han atracado para llevarse el páncreas y nuestro paciente se ha quedado sin él.

—¿Habéis llamado a la policía? —Nash pensó que ese era el paso inmediato más lógico.

—Sí, claro, pero no han conseguido nada y las horas en que se puede aprovechar un órgano para trasplantarlo son muy pocas —la enfermera suspiró sonoramente—. Por lo que nos ha llegado, los han localizado en las grabaciones de las cámaras de seguridad de la calle, pero iban bien cubiertos; no se pueden identificar.

—Entonces la cosa no pinta bien —Nash imaginaba que Natalie buscaba en él una posible solución, pero no parecía algo factible, menos aún con un margen de tiempo tan reducido.

—Mi pregunta es si en el FBI también os dedicáis a investigar el tráfico de órganos, así en general —Natalie lanzó la pregunta.

—Por supuesto —aseguró Nash—. Recuerdo un caso sonado en el que la agencia descubrió una red dedicada a la venta de órganos

humanos procedentes de presos chinos, a los que ejecutaban en su país y de los que vendían los órganos. Fue algo a gran escala y tuvo mucha repercusión mediática.

—Y en este caso ¿podéis hacer algo? —inquirió Natalie.

—Yo sólo puedo comentarlo con algún agente de los que se dedican a ello, por si no se han enterado de este caso en concreto —comentó Nash— si no se ha hecho público y lo está investigando la policía es posible que ellos mismos pidan colaboración al FBI, cuatro ojos ven más que dos. Aunque ese órgano en concreto ya no tenga remedio. También dependerá de si tienen más casos similares.

—Gracias, Nash —Natalie suspiró— si te enteras de algo nuevo, ya me lo dirás.

—De nada. ¿Cómo quedamos mañana? —Nash no iba a colgar sin dejar bien atada aquella cita.

—¿Cómo de ocupado estás este sábado? —a Natalie se le acababa de ocurrir una idea—. Me refiero al día completo, no solo a la noche.

—Estoy a tu disposición, soy todo tuyo —lo cierto es que había pensado en trabajar algunas horas por la mañana, pero Natalie había pasado a ocupar el primer lugar, el resto podría esperar.

—Te recordaré tus palabras en algún momento —prometió—. ¿Qué te parece una escapada al *Shenandoah*?

—Me parece una idea perfecta para un día de primavera y más aún en tu compañía —respondió Nash sin dudarlo.

—Buena respuesta agente, pásame a buscar a las nueve, tú conduces.

*****

A más de dos mil kilómetros de allí, en la ciudad de *Marfa*, en el estado de Texas, una mujer recogía su pequeña tienda de comidas preparadas. Estaba segura de que, de encontrarse en un lugar más turístico, su negocio prosperaría. Era una buena cocinera, pero su clientela siempre era la misma y sus ingresos le daban lo justo para ir tirando. Por suerte, el alquiler del local era asequible y su casero una buena persona.

Sabía que lo mejor era no moverse de allí. Aquella ciudad le había dado seguridad y anonimato, justo lo que necesitó en su momento.

Cierto era que, a veces, soñaba con largarse y buscar un nuevo destino, pero no acababa de decidirse a dar un paso que podía acabar siendo peligroso. Estaba harta de tragar polvo, que era muy abundante en aquella parte del mundo, tanto como las vacas. Pero allí no llamaba la atención, estaba adaptada y tenía las relaciones justas con el vecindario. La zona más turística de la ciudad le quedaba muy alejada y nunca la visitaba. Era precavida.

Debido a los sucesos de su juventud, se había convertido en una

persona cauta en extremo, desconfiada y muy prudente en sus relaciones. No solía fiarse de nadie hasta que le demostraban que eran dignos de confianza. Su pequeño círculo de conocidos y muy pocos amigos eran suficientes, no podía arriesgarse; cualquiera podía acercarse a ella bajo una falsa identidad y descubrir dónde se escondía. No iba a permitirlo.

A pesar de todo, a veces se hundía. En esas horas de soledad en su pequeño piso, ubicado en la trastienda, cuando caía la noche y miraba las estrellas desde la ventana, añoraba lo que nunca llegó a tener, lo que dejó marchar debido a que no tenía otra opción. Y lloraba. Lágrimas silenciosas, íntimas, secretas… a veces odiaba su vida; tanto como al hombre que casi se la arrebató. Cuando eso ocurría, se prometía que algún día, quizá no muy lejano, podría volver a verla. Se resistía a perder toda esperanza.

*****

Nash pasó puntualmente a buscar a Natalie por su casa, a las nueve de la mañana del sábado. Ella reconoció el coche desde la ventana y bajó en cuanto él llamó al portero electrónico.

—Buenos y soleados días —la saludó y le abrió la puerta del copiloto—. ¿Cómo estás?

—Después de dormir nueve horas seguidas, como nueva —respondió Natalie con una sonrisa y miró al cielo—. Ni una nube, un día perfecto para hacer un poco de senderismo.

—Estoy de acuerdo —Nash se sentó al volante y el coche se encaminó hacia la salida de la ciudad—. Allá vamos.

El trayecto de poco más de una hora hasta llegar al parque nacional, pasó volando. Nash puso música y descubrieron que tenían gustos muy similares, incluso acabaron cantando juntos y se sorprendieron al ver lo bien que encajaban sus voces. Hablaron sin cesar, obviando sus respectivos trabajos, y fueron conscientes de que disfrutaban de la compañía del otro.

Natalie sabía que su buen humor se acrecentaba cuando estaba en compañía de Nash y eso le gustaba. Ella solía ser una mujer alegre y disfrutaba de las pequeñas cosas. Aprovechó el hecho de ir de copiloto para observar a conciencia el perfil de Nash, su sonrisa, esos mechones claros que siempre se apartaba de la frente. Y recordó, más de lo que quería reconocer, que el beso que habían compartido había trastocado algo en su interior. Bueno era saberlo para poder controlarlo.

Nash, por su parte, estaba deseando poder acercarse más a Natalie. Tras la aproximación del sábado anterior, la cosa no pintaba mal. Ella parecía receptiva a sus avances y no iba a frenarse más. Lo había hecho con anterioridad por su amistad con Jeff. Le daba algo de miedo que, si las cosas se torcían, pudiera repercutir en la relación con

su amigo, hasta que concluyó que eso no tenía por qué ser así. Natalie empezaba a convertirse en un pensamiento recurrente y esperaba solucionarlo intimando con ella. En algún momento.

—Te has quedado muy callado —observó Natalie—. ¿En qué piensas?

—Pregunta retorcida donde las haya… —replicó Nash—. Si te digo que en nada, no me creerás. Si te miento, lo adivinarás. Y si te digo la verdad, me la juego.

—¿Te la juegas? —Natalie levantó las cejas sorprendida—. ¡Ahora sí que tengo curiosidad! Y sólo me vale la verdad.

Nash se quedó en silencio y Natalie, que no apartaba la mirada de su rostro, le dio una palmada en la pierna.

—¡Suéltalo ya! No voy a comerte y deberías tener en cuenta que la mejor opción es la sinceridad— lo animó Natalie.

Ya estaban llegando y Nash aparcó el coche en silencio, dispuesto a ser completamente honrado; pero para eso quería mirarla a los ojos. Se quitó el cinturón de seguridad y se giró en su asiento para quedar cara a cara con ella.

—Tú lo has querido —tal como empezó a hablar se acercó lentamente a ella—. Estaba pensando en nuestra despedida del pasado sábado. Justo en este coche. Y en que me encantaría repetirlo. Me dejaste con ganas de mucho más, Nat. Tantas, que no he conseguido apartarte del todo de mi mente desde entonces. Te has convertido casi en un incordio ¿sabes? Porque apareces sin más, sin avisar. Y me despistas. Eso en mi trabajo puede ser peligroso.

—¡Vaya! ¿Y qué piensas hacer al respecto? —el corazón de Natalie empezó a latir más fuerte, casi como un caballo desbocado—. ¿Cómo vas a eliminarme de tus pensamientos? No querría ser la causante de ningún accidente, de verdad.

—No sé si esto va a funcionar o si va a empeorar la situación — Nash estaba a un suspiro de la boca de Natalie. Solo le hizo falta el atisbo de su sonrisa para lanzarse a un beso que fue más intenso que si lo hubiera hecho al vacío y sin paracaídas.

El tiempo se paró, o eso les pareció a ambos, mientras sus bocas se buscaban frenéticas, sus lenguas bailaban al son de un deseo descontrolado y sus manos se buscaban ansiosas. Por lo visto la necesidad era mutua y la sinceridad funcionó bien para los dos. Hasta que recordaron que estaban a la entrada del parque nacional, dentro de un coche y rodeados de gente que había tenido la misma idea para pasar el sábado.

A Nash le entraron ganas de volver a la ciudad y llevarse a Natalie directa a su cama. Pero igual a ella no le parecía que fuera el momento.

—¿Quieres quedarte o volvemos a casa? A cualquiera de las dos, la

tuya o la mía —le preguntó sin dejar de besar su cuello. Debía hacer el intento.

—Mmm… —Natalie abrió los ojos— creo que ya que estamos aquí, nos quedamos.

—¡Aguafiestas! —Nash lo dijo sonriendo, al fin y al cabo la cosa no iba nada mal. Podía esperar.

Pasaron un fantástico día, recorrieron buena parte del parque, caminaron cogidos de la mano y volvieron a la ciudad con la previsión de pasar la noche juntos. Los besos no habían cesado en todo el día y el deseo había llegado a cotas muy altas, por lo que ambos estaban anhelando ir más lejos.

Pero, justo cuando estaban subiendo en el ascensor del edificio donde vivía Natalie, le sonó el móvil. Miró la pantalla a la vez que susurraba una disculpa a Nash y vio el nombre del doctor Kirkwood. No era normal que la llamara cuando tenía el día libre, a no ser que fuera por una urgencia.

—Tengo que contestar, lo siento —le comentó a Nash— es del hospital.

—Claro, tranquila —Nash tuvo la intuición de que su futuro próximo se acababa de frustrar.

—Doctor Kirkwood —dijo Natalie—. ¿Qué ocurre?

—Hola, Natalie. Siento llamarte en un día de descanso, pero tengo un pulmón para la señora Haines y dos enfermeras del equipo de guardia, Ava y Liz, están de baja por gripe —explicó el cirujano—. ¿Podrías estar aquí en media hora?

—No se preocupe, salgo ahora mismo —fue la respuesta inequívoca de Natalie. La señora Haines llevaba bastante tiempo esperando ese pulmón, que podía salvarle la vida.

Se despidió, guardó el móvil y miró a Nash, encogiéndose de hombros.

—Lo siento, pero es una urgencia; un trasplante de pulmón y faltan enfermeras, tenemos a un par de baja —Natalie ya buscaba las llaves de su coche—. Me voy al hospital. No sé si podremos vernos mañana. Es posible que trabaje la mayor parte de la noche y el domingo necesite dormir.

—¿Qué haces? —Nash le señaló las llaves.

—Voy a buscar mi coche.

—Ni hablar, yo te llevo —Nash no le dio opción a réplica y la escoltó hasta el auto.

Natalie llegó en tiempo record al hospital y se olvidó de todo lo que no fuera su trabajo.

Nash volvió a su piso y tuvo tiempo de darle vueltas al magnífico día que había pasado en compañía de aquella mujer que, de alguna extraña manera, no hacía más que colarse en su mente. Y caviló sobre

si los trabajos que tenían no iban a hacer más que ponerle trabas a sus intentos de acercamiento. Se adaptaría a lo que fuera.

9 – LA MADRE BIOLÓGICA

Nash despertó solo en su piso, el domingo por la mañana, y descubrió que tenía un mensaje de Natalie, en el que lo avisaba de que había llegado de madrugada a casa y que necesitaba dormir.

La noche anterior pensó mucho en ella; en su forma de ser, en su risa alegre, en ese trabajo suyo tan sacrificado, en sus bromas y… en su boca. Esa boca de la que se había convertido en esclavo en muy poco tiempo, y que sabía más dulce que la miel. Consiguió dormirse cuando decidió que se estaba comportando como un idiota y que ya era hora de volver a ser él.

No le duró mucho. Acababa de levantarse y ya la añoraba, por lo que decidió pasar el día con su familia. Se lo debía y le serviría para distraerse. Sus padres vivían en Georgetown, junto a sus dos hermanos pequeños, Cade y Bret, los mellizos de veinte años que llegaron al mundo cuando sus padres creían que Nash sería hijo único para siempre. Adoraba a sus hermanos, pero los veía mucho menos de lo que debería. Entre su absorbente trabajo y la edad de los mellizos, que entre estudios y amigos casi no pisaban su casa, no era fácil coincidir, excepto en la comida de los domingos. A su padre le encantaba ocuparse de la barbacoa, en cuanto el tiempo lo permitía, y su madre preparaba su ensalada de col y la salsa secreta especial para la carne, de la que nadie conocía todos sus ingredientes.

Pasó el día con ellos, pinchó a sus hermanos para arrancarles datos sobre sus posibles novias, ayudó a su padre con la barbacoa y le dio a su madre todos los besos que le debía. Fue un buen domingo, pero cuando llegó a casa fue consciente de que no había conseguido quitarse a Natalie de la cabeza, algo que empezaba a preocuparle seriamente.

Por suerte, sabía que el trabajo lo mantendría ocupado. Esa noche, antes de dormir, habló con Natalie, y después repasó mentalmente todo lo que sabía sobre el caso del asesinato de Abra Clark. Le esperaba una semana intensa.

*****

Nash recordó el robo del páncreas que le había explicado Natalie y se dirigió a primera hora a hablar con uno de los agentes que se dedicaba a la investigación sobre el tráfico de órganos y que, el año anterior, junto con su equipo, había descubierto una red que se dedicaba a ello y detenido a la mayoría de sus componentes.

Nash lo encontró en el área de descanso tomando un café y se unió

a él. Se llamaba Darren Powell.

—Hola, Nash ¿Te importa que hablemos aquí mismo? —le preguntó señalando una de las mesillas redondas donde podían acomodarse.

—No hay problema —ambos se sentaron— sólo será un momento.

—Tú dirás —Darren dio un sorbo a su café.

—¿Te has enterado del robo de un páncreas que trasladaban al Hospital Central? —Nash no sabía si el dato se había hecho público—. Creo que fue un atraco al vehículo que lo transportaba.

—Sí, lo sé, me ha llegado a través de la policía —contestó Darren —. Cualquier tema relacionado con el tráfico de órganos, nos lo comunican; por si tiene que ver con nuestras investigaciones o podemos relacionarlo.

—¿Os vais a implicar o se queda el caso la policía? —Nash tenía curiosidad.

—Este caso ya está cerrado —le explicó Darren—. Ayer mismo localizaron el páncreas robado, tirado a un lado de la carretera, a la salida de la ciudad, no demasiado lejos de donde tuvieron lugar los hechos.

—¿Qué sentido tiene eso? —Nash se extrañó— lo roban y después lo tiran, no lo entiendo.

—Tiene una explicación —Darren se encogió de hombros, no era la primera vez que veía un caso como ese— lo más probable es que haya un tío muy rico en alguna lista de espera y que no le toque aún recibir el páncreas. Paga para que lo roben, pero resulta que debido al grupo sanguíneo o algún otro factor médico, no es compatible, lo que significa que el órgano no le sirve para nada.

—Y la persona que lo estaba esperando se queda sin él —puntualizó Nash— el pobre chico tiene diabetes tipo 1 y está grave.

—Sí, la vida no es justa —asintió Darren— lo más seguro es que los asaltantes llevaran en el vehículo todo lo necesario para hacer los análisis pertinentes lo antes posible y, al ver que era incompatible, se deshicieron de él.

—Creo que el vehículo llevaba una matrícula falsa —apuntó Nash — y era una furgoneta de tamaño medio.

—¿Cómo sabes eso? —Darren frunció el ceño.

—La policía lo comunicó al hospital y conozco el caso debido a una enfermera que es amiga mía —explicó Nash.

—Bueno, lo que sí puedo decirte es que no es un caso aislado, me han llegado noticias de que han tenido lugar hechos similares en otros estados —le comunicó Darren—. Los están investigando en su lugar de origen.

—¿Estáis en contacto por si están relacionados? —se interesó Nash.

—Tenemos bases de datos compartidas para muchos casos

relacionados con el tráfico de órganos, pero no puedo decirte nada más, de momento —Darren se levantó dando por finalizada la improvisada reunión—. Si me llega más información te avisaré.

—Te lo agradezco, Darren, gracias.

*****

Nash iba en busca de Gwen, pero antes de llegar a su mesa, le entró un mensaje de O'Neil. Lo esperaba en su despacho. Allí se encontró a su compañera, que también lo había recibido. Un hombre mayor estaba al lado de su superior.

—Brennan —O'Neil lo miró con el ceño fruncido— te esperábamos.

—Lo siento, estaba…

—Es igual —lo interrumpió el director— os presento a Adam Moldoon, uno de los Directores de Análisis de Conducta. Vais a responder ante él en el caso de la Directora Clark y él me irá informando puntualmente. Es algo provisional, hasta que sea designado el sucesor de Abra. Yo debo ausentarme y estaré un tiempo fuera, en el sur del país. ¿Alguna pregunta?

—Antes que nada —Moldoon se dirigió a ambos agentes— quiero ofreceros mi total colaboración y anunciaros que no tengáis problema alguno en entrar en mi despacho en cualquier momento. Estoy a vuestra disposición. Solo espero que este caso se resuelva antes de mi jubilación, ya que estoy en la recta final.

Lo dijo sonriendo y al instante el hombre les cayó bien a ambos. Se notaba su edad, pero también su buen talante y sus ganas de colaborar.

—Será un placer, Director Moldoon —Nash estrechó la mano que éste le tendía— le mantendremos informado.

—Lo mismo digo —Gwen estrechó su mano igualmente y sonrió—. Intentaremos avanzar rápido y no retrasar su jubilación.

En cuanto salieron del despacho, Nash y Gwen se dirigieron a sus puestos por si tenían nuevos datos, mientras comentaban sus impresiones.

—Parece un buen tipo —comentó Gwen— es jovial y eso no es muy común entre los Directores.

—Tienes razón. —Nash se quedó pensando—. Su nombre me suena de haberlo oído en un caso sonado de hace algo más de un año. ¿Recuerdas la bomba en la Plaza *Farragut*, en el distrito 2?

—¡Sí! ¡Ya lo creo! Un loco le puso una bomba a una chica que era amiga de una agente y la hizo explotar, salió en todas las cadenas de televisión —recordó Gwen— fue un caso muy mediático.

—Pues creo que Moldoon era el superior de la agente, no recuerdo si se llamaba… Saylor —Nash entrecerró los ojos—. Creo que Naomi Saylor.

—No recuerdo su nombre, sólo que era negociadora de rehenes, pero no pudo hacer nada para salvar a su amiga —Gwen se encogió de hombros y recordó el disparo recibido hacía unos meses— a veces las cosas se tuercen. Pero me gusta Moldoon. Intentaremos no retrasar su jubilación.

*****

Nash y Gwen revisaron todos sus correos, los indicios obtenidos hasta el momento y la información recabada. Casi nada nuevo.

—Podemos volver al *parking* y dar un nuevo repaso, quizás se nos haya pasado algo por alto —propuso Gwen.

—Intento entender para que querían esos tipos encontrar a Laura —comentó Nash—. Vale, su madre era un cargo importante del FBI y la han matado de un tiro, pero no sé si la razón era más una rabieta que otra cosa. Si su interés estaba en la niña y no les dio tiempo a buscarla… ¿Para qué? ¿Matarla o secuestrarla? ¿Qué intenciones podían tener? Me falta un motivo, un móvil.

—Cierto, está claro que no tenemos un móvil, aparte del hecho de cargarse a una agente federal. Quizá sólo era hacer daño a Abra Clark —Gwen se quedó mirando al techo— o secuestrar a la chica para pedir un rescate y la cosa se les torció.

—Por otro lado, Laura nos pidió buscar a su madre biológica y tenemos la copia de la adopción, aunque ahí no consta ese nombre; pero podemos consultar el registro oficial, por si ahí hay algún dato más —propuso Nash—. ¿Y si es su madre la que está detrás de esto? Tampoco es algo descabellado. Imagina que han pasado los años y quiere recuperar a su hija.

—¡Venga, Nash! —Gwen negaba con la cabeza— si quisiera eso ¿Iba a recuperarla con un secuestro? ¿Matando a su madre adoptiva? ¡Es de locos!

—Sólo era una teoría absurda, pero imagina que esto es un *brainstorming* y podemos decir todo lo que se nos ocurra —planteó Nash.

—De acuerdo —Gwen sonrió— la madre está en un psiquiátrico y se ha escapado. Paga a unos sicarios que rapten a su hija porque quiere recuperarla.

—Muy peliculero. ¿Y qué sabemos de su padre? —Nash se masajeó la nuca y miró al techo—. Absolutamente nada, ni siquiera si él sabe que lo es, sea quien sea. Pero deberíamos tenerlo en cuenta, aunque es posible que sea un hombre anónimo que no tiene ni idea de que una hija suya anda por ahí.

—Entonces, según tu idea, lo de Abra está directamente relacionado con Laura ¿no? —preguntó Gwen—. También puede ser cosa de una banda que solo quería acercarse a la chica porque la

vieron en el restaurante y les gustó. Es muy guapa, iban a acosarla, pero todo se torció.

—Tampoco me convence. Creo que sí está relacionado, aunque no conocemos el móvil ni tenemos pruebas —comentó Nash— o sea que más nos vale ponernos manos a la obra. Ninguna de las opciones me parece convincente, creo que hay algo más.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué te parece si yo voy a revisar de nuevo el parking y tú investigas en el registro de adopciones y buscas qué agencia fue la que lo tramitó? —propuso Gwen—. No fue adopción abierta, eso seguro, ya que no tenemos datos.

—Haré una búsqueda en las Agencias Públicas Nacionales, a ver si saco algo en claro —Nash se quedó pensando— creo que me pasaré a ver a los *hackers* de Tecnología y todo será mucho más rápido.

—Eso si consigues que te hagan un hueco —rió Gwen y se levantó para coger su cazadora—. Nos vemos luego, compañero.

*****

Nash consiguió infiltrarse en el área tecnológica, aunque tuvo que suplicar por unos minutos de asistencia. Le atendieron rápido por tratarse del asesinato de Abra Clark, ya que, por lo que le contaron, no daban abasto con la cantidad de peticiones de información que recibían diariamente desde todos los departamentos.

Se acomodó al lado de uno de los agentes, Jason, que era de los que se pasaban el día ante su ordenador, y le entregó las hojas de adopción de Laura Clark.

—¿Crees que es posible que, con el número de registro, podamos conocer más datos? —preguntó Nash, señalando el número de seis cifras, seguido de dos letras, indicado en la parte superior derecha de la hoja.

—Qué raro… —fue el críptico comentario de Jason— por la fecha del registro y la del nacimiento de la niña, este documento debería parecerse a otros del registro de adopciones, pero parece un folio impreso sin más. Vamos a ver que encontramos.

Nash frunció el ceño y volvió a mirar el papel. Cierto era que no llevaba ningún distintivo, sello o logo identificativo. En la segunda hoja, sólo constaba el título de «certificado de idoneidad», acompañado del de antecedentes penales y el médico a nombre de Abra Clark.

Antes de que acabara de releerlo, el agente que había entrado en la base de datos correspondiente, complicó más las cosas con su comentario.

—Este certificado es falso —aseguró Jason— ese número de registro, en combinación con las letras, no existe para las adopciones realizadas en Estados Unidos.

—¿Puedes hacer una búsqueda por el nombre de la niña o el de Abra Clark, por si aparece el auténtico, si es que existe? —solicitó Nash.

—Vamos a comprobarlo —el agente tecleó a toda velocidad, hizo una consulta acotando los resultados por el apellido y las posibles fechas y apareció una columna de nombres por orden alfabético. Las revisó de principio a fin—. Lo siento, pero el nombre de Laura Clark no aparece, ni tampoco Abra como madre adoptiva.

—¿Entonces puedes asegurar que no hubo una adopción legal? —insistió Nash.

—Sólo existe una posibilidad —el agente miró a Nash y se encogió de hombros— y es que se haya querido esconder por algún motivo y esté en otra base de datos de ficheros secretos encriptados. En un caso como ese, sería posible que, quizá, la madre biológica estuviera dentro del programa de protección de testigos. Son datos extremadamente preservados, como puedes imaginar.

—¿No tienes acceso a ellos? —Nash cada vez sentía más curiosidad.

—Lo tengo, pero necesito una autorización, en tu caso del Director O'Neil, sin ella no puedo hacer nada —contestó el agente informático.

—De acuerdo, la conseguiré —Nash estrechó la mano del agente—. Gracias por todo, Jason. Nos vemos.

Nash pensó que ese mismo día podría hablar con O'Neil, pero cuando lo intentó le dijeron que no se encontraba en el edificio y que no volvería en un tiempo. Pronto realizaría un viaje de trabajo y él debía dirigirse a Moldoon durante su ausencia.

Nash comentó con Moldoon el tema de la búsqueda en los archivos de protección de testigos.

—En un asunto tan delicado, prefiero hablar primero con O'Neil —comentó su nuevo y provisional responsable—. Intentaré contactar con él durante el día de hoy y te digo algo.

—Se lo agradezco —contestó Nash— a lo mejor es una búsqueda baldía, pero me quedaré más tranquilo si la hacemos. Me ha extrañado mucho que la adopción de la hija de la Directora Clark no sea tal. Los asesinos parecían buscar a la niña y eso nos da indicios de una posible relación con su adopción.

—Lo entiendo —Adam Moldoon asintió y se quedó pensativo— aunque existe otra posibilidad para localizar a la madre.

—¿A través del ADN? —sugirió Nash.

—Sí, no sería descabellado que la madre biológica estuviera fichada. A veces las madres que dan a sus hijos en adopción, aparte de problemas económicos tienen muchos otros, entre ellos con la policía o la justicia.

—Pero la niña solo tiene quince años —se preocupó Nash— necesitaremos la autorización de su tía para obtener una muestra.

—¿Crees que pondrá trabas? —se extrañó Moldoon.

—No lo sé; es posible que vea amenazada su custodia si encontramos a la madre biológica y, más aún, si añadimos el hecho de que la adopción de Abra Clark no fue tal —reflexionó Nash—. La custodia debe pasar una serie de controles, no olvidemos que la señora Stuart es una persona muy mayor y que el resto de la familia de la costa oeste no dio muestras de tener ningún interés en Laura.

—Tienes razón. Creo que lo mejor sería que hablaras con la mujer lo antes posible —aseguró Moldoon—. Cotejar la muestra con los datos de la agencia y con la Interpol sería una búsqueda bastante rápida y pronto sabríamos si hay alguna posibilidad de localizarla.

—De acuerdo, voy a verla ahora mismo.

Nash llegó enseguida al domicilio de la tía Grace. La anciana abrió la puerta tras preguntar por su identidad y lo dejó pasar.

—¿Cómo está Laura? —se interesó el agente.

—Hoy ha retomado sus clases en el instituto —la mujer le ofreció asiento y ella se acomodó en una vieja butaca floreada—. Creo que es importante que esté entretenida para intentar llevar el duelo de la mejor manera. Por desgracia nos esperan días oscuros.

—Seguro que volver a sus clases, aunque no esté muy concentrada,

es bueno para ella; al menos es algo conocido y le dará seguridad —Nash estuvo de acuerdo—. Debe procesar demasiados cambios y la pérdida de su madre.

—¿Y a qué debo su visita, agente? —murmuró la anciana, que mostraba signos de haber envejecido en unos días—. ¿Han averiguado algo más sobre el asesinato de mi sobrina?

—Estamos trabajando intensamente en ello, señora Stuart —aseguró Nash—. Pero he venido porque hemos hecho un descubrimiento… perturbador.

—¿Qué puede ser más perturbador que el asesinato de un familiar? —la mujer se secó una lágrima que había escapado a su férreo control.

—Nada, eso es cierto, pero Laura nos pidió que indagáramos sobre la identidad de su madre biológica y, al hacerlo, hemos descubierto que el registro sobre su adopción era falso —Nash hizo una pausa, su siguiente pregunta era delicada—. ¿Sabía usted algo de eso? ¿Laura se lo ha contado?

La expresión de auténtica sorpresa de la anciana no podía ser impostada. Eso, o era una actriz consumada.

—¡¿Cómo es posible?! —exclamó abriendo mucho los ojos—. La niña no me ha dicho nada, pero recuerdo bien aquellos días. Abra, de un día para otro, me informó de que iba a adoptar a una niña de muy corta edad. Me extrañó mucho, ya que estaba muy centrada en su carrera y nunca había dado señales de querer ese papel en su vida. Ni siquiera tenía una relación seria, siempre que salía con alguien le duraba cuatro días.

—¿Recuerda algo más? ¿En algún momento le habló de la madre biológica? —Nash pensó que quizá la mujer tuviera alguna información relevante.

—La verdad es que no —la mujer entrecerró los ojos y se mesó los cabellos, intentando activar su memoria—. Discutí con ella, eso lo recuerdo. Le dije que no iba a poder con todo si seguía en ese trabajo que la absorbía tanto. Hizo un comentario sobre una amiga… pero no recuerdo… a veces me falla la memoria ¿sabe?

—Claro, no se preocupe. ¿Conocía usted a sus amigas? —Nash intentaba que siguiera hablando, a veces era la manera de que aparecieran recuerdos olvidados.

—Lo cierto es que casi a ninguna, Abra siempre había sido muy suya —suspiró con tristeza—. Me dijo que una amiga necesitaba ayuda, eso fue. Insistí para que me lo explicara, pero no lo hizo. En cambio, me preguntó si estaba dispuesta a ayudarla cuando no pudiera con todo. Le dije que sí, claro, pero me sorprendió su dedicación tanto a la niña como a su trabajo. Pudo con todo y debo reconocer que lo hizo bien.

—Voy a pedirle algo —la anciana lo miró a los ojos, como si

despertara de sus recuerdos y asintió—. Para intentar localizar a la madre biológica, necesitamos una muestra de ADN de Laura, pero también su autorización, ya que es menor de edad.

—¿Y qué ocurrirá si la encontráis? —la mujer frunció el ceño—. ¿Podrá llevarse a Laura? ¡Porque no pienso permitirlo! Si esa mujer, sea quien sea, entregó a su hija, no voy a devolvérsela.

—No se lo pido por eso, señora Stuart, ha sido Laura la que nos ha solicitado que la busquemos —Nash se atrevió a coger la mano de la mujer, al notar que estaba a punto de echarse a llorar—. Ella no sabía que era adoptada y ahora siente la necesidad de saber algo más de sus orígenes, la curiosidad es normal. También pensamos que podría existir una relación con el asesinato de su sobrina.

—Mire, joven, yo sé que no soy santo de la devoción de mi sobrina Laura, siempre me ha visto como a una cascarrabias y supongo que yo tengo la culpa; pero no voy a dejar que se la lleve nadie. No conozco a esa mujer, sea quien sea, ni deseo hacerlo.

—Usted decide, pero tendrá que explicarle a Laura sus razones —Nash sabía qué tecla tocar para llegar dónde quería—. Imagine una de las posibilidades, que la mujer esté en prisión, por ejemplo. O que haya muerto, o que...

—O que tenga una familia feliz y Laura se sienta todavía peor —lo interrumpió Grace—. ¿Cree que voy a arriesgarme a eso?

—Es su decisión —Nash sacó una tarjeta de su bolsillo— tenga, aquí tiene mi número. Si llega a dar autorización a Laura para la prueba de ADN, llámeme.

*****

Nash y Gwen coincidieron en las oficinas a última hora de la tarde.

—¿Qué tal en el parking? —preguntó él—. ¿Ha habido suerte?

—No sé qué decirte —Gwen se encogió de hombros—. Al mirar con lupa los alrededores de la ubicación dónde se encontraba el cuerpo, he descubierto un casquillo de bala embutido en la banda de rodadura de una rueda de un coche cercano al disparo.

—¡Eso es genial! —exclamó Nash.

—No tanto —Gwen desinfló enseguida sus expectativas—. Lo he llevado a balística yo misma y lo he colado como urgente al avisar que era una de las balas que mató a la directora.

—¿Y…? —Nash no veía a Gwen nada entusiasmada.

—Pues que son de un modelo muy usual de 9 mm. de acero latonado y sin rastro de huellas, ni siquiera una parcial, por lo que, en realidad, no tenemos nada.

—No hacemos más que encontrarnos en callejones sin salida —Nash resopló y se dio cuenta de que la resolución del caso estaba en pañales.

—¿Cómo te ha ido a ti? —inquirió Gwen, esperando que fueran buenas noticias.

Nash le relató su visita a la tía de Laura, su reticencia y sus miedos a recoger una muestra de ADN y el muro al intentar acceder a los datos de testigos protegidos.

—Entiendo que un principio básico en la protección de testigos sea que los datos de sus miembros sean inaccesibles —comentó Gwen— pero en este caso tenemos buenas razones para consultarlos, podrían estar relacionados con el asesinato de Abra Clark.

—Espero a que Moldoon me diga algo cuando haya conseguido hablar con O'Neil, pero si no tengo pronto buenas noticias insistiré en ello. Tengo una especie de corazonada —insistió Nash.

—Recuerda que la mayoría de los acogidos al programa están relacionados con la delincuencia o son testigos de crímenes, por eso justamente necesitan del anonimato —observó Gwen—. También podríamos intentarlo a través de Bill Peters.

—¿El de la DEA? ¿Crees que tendrá más fácil acceso?

—Podría ser, aunque es posible que no nos de la información aunque pueda, claro —Gwen hizo un mohín de desagrado—. Nos dirá que sigamos los cauces habituales y no intentemos saltarnos las reglas.

*****

—Hoy ha venido uno de los agentes del FBI —Laura escuchó las palabras de la tía Grace sin prestar mucha atención.

—Vale —contestó, esquivando a la mujer y dirigiéndose a su habitación para encerrarse con la excusa de estudiar, a pesar de no haber abierto un libro desde antes de la muerte de su madre.

—¡Espera un momento! —la mujer empujó la puerta, antes de que le diera en las narices—. ¿No te interesa saber qué querían?

—Imagino que no han detenido al asesino que mató a mi madre ¿verdad? —preguntó Laura con hastío.

—¿Ya te has olvidado de que les pediste que buscaran a tu madre biológica? —la mujer notó la sorpresa en el rostro de la chica—. Sí, me lo ha contado. Necesitan mi permiso para que les des una muestra de ADN.

—¿Y eso porqué? —Laura frunció el ceño, adivinando la negativa de su tía—. Quiero darles una muestra y lo haré, me da igual que les hayas dicho que no.

—Pero, hija… —intervino la tía Grace.

—¡No me llames hija! —la interrumpió Laura, con lágrimas en los ojos—. Ni siquiera sé quien es mi verdadera madre. Hasta hace una semana estaba segura de que era Abra Clark y ahora no sé nada. ¡Nada de nada! ¿Entiendes? ¿De dónde vengo? Una cosa era no saber quién era mi padre, pero es que ahora no sé ni siquiera quien soy yo.

—Siempre serás Laura Clark —la tía Grace entendió el dolor que arrastraba la niña, la confusión y la tristeza. No podía ponerla aún más en su contra. Por lo que cedió—. De acuerdo. Si quieres dar una muestra de ADN al FBI para que busquen a tu madre, les daré mi autorización.

Laura notó el desgaste que también mostraba la anciana. Recordó que nunca habían tenido muy buena relación, pero sabía el cariño que le tenía su madre. Se sintió mal, como si la hiciera pagar por sus problemas, cuando la mujer no tenía la culpa de nada. Se desinfló y algo se le rompió por dentro. Se acercó a la mujer, se le escapó un sollozó y la abrazó con fuerza, musitando la palabra «gracias» como si fuera una letanía.

*****

Al día siguiente, Laura y Nash hablaron por teléfono y ella accedió al edificio del FBI para que tomaran la muestra de ADN. Le aseguraron que en cuanto tuvieran cualquier información, contactarían con ella y su tía.

Por otro lado, a Nash y Gwen los llamó Moldoon a su despacho. Ambos se presentaron enseguida, suponiendo que había hablado con O'Neil.

—Adelante —la voz del jefe les dio paso a su despacho—. Sentaos, por favor—. Ayer a última hora pude hablar con el Director O'Neil.

—¿Buenas noticias? —Nash mostró su impaciencia y Gwen lo miró de reojo.

—Bueno, no creáis que no me ha costado lo mío —les hizo saber Moldoon—. En un principio O'Neil no veía razones para acceder a protección de testigos. No creía que existiera razón suficiente para relacionar la muerte de Abra Clark con la adopción de su hija.

—¿Y lo convenció? —esta vez la impaciente fue Gwen.

—Fue una charla larga, pero lo hice —los dos agentes respiraron aliviados—. Yo mismo he hablado hace un momento con los de Tecnología para que accedan y nos pasen la información.

—¿Siempre es tan difícil acceder a esa base de datos? —se interesó Nash—. Entiendo que son especiales y muy peligrosos si se hacen públicos, pero somos agentes.

—Creo que van con tanta meticulosidad por una vez en que se utilizaron mal y llegaron a manos de un par de agentes comprados por una red de contrabando —explicó Moldoon—. Por desgracia esas cosas ocurren. Mataron a los testigos en tiempo record y eso no deja buenas sensaciones para los protegidos por el sistema. Viven con miedo y un caso como ese no los deja vivir tranquilos.

—Es comprensible, sí —claudicó Nash y miró a su compañera—. ¿Le hacemos una visita a Jason?

—¡Ahora mismo! —asintió Gwen.

11 – UNA CENA PENDIENTE

Estaba siendo una semana intensa. El intento de acceso a la base de datos de la mano del agente de tecnología se haría al día siguiente, ya que también necesitaba la autorización conjunta de su superior, que debía ponerse en contacto con Moldoon. La burocracia reinaba en todas partes, incluso cuando se consideraba una petición de imperiosa necesidad.

La muestra de ADN de Laura Clark estaba en el laboratorio, catalogada también como urgente, pero tardaría un poco en obtener resultados, aún no sabían cuánto con exactitud. Les avisarían pronto, eso les dijeron.

Por otro lado, en los momentos en los que el trabajo le daba un respiro, la imagen de Natalie no dejaba de aparecerse en su memoria, instándolo a llamarla y quedar con ella. Su fin de semana truncado debido a un trasplante urgente, se había alargado durante lo que parecía un siglo. Unos cuantos mensajes no eran suficientes. Ya estaba en casa y decidió probar suerte y llamarla. Sus horarios siempre eran una especie de galimatías entre turnos, guardias y descansos.

—¡Nash! No vas a creerme, pero estaba pensando en ti— fue el saludo de Natalie—. Acabo de entrar en mi casa y tú has entrado en mi cabeza sin pedir permiso, que lo sepas. Casi te diría que te has convertido en un dolor de muelas.

—¡Vaya! Diría que lo siento, pero no sería cierto —Nash rio con ganas y decidió no reprimirse—. Debe ser justicia divina, ya que tú invades mi mente demasiado a menudo, preciosa.

—Me parece bien, entonces estamos a la par; aunque creo que deberíamos solucionarlo ¿no te parece? —sugirió Natalie—. ¿Qué propones?

—Pues creo que, aunque no haya llegado el fin de semana, ambos vamos a cenar hoy ¿no? —no esperó respuesta de ella—. ¿Qué te parece hacerlo juntos?

—¡Me apunto! ¿A mitad de camino entre tu casa y la mía? —propuso Natalie.

—Tengo una idea mejor, si es que te atreves —Nash iba improvisando sobre la marcha, a la vez que hacía memoria sobre lo que tenía en la nevera. Retarla era un acierto seguro—. Te invito a cenar en mi casa. Yo cocino. No esperes maravillas, pero que sepas que me defiendo.

—¡Perfecto! —aceptó Natalie— además, así estaremos más tranquilos para que te pueda explicar nuestra última película en el

hospital.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó Nash, recordando el robo del páncreas.

—No te lo vas a creer, en el hospital todo el mundo está alterado desde lo del páncreas, ya sabes los cotilleos que crean cosas como esta. Pero lo de esta mañana es aún más surrealista —Natalie parecía alterada.

—¿Otro órgano? —Nash imaginó que lo ocurrido estaría relacionado.

—Mira, calcula el tiempo de una ducha rápida y el trayecto hasta tu casa y te lo explico con calma —Natalie lo dejó con ganas de saber más—. Y tú, ponte el delantal y enciende los fogones, ni se te ocurra pedir la cena por teléfono. Te has ofrecido a cocinar, o sea que ve a cumplir tu promesa. Nos vemos pronto, agente.

Nash pensó que se había metido en un jardín con lo de cocinar, pero se puso manos a la obra. El mejor recurso era la pasta, eso no se le daba nada mal.

Miró en la despensa, sacó un paquete de *fetuccine* y se dispuso a hacer una salsa boloñesa, que era su receta estrella. Sacó unos panecillos del congelador y los puso en el horno.

Se aseguró de tener vino en la nevera y decidió que para el postre sí iba a hacer una llamada; con eso no se atrevía, ni tenía tiempo para improvisar.

Decidió que mejor haría dos llamadas, primero a Alana para que le diera la información necesaria sobre los gustos de su hermana que aún no conocía.

—¿Nash? —lo saludó la hermana de Natalie—. ¿Qué tal estás?

—Hola, Alana, te llamo para pedirte consejo sobre postres —tanteó el terreno.

—¿Postres? ¿Te has tomado algo? ¡Ni que yo fuera una gran cocinera! Bastante tengo con revolver unos huevos sin quemarlos —fue la respuesta de la mujer.

—No me has entendido, solo quiero saber cuál es el pastel preferido de Natalie, voy a pedirlo por teléfono —la informó Nash.

—¿Y por qué no se lo preguntas a ella? ¿No está contigo? ¿Cuándo vas a pedirlo? —por lo visto Alana estaba muy intrigada y no paraba de hacer preguntas—. A ver…, su preferido es el de chocolate, pero de esos de muchas capas; ya sabes, chocolate, bizcocho, chocolate, bizcocho, chocolate, bizcocho…

—Perfecto, eso es lo que quería saber, gracias…

—¡Ni se te ocurra colgar! —Alana lo decía en serio— al menos, dame un poco más de información, porque a mi hermana o no la pillo nunca o no abre la boca; es como una tumba contigo. ¿Estáis juntos de verdad o qué pasa?

—¡Lo siento, lo siento, Alana! —a Nash le entraron remordimientos, ya que no quería mentir y sólo pudo poner una excusa absurda para colgar—. Está saliendo humo del horno, algo se quema. Estoy preparando la cena y sí, Natalie viene a cenar. Te dejo antes de que tenga que llamar a los bomberos.

Resopló con fuerza en cuanto hubo colgado y pensó en comentar con Natalie que hablara con su hermana para dejarle las cosas claras, la pobre iba vendida con ellos. Aunque reconocía que no dejaba de tener su gracia.

Pidió el pastel de chocolate de muchas capas a través de una aplicación que tenía instalada en el móvil y volvió a la cocina. La salsa de tomate burbujeaba junto a las verduras, la cebolla, el ajo y la carne picada. Añadió el orégano y los aromas se mezclaron junto al del chorrito de vino blanco, que removió mientras se evaporaba.

El agua había arrancado a hervir y miró la hora; Natalie no tardaría mucho. El pan se estaba dorando ligeramente y apagó el horno. Echó los fetuccine al agua hirviendo y en ese momento llegó el pastel que Nash aparcó en la nevera. Cinco minutos más tarde, llegaba Natalie.

Al abrir la puerta y verla, a Nash le pareció como un soplo de aire fresco. Su cabello aún estaba húmedo y su sonrisa era contagiosa. Era mirarla y su boca sonreía, era olerla y su estómago se contraía, era sentir el roce de su piel y el deseo crecía sin control. Aquello empezaba a ser estresante, pero se estaba rindiendo ante tantas evidencias.

—¡Hola! —se acercó y le ofreció su boca, algo que a Nash le pareció un regalo y le dio muy buenas vibraciones sobre el posible final de la noche—. ¿Llego demasiado pronto?

—Llegas justo a tiempo, la pasta está al dente —contestó Nash y volvió a besarla—. ¿Tienes hambre?

—¿Es una pregunta trampa? —Natalie se echó a reír al ver la sorpresa en el rostro de Nash—. No me hagas caso, es que últimamente se me despierta el hambre enseguida.

—Si quieres pasar de la cena… —Nash no pudo seguir con su propuesta, ya que Natalie le tapó la boca con la palma de su mano.

—No, no, no. Vamos a cenar esa pasta que dices que has cocinado, huele muy bien por aquí —se acercó a su cuello, inspiró con descaro y se sacó la chaqueta ligera que llevaba puesta—. Y estoy muerta de hambre.

—Como quieras —accedió Nash, esperando que más tarde retomarían lo que acababan de postergar—. Voy a servir la pasta y tú puedes sacar el vino de la nevera. Las copas ya están en la mesa.

Al cabo de unos minutos estaban sentados saboreando unos *fetuccine* a la boloñesa que a Natalie le pareció que estaban para

chuparse los dedos.

—¡Uau! ¡Dime que siempre cocinas así de bien y me caso contigo! —a Natalie la propuesta le salió del alma y se echó a reír al ver la cara de póquer que se le quedó a Nash—. No te asustes hombre, que era broma. Por cierto, el vino también está buenísimo.

—Me alegro —Nash desvió el tema de su cara de póquer y se interesó por la historia que aún no le había contado—. ¿Vas a explicarme qué es lo que ha ocurrido en el hospital y que os tiene tan alterados?

—¡Uy, sí! Ha sido increíble —Natalie dio otro sorbo a su copa y enrolló más *fetuccine* en su tenedor—. Resulta que la policía ha encontrado a un hombre en una zona algo apartada, en una especie de descampado. Llevaba los ojos vendados y las manos atadas. En cuanto ha podido hablar con la policía les ha pedido que lo llevaran al hospital.

—¿Estaba herido? —Nash calculó que eso sería lo más probable, por eso le sorprendió mucho la explicación de Natalie.

—No exactamente —Natalie dejó el tenedor sobre el plato y le relató lo que sabía—. Por lo visto el hombre les ha dicho que unos tipos encapuchados lo han secuestrado, le han vendado los ojos y lo han metido en una camioneta o lo que le ha parecido un vehículo muy espacioso, ya que iba a ciegas. Lo han llevado hasta un lugar que no ha visto, ni puede describir. Cree que ha subido en un montacargas, le han hecho estirarse boca abajo en una camilla y le han pinchado en la parte baja de la espalda, a la altura de la cadera.

—¿Le han inyectado algo? —a Nash aquello le parecía muy extraño.

—¡Pues no! —relató la enfermera—. Justamente lo contrario. Lo han examinado dos médicos y han diagnosticado una extracción de médula ósea.

—¿Y después lo han dejado tirado? —aquello era realmente extraño.

—Sí, tanto la policía como los médicos creen que querían la médula para un trasplante, no encuentran otra explicación —Natalie se encogió de hombros—. No me digas que no es increíble. ¡Pues así ha sido! El hombre sigue en el hospital, quieren que se quede hasta mañana para controlar que siga bien.

—Entonces entiendo que la médula que han extraído los secuestradores era una muestra y no les servía para su propósito, por lo que se han deshecho del hombre —dedujo Nash— y éste no puede dar ninguna información, porque no ha visto nada. Imagino que tras todo esto hay alguien importante que necesita un trasplante urgente y está dispuesto a lo que sea para lograrlo ¿no?

—Es lo que parece, otra vez —Natalie negó con la cabeza—. Lo

hemos comentado mucho en el hospital y la mayoría de mis compañeros creen que debe existir una clínica clandestina que se dedica a esto y que, posiblemente, hay mucho dinero invertido detrás.

—Pero es una suposición, no hay pruebas —intervino Nash.

—Hablas como los polis, pero tienes razón —reconoció Natalie—. Pero puestos a hacer conjeturas, imagina un hospital así: médicos y sanitarios sobornados con enormes sumas de dinero, operaciones clandestinas, tráfico de órganos… y encima van probando para contentar a sus clientes millonarios y se deshacen de lo que no les interesa. Hay que desmantelar a ese grupo, no sé cómo lo ves.

—No es tan fácil, Nat, pero te aseguro que volveré a dar voces en la agencia, aunque imagino que ya conocen el caso, siempre estamos en contacto con los distintos cuerpos para intercambiar información —aclaró Nash y miró los platos vacíos—. Ahora voy a por el postre.

—¡Dios! ¿Has hecho postre? —Natalie se levantó para ayudarlo a llevar los platos a la cocina—. Voy a ser tu esclava hasta el fin de los días.

—Intenta no volver a repetir eso o atente a las consecuencias —Nash abrió la nevera y sacó las dos generosas raciones de pastel de chocolate.

—No te lo vas a creer, pero es mi pastel preferido —Nash se rio a carcajadas, pensando en Alana y ambos se acercaron de nuevo a la mesa—. Voy a hacerte un monumento.

—No creerás que lo he hecho yo ¿verdad? —la interrogó Nash y ella negó con la cabeza.

—Si me lo hubieras asegurado no te habría creído, pero te lo perdono —Natalie se llevó un trozo de pastel a la boca y cerró los ojos mientras lo saboreaba con deleite. Se pasó la punta de la lengua por las comisuras de los labios y a Nash se le quedó la vista fija en aquel punto. Si no la desnudaba pronto le iba a dar un ataque cardíaco.

Saborearon aquel delicioso postre sin apartar la vista el uno del otro. Ambos sabían que no hacían falta palabras para saber en lo que estaban pensando; en lo que deseaban.

—¿Quieres que te enseñe mi habitación? —preguntó Nash, a la vez que se levantaba y asía la mano de Natalie para que hiciera lo mismo.

—Eso es un eufemismo ¿no? —Natalie sonrió y se acercó a su cuerpo, hasta rozarlo—. Ver tu habitación me parece bien, pero no es mi prioridad ahora mismo.

—¿Y cuál es tu prioridad? —Nash sonrió al preguntar—. Si me dices que es irte a dormir vas a matarme.

—Prefiero matarte de una forma más agradable —Natalie le echó los brazos al cuello, mientras Nash le rodeaba la cintura con los suyos.

Ambos sintieron que aquel era su sitio, que estaban en el lugar y con la persona correcta. Las manos de Nash le recorrieron la espalda y

las caderas, las de Natalie se enredaron en el cabello de su nuca; sus bocas se acercaron y el primer roce pareció generar una descarga eléctrica, como un rayo que precede a la tormenta. Intenso y caliente.

A Nash le vinieron a la mente las veces en las que había fantaseado con aquel momento y supo que había llegado. Natalie lo había deseado desde la primera vez que lo vio, desde esas primeras miradas que hablaban solas. Los besos se les quedaron cortos mientras daban pequeños pasos en la dirección que Nash iba marcando, la de su cama.

Al llegar ante la puerta entreabierta, Nash le dio un puntapié para poder entrar sin separarse de ella y pulsó el interruptor de la luz con el codo. Sus lenguas seguían batallando y suscitando gemidos ahogados.

—Llevas demasiada ropa —le susurró al oído, mientras una de sus manos se aproximaba a su pecho.

—Quítamela —fue la respuesta de Natalie, que casi le arrancó la camiseta, haciéndole levantar los brazos.

Nash obedeció su orden sin rechistar. Disfrutó de despojarla de sus ropas hasta dejarla en ropa interior. Se apartó para mirarla con el deseo reflejado en sus ojos.

—¿Te has puesto eso para mí? —preguntó adivinando la respuesta.

—No seas tan creído —Natalie le guiñó un ojo— la lencería sexi es una de mis pasiones secretas y la uso porque me encanta.

—No más que a mí. —Nash se despojó del resto de sus ropas y alzó a Natalie en brazos para dejarla con suavidad sobre la cama.

Nash se inclinó sobre ella y le susurró algo al oído que le erizó la piel. Sus labios descendieron por la columna de su cuello con lentitud, quería hacerlo durar, que aquella primera vez fuera inolvidable. Se entretuvo en sus pechos y se deshizo del sujetador negro de encaje, mientras Natalie parecía hundirse en una especie de mundo paralelo donde todo era una ilusión perfecta, a la vez que en sus labios se formaban súplicas incoherentes. Aquella boca, que la estaba volviendo loca, se paseó por todo su cuerpo con una exasperante lentitud. Natalie deseaba el suyo.

Lo instó a volver a su boca y a dejarse querer. El deseo corría por sus venas y parecía rugir en sus oídos; para Nash aquello era lo más parecido a un sueño erótico convertido en realidad. Natalie notó las manos de Nash adentrarse entre sus rizos para agarrar su pelo y hacer que sus lenguas volvieran a unirse a la vez que sus cuerpos.

Rodaron sobre la cama y se estremecieron fundiendo sus cuerpos y convirtiendo aquella noche en el inicio de lo que ambos supieron que sería algo valioso. No era solo deseo, allí había algo más. Las ganas de no soltarse, las de ofrecerse, las de entender que acababa de germinar algo que podía llegar a ser vital.

Ni Nash preguntó ni Natalie salió corriendo cuando su unión

culminó y sus pulmones buscaban oxígeno, cuando se miraron a los ojos y se rindieron ante la evidencia de lo que veían en los del otro.

Durmieron juntos en aquella cama, abrazados y deseando tener más tiempo para ellos, algo que sabían que no iba a sobrarles en un futuro próximo.

A pesar de esperar lo contrario, los primeros resultados que obtuvieron fueron los del ADN de Laura. Aquella mañana, a primera hora, los avisaron desde el laboratorio y, tanto Nash como Gwen, se acercaron a recoger los resultados para compararlos con las bases de datos.

Abordaron a Jason en el área tecnológica, que los recibió con buenas noticias.

—¡Hola, chicos! —les hizo un hueco para que se sentaran—. Hoy es vuestro día de suerte, me acaban de dar el permiso para que podáis acceder a protección de testigos. Se ha retrasado un poco debido a que mi superior no localizaba al Director O'Neil, pero me ha llegado un email para comunicarme que ya está solucionado y que los tres jefes están de acuerdo. Sólo para vosotros dos y con el compromiso de no trasladar esta información a nadie más.

—¡Buenas noticias! —celebró Nash—. Seremos una tumba. También tenemos el resultado de una muestra de ADN para cotejar en todas las bases de datos que se te ocurran. Si encuentras coincidencias el día será redondo.

—No cantes victoria —intervino Gwen— el día sólo acaba de nacer.

—¿Por dónde queréis empezar? —les preguntó Jason.

—¿Por el ADN? —propuso Nash y Gwen asintió.

Jason empezó a teclear, mientras los otros dos miraban la pantalla y se encogían de hombros. Aquel chico era rápido, eso podían asegurarlo. Introdujo una serie de datos sobre el ADN de Laura Clark y acotó los parámetros. La búsqueda y sus datos empezaron a acelerarse y Jason los miró a ambos.

—Es posible que tengamos que esperar un rato, la cantidad de información es descomunal, pero si hay una coincidencia la encontraremos —les informó Jason—. ¿Os apetece un café?

—Claro —ambos asintieron y los tres se encaminaron a la sala de *vending* y a la máquina automática de café—. ¿Sabes por qué el análisis de ADN destaca que es autosómico?

—Sí —les relató Jason— eso es porque analiza los veintidós pares de cromosomas no sexuales y proporciona concordancias tanto de la madre como del padre. Cuando hay segmentos concordantes indican relación familiar y si el porcentaje se acerca al 100%, se trata, sin duda, de los progenitores.

—¿Y de dónde obtenéis tantos datos de ADN? —se interesó Gwen.

—Por lo que yo sé, no son sólo de las bases de datos de los cuerpos de seguridad, también de Interpol y Europol y de muchas clínicas privadas que nos pasan toda la información —contestó Jason— pensad que es muy útil para personas desaparecidas y son datos protegidos.

—¿Qué haremos si encontramos concordancias del 50%, por ejemplo? —comentó Nash con Gwen.

—Supongo que corresponderían a algún familiar y podríamos buscarlo para intentar que nos cuente todo lo que sepa sobre su familia —respondió ella, a la vez que Jason asentía.

Terminaron sus cafés y volvieron al cubículo de Jason, charlando. La búsqueda aún no había concluido, pero faltaba menos. Esperaron unos minutos más y aparecieron nuevos datos en la pantalla y la imagen congelada de una mujer que, al instante, les recordó mucho a Laura.

—¡Tiene que ser ella! —exclamó Nash y ambos se acercaron a mirar la imagen con detalle. Podría ser Laura con veinte años más, la relación era evidente sólo mirando su rostro; guapa, morena y de rasgos hispanos.

—Veamos los datos que tenemos —Jason se introdujo en el detalle de la información, para leerla al completo—. 99,99% de concordancia. Compañeros, hemos encontrado a la madre de Laura.

—¡Qué maravilla! —exclamó Gwen— no pensé que fuera a ser tan fácil.

—Mirad —les señaló Jason la pantalla— ahora vienen las noticias no tan buenas, hay un aviso de que miremos antecedentes penales. Eso lo vemos en un minuto.

Jason hizo la búsqueda correspondiente y visualizó la ficha policial.

—A ver que nos cuenta —señaló la pantalla y aumentó el tamaño de la imagen para leer la letra pequeña.

«*María Fletcher, mujer nacida en 1987 en el estado de Texas; padre, Don Fletcher, nacido en el estado de Texas y madre, María Rodríguez, nacida en México*».

—María Fletcher se metió en líos muy joven, fijaos —señaló Jason.

«*Detenida en tres ocasiones por robo y tenencia de drogas de consumo propio. Ingresada en prisión en 2006 por apuntar con un arma a un policía, estuvo un año en la cárcel y salió por buen comportamiento*».

—A partir de ese momento no hay más información, solo algunos detalles. Esto es lo que tenían en la cárcel y a partir de 2007, cuando contaba con veinte años, ya no hay nada posterior— aseguró Jason.

—Es posible que se reformara y esté viviendo en algún lugar apartado y tranquilo —sugirió Nash.

—Es el momento de hacer más búsquedas —Gwen estuvo de

acuerdo— aunque me extraña que no haya más datos posteriores de algún seguimiento.

—Sí, eso es raro —Nash asintió— creo que lo primero es acceder al programa de protección de testigos, por si acaso. No parece que estuviera metida en algo tan gordo como para ello, pero ya que tenemos acceso, mejor echar una ojeada. Si estuvo en la cárcel podía estar amenazada.

—Ahora mismo —Jason salió de la aplicación en la que estaba y se metió en otra para la que tuvo que pasar por tres contraseñas y una lectura digital—. Bueno, ya estamos dentro, tecleamos su nombre y… ¡ahí está! ¡María Fletcher!

—¡Vaya! Pues parece que sí está en el programa —Nash estaba sorprendido—. ¿En qué año?

—Ahí lo pone: 2008, casi un año después de salir de la cárcel —señaló Jason—. Veamos el detalle:

«*María Fletcher de veinte años de edad accede al PPT a cambio de dar información y testificar contra el capo de una red de narcotraficantes, Roberto Guillén, del que se desconoce el paradero. Datos y destino de la nueva identidad de María Fletcher: Sarah Donovan con domicilio en la población de Alpine, en el estado de Arizona*».

—Entonces ¿la tenemos? —Nash y Gwen se miraron esperanzados, aunque la ubicación de la mujer fuera secreta y quizá no pudieran ponerse en contacto—. El nombre de Roberto Guillén aparece en la investigación conjunta con la DEA de la red de narcos.

—Esperad, aquí hay un aviso que indica que hay información adicional —avisó Jason— esto parece no tener fin.

Los tres leyeron el texto con la decepción pintada en sus caras:

«*La protegida por el programa María Fletcher, a la que se dio nueva identidad (Sarah Donovan, Alpine, Arizona), desaparece sin dejar rastro, a los pocos días de ofrecerle protección. Huye del piso franco en diciembre de 2008 y no se ha podido localizar. No llegó a dar información concreta sobre Roberto Guillén, del que sólo conocemos el nombre (sin localizar, ni identificar). Se le supone otra nueva identidad falsa o posible homicidio sin resolver, ya que no se ha encontrado el cuerpo. Se desiste de la búsqueda tras seis meses infructuosos y se cierra el caso*».

—Esto parece un callejón sin salida ¿verdad? —Nash se apartó un mechón de pelo de la frente y frunció el ceño. Miró a Gwen—. ¿Crees que nos dejarán buscarla?

—¿Por qué motivo? —Gwen no lo veía claro.

—Imagino que no van a querer invertir recursos en buscar a una mujer desaparecida hace más de quince años —al pronunciar esas palabras, una idea le vino a la cabeza—. Por cierto, Laura tiene quince años y su madre desapareció hace dieciséis. Fue entonces cuando se

quedó embarazada, lo que nos indica que tuvo a la niña y al cabo de un año se la entregó a Abra Clark. ¿Por qué a ella? Si María vivía en Texas y Abra en Washington podían tener un vínculo. ¿Eran amigas? ¿Cuándo y cómo se conocieron? ¿Viajó María a Washington o Abra hizo una escapada para recogerla?

—En teoría la niña fue encontrada en un parque de bomberos, pero no sabemos si eso es cierto. Puede que contactaran con Abra a través de una agencia, debido a que ella quería adoptar —sugirió Gwen—. Y nuestros motivos para conocer todo lo posible lo ocurrido, al fin y al cabo tienen que ver con Roberto Guillén ¿no? Aunque María no llegara a testificar ni a dar información, lo conocía.

—Eso es cierto, aunque no creo que la adopción de Laura fuera a través de una agencia —Nash negó con la cabeza— la adopción no fue legal y Abra, según lo que explicó su tía Grace, decidió adoptar de un día para otro. No era algo que tuviera previsto. Eso indica que había algo personal. Se conocían, estoy seguro. Lo del parque de bomberos puede ser mentira, entra dentro de lo posible.

—Mirad aquí —intervino Jason— he buscado el nombre de los abuelos de Laura, pero murieron hace muchos años y no consta más familia en las bases que tenemos.

—Hay que revisar a fondo el piso de Abra Clark —dedujo Nash— cuanto antes. Y buscar información sobre sus viajes de hace quince años, por si encontramos algo. Hay que pedir una orden judicial. Los que la mataron querían a Laura y es muy posible que eso tenga que ver con su madre ¿no?

—Es posible —reconoció Gwen—. También lo es que María Fletcher quiera recuperar a su hija. ¿Y si es ella quién está detrás del asesinato? ¿Y si no eran amigas, sino rivales?

—¿Insinúas que Abra le robó a la niña? —Nash negó con la cabeza, aquella posibilidad no le gustaba nada.

*****

Nash y Gwen volvieron a su puesto de trabajo y buscaron, a través del departamento de Recursos Humanos, los días de vacaciones o de baja de Abra Clark en 2010, que fue el año de la supuesta adopción. En pocos minutos tenían un correo electrónico con la información.

—A ver… vacaciones en el mes de julio, en total veinte días hábiles —murmuró Nash— la adopción fue en septiembre, mira.

—Sí, esos días en rojo corresponden a la baja por la adopción. Constaba como fecha el doce de septiembre, pero Abra tenía vacaciones ya el día diez —comentó Gwen.

—¿Crees que podríamos recuperar sus correos electrónicos de esos dos días? —Nash lo preguntó con pocas esperanzas.

—Consultemos a Jason, él nos dirá si es factible.

Lo hicieron y el agente de tecnología les consiguió tres correos de esas fechas. No era mucho, pero fue decisivo.

—Mira, dos de ellos son internos, pero este otro está enviado a «marita87@outlook.us» —Nash lo abrió para leer el contenido—. Imagino que *marita* es María y 87 su año de nacimiento.

«*Nos vemos pasado mañana, quedamos en el punto que comentamos por teléfono. No hables con nadie, todo irá bien. A.C.*»

Y eso era todo. Estaba claro que se habían encontrado en algún punto para que María le entregara su hija a Abra, pero no tenían nada más. Al menos eso parecía descartar el secuestro por parte de la directora y el abandono en el parque de bomberos.

—Bueno, esto explica porqué la adopción no era legal —dedujo Nash— no se hizo a través de ninguna agencia ni con control alguno. Se conocían y Laura pasó de unas manos a otras. Los papeles que hemos encontrado no son más que una burda falsificación.

—Creo que sé lo suficiente de Abra Clark —aseguró Gwen— como para entender que si actuaron así es porque el peligro era considerable. Lo más probable es que María estuviera amenazada de muerte.

—¿Cuánto le explicamos a Laura y a su tía? —Nash la miró frunció el ceño—. ¿Todo?

—Siempre es mejor ir con la verdad por delante y Laura debe entender que puede estar en serio peligro, es una adolescente y no sería raro que hiciera alguna tontería —eso era algo que a Gwen se le había pasado más de una vez por la cabeza.

—Entonces mejor que lo hagamos hoy mismo —Nash buscó el número de la tía de Laura, para informarla de que las visitarían de nuevo y que querían hablar con las dos.

*****

Nash y Gwen quisieron indagar sobre las posibilidades de que María Fletcher tuviera ahora una nueva identidad falsa, en caso de que no estuviera muerta. No podían dar esa suposición por cierta sin asegurarse.

La venta de documentos de identidad falsos, había aumentado exponencialmente en los EEUU en los últimos años, desde tarjetas de seguro social, hasta licencias de conducir y permisos de residencia.

Sabían que la ciudad de Nueva York era uno de los puntos neurálgicos donde se concentraba esa práctica en su mayoría. El negocio estaba dividido por calles y con reglas específicas para no pisarse en negocio entre los distintos falsificadores. Lo difícil era pillarlos con las manos en la masa. A pesar de todo, se habían hecho muchas detenciones al respecto. El punto de venta más conocido estaba en Queens, aunque en Brooklyn les pisaban los talones.

Había tanto vendedores callejeros como comercios que los tramitaban a la vez que vendían bebidas edulcoradas, pan de molde o camisetas.

—Lo mejor será contactar con alguien de las oficinas de Nueva York por si tienen algún contacto y pueden conseguir información —comentó Nash.

—Podemos preguntarle a Moldoon, seguro que conoce a agentes de allí, creo que estuvo un tiempo viviendo en la Gran Manzana —propuso Gwen.

Eso hicieron y Adam Moldoon llamó a uno de los agentes con los que había colaborado en su estancia en Nueva York.

—Walter —ambos se quedaron escuchando a su jefe provisional—. Soy Adam Moldoon.

—¡Adam! —el vozarrón de Walter Payne llegó a sus oídos—. ¿Cómo te va? ¿Aún no te has jubilado?

—Estoy a punto, seguramente en unos meses —no se les escapó la sonrisa esperanzada de Moldoon.

—¿Qué necesitas? —preguntó Walter.

—¿Puedo pedirte un favor? —contestó Moldoon y escuchó la respuesta afirmativa de su interlocutor—. Mira, estamos con un caso delicado. Seguro que ha llegado a vuestros oídos lo del asesinato de la directora Abra Clark.

—Por supuesto —contestó Walter—. Ha corrido como la pólvora, una noticia como esa llega a todos los rincones.

—El caso es que necesitamos saber si tenéis constancia de si una tal María Fletcher ha podido cambiar de identidad. Ese es su nombre real, estaba en protección de testigos con el nombre de Sarah Donovan, pero desapareció del piso franco y no se ha vuelto a saber de ella —Moldoon hizo una pausa, sabiendo que aquello no tenía buenas perspectivas—. De eso hace unos catorce años y sé que ese es un dato que desanima a cualquiera. Cuento con tu discreción.

—Por descontado. De todas formas eso es mucho tiempo, tienes razón. Tenemos soplones entre los falsificadores de identidad, pero no va a ser fácil —respondió Walter—. No me cuesta nada preguntar, por si acaso, pero sabes que es muy probable que no consiga nada. La gente que se dedica a eso cambia mucho de ubicación.

—Lo sé, pero debemos hacer un intento. Nosotros haremos lo mismo por aquí.

13 – EL DIARIO

La señora Grace Stuart les abrió la puerta y los hizo pasar al salón. Laura estaba sentada en un sofá desgastado, con las manos entrelazadas y la mirada perdida.

Su aspecto llamó la atención de los agentes: ojeras oscuras rodeaban sus ojos, un halo de tristeza enmarcaba su rostro, los hombros encogidos y una ropa que parecía cada vez más holgada, provocada por la pérdida de peso.

—Hola, Laura —la saludó Nash y la chica levantó la vista y los miró frunciendo el ceño.

—Hola —contestó muy seria— seguro que aún no saben quién es mi madre ¿verdad? Nunca vienen con buenas noticias.

—La verdad es que hemos averiguado quién es tu madre biológica y sabemos su nombre, pero no la hemos localizado —contestó Gwen a la vez que ambos tomaban asiento, junto a la tía Grace—. ¿Estás preparada para escuchar lo que hemos descubierto?

—Claro —Laura se encogió de hombros, pero mostró mayor interés — nada va a ser peor que ver como matan a la que creías que era tu madre ¿no?

—Nos hacemos cargo, de verdad —Nash le habló con suavidad, entendiendo que no dejaba de ser una niña y que gestionar su presente era todo un desafío—. Por eso estamos haciendo todo lo posible por averiguar quién mató a tu madre y las razones por las que lo hizo.

Entre los dos agentes le relataron lo que habían descubierto: la identidad de su madre biológica, sus turbios años de juventud, su estancia en la cárcel, la entrada en el programa de protección de testigos y su huída posterior.

—¿Y desde entonces nadie sabe nada de ella? —esta vez fue la señora Stuart la que preguntó, aunque no pudo evitar que su voz sonara esperanzada.

No le entusiasmaba que una desconocida se personara en su casa y le robara a la hija de su sobrina, la única familia cercana que tenía. Era desconfiada por naturaleza y prefería dejar las cosas como estaban. Pero si se oponía, a la chica la acabaría perdiendo antes, lo intuía.

—Lo siento, pero no —contestó Nash— está desaparecida y no sabemos qué identidad utiliza ahora, por lo que es muy difícil encontrarla, aunque lo intentaremos.

—También podría estar muerta ¿verdad? —preguntó Laura sin dar

muestras de emoción—. No hace falta que me mientan, al fin y al cabo no la conozco de nada.

—Es una posibilidad, claro —afirmó Gwen—. Pero lo que debería quedarte claro es que, si los que asesinaron a tu madre te buscaban, estás en peligro. No hagas ninguna tontería, ya sabes que tienes protección, no la desprecies.

—Vale —Laura asintió, realmente estaba asustada.

—También necesitamos revisar tu casa, es decir la casa de tu madre —intervino Nash, recordando que era un tema pendiente, ya que querían hacer un registro más a fondo y se dirigió a la señora Stuart—. Podemos pedir una orden, pero si usted está de acuerdo será mucho más rápido. Quizá encontremos alguna pista más sobre la madre biológica, ahora que tenemos más información.

—No hay problema —contestó Laura y miró desafiante a su tía, que asintió sin abrir la boca. La mujer sabía que no era prudente desafiar a una adolescente dolida.

*****

Aquella misma tarde se dirigieron al piso de Abra Clark, para hacer una inspección a fondo.

Los acompañó Laura y abrió con sus llaves. Todo seguía igual que la última vez que estuvieron allí.

—¿En serio no podré volver a mi casa hasta que cumpla los dieciocho? —les preguntó la chica—. Echo de menos vivir aquí. Esta es mi casa. La de la tía Grace parece un museo, odio ese piso enorme y sombrío.

—No puedes quedarte sola, cielo —le contestó Gwen— pero si convences a tu tía de que estaréis mejor aquí, quizá podría trasladarse ella contigo. Es una idea.

—¡Es verdad! —se iluminó la cara de Laura—. ¿Me ayudarías a convencerla?

—Bueno… puedo intentarlo e insinuar la idea, pero no te aseguro que vaya a funcionar; y recuerda que yo no tengo ni voz ni voto en eso —Gwen le sonrió y se puso a revisar la biblioteca de Abra, mientras Nash entraba en el despacho.

Laura siguió a Nash al estudio; siempre había sido una estancia muy de su madre; de lectura, de trabajo, de reflexionar y de resolver problemas. Entrar de nuevo en la estancia le puso la piel de gallina. Las conversaciones trascendentales siempre tenían lugar en aquel espacio luminoso y amplio, donde las vistas y las puestas de sol sobre los altos edificios, ofrecían serenidad.

Una nostalgia densa y concentrada la atacó de pleno. Allí había encontrado los papeles de su falsa adopción, un golpe certero en el corazón, que continuaba doliendo.

—¿Qué cree que puede encontrar aquí? —le preguntó al agente.

—No lo sé, la verdad —Nash la miró y respiró hondo—. Me gustaría descubrir algo que nos diera alguna pista sobre tu madre biológica, ya has visto que lo más probable es que se conocieran, incluso que fueran amigas.

—No entiendo porqué nunca me lo dijo, aunque estoy casi segura de que quería hacerlo —Laura se apartó una lágrima que había escapado a su control—. Por eso me pidió que pasáramos un fin de semana juntas fuera de la ciudad, me dijo que quería hablar conmigo. Pero ¿por qué ahora?

—A lo mejor no hay una razón concreta, simplemente quiso esperar a que fueras lo suficientemente mayor para entender sus razones y, quizá, las de tu madre biológica —razonó Nash, sabiendo que todo lo que dijera eran meras suposiciones.

—Puede ser —Laura se acercó a la puerta—. Creo que ayudaré a la agente Taylor en la biblioteca.

—Como quieras —a Nash se le escapó una sonrisa— aunque no es necesario, puedes hacer lo que te apetezca mientras estemos aquí, pero no salgas del piso.

Laura se acercó a Gwen, que iba repasando los libros. La biblioteca estaba muy bien organizada, por autores y tamaño de los volúmenes. El trabajo de abrir cada uno en busca de posibles papeles escondidos, notas, o cualquier otra cosa era arduo y les llevaría un buen rato.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció Laura—. Si me dices qué debo buscar acabaremos antes.

—Como quieras —Gwen pensó que era mejor que Laura se mantuviera ocupada—. Hay que fijarse en cualquier cosa que te llame la atención: anotaciones, papeles o fotografías entre las páginas…

—De acuerdo.

Pasaron un buen rato sacando y volviendo a colocar libros en las estanterías, sin dar con nada que llamara su atención.

Nash, por su parte, estaba revisando a conciencia los cajones del precioso escritorio antiguo de madera de nogal. Todo lo que había leído hasta el momento eran facturas o documentos antiguos sin valor.

Faltaba husmear en el último cajón de la parte derecha del mueble. Cerró los superiores, lo abrió y sacó un par de agendas antiguas, algunos bolígrafos, una grapadora metálica algo oxidada y una pequeña navaja multiusos. Ojeó las agendas y solo vio apuntes sin importancia y algunas citas médicas, pero nada anterior a cinco o seis años.

Al abrir el cajón superior, para volver a echar una ojeada a su contenido, se dio cuenta de que su longitud era mayor al de debajo. Comprobó los dos cajones superiores, en total eran cuatro. Todos se abrían hasta la misma distancia, excepto el inferior. Quizá estuviera

atascado.

Nash volvió a cerrar todos los cajones, excepto el último y maniobró para extraerlo del todo, pero algo se lo impedía, como si estuviera bloqueado. Realizó la misma operación con los superiores sin problemas y los fue dejando esparcidos por el suelo. Al llegar al último tuvo que ejercer más fuerza alzando un poco la madera del fondo del cajón. Algo de color rojo llamó su atención, parecía la esquina de otra agenda o de un libro, oculto entre el cajón y los bajos del escritorio.

Consiguió sacarlo por completo del mueble, dejando al descubierto lo que dedujo que era un diario, ya que llevaba un cierre con un pequeño candado y una llave minúscula que colgaba de un hilo dorado en forma de trenza. Se sintió como si hubiera encontrado un tesoro en una isla desierta.

Claro que su euforia actual podía ser su futura frustración, nadie le aseguraba que aquello no fuera más que un diario de su niñez o cualquier otra cosa que no tuviera nada que ver con el caso que les ocupaba. Pero una llave y una cerradura auguraban secretos.

—¡Gwen! —llamó a su compañera a voz en grito, quería abrir aquel diario junto a ella y con el permiso de Laura. Cabía la posibilidad de que fuera suyo—. Creo que he encontrado algo.

Tanto la agente como la chica aparecieron corriendo en el despacho para encontrarse con un Nash sonriente, sentado en la silla ergonómica de alto respaldo y una libreta roja en las manos.

—¿Sabías si tu madre escribía un diario? —se lo acercó y Laura lo cogió entre sus manos, frunciendo el ceño.

—No lo había visto nunca —lo miró por delante y por detrás y pasó el dedo índice por los bordes— parece bastante antiguo, está rozado.

—¿Te parece bien que lo abramos? —preguntó Nash— podría darnos información que fuera importante, más aún si es un diario.

—Me parece bien, pero leedlo vosotros primero, por favor —a Laura le parecía una invasión y a la vez le daba pavor encontrar algo que la hundiera más de lo que ya estaba—. Ya me diréis si habéis encontrado algo interesante. Si mi madre tenía una doble vida, o algo similar, prefiero no saberlo.

Los agentes accedieron y mientras Laura se alejaba camino de su antigua habitación para ponerse los auriculares y escuchar música, ellos abrieron la que esperaban no fuera la caja de los truenos.

*****

Nash y Gwen abrieron el diario rojo y empezaron a leer la primera página. La fecha era del año 2009, justo el del nacimiento de Laura, aunque en las primeras páginas no encontraron nada al respecto.

Avanzaron rápido, hasta que el nombre de Laura les llamó la atención.

«*Mi amiga Marita ya ha tenido a su hija, una preciosa niña a la que ha llamado Laura. Me preocupa su situación. Intento ayudarla, pero vive muy lejos ahora y es parca en palabras. Estoy segura de que está sufriendo, lo noté en su voz cuando hablamos por teléfono. Sé que no quiere preocuparme. El padre de la criatura, del que no sé nada, se ha desentendido, pero quiere recuperar a Marita, eso es lo que me ha dejado entrever. Creo que es un capullo y más peligroso de lo que parece y eso que no lo conozco*.»

Las siguientes páginas eran anotaciones sobre otros temas sin interés, por los que las leyeron en diagonal. Hasta que localizaron de nuevo el nombre de Marita.

«*Marita me ha llamado muy asustada, o al menos eso me ha parecido. Estaba llorando y me ha dicho que necesitaba mi ayuda, que estaba amenazada por el padre de la niña. Por lo que he entendido, ahora que ella se ha negado a volver con él, el tipo quiere quedarse con la niña. Estoy segura de que es una maniobra para amedrentarla. Ha tenido que colgar sin decirme qué ocurría y prometiendo que volvería a llamarme. Me tiene muy preocupada, la verdad. Recuerdo los años en los que nos conocimos. A pesar de los cinco de diferencia con los que yo la supero en edad, siempre nos entendimos. Coincidimos en California durante algunos veranos de infancia y juventud. Yo los pasaba con mi familia y nos veíamos en la playa.*

Ella vivió durante muchos años con una familia de acogida, tras otros tantos de orfanatos y centros de menores. Sus padres murieron muy jóvenes en un accidente, o eso le explicaron a ella, ya que era muy pequeña y ni siquiera los recordaba…»

—Aquí tenemos la conexión entre ambas —señaló Nash y Gwen asintió— los veranos en California. O sea que María vivió en California y acabó en Texas.

—Eso parece —Gwen estuvo de acuerdo— leamos un poco más, el resto tendremos que hacerlo más tarde, hay que llevar a Laura a la casa de su tía.

Pasaron varias páginas a gran velocidad, hasta llegar al año siguiente. Ya estaban en 2010.

«*Ahora ya está claro. Marita me ha vuelto a llamar y está desesperada. He llamado bastantes veces esta semana pero no me contestaba. Le han dado una paliza y casi la matan. Ha estado ingresada en el hospital. Por suerte su niña estaba en casa de una vecina que se la queda cuando a ella le toca trabajar de noche en el bar. Le he ofrecido que se vengan a vivir conmigo, yo vivo sola y tengo sitio. Se ha negado, dice que lo único que conseguiría es ponerme a mí en peligro, pero que quiere pedirme un favor muy grande: que adopte a su hija y la críe como si fuera mía. Es un paso enorme; va a ser muy complicado con mi trabajo, pero no puedo decirle que no. Me ha jurado que la paliza es debido a que alguien se ha enterado de que iba a declarar; a explicar todo lo que sabe del padre de su hija, un cabrón de cuidado y un delincuente peligroso. La policía la ha metido en protección de testigos, pero Marita dice que no quiere esa vida para su hija. Lo entiendo y me duele en el alma que tenga que pasar por todo esto. He puesto en conocimiento del FBI lo que he podido averiguar, que ha sido poco. Una vez Marita nombró a Roberto Guillén, pero a mis compañeros no les dice casi nada, es como si fuera un fantasma. Ni siquiera me ha confirmado que sea el padre de su hija. Ojalá lo trinquen pronto y esto se acabe*.»

—¡Madre mía! —exclamó Gwen— y seguimos igual con ese cabrón, sigue siendo como un espectro.

—Seguro que tiene una identidad falsa y los beneficios de no haberse apuntado a los avances tecnológicos —aseguró Nash— lo que lo hace indetectable. Sin móvil, ni redes, ni ordenador, casi no existes.

—Leamos sólo un poco más —Gwen miró su reloj de pulsera—. Diez minutos y lo dejamos.

No tardaron mucho en encontrar algo más sobre el encuentro de ambas mujeres en el verano de 2010.

«*Jamás imaginé que este verano viajaría hasta el estado de Tennessee para recoger a la niña. Marita estará protegida por el programa, pero de momento, y antes de contar lo que sabe, se ha escapado para entregarme a Laura. Nos encontraremos en zona neutral, en la gasolinera de una carretera solitaria. La adopción no estará registrada como tal. Yo quiero hacerlo, es lo legal y prefiero no apartarme de ese marco, pero a ella le da demasiado miedo que el padre de la criatura pueda encontrarla. Estoy aceptando hacer cosas con las que no estoy de acuerdo, pero solo soy capaz de pensar en mi amiga y su hija. No puedo echarme atrás ni hacer otra cosa que ayudarlas, voy a considerarlo como hacer la vista gorda por un bien mayor que lo justifica. Si no lo hago y les pasa algo, nunca me lo perdonaría. Sigo sin tener confirmación de si el tal Guillén es el padre, Marita siempre esquiva mis preguntas por miedo a ponerme en peligro, aunque mi instinto me dice que lo es*.»

14 – ALGUNAS PISTAS Y UN INTERROGATORIO

Nash y Gwen le explicaron a Laura lo que habían leído sobre su adopción y su madre biológica. La chica escuchó mientras la llevaban de nuevo a la casa de su tía Grace. Un par de veces la vieron apartarse las lágrimas, pero pudo controlar su malestar y les dio las gracias.

—Todo esto ¿os ayudará a encontrarla? —les preguntó sabiendo la respuesta.

—La verdad es que no es tarea fácil, seguimos sin tener ni idea de su ubicación actual —ambos vieron como se encogía de hombros, su actitud era la de estar asimilando una decepción tras otra.

—Imagino que es más urgente encontrar al asesino de mi madre —comentó Laura y ambos le dieron la razón, ya que debían centrarse en ello.

Los agentes se marcharon y el policía que le habían asignado como protección la escoltó hasta el hospital. Tenía visita concertada con la terapeuta que la estaba tratando para ayudarla a asimilar su nueva situación y a llevar el duelo de la mejor manera posible. Annie Evans le caía bien, pero debía tener muchos pacientes, la sala de espera estaba bastante llena y no quedaban asientos libres. Decidió ir a buscar un refresco a la máquina expendedora que había visto en uno de los pasillos.

Llevar un guardaespaldas le resultaba molesto, aunque no llevara uniforme. Entendía que debía obedecer al FBI y a la policía, habían sido muy claros al advertirla sobre el peligro que corría. Pero no dejaba de ser una intromisión a su libertad de movimientos.

Mientras miraba la máquina, intentando decidirse entre la cola y el limón, una enfermera se paró a su lado. La miró y reconoció aquella melena llena de rizos oscuros recogida en una coleta.

—Laura ¿verdad? —se lo dijo sonriendo, pero el policía se acercó al instante y se interpuso entre ambas.

—No se preocupe —Natalie se dirigió al hombre— no sé si me recuerda, trabajo aquí, soy enfermera y solo quiero charlar con Laura.

—Solo si yo estoy presente, no puedo dejarla sola, lo siento; entiéndalo, cumplo órdenes —contestó el policía y se ganó una mirada asesina de la chica.

—Claro, no pasa nada —Natalie miró la máquina—. ¿No te decides? ¿Qué quieres tomar?

—Me iría bien un whisky doble —bromeó Laura y al final pulsó la tecla para que cayera una botella de agua.

—Creo que no tienes edad para beber alcohol y recuerda que un

policía acaba de oírte —Natalie se lo tomó a broma y le señaló una salita anexa en la que había asientos—. Creo que a la doctora Evans se le han acumulado los pacientes. Vienes a verla a ella ¿verdad?

—Sí, supongo que eso de aterrizar aquí con escolta ha hecho correr la voz de mi caso ¿no? —le preguntó Laura en susurros—. Es que noto que hay gente que se fija en mí; eso, o me estoy volviendo paranoica.

—Supongo que es inevitable, ha sido un caso muy mediático, incluso tu imagen se ha colado en algún programa, aunque eres menor y les va a caer encima una demanda que ha interpuesto tu tía.

—¿Mi tía Grace? —Laura no podía creerlo—. Si siempre parece que no se entere de nada y esté en otra órbita.

—Pues parece que la mujer está muy pendiente, eso me han dicho.

—¿Puedo preguntarte algo? —Natalie no tenía mucho tiempo, pero aquella chica, que aún era una niña, le daba mucha lástima.

—Claro, dime.

—¿Qué tal lo de ser enfermera? —Laura la miró con un atisbo de sonrisa, algo que Natalie aún no había visto en aquel rostro tan triste. También le sorprendió la pregunta.

—Bueno, es mi profesión y mi elección desde que tenía más o menos tu edad —Natalie alzó la vista al techo, recordando aquellos días—. Siempre quise ayudar a los demás. Pensé en la medicina, pero yo era más de prestar cuidados cara a cara, no sé si me entiendes. Quería dar apoyo a las personas que están pasando por un mal trago y hacerlo un poco más llevadero, quería cercanía. Creo que todo surgió a raíz de la enfermedad de mi abuela antes de morir. Yo era pequeña, pero recuerdo la necesidad de querer ayudarla. Pasé muchas horas cogiendo su mano. Estar ingresado en un hospital no es ninguna tontería. Ahora estoy principalmente en quirófano y también me gusta; las operaciones, a veces, son como un milagro. Arreglar lo que está roto, aliviar lo que está estropeado, curar o paliar el dolor.

—Son buenas razones —Laura la escuchaba con atención—. Desde hace tiempo estoy pensando en estudiar enfermería, aunque aún tengo margen para pensarlo y acabar de decidirme. Cuando vengo aquí me siento bien.

—Pues no es lo más usual, te lo aseguro. A la mayoría de la gente no le gustan los hospitales, siempre los relacionan con la enfermedad o la muerte —Natalie la miró a los ojos—. No digo que eso no ocurra, nadie está en esas camas por capricho; pero muchas veces, la mayoría, entran personas enfermas y salen curadas y felices; ese cambio pasa por las manos de médicas y enfermeras.

—Me gustaría formar parte de ello —comentó Laura y Natalie miró la hora en su móvil.

—Lo siento, bonita, tengo que dejarte, me toca pasar por algunas habitaciones —Natalie se levantó y le sonrió.

—¿Cómo te llamas? —Laura señaló la cinta que colgaba de su cuello—. Llevas la tarjeta del revés y no he podido leer tu nombre.

—Natalie Watts —rió y giró la tarjeta.

—¿Podría llamarte para preguntarte más cosas sobre la enfermería? —se atrevió a preguntar Laura.

—¡Claro! Por supuesto, toma nota de mi número —Natalie se lo enumeró y Laura lo guardó en su móvil—. Llámame cuando quieras. Si no te contesto es que estoy ocupada, pero en cuanto tenga un momento te devolveré la llamada ¿de acuerdo?

—Gracias, enfermera Watts.

—Llámame Natalie. De nada, Laura.

*****

Nash y Gwen tuvieron buenas noticias en cuanto llegaron a las oficinas. Por lo visto se había identificado al hombre que disparó a Abra, o eso parecía. Bill Peters, de la DEA, les había enviado la información en un correo electrónico y un mensaje a Gwen en el que la instaba a leerlo lo antes posible.

Ambos agentes se sentaron ante el ordenador de ella y buscaron el mail. Tenían mucha curiosidad, que ellos supieran Bill estaba en otros temas que no tenían relación alguna.

—A ver que nos cuenta… ayer detuvieron a un tal Caleb Stone, por liarse a puñetazos en un local de mala muerte en la zona del puerto —Nash iba leyendo y hablando en voz alta—. Iba como una cuba. Bill dice que trafica con droga, no es la primera vez que lo detienen, ya lleva unas cuantas. Pues no sé qué tiene que ver esto con nosotros.

—Sigue leyendo, Brennan —lo instó Gwen— es que a Bill Peters le gusta recrearse en los detalles.

—Vale, veamos… nuestro amigo Caleb ha estado varias veces en prisión con penas cortas, nunca lo han pillado con grandes cantidades, por lo visto distribuye a pequeña escala. Pero jamás habla de sus contactos, es de los que no suelta prenda aunque le prometan la luna o la libertad —Nash iba leyendo y comentando lo más sustancioso de la información—. ¡Hey! ¡Aquí pone que podría ser el asesino de Abra Clark!

—¡Buena noticia! —exclamó Gwen, siguió leyendo y señalando la pantalla con el dedo índice—. Mira, lo han ubicado el día de los hechos en el parking donde mataron a la directora Clark; ha sido por casualidad, ya que intentaban conocer sus pasos previos a la detención. Lo han conseguido con el historial de ubicaciones de su móvil. Ahí están la ubicación temporal y la geográfica.

—¡Y lo mejor de todo! —Nash sonrió al leerlo— llevaba un arma. Mira, nos la envían para que comprobemos si el casquillo que encontraron en la rueda del coche coincide. Si es así, lo tenemos.

—Veremos si suelta prenda cuando sepa la pena que puede caerle por asesinar a una directora del FBI —Gwen asintió y palmeó la espalda de Nash—. ¡Esto es un golpe de suerte, compañero!

—Vamos a ver si ha llegado el arma y se la pasamos al laboratorio para que comprueben lo de la bala, eso es prioritario —comentó Nash —. En cuanto lo confirmen podremos interrogarlo y asustarlo lo suficiente para que se explaye. Ojalá consigamos su confesión.

—No va a ser fácil, pero si las pruebas avalan lo que parece no tendrá nada que hacer —concluyó Gwen—. Lo pediremos como muy urgente.

*****

La certificación de la correspondencia entre la bala y el arma llegó al día siguiente desde balística. Era una noticia inmejorable. El detenido iba a ser trasladado al edificio del FBI y lo enviarían directamente a una sala de interrogatorio.

—¿Prefieres interrogarlo tú? —se interesó Gwen—. No sé si será beneficioso que estemos los dos.

—Como quieras —Nash intentó camuflar su deseo de hacerlo él, pero Gwen empezaba a conocerlo.

—Mentirosillo… todo tuyo —Gwen rió— estaré detrás del cristal. Si necesitas ayuda ráscate la nuca y acudiré a salvarte.

—¡Qué graciosa estás hoy! —Nash también rio y ambos se encaminaron a la sala dónde los esperaba Caleb Stone. No por primera vez pensó que había tenido suerte con la compañera que le había tocado.

Mientras caminaba por el pasillo en dirección a la sala, notó la vibración del móvil en su bolsillo. Era un mensaje de Natalie. Sonrió mientras lo leía; estaba deseando verla, aunque ambos llevaban fatal la coordinación de sus respectivos horarios. Unos cuantos mensajes era lo único que tenían esos días como medio de comunicación.

«*Agente Brennan, creo que no voy a reconocerte cuando te vea. ¿Cómo lo tienes el viernes por la noche? Si te sirve de motivación, yo estoy libre y dispuesta a pasarlo bien… los puntos suspensivos se los dejo a tu imaginación*.»

Nash inspiró con fuerza, no era momento para despistarse; aunque contestó brevemente, ya volvería a ello más tarde.

«*Cuando quieras, donde quieras y como quieras; estaré libre el viernes (toda la noche)*.»

Intentó sacarse a Natalie de la cabeza, lo cual no era demasiado fácil, pero hizo un esfuerzo al llegar a la puerta cerrada. Al otro lado tenía al supuesto asesino de Abra Clark y debía centrarse.

Puso el móvil en modo avión y entró. La sala era de las espaciosas, amplia, con la mesa rectangular en el centro, un plafón circular sobre

ella y la ventana de vidrio con visión unilateral en una de las paredes, que permitía la observación desde el exterior. Allí, en la sala contigua, se había acomodado Gwen, que seguiría el interrogatorio a la vez que se grababa en video. Siempre era bueno repasarlo y observar las expresiones y ademanes, aparte de volver a escuchar las preguntas y respuestas con mayor atención a los pormenores.

Había visto una fotografía de Caleb Stone pero, allí dentro, sentado en aquella silla, con las manos esposadas sobre la mesa, no parecía gran cosa. Llevaba la cabeza rapada, tenía la nariz grande y ganchuda y los ojos algo juntos. Varios tatuajes algo deslucidos le adornaban los brazos. A su lado estaba sentado su abogado, un tipo enjuto con el rostro surcado de arrugas y unas oscuras cejas muy pobladas. Tenía más pinta de delincuente que el propio Caleb.

—Hola, Caleb —lo saludó con semblante serio y lo miró largamente, no esperaba respuesta. Le habló con tranquilidad, sin levantar la voz—. Soy el agente Nash Brennan, del FBI. Vamos a aclarar una serie de puntos y espero colaboración por tu parte, principalmente porque ya tenemos pruebas suficientes para encerrarte y llevarte a juicio, creo que de eso ya te han informado antes de traerte aquí.

—Mi representado puede acogerse a la quinta enmienda, se lo recuerdo —comentó el abogado y Nash asintió. Lo sabía pero esperaba poder provocarlo lo suficiente, aunque debía observarlo bien para intentar adivinar sus posibles reacciones.

—Lo sé, pero solo vamos a mantener una conversación —los miró a ambos y señaló la cámara suspendida en la parte superior de una de las esquinas de la estancia—. Todo lo que hablemos será grabado en audio y video.

Nash, vistos los preliminares, pensó que igual solo se escucharía su propia voz y todo quedaría en un monólogo, pero debía hacer un intento por provocarlo lo suficiente. Aunque imaginaba que el abogado se ocuparía de frenar a su cliente e intentaría pactar antes de ir a juicio. Ante el silencio de los dos hombres que tenía ante sí, empezó por detallar los hechos y las pruebas que tenían en ese momento. Ni Caleb ni su abogado abrieron la boca ante su exposición; era hora de intentar generar algún tipo de respuesta.

—A ver, Caleb, visto lo que tenemos, el arma que mató a Abra Clark, tu ubicación a través de tu móvil en el lugar de los hechos en el mismo día y hora… supongo que sabes que eso son pruebas suficientes para que te caiga una condena muy larga —hizo una pausa y miró a Caleb a los ojos, intentando obviar al abogado, que lo escrutaba con el ceño fruncido—. Mira Caleb, lo mejor sería que hablaras y, de paso, nos dijeras el nombre del tipo que te acompañaba, sabemos que erais dos, la hija de la directora Clark os vio en el *parking*. ¿Vas a cargar tú

solo con las culpas mientras el otro se va de rositas? Y ya puestos… sabemos que el asesinato no fue algo de tu ocurrencia, alguien te ordenó hacerlo ¿verdad? Si nos das su nombre, estoy seguro de que podríamos llegar a un buen acuerdo para ti. Todo es negociable.

Nash se calló para dar tiempo a Caleb a reaccionar. De momento, había notado que su nerviosismo iba en aumento; se estaba haciendo consciente de la gravedad de lo ocurrido. Observar cualquier pequeño gesto podía dar buena información, tanto como la gota de sudor que empezó a resbalar por su sien. Allí no hacía calor y Caleb se estaba alterando.

Un casi imperceptible tic en uno de sus párpados lo revelaba y Nash estaba entrenado para fijarse en los detalles y era un experto en el método *Reid*. Se fijó en sus nudillos, blanqueados por la fuerza ejercida al cerrar los puños. Allí había miedo y rabia.

—Creo que no te has parado a pensar a fondo en el lío en el que te has metido esta vez, Caleb —Nash volvió al ataque—. Hasta ahora, tus detenciones han sido cosa de críos en comparación con lo que te va a caer esta vez. Que te pillaran con un poco de coca, marihuana o en robos menores no tiene comparación con un asesinato a sangre fría. Esta vez la has cagado bien, chico.

Nash notaba como Caleb se alteraba un poco más a cada minuto que pasaba. Eso le demostraba que no era un sujeto desprovisto de emociones, lo que le ofrecía posibilidades de arrepentirse del delito; más aún si era un asesinato por encargo. Era el momento de darle una palmadita en la espalda, de ponerse un poco de su lado.

—Mira, Caleb —Nash hizo una pausa buscando las palabras adecuadas—, puedo entender que has estado coaccionado por otras personas; seguro que no querías matar a nadie, pero te viste metido en el problema porque no pudiste decir que no. Es evidente que estabas amenazado, intimidado, chantajeado, entre la espada y la pared... llámale como quieras; te has convertido en un mero instrumento de quién sea que te ha estado utilizando.

En ese instante Caleb miró de reojo a su abogado. Éste le devolvió la mirada con una advertencia muda que hablaba por sí sola.

Eso hizo suponer a Nash que quién pagaba al letrado, muy posiblemente, era el mismo que dictaba las órdenes sobre el pobre diablo que tenía delante.

—Te recuerdo que, aunque tu abogado te haya aconsejado no hablar, puedes hacerlo cuando quieras —Nash sabía que estaba lanzando una moneda al aire, pero llevaba demasiado tiempo hablando solo y se estaba cansando.

—Mi consejo es que sigas en silencio —el abogado intervino, atravesando a Caleb con la mirada, con voz autoritaria, más como una orden que como un ruego. Después hizo lo mismo con Nash—. Está

intimidando a mi cliente, agente Brennan. Quiero que quede constancia.

Caleb Stone estaba a punto de echarse a llorar y Nash aprovechó el momento.

Se echó hacia adelante sobre la mesa, obviando el comentario del abogado y acercando su rostro al del hombre.

—Caleb, te aseguro que tu mejor oportunidad está en hablar, confesar y pactar. La tienes delante. Deja de pensar en los demás y deja de tener miedo. ¿Cuántos años estás dispuesto a pasarte encerrado? Está claro que vas a ir a la cárcel, eso no tiene remedio, las pruebas te incriminan; pero si crees que un año más o menos encerrado no marca la diferencia, te aseguro que estás muy equivocado. Un solo día de cárcel puede marcar la diferencia. ¿Qué sales ganando si no hablas? ¿Acaso te han prometido la luna?

—Yo… —era la primera sílaba que pronunciaba el hombre, pero el abogado lo cortó con premura.

—¡Cállate! —le ordenó.

—Le recuerdo, abogado —Nash lo dijo poniendo énfasis en cada palabra— que su obligación es comportarse con honradez y buena fe con su cliente. Que debe defenderlo y asesorarlo en aras de la correcta administración de la justicia, pero que su cliente goza del derecho de la libertad de expresión. Por si no lo recuerda, eso significa que puede hablar conmigo libremente y decirme lo que le apetezca. Mi deber es resolver un caso de asesinato premeditado y todas las pruebas señalan a Caleb Stone. Intento conseguir un buen pacto para todos, para él y para nosotros. Ahora, Caleb, dime lo que quieras decirme. Y que sea la verdad.

El detenido estaba casi temblando, estaba claro que iba a hablar y al abogado se lo llevaban los demonios.

Pero, por suerte, a Caleb le pudo, en parte, el miedo y, en parte, la mala conciencia.

—Hablaré —miró al abogado retándolo a contradecirlo, pero éste no lo hizo y se encogió de hombros, dejándolo por imposible. Alguien se resarciría por ello—. Pero quiero una reducción de la pena.

—Puedo prometerte intentarlo y creo que es posible conseguirlo, pero todo depende de que la información que nos des sea veraz y nos sirva para algo —explicó Nash y Caleb asintió.

—De acuerdo —hizo una pausa, sin saber por dónde empezar—. Las órdenes que recibimos fueron las de secuestrar a Laura Clark y debíamos conseguir nuestro objetivo fuera como fuera. Si su madre, o cualquier otra persona, se interponían, debíamos… neutralizarlas.

—¿Eso significa matarla? —Nash lo interrumpió.

—Creo que no era la opción preferida, pero las cosas se torcieron —Caleb se encogió de hombros—. Estaba bastante oscuro en el

parking, la chica se escabulló y se escondió, eso creemos. No logramos encontrarla, pero su madre se plantó ante nosotros y yo quise solucionarlo con un puñetazo en la cara, pero ella fue a sacar su arma del bolso y tuve que… tuve que disparar.

—Murió casi en el acto —recordó Nash y quiso comprobar la versión de Caleb con la de la chica—. ¿No buscasteis después a la niña?

—Era nuestra intención, pero entró gente en el parking y pensamos que lo mejor era desaparecer e intentarlo al día siguiente, pero todo se precipitó —Caleb miró a Nash e inspiró con fuerza—. No va a creerme, lo sé, pero yo no sabía quién era Abra Clark, no lo sabía.

—¿Y eso qué importa? —el detenido notó el cabreo de Nash, que había mantenido a raya hasta entonces—. Era una persona, una mujer que hace unos días estaba viva y sana y ahora está muerta. Una mujer que ha dejado huérfana a su hija de quince años. ¿Cuál era la maldita razón del secuestro?

—¡No lo sé! —gritó Caleb—. Me prometieron una cifra importante por conseguirlo y nada más. A mí nunca me explican nada, solo me ordenan lo que hay que hacer y punto. Soy un mandado. Luego me llevo mi pasta y me lavo las manos.

—Pues ahora las tienes manchadas de sangre —Nash intentó serenarse, era la mejor táctica—. ¿Quién te lo ordenó?

—Yo no conozco al «gran jefe», pero sé su nombre, aunque nunca lo he visto. Conmigo contacta Lázaro Méndez, aunque ni siquiera sé si es su verdadero nombre. En este negocio todos andan con motes y sobrenombres, nadie enseña su carnet.

—¿Y el tipo que te acompañaba en el parking?

—Ese es Joseph Wick, pero no sabe más que yo y ahora mismo debe estar a muchos kilómetros de aquí, eso si no está muerto por no haber cumplido —a Caleb le temblaban las manos— que es como estaré yo muy pronto si no me protegéis en la cárcel.

—El nombre del «gran jefe» y todo lo que sepas de él —insistió Nash.

—Roberto Guillén; lo único que sé es que tiene mucho poder, mucho dinero y muchos hombres a su servicio. No sé más, lo juro, es como una puta sombra.

—Seguro que tienes idea de a qué se dedica.

—Claro: drogas y armas, pero seguro que hay más, aunque yo soy parte del final de la cadena, no puedo servirle de más ayuda. La información no fluye hacia abajo, seguro que lo entiende, solo nos llegan las órdenes y los pagos en efectivo cuando cumplimos.

—¿No sabes por qué zona se mueve?

—Creo que tiene propiedades en varios estados, Florida, Texas,

California, Maine y Seattle entre ellas, aunque ni siquiera sé si es cierto —Caleb ya había soltado todo lo que sabía—. Pero le juro que a mí siempre me han llegado los trabajos a través del mismo tipo y que no sé más. ¡No tengo ni puta idea de dónde cojones está el mandamás!

Todo acababa siempre en ese nombre: Roberto Guillén, el fantasma, la sombra que nadie era capaz de localizar.

¿Qué interés tenía el supuesto cabecilla de una red de narcos en Laura Clark? ¿Conocía a Abra? Casi seguro que sí a María Fletcher.

Aquellas preguntas lo llevaron irremediablemente a pensar en el padre de Laura, del que no sabían nada. ¿Podría ser él? Según el diario de Abra, era muy posible. ¿Para qué quería a su supuesta hija tras quince años?

Ni siquiera la conocía, no era probable que le hubieran entrado ganas de ejercer como tal y se le hubiera despertado el instinto paternal.

Las preguntas se acumulaban y las respuestas no eran más que suposiciones. Y sin certezas las cosas se complicaban.

15 – DESCONECTAR

Nash estaba tan necesitado de desconectar de su trabajo como Natalie del quirófano. El agente llevaba las últimas horas dando vueltas al interrogatorio de Caleb, lo había comentado todo con Gwen y ambos habían decidido pasarle la grabación a la DEA, ya que coincidían en un objetivo común, aunque por distintas razones. Por su lado investigarían todo lo que tuviera relación directa con el asesinato de Abra Clark e intentarían localizar a Lázaro Méndez y Joseph Wick.

También se aseguraron de que la vigilancia sobre Laura fuera especialmente intensa; no podían fallar, dada la intencionalidad, ahora probada, de la tentativa de secuestro.

Pero había llegado el momento de desconectar y Nash, en cuanto llegó a su casa, se dio una ducha y se cambió de ropa antes de reunirse con Natalie. Habían quedado a mitad de camino entre sus domicilios, para cenar en un restaurante donde la especialidad eran los pequeños platos, variados, elaborados y muy originales. Un menú de degustación para personas de las que disfrutan de nuevos sabores.

Por supuesto eso fue idea de Natalie; Nash con una buena hamburguesa doble «con todo» o un buen chuletón, tenía suficiente, pero no le importaba probar cosas distintas.

El restaurante tenía aparcamiento propio, algo que se agradecía mucho en el centro de la ciudad. Nash dejó el coche estacionado y salió al exterior para acceder a la entrada principal, donde había quedado con Natalie.

Mientras miraba a su alrededor, pensó que ella sería la única opción que podría sacarle el trabajo de la cabeza. Y que tenía muchas ganas de verla y de volver a besarla, eso también.

La noche era agradable y una ligera brisa esparcía los olores de la primavera, mezclados con los de los puestos de comida ambulante.

No había sido consciente de cuánto la había echado de menos hasta que la vio caminar en su dirección y pudo imitar la sonrisa que le estaba dedicando como saludo, un preludio perfecto de lo que podría ser una noche ideal. Sus marcados rizos oscuros enmarcaban su rostro y la chispa de su mirada era suficiente para alegrarle la noche. Estaba bien pillado si antes de saludarla ya estaba pensando en cosas como esa.

—¿Hace mucho que esperas? —Natalie se plantó ante él, pero Nash, en vez de contestar, se acercó a besarla en un impulso, rodeando su cintura con un brazo y atrayéndola hasta pegarla a su cuerpo.

Ella se rio mientras le correspondía y Nash ahondó en el beso, en ese momento era todo lo que necesitaba.

—¡Vaya! —Natalie volvió a reír— veo que estás contento de verme, aunque aún no hayas dicho ni una palabra.

—Es que me dejas sin ellas —Nash le apartó un tirabuzón de la mejilla—. Hola, Nat.

—Hola, Nash —Natalie señaló la puerta del restaurante— ¿vamos a cenar o nos quedamos aquí plantados y nos alimentamos del aire?

—Entremos, la mesa está reservada —Nash se había ocupado de hacerlo—. ¿Tienes hambre?

—A mediodía he comido un sándwich reseco de queso en la cafetería del hospital, no he tenido tiempo para más, estoy desfallecida —Natalie pensó en el día y en las largas horas de quirófano—. Necesitaba mucho poder desconectar esta noche.

—Me alegro de servirte de ayuda con eso —replicó Nash.

—Lo siento si ha sonado como si fueras mi tabla de salvación, pero diría que lo eres —ambos se lo tomaron a broma y se acomodaron en la mesa que les indicó el camarero.

Repasaron juntos la carta, leyendo la gran variedad de platos para escoger. Natalie era la indecisión personificada cuando tenía dónde elegir, fuera comida o cualquier otra cosa.

—¡Oh! Vaya dilema, no sé que pedir —repasaba los platos de nuevo sin decidirse—. Todo tiene una pinta estupenda.

—Me comentaste que eran platos pequeños ¿no? puedes pedir lo que quieras y podemos compartirlo todo —propuso Nash—. La mitad de los platos no sé ni qué son.

—Eso es perfecto, quiero probarlo todo, mira que apetecible: ensalada de polen de hinojo, dashi, setas shiitake, tomatitos japoneses, brotes de jengibre y coliflor asada —leyó Natalie.

—¿Qué es dashi? —Nash no había entendido la mitad de los ingredientes.

—Creo que son unas algas secas, o algo similar.

—¿Eso se come? —Nash mostró una mueca que hizo reír a Natalie.

—Por supuesto —aseguró Natalie— y te prometo que todo está buenísimo, no es la primera vez que vengo. La última vez lo hice con Alana y Jeff y les gustó mucho.

—Confiaré en tu criterio, aunque ya te digo que yo soy bastante básico con la comida —replicó Nash.

—Hay que probar cosas nuevas, agente —Nash pensó que sabía darle un doble sentido a sus palabras cuando quería y, en ese momento, su rostro y el guiño que le acababa de hacer lo demostraban —. Si te gusta la carne, te recomiendo que pruebes el solomillo con miso blanco, salsa de trufa negra y patatas, te va a encantar.

Al final pidieron una variedad de platos para probar y Nash tuvo

que reconocer que todo estaba perfecto y sabroso. Había bocados que no sabía que contenían, pero prefirió no preguntar. Fue un placer tanto la comida como la compañía. Nunca se aburría con Natalie, con ella siempre imperaba el buen humor. Era muy habladora y siempre tenía cosas que explicar.

—¿No os han robado más órganos? —Nash recordó el caso del páncreas.

—Por suerte, no —respondió Natalie— fue algo increíble y el pobre chico al que iban a hacer el trasplante sigue esperando y está muy grave. Si no llega pronto otro páncreas compatible es posible que muera en poco tiempo. Imagino que no habéis averiguado nada nuevo.

—Yo pasé el aviso a la agencia, pero creo que lo estaba llevando la policía; aunque, una vez encontrado el órgano y sin dar con más pistas, es posible que quede archivado pronto —Nash sabía que sería así, no quería engañarla—. Cuestión de presupuesto, ya sabes.

—Todo acaba girando siempre alrededor del dinero —se quejó Natalie y recordó su encuentro con Laura— por cierto, he conocido a la hija de la directora del FBI que mataron, la que era tu jefa.

—¿Cómo la has conocido? —se extrañó Nash y entonces le vino a la memoria que estaba acudiendo a terapia al mismo hospital en el que trabajaba Natalie—. ¡Ya recuerdo! Va a ver a la doctora Evans ¿no? la psicóloga.

—Sí, Annie Evans, la mejor terapeuta infantil y muy amiga mía —Natalie cogió la mano de Nash por encima de la mesa—. La niña me da mucha lástima, está muy triste y parece un alma en pena.

—Lo sé, la he visto varias veces, fuimos con ella a su casa y le he advertido muy seriamente que necesita protección y que no la esquive —Nash mostró su semblante más grave—. Me preocupa, tiene quince años y aunque sepa que puede estar en peligro, no me fio de las ideas de bombero que pueden tener a esa edad.

—Cierto, mala edad para estar sufriendo tanto y para sentirse controlada.

—Bueno, hora de los postres —Nash acarició la mano de Natalie que aún no había soltado—. ¿Qué te apetece?

—Siempre chocolate —Natalie se pasó la punta de la lengua por el labio superior y Nash se sorprendió al descubrirse haciendo lo mismo. Estaba idiotizado, se le hizo la boca agua y no por el postre.

—¿*Brownie* de chocolate con naranja y nueces? —recordó haberlo visto en la carta.

—Perfecto, suena delicioso.

Cuando, un rato más tarde salieron a la calle, la noche de primeros de mayo era templada y agradable. Nash cogió la mano de Natalie y caminaron hacia la entrada del *parking*.

—No sé si estoy dando demasiadas cosas por supuestas —Nash, de pronto, se encontraba inseguro— pero tenía la esperanza de que la noche no acabara con la cena y no sé si quieres ir a tu casa, a la mía o… donde tú quieras. ¿Tu coche está en el parking?

—He venido en taxi, te diré porqué. Mi pronóstico para esta noche era que me hicieras un hueco en tu cama y que mañana, sin prisas, decidiéramos qué hacer durante el día —Natalie se paró y frenó a Nash para mirarlo a los ojos—. Ahora soy yo la que no sé si esto es invadir tu terreno y ser demasiado lanzada, a lo mejor solo querías unas horas a mi lado. Es posible que tuvieras planes para el sábado. Una cosa es pasar juntos una noche y otra llevar esto a otro nivel. No hemos hablado de eso y no tengo prisa por hacerlo. Tú decides.

—Tu plan me parece perfecto —Nash sintió deshacerse un nudo en su pecho e inspiró aire con fuerza, todo estaba saliendo a pedir de boca—. Tengo todo el fin de semana para pasarlo contigo y, si quieres, mañana podemos hablar largo y tendido sobre ello. Me gustas mucho Nat. Y no sólo para una noche, quiero que eso quede claro.

—Entonces estamos de acuerdo —Natalie le rodeó la cintura con el brazo a la vez que él lo hacía sobre sus hombros.

Mientras se dirigían hacia el coche, a Nash le asaltó el pensamiento de que no se reconocía a sí mismo. Siempre había sido de los que no llegan a la madrugada en una cama ajena, de marcharse incluso antes de decir adiós; de los que sabía que lo correcto, para él, era un aquí y ahora, pero nunca un mañana. El futuro nunca había pasado de esta semana o la que viene. Y ahora se estaba planteando pasar todo el fin de semana con Natalie y la vida entera si ella le dejaba. Daba vértigo pensar así, pero no podía evitarlo. Aunque no iba a abrir la boca en ese sentido; mejor ir paso a paso, o iba a asustarla tanto como él lo estaba. Decidió vivir el ahora, el presente. El futuro llegaría igual.

El viaje hasta su casa fue silencioso. Nash posó su mano abierta sobre la pierna de Natalie y ella miró su perfil. Estaba concentrado en el tráfico, pero sabía que el nivel de consciencia sobre su presencia era alto; las expectativas lo llenaban todo.

En cuanto entraron en el piso de Nash, éste cerró la puerta sin soltar la cintura de Natalie. Se apoyaron en la primera pared que encontraron y se besaron a conciencia, con ganas, con ese deseo que habían ido acumulando en las horas previas, repletas de miradas y caricias sutiles poco casuales.

Fue como si se hubiera desatado un incendio en un bosque lleno de ramas secas, una deflagración que aceleró sus ganas llevándolas al límite de la necesidad.

«Demasiado» pensó Natalie; porque de pronto fue consciente de que nunca se había sentido así con un beso, por fogoso que fuera. Se apartó, algo sobrepasada por la intensidad de lo que estaba pasando

entre ellos.

—¿Ocurre algo? —Nash la miró, algo confundido.

—Pensaba que esto sería algo fácil —las palabras le salieron solas, sin pensar—. A lo mejor… es mejor que me vaya.

—¿Por qué? —Nash intentaba comprenderla, pero en aquel momento solo podía pensar en besarla de nuevo—. ¿Qué ha cambiado?

—No lo sé, de verdad, creo que es una cuestión de, no sé; de supervivencia —se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Pues yo tengo la sensación de que has empezado a hablar en otro idioma —Nash seguía confundido— tú misma me dijiste que querías pasar el fin de semana conmigo. Si he hecho algo que te ha molestado lo mejor es que lo hablemos…

—¡No, no, no! No has hecho nada y lo has hecho todo, no sé explicarme. Es que intuyo que vamos a complicarlo. Creo que esto es una especie de ataque de pánico, no sé si prefiero reír o llorar.

—¿Pánico? ¿Que hagamos el amor es complicado? —Nash empezó a adivinar por dónde iban los tiros, Natalie empezaba a ser consciente de lo que él ya había detectado hacía días: aquello era más serio de lo que ambos pretendían en un principio.

—El sexo es fácil, Nash, pero enamorarse puede ser difícil —Natalie lo dijo casi en un susurro.

—No lo creo, pero no voy a intentar retenerte —Nash acarició sus mejillas y posó los labios en su frente—. ¿Quieres que te acompañe a casa?

Natalie levantó la vista y la fijó en la de Nash. Supo entonces que lo que ella estaba sintiendo le llegaba de vuelta, que no era cosa suya sino de los dos. Eso era un alivio.

Nunca había sido una cobarde y se visualizó en el borde de un acantilado mirando a un mar embravecido pero muy bello. Y decidió saltar.

—No. Prefiero quedarme —pasó los brazos tras el cuello de un Nash sonriente y acarició su nuca—. Bésame, Nash.

Lo hizo. La besó con ganas y a fondo, a la vez que empezó a apartar su ropa guiándose por el tacto. Su chaqueta, los botones de su blusa; cuando iba a por el sujetador, Natalie lo paró para poder quitarle la camisa y acariciar su torso; estaba en tensión. Nash no podía apartar la mirada de la piel blanca, del escote que dejaba entrever unos pechos que sabía eran perfectos para sus manos. La besó de nuevo y descendió desde su boca hasta la barbilla, el cuello… inspiró aquel aroma floral que lo transportaba a un campo en primavera y le cogió ambas manos.

—Vamos a mi cama —sin pensarlo mucho se la cargó al hombro como si fuera un saco, le palmeó el trasero y Natalie pataleó y rio a

carcajadas hasta que acabaron sobre la colcha. Le gustaba eso de Nash, su espontaneidad, con la que quitaba seriedad a los momentos intensos.

Siguieron riendo mientras sus ropas acababan esparcidas por el suelo y Natalie estuvo segura de haber tomado la mejor decisión.

Era bueno reírse siempre y con Nash lo hacía, incluso en momentos arrolladores como aquel. Hasta que la cosa se puso seria y se sintió impotente ante aquel asalto de sensualidad, ante las sensaciones que se desencadenaron en su interior.

Nash se centró en darle todo el placer, en llevarla a la cumbre hasta hacerla temblar. Empezó a susurrar su nombre y a Nash le sonó a gloria, estaba rendida a sus caricias.

Lo que no esperaba fue su réplica; ella quería conseguir la misma respuesta de él. Se sentó a horcajadas sobre su cuerpo y paseó sus labios por él, su aliento, su lengua, sus besos y sus manos. Lo llevó al límite, hasta que Nash supo que no podía esperar más. Se hundió en ella sabiendo que era lo que ambos deseaban, se unieron entrelazando brazos y piernas, piel contra piel, compartiéndolo todo hasta la liberación final. Y siguieron juntos, respirando el mismo aire, con sus latidos acompasados.

Se miraron y, poco a poco, sonrieron de nuevo, al unísono, con el entendimiento que da una conexión extraordinaria.

—Debo reconocer —Natalie fue la primera en hablar— que me alegro de haberme quedado.

—Ya veo que lo único que querías era mi cuerpo —bromeó Nash.

—Eso no es del todo cierto —Natalie se apartó a un lado y se acomodó sobre un codo, acariciando el torso sudoroso de Nash—. Tu cuerpo me gusta mucho, estás muy cachas agente. Pero lo que más me ha gustado es que hemos conectado a otro nivel.

—Sé lo que quieres decir —Nash se giró y la acercó más para volver a besarla—. Da un poco de miedo ¿no?

—¿Por qué te crees que he estado a punto de largarme? No da miedo, da pánico —Natalie perdió la mirada en el techo—. ¿Crees que podríamos intentar no hacernos daño?

—Eso me dijo mi madre cuando tenía cinco años y empecé a montar en bicicleta —Nash sonrió— que intentara no hacerme daño. Me caí unas cuantas veces, me gané unas rodillas llenas de arañazos y un buen golpe en un codo. Pero aprendí y después todo fue como la seda. Nosotros también aprenderemos ¿no? Dime que no te darás por vencida.

—No, si tú no lo haces.

*****

El resto del fin de semana fue perfecto. Una mañana de sábado

para remolonear con ropa cómoda y volver a deshacer la cama, un paseo por el barrio y una cena en un restaurante italiano, donde compartieron pizza y ensalada.

Un domingo de senderismo por *Southern Trails Loop*, a pesar de que la ruta de algo más de dos horas les duró casi cuatro; Natalie era de ir parándose a admirar cualquier cosa que llamaba su atención y aquel recorrido estaba lleno de una gran cantidad de árboles, pájaros y flores. Disfrutaron de preciosos parajes y se encontraron con poca gente.

Aquellos dos días fueron decisivos para entender que encajaban. Hablaron mucho, se explicaron detalles de sus vidas, de momentos decisivos, de la infancia, de sus familias, de sus amores. Se rieron con ganas y se besaron más. Y se arriesgaron a explorar lo que podía ocurrir si seguían juntos.

Aún no tenían ni idea de lo que les esperaba.

16 – LOS ASALTANTES

Los golpes en la puerta le avisaron de que alguien llegaba. Esperaba explicaciones y no iba a tolerar más excusas. Ya habían fallado demasiadas veces y el tiempo se acababa. Más de una vez pensaba en que estaba rodeado de incompetentes; les pagaba demasiado como para no tener los resultados esperados cuanto antes.

Su irritación estaba alcanzando cotas muy altas y su paciencia mermaba con cada nueva torpeza que acababa en fracaso. Sus hombres de confianza sabían que ese estado de enojo podía acabar en cólera y sus consecuencias podían ser muy peligrosas. Fue por ello que uno de ellos se plantó ante él con la vista fija en sus zapatos.

—¿Alguien va a explicarme por qué no tengo a la chica aquí? —casi rugió la pregunta.

—Lo siento, señor —el hombre alzó la vista para encontrarse con la mirada más encolerizada que jamás había visto—. Sabe usted que la niña lleva a un *cachaco* tras ella, todo el día. Si nos deshacemos de él va a traernos problemas, ya está la cosa muy chunga con lo de la directora. Mucha vigilancia y eso y mucho *bolillo* pendiente de todo.

—Pon a un profesional con esto, como deberías haber hecho desde el principio —el hombre siguió amenazando—. Confié en ti, Pedro, y me estás fallando. Que hayan pillado a Stone nos pone las cosas peor, supongo que no hablará si sabe lo que le conviene.

—Ese no conoce mucho, ya sabe, pero tenemos de vuelta a Lázaro Méndez, lo pillamos en Maine, muy cerca de la frontera con Canadá —a Pedro le temblaba ligeramente la voz al hablar, estaba muy nervioso.

—Si intentaba huir será mejor utilizar a otro y que Méndez desaparezca del todo, ya me entiendes; sin dejar rastro, seguro que nadie lo echa de menos.

—Bueno, de momento ha recibido una buena paliza y está dispuesto a no fallar esta vez, señor —Pedro lo miraba calculando hasta dónde podía llegar, conocía muy bien a su jefe—. Le aseguro que irá bien, lo hemos amenazado con atacar a sus hijos. Seguro que tendrá pronto a la niña aquí mismo.

—Eso espero, el tiempo apremia, sabes que esto es urgente.

—Lo intentaremos todo, jefe, se lo prometo.

—No puedo dejar pasar ni una oportunidad y lo sabes, hay que ir a por todas. Que los de mañana no fallen tampoco o habrá represalias, haz correr la voz.

—Por supuesto, señor —Pedro salió de la habitación haciendo reverencias, sabía que su propio cuello estaba en juego.

*****

Natalie estaba en el quirófano. Acababan de recibir un hígado de un *donante cadavérico* y el trasplante era inminente. La receptora era una mujer de cuarenta y tres años con una enfermedad hepática irreversible, en estado avanzado, y con una corta esperanza de vida; una candidata ideal, que por suerte era compatible con el órgano que acababan de recibir. Tenían el mismo grupo sanguíneo y RH positivo, aparte de concordar el tamaño y el resto de parámetros a tener en cuenta en los resultados de las analíticas.

El doctor Kirkwood estaba dando las últimas instrucciones, a la vez que los anestesistas finalizaban su tarea de adormecer a la paciente.

—Por suerte el carcinoma hepatocelular está justo en el límite, todos concentrados, por favor —hizo una pausa mientras se ajustaba bien los guantes—. Vamos a empezar, ya sabéis como van los turnos, esto puede durar hasta doce horas.

Antes de que el bisturí tocara la piel de la mujer, se escucharon gritos y carreras aceleradas en el exterior del bloque quirúrgico. Algo estaba pasando, pero el cirujano no quería interrupciones. Ocurriera lo que ocurriera fuera de aquellas paredes, allí estaban aislados. Las puertas automáticas de cierre hermético les proporcionaban un aislamiento total contra el polvo o cualquier otro elemento nocivo, por lo que nadie podía abrir desde el exterior durante una operación.

Mientras el trasplante de hígado transcurría con normalidad dentro del quirófano, en el exterior se vivía una pesadilla.

Un grupo de hombres armados, con los rostros cubiertos por máscaras, tenía a los pacientes, enfermeros y médicos arrinconados en las esquinas o pegados a las paredes, mientras las armas señalaban a los presentes a la altura de sus rostros. Uno de los hombres, el que parecía ir en cabeza, mientras el resto lo protegía con sus armas, agarró a uno de los médicos de la pechera de su bata blanca y le apuntó a la barbilla, a la vez que leía su tarjeta identificativa: *Doctor Rowell, cirujano de traumatología*.

—Bien, Doctor Rowell, los aquí presentes queremos un hígado que ha entrado hace poco en este hospital para un trasplante —la máscara negra le tapaba todo el rostro y solo dejaba ver unos ojos oscuros—. Si se porta bien y nos lo entrega ya mismo, nos iremos sin que haya heridos. Aunque es una suerte que ya estén en un hospital ¿verdad?

El asaltante se rio a carcajadas, como si hubiera dicho algo gracioso, mientras el médico respiraba profundamente intentando serenarse. Aquella situación era espantosa y anómala al extremo. Llevaba muchos años en la profesión y jamás había vivido algo

similar.

—Si se refiere a un hígado que hemos recibido hace unas horas —contestó con toda la calma que pudo reunir— llegan tarde. Ya no está conservado en su solución salina refrigerada, creo que ahora mismo están operando al receptor.

—¿De qué coño habla? —respondió el tipo de la máscara—. ¿Dónde está el maldito hígado?

—Se lo estoy diciendo —el doctor Rowell notó como el cañón del arma se apretaba más sobre su cuello—. Está en quirófano, ya no puede llevárselo nadie, es imposible.

—¡Lléveme a ese quirófano ahora mismo y veremos lo que es imposible! —la pistola volvía a ejercer presión bajo el mentón.

—Están operando, entiéndalo. Las puertas están cerradas herméticamente y solo pueden abrirse desde dentro, sería muy peligroso para el paciente que alguien entrara sin estar esterilizado —explicó el médico con voz temblorosa y se atrevió a preguntar— ¿puede decirme por qué están haciendo esto?

En ese momento, cuando la tensión ya alcanzaba cotas extremas, éstas se intensificaron al escuchar las sirenas de varios coches de policía. Los asaltantes de las máscaras se miraron entre sí y se escucharon murmullos; alguien había dado la alerta, allí había multitud de personas.

El grupo de hombres, que parecían conocer bien el hospital, se alejaron con sus armas apuntando en todas direcciones, hacia la escalera para bajar al piso inferior, donde estaba la cafetería. Salieron de espaldas a través de las puertas batientes, caminando a grandes zancadas. Desde allí podían utilizar un ascensor que daba directamente al sótano y de allí al parking del enorme edificio. Al estudiar el entorno, antes del asalto, habían descubierto una estrecha puerta para el personal que daba a una calle adyacente poco transitada. Era su vía de escape si las cosas se torcían. Y se habían torcido.

En cuanto estuvieron atravesando la cafetería, el tipo al mando les dio instrucciones. Los usuarios del local se escondieron bajo las mesas al ver a aquel grupo de hombres armados sin rostro.

—Bajad con calma, fuera las máscaras cuando salgamos del aparcamiento y sin armas a la vista. La pasma debe estar ahora en la primera planta —los miró a todos— dispersaos y no falléis, nos vemos en el punto de encuentro.

*****

A Nash le llegó noticia de la movida en el hospital, ya entrada la noche, mientras estaba adormilado en su sofá, dudando entre acostarse o esperar a hablar con Natalie. Sabía que tenía un trasplante

largo y un turno aún más extenso aquel día, por lo que llevaba un buen rato pendiente del móvil.

Justo cuando un duermevela lo estaba trasladando a una historia onírica en la que se sentía bien, viajando en un barco sobre un mar en calma, el sonido del móvil lo espabilo. Sonrió al ver el nombre de Nat en la pantalla.

—Hola, preciosa —la saludó—. ¿Un día largo?

—Hola, agente —Natalie pensó en lo ocurrido aquel día y decidió hacerle un resumen, por lo visto no había visto las noticias—. ¿Un día largo? ¡Un día espantoso! ¿No has visto la CNN? ¿No te has enterado de lo que ha pasado hoy en el hospital?

—Pues no he oído ni visto nada, desde que he llegado a casa he estado leyendo y escuchando música intentando desconectar —contestó Nash con curiosidad—. ¿Qué ha ocurrido para que saliera en la televisión?

—Ha entrado un grupo de hombres armados cubiertos con máscaras —relató Natalie— por lo visto querían el hígado que estábamos trasplantando en quirófano, pero han llegado tarde. Te juro que no entiendo nada. Ya sé que hay tráfico de órganos, que hay redes que se dedican a ello. Pero, ¿robarlos en su traslado o directamente en el hospital?

—¡Joder! ¿Qué está pasando? —exclamó Nash— primero el páncreas y ahora un hígado. Ya sabemos que hay pacientes desesperados dispuestos a pagar grandes sumas de dinero y a viajar a destinos alejados como si fueran turistas, para obtener un órgano que los mantenga con vida. Lo peor es que matan a gente para conseguirlo. Pero esto es inaudito.

—Sí, tienes razón —Natalie se notaba nerviosa— pero resulta que las operaciones ilegales se realizan en instalaciones que no reúnen las condiciones, que no están autorizadas y que están al servicio de los ladrones de órganos y su dinero. Aunque esta vez no les ha salido bien, si lo que querían era llevar el hígado a una de esas clínicas.

—¿Qué ha pasado? ¿Tú los has visto?

—No, yo estaba en quirófano, pero me han contado que hay grabaciones de las cámaras de seguridad y que alguien, desde una sala de espera, pudo alertar a la policía. Llegaron rápido, pero los asaltantes huyeron, previsiblemente por la cafetería y el parking. Se les han escapado —Natalie hizo una pausa y suspiró—. Esto me está dando miedo Nash, yo trabajo en trasplantes y no me apetece nada que un tipo me apunte con una pistola, la verdad. Me atemoriza que vayan a volver.

—Seguro que la policía y probablemente el FBI estarán vigilantes —Nash quiso tranquilizarla—. ¿Estarás bien?

—Después de soltarte mi ansiedad me siento mejor, pero he venido

hasta mi casa mirando a mi espalda, toda la historia me ha dado muy mal rollo —Natalie cogió aire intentando tranquilizarse.

—Mañana preguntaré por la agencia, seguramente nos han implicado, hay un grupo que está especializado en las redes de tráfico de órganos —Nash intentó apaciguarla—. No iban a por ti, cielo, no te pasará nada, seguro que pronto los pillan.

—Eso espero.

*****

A la mañana siguiente, Nash comentaba con Gwen el asalto al hospital del día anterior.

—Vi las noticias y aparecieron algunas imágenes algo borrosas captadas por varias cámaras —comentó Gwen—. Por lo visto se han vuelto virales en las redes, ya sabes lo que suele ocurrir con sucesos tan vistosos. Suerte que no hubo heridos.

—Y suerte que no llegaron a tiempo y que alguien pudo contactar con la policía —respondió Nash—. He visto esas imágenes también y creo que va a ser muy improbable que identifiquen a alguien. Como mucho van a conseguir la altura y envergadura de los individuos que participaron, pero entre las máscaras, los gorros y los guantes, es casi imposible dar con sus identidades.

—También tenemos las voces de algunos, sobre todo del que parecía el jefe —Gwen se encogió de hombros—. Creo que te preocupa el tema por tu amiga la enfermera ¿no?

—Sí, Natalie me llamó anoche y estaba bastante nerviosa.

—Mmm… ¿más que una amiga? —Gwen lo miró sonriendo, había detectado en su compañero una preocupación y una mirada más elocuente de lo que él creía que dejaba ver.

—Creo que bastante más, ya veremos —Nash le guiñó un ojo y sonrió—. En cuanto tenga un momento llamaré al equipo de tráfico de órganos para preguntar si saben algo más.

Durante aquella mañana intentaron seguir el rastro del compañero huido de Caleb Stone, Joseph Wick. Contaron con la ayuda de Jason de Tecnología, que hizo otra búsqueda exhaustiva a través de las cámaras de los alrededores de la zona dónde mataron a Abra Clark.

Obtuvieron su número de móvil a través de su amigo, pero al intentar localizarlo descubrieron que no estaba activo, lo más probable es que lo hubiera destruido.

Ninguna de aquellas búsquedas dio resultado. A pesar de la declaración de Stone, al que tenían encerrado en la cárcel sin condicional y a la espera de juicio, seguían en blanco en cuanto a la red para la que trabajaba.

—¿Crees que es cierto que Stone no sabe más y lo está ocultando? —inquirió Gwen, que se estaba cansando de aquellas búsquedas

infructuosas.

—Me parece que no miente, se mostró derrotado al final del interrogatorio —opinó Nash—. Su cuerpo no mostraba señales de estar inventando ni ocultando nada. Es normal que una red de ese calibre sea piramidal y los de abajo no sepan lo que hacen los de arriba, la información solo pasa de un escalón al siguiente. Y solo la justa, eso seguro.

—Bueno, al menos tenemos al asesino de Abra Clark, con eso calmaremos a la prensa, al alcalde y a los políticos.

—Eso es cierto, aunque aún no sabemos para qué querían a Laura, eso es lo que más me preocupa —Nash pensaba mucho en la chica, recelaba de su seguridad—. Si sigue siendo un objetivo, intentarán llegar hasta ella. Espero que no le quiten la protección, eso sería un gran error.

—Esperemos que no sea así, aunque ya sabes que no podremos hacer nada si toman la decisión desde arriba.

17 – ALGO SOSPECHOSO

Adam Moldoon citó en su despacho a los agentes Brennan y Taylor. Sabía que las noticias para ellos no serían gratas, pero no había podido luchar en contra de los deseos de Trevor O'Neil, que seguía lejos, ocupado en otra investigación. Eso le habían comunicado, aunque no conocía los detalles.

Como, por el momento, lo estaba supliendo, y su futuro en la agencia tenía los días contados antes de su jubilación, no quiso poner pegas y buscarse problemas. Aunque no estaba de acuerdo con esa decisión, que le parecía demasiado precipitada y él era de pensar las cosas con calma y razonar cada paso calculando los riesgos.

—Adelante —dijo al escuchar los golpes de los nudillos en la puerta.

—Señor —habló Nash— aquí estamos, usted dirá.

—Siéntense —señaló las sillas al otro lado de la mesa—. Esta mañana he hablado con el Director O'Neil. Quiere que demos por cerrado el caso del asesinato de la Directora Clark.

—¿Cerrado? —exclamó Gwen—. Cierto que el hombre que le disparó está detenido, pero eso no significa que no sigan queriendo secuestrar a Laura. Hay demasiados cabos sueltos y muchas preguntas por resolver.

—No podemos estar seguros de que esa sea la razón —Moldoon lo dijo con la boca pequeña, era difícil contradecir argumentos con los que estaba de acuerdo.

—Si me permite… —lo interrumpió Nash— Caleb Stone, el detenido, ha admitido que tenían órdenes expresas de secuestrar a Laura Clark, aunque no conoce el motivo. Fuera el que fuera, es muy probable que siga existiendo. Tal como le comentamos, en el antiguo diario que encontramos en la casa de Abra Clark hay información que nos hace sospechar que el narcotraficante Roberto Guillén, del que solo conocemos el nombre, podría ser el padre de la chica y el instigador de todo lo ocurrido.

—Las sugerencias u opiniones no son pruebas, lo sabe bien, agente Brennan —objetó Moldoon—. No tenemos forma de demostrarlo.

—¿Eso significa que van a cerrar el caso y quitarle la protección a Laura? —se alarmó Gwen—. Si eso pasa, alguien va a tener que responsabilizarse cuando la secuestren o quizá la maten. ¿Quién lo hará entonces?

Los tres se quedaron en silencio; ninguno de ellos estaba conforme

con esa decisión repentina, nada consensuada y, por lo que parecía, muy visceral. Tampoco entendían las causas, ya que nadie las aclaraba. Nash tenía los puños apretados mientras pensaba en la pobre chica.

—Voy a tomar otra decisión por mi cuenta, sin contar con O'Neil —les comunicó Moldoon, tras valorarlo durante un minuto—. Seguiremos con la protección de Laura Clark, voy a justificarlo por escrito y a tramitarlo, aunque no avisaré a O'Neil directamente, así ganaremos algo de tiempo.

—Gracias, jefe —Nash respiró hondo sabiendo que les daba un pequeño margen de tiempo que necesitaban, aunque no sería suficiente—. Sabemos que se la juega con esto. Si le parece bien, seguiremos buscando a más hombres de la red de traficantes que puedan acercarnos al capo.

—Pues ya pueden meterse de lleno y olvidarse de comer y dormir. Pondré a más efectivos a trabajar en ello. Tengo la impresión de que cuando O'Neil se entere, la bronca me la voy a llevar yo. Quiere el caso cerrado del todo de cara a la prensa y los políticos. Esas son sus razones: no quiere más ruido.

—Si raptan a Laura Clark va a tener el ruido asegurado, y disculpe que sea tan claro, pero esa noticia sería una verdadera bomba —advirtió Nash y Moldoon solo asintió sabiendo que el agente tenía razón—. De momento trabajaremos en silencio.

*****

Las horas y días siguientes se convirtieron en continuos interrogatorios, búsquedas, papeleos, salidas y entradas, llamadas… era como buscar una aguja en un pajar. Otros agentes les estaban ayudando y la búsqueda se expandía con pocos resultados.

Consiguieron detener, con ayuda de la DEA y en concreto de Bill Peters, especializado en las zonas de destino de las drogas, a tres tipos más que traficaban en los eslabones más bajos de la jerarquía de la misma red. A pesar de ello, la información era muy similar a la que obtuvieron de Stone. Nada nuevo que les diera alguna información que no tuvieran ya.

Bill les informó de las rutas más utilizadas, aunque solían ser cambiantes para esquivar a los controles policiales.

Al cabo de una semana, tanto Gwen como Nash estaban desesperados. Era como darse de narices contra un muro, una y otra vez. La ayuda del área tecnológica les iba dando pequeñas pistas, aunque no llegaban a nada concreto, y eso que Jason se estaba dejando las neuronas en aquellas búsquedas casi infructuosas.

*****

El sábado, por fin, Nash se dio un descanso, aunque estaba demasiado extenuado como para salir. Los horarios habían desaparecido y habían hecho más horas que un reloj.

Se lo explicó a Natalie, que también arrastraba un cansancio considerable y ella lo invitó a pasar el fin de semana en su casa.

La propuesta le gustó tanto que fue incapaz de ponerle ni un «pero». El esfuerzo de preparar una bolsa y hacer el trayecto hasta la casa de Natalie, fue rápido y compensado por todas las imágenes que su imaginación le iba mostrando de lo que pasaría en cuanto llegara a su piso.

Aunque la realidad superó a la ficción. En cuanto Nat abrió la puerta y Nash dejó su bolsa en el suelo para besarla en condiciones, se desató la necesidad arrinconada durante los días laborables y el deseo se disparó como un cohete en un día festivo.

—No sabía que te había echado tanto de menos —le susurró al oído y Natalie se apartó para mirarlo.

—Creo que hemos tenido una semana intensa de trabajo ¿eh, agente? —lo cogió por la camiseta negra y lo arrastró hacia el interior de la casa—. Vamos a desquitarnos y a olvidarnos de él. Este fin de semana eres solo mío.

—Todo tuyo —corroboró Nash asintiendo y abarcando su cintura con las manos— y tú, toda mía.

—Seguro que se nos ocurre cómo no aburrirnos.

—Tengo algunas ideas —aseguró Nash al entrar en su habitación, mientras se dejaban caer en la cama dispuestos a comprobarlo.

Bastante más tarde, y a pesar de que no habían pensado en sus trabajos durante horas, acabaron comentando lo ocurrido aquella semana. Era inevitable. El asalto al hospital, la situación de Laura Clark…

—¿En serio pueden dejarla sin seguridad? —Natalie estaba asombrada—. ¿Y si vuelven a intentar secuestrarla?

—De momento está protegida, pero no sabemos lo que durará.

—La he visto a veces por el hospital cuando viene a las visitas con Annie —comentó Natalie—. ¿Sabes que quiere ser enfermera? Me lo dijo el otro día. He quedado en darle información al respecto, aunque aún le queda un tiempo para eso y puede cambiar de idea.

—Es bueno que tenga objetivos y mire hacia el futuro.

—Objetivos y futuro que se verán truncados si la secuestran —objetó Natalie y Nash se quedó en silencio—. Bueno, debíamos olvidarnos del trabajo ¿no? ¿Qué te apetece cenar?

—¿Qué tal si empiezo contigo? —Nash se acercó a su boca y mordisqueó sus labios—. Tengo hambre.

—Eres insaciable, agente —Nat rio con ganas mientras volvía a sacarse la ropa.

*****

Ya estaban en mayo y la primavera estallaba en su plenitud, incluso en la ciudad. Los parques se veían más verdes, aparecían flores donde antes solo había arbustos secos y el aire olía más limpio tras la lluvia. Natalie decidió ir paseando hasta el hospital. Saliendo de casa con tiempo suficiente y con calzado cómodo, tardaba casi una hora en llegar, pero con esa temperatura ideal, no le importaba, al contrario; esos paseos matutinos parecían darle fuerzas para lidiar con los momentos duros de su profesión, que también los había.

El día anterior había muerto la paciente a la que habían realizado el trasplante de hígado. Un rechazo total e inesperado. Según todos los parámetros, el órgano debía ser compatible. Pero a veces el cuerpo respondía sin lógica y todas las horas de pruebas, quirófano y cuidados, se convertían en baldías.

Por suerte no era lo más habitual, pero cuando sucedía, uno no dejaba de preguntarse si podía haber hecho más, aún sabiendo la respuesta.

Cuando llegó al hospital revisó su planificación del día y empezó por las visitas a las habitaciones de la primera planta. Revisó las actualizaciones en los historiales médicos, conversó con algunos pacientes, dio consejos a algunos auxiliares y comprobó que le quedaba poco tiempo para acudir a la primera operación del día.

Desayunó en la cafetería con Ava y Lorna, que la acribillaron a preguntas sobre el fin de semana con el agente federal. La habían convocado a una salida el domingo y Natalie les explicó, muy escuetamente en el grupo de *whatsapp,* que estaría desaparecida todo el fin de semana y les mostró la causa con una foto de Nash. Tras enviarla desconectó el móvil hasta el lunes por la mañana.

Más tarde debía asistir en un trasplante de córnea, por lo que calculaba que en menos de una hora y media habría terminado.

La mañana pasó volando y, a primera hora de la tarde, decidió pasar por la consulta de Annie Evans, en la segunda planta; llevaban unos días intentando buscar tiempo para tomar un café a la salida y charlar un rato, pero no habían coincidido en sus turnos ni un solo día. La psicóloga estaba muy ocupada también y era difícil encajar algún hueco, a pesar de trabajar a pocos metros de distancia. Llamó a la puerta con los nudillos y al escuchar su voz, la entreabrió.

—¡Hola, guapa! —la saludó Natalie, al ver la estancia vacía—. ¿Crees que hoy nos tomaremos ese café?

—Pues ya veremos —Annie miró la hora en su reloj de pulsera—. En unos minutos tengo a Laura Clark y tras ella a un par de visitas más, que no creo que sean rápidas. Es raro que no haya llegado Laura.

—Hay bastante tráfico a esta hora y ya sabes que la trae el poli —

comentó Natalie—. Dime algo más tarde ¿vale?

—Claro, nos vemos luego —Annie le guiñó un ojo y Natalie volvió a cerrar la puerta.

Recordó que debía pasar por la planta baja para consultar unos datos en el mostrador de la entrada, sobre una paciente que acababa de ingresar y que todavía no estaban actualizados en el sistema.

Al acercarse vio entrar a Laura Clark, seguida de su «guardaespaldas» que la escoltaba unos pasos por detrás. Sonrió al verla y ella la detectó al momento y se acercó.

—Hola, Natalie, me alegro de verte —la chica sonrió, a pesar de que incluso la sonrisa parecía triste.

—Yo también me alegro —respondió Natalie, que correspondió a su sonrisa—. Creo que hoy llegas un poco justa de tiempo, ¿mucho tráfico?

—Bastante —Laura miró su móvil—. Ya voy con retraso, voy a ver a la doctora Evans. Me ha parecido muy útil la información que me enviaste, ya te la comentaré en otro momento.

—Sí, tranquila, no hagas esperar a Annie.

*****

Una hora antes de que Laura llegara al hospital, un grupo de hombres se habían infiltrado sin que nadie se percatara; en ese momento todos habían tomado posiciones y estaban atentos a la entrada de Laura Clark en el hospital, aunque lo disimulaban muy bien.

Esta vez iban a hacer lo planeado sin errores. Se habían colado en el guardarropa y se habían agenciado batas blancas y verdes para pasar desapercibidos entre el resto de médicos y enfermeros, aunque no debían acercarse a ellos. Habían decidido capturar a la chica a la salida de la visita con la terapeuta que la trataba.

Llevaban unos días controlando sus pasos y sabían que antes de marcharse solía pasar por los lavabos de la planta baja, que estaban muy cerca de la salida. Haciendo una revisión exhaustiva de ellos, descubrieron que un pequeño armario que se utilizaba para guardar los útiles de limpieza, tenía otra puerta al fondo que conectaba con los lavabos de la cafetería y servía para utilizarlo desde los dos espacios.

Si pillaban a la chica en el lavabo y la hacían salir por la cafetería, atravesando el armario, el poli se quedaría esperando en el exterior sin percatarse de nada. Era un plan perfecto. La amenazarían para que no diera la alarma ni se pusiera a gritar y una furgoneta, con los cristales tintados, los esperaría en la calle. Tenían poco tiempo y debían aprovecharlo.

Por si las cosas se torcían, todos llevaban armas bajo las batas. Habían recibido órdenes explicitas de no armar jaleo y conseguir

llevarse a la chica sin hacer ruido y era lo que tenían intención de hacer.

La chica ya estaba en su sesión en la segunda planta con la doctora Annie Evans. Un par de infiltrados se paseaban por allí para detectar el momento exacto en el que saliera y avisar a los que esperaban en la planta baja, situados en lugares estratégicos, como en las cercanías de los baños, en la cafetería o próximos a las puertas giratorias de la entrada principal.

Natalie se encontraba en la planta baja. Caminaba hacia los ascensores para volver a la segunda planta. Se fijó en un médico, al que vio venir de lejos, que no le sonaba de nada y pensó que debía ser nuevo.

En los últimos días habían tenido lugar algunas nuevas incorporaciones de residentes, pero no solían llevar el tipo de bata que lucía ese médico. El hombre iba concentrado mirando su móvil y caminando despacio, por lo que a Natalie le dio tiempo a fijarse en la identificación que colgaba de su cuello, intentando leer el nombre: Ford McKay.

¡*Ese no era Ford McKay*! Fue el pensamiento que asaltó a Natalie, que siguió caminando sin procesar la alerta que su cerebro intentaba enviarle. Hasta que se frenó en seco. ¿Por qué un extraño llevaba la bata de un pediatra que ella conocía muy bien? Sabía que Ford estaba de vacaciones. Su familia vivía en la costa oeste y se había tomado unos días libres para ir a la boda de su hermana en Malibú.

Le parecía posible que un médico nuevo utilizara la bata de otro médico, pero ¿su identificación? Si algún sanitario accedía de forma eventual al hospital, se le proporcionaba una tarjeta de visitante, por lo que llevar la de otro médico era algo muy inusual y extremadamente sospechoso.

Natalie miró a su espalda y vio al supuesto médico doblar la esquina. En un impulso decidió seguirlo con disimulo. Podía abordarlo y preguntar, pero algo se lo impedía, quizá el último asalto al hospital. Se preguntó si a nadie se le habría ocurrido incrementar la seguridad.

El médico debía estar un poco loco, porque Natalie se dio cuenta de que hablaba solo. Escuchó el murmullo de su voz pero no tenía a nadie al lado. Entonces se fijó en una especie de audífono en su oreja, de esos que suelen llevar los guardaespaldas o los escoltas. Afinó el oído y pudo escuchar unas palabras «aquí todos en sus puestos».

Esa frase le dio muy mala espina y decidió seguirlo con disimulo, parecía dirigirse hacia el fondo, donde se encontraban los lavabos y cerca de la cafetería. Lo observó saludar con un movimiento de cabeza a otro médico, situado al otro lado del pasillo ante los ascensores. Otro médico al que Natalie tampoco reconocía. Allí pasaba algo.

Mientras el supuesto médico miraba a través de las puertas

acristaladas de la cafetería, ella se metió en los lavabos, lo observaría desde la rendija de la puerta. Comprobó que su móvil estuviera en el bolsillo de la bata, por si tenía que hacer una llamada urgente. Esperaba de corazón estar equivocada y acabar riéndose de su fértil imaginación. Pero en ese momento su corazón bombeaba como si una manada de caballos salvajes estuviera atravesando su pecho.

Mientras tanto, Laura Clark salió de la consulta de Annie Evans más animada de lo que había entrado. Reconocía que le estaba ayudando mucho. Aún eran pocas sesiones las que llevaba, pero le estaba echando un cable para poder asimilar los cambios sucedidos en su vida, eso era cierto. Empezaba a poder sonreír en algún momento y lloraba menos. Los ejercicios de respiración también la favorecían al atenuar su ansiedad. Le seguía doliendo mucho pensar en su madre, pero no perdía la esperanza de que aquel pinchazo en medio del pecho acabara diluyéndose entre los buenos recuerdos.

Su escolta la seguía un par de pasos por detrás. Laura no era muy habladora y llevar a aquel policía a su espalda a todas horas, era lo peor.

Por un lado la permanente sensación de estar en peligro y por otro la incomodidad de no tener libertad para nada y vivir controlada a todas horas.

Decidió pasar por el baño pequeño de la planta baja, como siempre hacía, ya que el trayecto hasta la casa de la tía Grace era bastante largo. Por suerte, la traía y llevaba el poli en coche; tenía que soportar su presencia, pero tenía chófer particular, así intentaba verlo. Se lo dijo y él le contestó que la esperaba al lado de la puerta.

Antes de que ella entrara, el policía echaba una ojeada al baño para comprobar que no hubiera nadie sospechoso en el interior. Estaba vacío, como casi siempre. Los baños señalizados desde la escalera central estaban al otro lado y había muchas más cabinas con inodoros, por lo que aquel casi siempre estaba vacío.

Aunque eso no era del todo cierto. Natalie había escuchado los pasos al acercarse y se había escondido en el armario de la limpieza. Al ver que la que accedía al interior era Laura, salió.

—¡Natalie! —Laura se llevó la mano al pecho—. ¡Qué susto me has dado! ¿Qué haces ahí metida?

—No pasa nada —no quería asustar a la chica— pero es que he visto a un médico que no conozco y lleva la identificación de otro y me he metido aquí sin saber qué hacer. Me ha parecido raro, igual estoy un poco paranoica.

—Entonces habla con la doctora Evans —Laura se echó a reír al ver la cara de espanto de Natalie, se lo tomó a broma.

—Tienes razón, creo que necesito vacaciones y relajarme un poco.

Esas fueron las palabras que le salieron, pero en ese instante, justo cuando rumiaba sobre la excesiva casualidad de que Laura estuviera allí, decidió enviarle un mensaje a Nash, aunque solo le dio tiempo a escribir «*algo raro pasa en el hospital*…».

La puerta se abrió con ímpetu y golpeó la pared con fuerza.

18 – EL SECUESTRO

El escolta de Laura, Holt Cardwell, apoyó la espalda en la pared, al lado de la entrada de los lavabos del hospital cercanos a la cafetería. Ya estaba bastante cansado de hacer de canguro, pero era algo que no había escogido.

Sabía que su superior le había encomendado su cuidado porque confiaba en él. A pesar de los turnos, que combinaba con otro de sus compañeros, esperaba que la chica pronto estuviera libre de peligro y él pudiera dedicarse a patrullar por las calles como solía hacer. Holt ni siquiera tenía demasiada información de cuál era el riesgo, solo que alguien parecía querer secuestrarla; algo que no acababa de entender, pues le resultaba una chica bastante normal.

Mientras miraba a su alrededor, vio a algunos médicos caminando por el pasillo en ambas direcciones. Lo que no esperaba es que cuando dos de ellos se le acercaron, cada uno por un lado, la inesperada descarga de una táser lo inmovilizara. Intentó defenderse, pero recibió una nueva descarga, aún más fuerte, y empezó a convulsionar mientras lo arrastraban por el suelo y abrían la puerta de los lavabos de una patada. Al despertar no recordaría nada más del incidente, tras haber perdido la consciencia.

Los falsos médicos lo empujaron al interior y lo arrinconaron a puntapiés dentro de uno de los compartimentos, mientras Natalie agarraba a Laura de la mano e intentaba correr hacia la salida, a la vez que chillaba. Pero los dos hombres fueron más rápidos. Eran grandes y parecían fuertes, uno era calvo y el otro lucía una tupida barba. Les apuntaron con sus armas y cada uno se situó detrás de una de ellas para taparles la boca y amenazarlas.

—No se te ocurra abrir la boca —le dijo el calvo a Natalie y ella asintió con la cabeza.

—Me has dicho que la chica estaba sola —se quejó el barbudo.

—No he visto entrar a la enfermera —contestó el otro de malos modos.

Laura, en su ingenuidad, y quizá debido a la imprudencia que le generaba su estado actual, no se le ocurrió otra cosa que intentar deshacerse del hombre. Haber visto a Holt desmayado, a pesar de que no le gustara llevar escolta, la había enfadado mucho. Supo que la buscaban a ella, que la iban a raptar y no podía imaginar nada peor que estar retenida contra su voluntad.

Se revolvió entre los fuertes brazos del tipo que la tenía cogida, intentando clavarle el codo en el estómago. El hombre, con mucha

experiencia en peleas y refriegas, soltó una carcajada y le giró el brazo de mala manera. No midió su fuerza y el húmero de Laura crujió. Un chasquido que no auguraba nada bueno. También la hizo caer al suelo y se dio un golpe en la cabeza contra el marco de una de las puertas. El chillido que intentó salir de su garganta quedó silenciado por el barbudo, que volvió a taparle la boca con su manaza y la levantó para agarrarla con fuerza. Laura intentó pelear de nuevo, pero el esfuerzo le produjo un dolor inmenso que acabó en desmayo y Natalie, al ver lo ocurrido y la mala postura de su brazo, pensó que era lo mejor por el momento. En la frente solo se veía un chichón enrojecido.

—¡Imbécil! —susurró el calvo—. ¿Qué has hecho? ¡Había que llevársela ilesa, idiota!

—Le has roto el brazo —Natalie lo dijo sin gritar, quería que la escucharan—. Necesita asistencia médica y está en un hospital, ¡no os la podéis llevar!

Se escucharon pasos en el exterior y los dos hombres se miraron. Había que largarse inmediatamente.

—¡Vámonos, rápido! —miró a Natalie y a su acreditación—. Nos llevamos también a la enfermera para que la cuide en el trayecto.

—Pero eso no estaba previsto, nos va a traer problemas— objetó el otro, frunciendo el ceño.

—Haberlo pensado antes de romperle el brazo a la cría —el tipo se metió en el cuarto de la limpieza y el otro lo siguió y cerraron la puerta. Miró a Natalie; Laura iba en brazos del otro tipo.

—Ahora vamos a atravesar la cafetería —su amenaza era patente —. Somos dos médicos, una enfermera y una paciente ¿Entendido?

—¿No crees que va a ser muy raro que dos médicos, una enfermera y una paciente inconsciente atraviesen la cafetería para salir a la calle? —Natalie adivinó el destino enseguida—. Vamos a llamar mucho la atención.

—Ahora mismo eso me importa una mierda —contestó el hombre —. Recuerda que vamos armados, si intentas alertar a alguien te pego un tiro y no estoy bromeando. Fuera nos espera una furgoneta y el objetivo es entrar en ella *ipso facto*. ¡Andando!

Natalie pensó en su móvil, que había metido en el bolsillo derecho de la bata. Había podido enviar el escueto mensaje a Nash, pero en realidad no decía nada, no le había dado tiempo a escribir más. Podía tardar horas en ponerse en contacto con ella.

Entonces recordó que llevaba el buscapersonas en el otro bolsillo. A pesar de los avances tecnológicos, en muchos hospitales se seguían utilizando debido a su confiabilidad, ya que podían recibir señal en áreas con mala recepción.

Aunque Natalie dudaba de que se pudiera localizar su «busca» a demasiada distancia y no sabía dónde estaría en las siguientes horas.

No quería ni imaginarlo.

Estaba muy nerviosa y sus pensamientos inconexos eran un batiburrillo de imágenes terroríficas e ideas absurdas. Solo tenía ganas de gritar y no podía hacerlo. Le parecía que se había metido de lleno en una pesadilla.

Al atravesar la cafetería, casi corriendo, fue consciente de que las personas que había allí eran pocas, pero que todas levantaban la mirada hacia ellos, ya que formaban un grupo cuando menos curioso. Al menos habría testigos de aquella salida. Natalie divisó la furgoneta oscura antes de atravesar las puertas de cristal. Localizó a una de las enfermeras de su grupo, Ava, que estaba sentada en una esquina tomando un café.

No osó abrir la boca, el cañón de la pistola en sus riñones la disuadió. Tampoco sabía hasta qué punto aquellos dos tipos eran unos bravucones o hablaban en serio y eran capaces de disparar. Intentó expresar lo que pudo con la expresión de su cara y Ava se levantó y dijo su nombre, pero ella no pudo contestar, el tipo que la encañonaba, tapando el arma con su chaqueta, la acababa de meter en la furgoneta de un empujón. Confiaba en que Ava daría la voz de alarma.

Apoyaron a Laura en su hombro de malas maneras, mientras el vehículo arrancaba a toda velocidad para incorporarse a una de las avenidas de la ciudad. Natalie advirtió que ahora iban acompañadas por cuatro hombres, ya que en la furgoneta dos más los esperaban.

Se dio cuenta de que estaba temblando cuando se fijó en Laura, que seguía inconsciente. Quizá fuera lo mejor para ella, aunque le preocupaba mucho su brazo, que estaba torcido en un ángulo anómalo. Si no se hacía algo rápido podía tener lesiones graves en los tejidos blandos, aparte del húmero y los tendones; era indispensable inmovilizarle el brazo.

—Hay que inmovilizarle el brazo a Laura —lo dijo en voz alta para quien quisiera escucharle, pero ninguno respondió. Era exasperante.

Natalie vio como los dos que las habían secuestrado (acababa de darse cuenta de que ella también se había convertido en víctima), se miraban con cara de preocupación.

—¿Qué hacemos? —preguntó el barbudo al calvo— no aguantará así todo el viaje. Aunque acabe muerta, hay que trasladarla sana y salva.

—¿Cómo que «aunque acabe muerta»? —casi chilló Natalie, abrumada por aquellas palabras—. ¿Qué clase de monstruos sois? ¿Para quién cojones trabajáis?

—¡Cállate la boca o te la voy a cerrar de otra manera! —la amenaza surtió efecto y Natalie se encogió en el asiento al advertir una mirada lasciva que le produjo náuseas; aquella situación pintaba

muy mal.

—Creo que lo mejor será hacer una parada en la clínica más cercana —dijo el calvo y repitió la orden al conductor, que solo asintió mostrando su acuerdo.

Natalie no entendía nada. Acababan de huir de un hospital y ¿ahora iban a llevarlas a una clínica? Esos tipos estaba chalados y eran peligrosos, una combinación malísima.

—Dame tu móvil —dijo el calvo, mientras el barbudo rebuscaba en los bolsillos de Laura hasta dar con el suyo.

Natalie no tuvo más remedio que sacar su móvil del bolsillo y entregárselo al hombre. La furgoneta pasó por un callejón estrecho, mientras se alejaba del centro de la ciudad y el calvo aprovechó para salir un momento de la furgoneta, pisotear los dos móviles y tirarlos en un contenedor de basura.

Laura gimió de dolor; Natalie intentaba mantener su brazo inmovilizado con los suyos, pero de un modo muy precario. Si lo de llevarlas a una clínica era cierto, estaba deseando llegar.

Dentro de aquel vehículo no tenía medio alguno para paliar el dolor de Laura ni hacer ningún tipo de cura urgente.

Aunque al echar un vistazo al exterior se dio cuenta de que estaban saliendo de la ciudad y se preguntó hacia dónde narices las llevaban.

Hasta que vio una señal que indicaba la dirección del Aeropuerto Internacional de Baltimore, el BWI.

*****

Holt Cardwell, el policía que escoltaba a Laura, se despertó con la sensación de no poder moverse, aunque los dedos de sus manos empezaban a responder. No sabía que hacía tirado en el suelo de un cubículo en unos baños y le costó ubicarse.

Le resultó difícil incorporarse y acercarse al lavamanos para remojar su cara e intentar recordar. Laura le vino a la mente como un flash. ¡¿Dónde estaba la chica?!

Entonces empezaron a inundarlo los recuerdos; los dos médicos que se le acercaron, la descarga eléctrica que casi lo inmovilizó y una segunda que le hizo perder el sentido.

El resultado estaba claro: se habían llevado a Laura. Tenía que dar el aviso enseguida, ni siquiera sabía cuánto rato llevaba inconsciente.

Buscó su móvil, que seguía en el bolsillo de su pantalón y llamó a su superior, mientras salía de los baños. En ese mismo momento vio a un grupo de agentes federales y policías avanzar hasta donde él estaba. Alguien había dado la alarma antes que él.

*****

Nash miró su móvil y vio el escueto mensaje de Natalie:

«*Algo raro pasa en el hospital…*».

Le pareció extraño, no le daba mucha información ni le explicaba qué era eso que le había llamado la atención.

No sabía qué hacer. Normalmente no se llamaban en horario laboral, ya que ambos tenían trabajos muy absorbentes y podían interrumpir al otro en momentos inadecuados. Se enviaban algún mensaje para quedar y poco más. Por eso le seguía resultando extraño aquel aviso. Esperaría un poco más, por si le enviaba más información o le decía que no había sido más que una impresión.

La espera fue corta, ya que Moldoon en persona se acercó a Nash y Gwen con pasos acelerados.

—Brennan y Taylor —pronunció sus nombres como una orden— tenemos un problema y gordo. Acaban de secuestrar a Laura en el Hospital Central, mientras estaba de visita, y a una enfermera que estaba con ella.

A Nash le dio un vuelco el corazón, tanto por el secuestro de la chica, como por esa enfermera que se le apareció con el rostro de Natalie, algo que prefería ni pensar.

—¿Qué sabemos? —preguntó Gwen.

—No me han dado mucha información, solo lo que os acabo de decir. ¡Id al hospital cuanto antes! El policía que custodiaba a Laura Clark es quien ha dado la voz de alarma, aparte de otras personas que parecen haber visto algo. No sé más, aunque creo que la policía ya está allí.

—¡Vamos! —Nash ya estaba saliendo por la puerta y Gwen corrió tras él.

—¡Rescatad a esa chica! —fue lo último que escucharon de su jefe.

*****

En cuanto atravesaron la entrada principal, Holt Caldwell, el policía escolta de Laura, ya los estaba esperando. Otros dos policías estaban con él, uno de ellos el teniente de su unidad.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó Nash.

Holt relató los hechos, que para él se reducían a ser atacado con una táser y despertar al cabo de una hora en el suelo de los baños.

—Siento no poder dar más información —el hombre se sentía fatal —, pero al menos recuerdo el rostro de los dos supuestos médicos y podría identificarlos.

—¿Quién más ha visto algo sospechoso? —preguntó Nash, recordando las palabras de Moldoon.

—Varias personas que estaban en la cafetería —señaló a una enfermera que estaba apoyada en una pared al lado de los ascensores —. Pueden hablar con ella.

Los agentes se acercaron a la chica, que tenía los ojos enrojecidos

de llorar.

Antes de que pudiera explicarle nada llegó un grupo de médicos y el que iba en cabeza los interrumpió.

—Me acabo de enterar de lo ocurrido —el médico los miró con el ceño fruncido—. Soy el doctor Max Kirkwood y me acaban de decir que ha habido un secuestro y que se han llevado a una de mis enfermeras.

—¿Nos podría facilitar el nombre de esa enfermera? —Nash lo preguntó con el corazón en un puño, estaba casi seguro de saber la respuesta.

—Natalie Watts —dijo el médico y a Nash se le revolvieron las tripas.

—La vi salir acompañada de dos hombres a través de la cafetería y uno de ellos llevaba a una chica en brazos —intervino Ava— me pareció raro y se lo comenté a la enfermera jefe, pero estaba muy ocupada y no le dio importancia, me dijo que seguramente volvería enseguida. Llamé por mi cuenta a la policía, pero en un primer momento no me hicieron mucho caso.

—Centrémonos en lo que vio. ¿Qué hicieron al salir a la calle? —preguntó Gwen, obviando el comentario sobre los policías.

—Se subieron a una furgoneta oscura —contestó Ava— intenté ver la matrícula, pero no me dio tiempo, salieron disparados en dirección sur.

—Hay que buscar las imágenes de las cámaras de seguridad —dijo Nash y miró a Gwen—. ¿Te ocupas de avisar a Jason para que haga una búsqueda en las instaladas en la calle? Nosotros revisamos las del hospital.

—No entiendo nada —intervino Kirkwood—. ¿Para qué se llevan a una paciente y a una enfermera?

—Ahora no puedo explicárselo, es urgente localizarlas —contestó Nash que no estaba para perder el tiempo—. Seguro que la policía podrá informarle, nosotros necesitamos acceder a las cámaras de seguridad.

—¿Alguien la ha llamado al «busca»? —preguntó el médico y todos se quedaron en silencio.

—¿Natalie lleva un localizador? —Nash cogió aire inflando sus esperanzas.

—Debería —contestó el cirujano— los seguimos utilizando en el hospital, hay algunas zonas con mala cobertura.

—¿Cuál es su código? —Nash cogió su móvil para apuntarlo—. Que nadie la llame, si lo lleva encima podríamos ponerla en peligro. Lo mejor es intentar localizarlo.

—Creo que a partir de una cierta distancia, aproximadamente un kilómetro, deja de funcionar —informó el médico—. Lo bueno es que

podemos enviar señal que sea solo de vibración, con lo que solo se enteraría ella.

—Lo probaremos entonces.

*****

Todos los implicados se pusieron en marcha con celeridad; era prioritario localizar la ubicación de Laura y Natalie. Nash nunca hubiera imaginado encontrarse en una situación similar.

Se localizaron imágenes dentro del hospital y pudieron enfocar a los dos falsos médicos en el pasillo de los baños. Holt los identificó positivamente, incluso pudieron ver las imágenes del ataque con la táser y cómo lo metieron en los baños. En el interior no había cámaras, pero la salida de los cuatro a través de la cafetería les impactó.

Laura estaba inconsciente, no sabían que le había pasado, pero Kirkwood, que no había querido ausentarse, aunque su turno había terminado, se fijó en la postura antinatural del brazo.

—Esa chica tiene un brazo roto —señaló la cámara.

Al cabo de poco tiempo recibieron imágenes de la furgoneta, que Jason les envió a sus móviles. También había hecho una búsqueda de la matrícula, pero solo descubrió que correspondía a un coche cuyo robo había sido denunciado hacía una semana y que no había sido localizado.

Sabían más que hacía unas horas de lo ocurrido, pero aquella información parecía llevarles a un callejón sin salida.

—Hay que conseguir rastrear el trayecto de la furgoneta y hacer una búsqueda en el aeropuerto BWI de Baltimore —comentó Nash—. Es la dirección que parece que tomaron, aunque sea probable que se hayan desviado antes de llegar o hayan cogido alguna carretera y todo sea para jugar al despiste con nosotros.

Nash llamó a Jason. No le había dicho nada sobre el busca.

—Dime —contestó al momento.

—¿Hay señal del busca de Natalie Watts? —preguntó aún sabiendo la respuesta.

—Nada de nada, como si no existiera —fue la respuesta de Jason —. Creo que se han alejado a toda velocidad o están en algún lugar dónde no llegan las señales.

—¿Y de su móvil? —Nash había llamado con insistencia, pero no daba señal alguna.

—Estoy en ello, en cuanto lo localice te aviso.

Nash colgó y se acercó a una máquina de café. No era lo que más le interesaba con el estado nervioso que soportaba, pero le daba igual. Intentaba controlar la angustia que lo invadía, pero pensar en Natalie en manos de esos desalmados, que se dedicaban a secuestrar mujeres a

cambio de dinero, lo sacaba de sus casillas.

No podía descentrarse o lo retirarían del caso, algo que no iba a tolerar. Notó una mano apoyarse en su brazo y miró a Gwen.

—Las encontraremos —le aseguró, aunque lo dijo casi sin voz, como si fuera una mentira piadosa.

19 – BUSCANDO A LAURA

La furgoneta seguía su camino y Natalie se fijó en que la mayoría de los carteles del exterior señalaban la dirección del aeropuerto BWI de Baltimore. Estaba pensando en que ese parecía su próximo destino, cuando se desviaron por una carretera estrecha que no era más que un camino asfaltado. Ni siquiera lo hubiera visto si no se hubieran adentrado en él. Los árboles y la vegetación circundante lo ocultaban y no detectó señalización alguna que indicara hacia dónde se dirigían.

Laura empezó a despertarse; Natalie estaba muy preocupada por ella, el desmayo había durado demasiado tiempo y temía que el golpe en la cabeza, cuya hinchazón había aumentado de tamaño, fuera más grave de lo que parecía a simple vista.

Un gemido salió de su garganta y parpadeó intentando enfocar la vista. Al ver a Natalie a su lado se apretó contra ella y chilló debido al dolor del brazo.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó a Natalie con voz temblorosa.

—Nos han secuestrado, cariño —contestó la enfermera al ver como las lágrimas surcaban las mejillas de la chica y alzó la voz—. Estos energúmenos van a tener que hacer algo para curarte el brazo roto ¿verdad?

—Estamos en ello, no te preocupes, enfermera —el calvo la miró con el ceño fruncido—. Vamos a una clínica.

—¿A una clínica en medio de la nada? —Natalie miró al exterior, donde solo vio campos yermos y algunas arboledas.

—Ya estamos llegando y vamos a vendaros los ojos, es mejor para vosotras no saber nada más —dijo el barbudo y procedió a sacar dos pañuelos de una mochila para dejarlas sin vista y que no pudieran recordar el trayecto.

—Me duele mucho —se quejó Laura, que casi no podía soportar la intensidad de los continuos pinchazos.

—Aguanta un poco más, cielo —Natalie le cogió la otra mano y se la apretó intentando transmitirle ánimos.

Aunque no podían ver nada, Natalie y Laura notaron como la furgoneta frenaba y los hombres parecían hablar en clave entre sí. Las hicieron caminar durante casi diez minutos antes de llegar a su destino. Natalie percibía que sus pies avanzaban sobre lo que parecía un suelo lleno de hierba, piedras y arbustos; seguramente la furgoneta no podía llegar hasta el punto al que las estaban dirigiendo. ¿Allí había una clínica? Natalie pensó que no recordaba ninguna que estuviera en esa dirección y tan alejada del centro de la ciudad. El

trayecto hasta el aeropuerto de Baltimore, calculaba que era de unos cincuenta kilómetros y estaba casi segura de que no quedaba muy lejos de allí. Llevaban más de una hora en el vehículo.

—Ya nos han abierto, podemos bajar —escuchó a uno de los hombres.

—Hay que quitarles la venda —respondió otro— si se caen va a ser peor para todos. Y caminar hasta la otra entrada nos hará perder demasiado tiempo.

Nadie respondió, les quitaron el pañuelo que cubría sus ojos y su sorpresa fue mayúscula. Se encontraban en medio de la nada, como había advertido Natalie durante el trayecto, y tenían ante ellas una trampilla abierta en el suelo. Debía tener alrededor de un metro cuadrado y por dentro mostraba una escalera vertical de enganches de hierro insertados en una especie de pozo cuadrado de ladrillos mohosos de un tono terroso. Estaba oscuro y no se veía el final.

—¡No pretenderás que nos metamos ahí! —exclamó Natalie y Laura se puso a llorar—. ¡Ella no puede bajar por aquí con un brazo roto!

—Yo la bajaré a ella —dijo el hombre más corpulento— voy a buscar una silla especial con correas y la utilizaremos con la chica para que no use el brazo.

Sin dar más explicaciones se introdujo en el pozo y lo vieron descender rápido hacia el fondo. Cuando creían que lo habían perdido de vista, una luz muy potente iluminó el interior. No era tan profundo como parecía a oscuras. Al fondo se vislumbraba un suelo liso que parecía embaldosado.

Natalie no dejaba de preguntarse qué iban a encontrarse allí abajo, parecía que iban a descender al mismo infierno.

El hombre que había bajado volvió al cabo de unos minutos. Colocó a Laura en aquella especie de silla con correas que después colgó de sus hombros, para bajar de nuevo los escalones con la chica a su espalda, como si fuera una mochila portabebés. Laura volvió a gritar de dolor, mientras la acomodaba, con el brazo roto pegado a su cuerpo.

Natalie había utilizado su bata blanca del hospital para envolver su torso e inmovilizar en lo posible el brazo. La dificultad la tuvo al trasladar el «busca» del bolsillo de la bata al de sus pantalones vaqueros, pero lo consiguió gracias a los quejidos de Laura que atrajeron las miradas de sus captores y no se fijaron en ella. Por suerte su camiseta era bastante larga y le tapaba el bulto en el bolsillo. Quizá no le sirviera de nada, pero no quería perderlo por si en algún momento pudiera contactar.

Cuando llegaron al fondo y caminaron por un pasillo iluminado, la sorpresa fue en aumento.

Sobre todo al llegar a unas puertas dobles, cerradas herméticamente, que abrieron con la huella digital del que parecía estar al mando, el conductor de la furgoneta.

Al traspasar aquellas puertas se encontraron con lo que podía ser cualquier clínica de la ciudad. Amplia, muy iluminada e higienizada, el aire que se respiraba era fresco y ni siquiera olía a hospital. Casi no detectaron personal y todos llevaban un uniforme gris oscuro. Se encontraron ante un mostrador y un chico joven les dijo que los esperaban.

—En la habitación número doce tenéis lo necesario para enyesar un brazo, lo he dejado todo a punto —miró a Natalie—. ¿Tú eres la enfermera?

—Sí —a Natalie no le salían las palabras, estaba casi en shock, aquello le parecía una mala película de terror.

—¿Eres capaz de poner una escayola? —le preguntó—. Los médicos que trabajan aquí no son traumatólogos ni técnicos en ortopedia y están con otros pacientes, prefiero no molestarlos.

—Puedo hacerlo, pero me gustaría hacer una radiografía antes y ponerle hielo para bajar un poco la hinchazón. Espero que tengáis yeso o una férula.

Natalie iba enumerando mentalmente lo necesario, ya que alguna vez había ayudado con huesos rotos pero hacía mucho tiempo de eso. Ahora su especialidad era otra; tampoco sabía si los médicos allí eran tales y no estaba en posición de pedirles que le mostraran sus titulaciones.

—Lo encontrarás todo en la habitación, si te falta algo que alguno de ellos venga a pedirlo —el chico, al menos, parecía amable; eso pensó Natalie, como si estuviera en un hospital normal y corriente.

Acompañó a Laura hasta la habitación número doce, custodiada por dos de los tipos, el calvo y el barbudo, de los que seguían sin conocer los nombres y que no las dejaban ni a sol ni a sombra.

Allí encontró todo lo necesario y se concentró en Laura, no era momento de ponerse más nerviosa. Lo importante era el brazo de la chica y puso todo su empeño en sus cuidados.

Pudo hacer la radiografía, le dio un fuerte analgésico para el dolor y le enyesó el brazo lo mejor que pudo. Esperaba haber estado acertada y que no le quedaran secuelas. Por suerte parecía una rotura limpia en la parte central del húmero, ya que no había detectado astillas en las placas.

—Gracias, Natalie —le susurró la chica, que miró hacia la puerta, donde los dos hombres hablaban en voz baja—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Tengo un busca en el bolsillo —susurró Natalie de forma casi imperceptible—. Espero que nos puedan localizar en algún momento.

Quería tranquilizar un poco a Laura, aunque sus esperanzas eran débiles. No pudieron seguir hablando, ya que los hombres las hicieron callar.

—Se ha hecho tarde y tenemos órdenes de pasar la noche aquí —las informó el barbudo—. Os llevaremos a una habitación y mañana… volaremos. Ni se os ocurra intentar huir, es imposible.

Natalie imaginó que esa era la razón de estar tan próximos al aeropuerto. En cuanto subieran a un avión las alejarían de allí y podían trasladarlas a miles de kilómetros. Aquello no pintaba nada bien, pero no quería que Laura notara su ansiedad, por lo que intentó no dar importancia a las palabras del hombre.

*****

Ya era muy tarde y Nash y Gwen seguían en las oficinas del FBI. Estaban agotados, más por el estado nervioso que otra cosa.

Nash había avisado a Alana, la hermana de Natalie, y a Jeff. Ambos se habían mostrado muy alarmados, como era normal, pero Alana lo llamaba cada diez minutos. Sabía que estaban muy unidas, pero tanta insistencia lo estaba alterando, por lo que había prometido que pasaría por su casa, aunque eso no iba a solucionar nada.

También le había llegado un mensaje de Jeff, pidiéndole que tuviera paciencia con su mujer, que estaba muy nerviosa, pero también embarazada; algo que aún no habían anunciado a nadie.

No paraba de dar vueltas sobre dónde debía estar la furgoneta que se las había llevado. Las cámaras de seguridad la habían grabado en algunos tramos de camino al aeropuerto de Baltimore, pero de pronto había dejado de circular y en ese espacio en el que habían perdido el rastro, no existían desvíos con cámaras. O se habían metido en algún camino de los que no salen ni en los mapas, o habían cambiado de vehículo. Era posible que estuvieran muy lejos.

—Será mejor descansar un poco, Nash —le dijo Gwen— sabes que la búsqueda continuará durante toda la noche y nos avisarán si tienen noticias. Y hay controles en el aeropuerto.

—Lo sé, pero es que tampoco voy a poder dormir —Nash se restregó los ojos con cansancio— y le he prometido a la hermana de Natalie que pasaría a verla.

—La tía de Laura también está muy preocupada, pero el médico le ha recetado un calmante para sosegarla —comentó Gwen, que había estado en contacto con la mujer—. Nos vemos mañana a primera hora, intenta dormir un poco.

Tras calmar a Alana como pudo y charlar un rato con ambos, Nash acabó durmiendo en la habitación de invitados de la pareja. Estaba seguro de que Alana le había metido alguna especie de sustancia relajante en aquel té con sabor a frutas que le había hecho tomar antes

de irse a la cama.

Creyó que pasaría la noche en vela, pero lo cierto es que empezó a roncar antes de darse cuenta de que el sueño lo vencía. Estaba exhausto.

*****

Por la mañana, muy temprano, tanto Nash como Gwen ya estaban de nuevo en las oficinas. Estaban intentando organizar el día y valorando cual era la mejor estrategia para localizar a Laura y Natalie, cuando les llegó una llamada urgente de Jason.

—Dime —contestó Nash—. ¿Tienes algo?

—He conseguido localizar el que parece el móvil de Natalie, aunque la señal aparece y desaparece, no es continua, pero no se mueve de la ubicación.

—¿Dónde está? —Nash ya iba caminando hacia la salida, haciendo una señal a Gwen para que lo siguiera.

—En un callejón cercano a una de las salidas de la ciudad, te paso la ubicación exacta por el móvil —respondió Jason.

—¿Y el busca? —recordó Nash.

—Nada de nada, si está en el lugar que indica el móvil, es demasiado lejos para contactar por él —le indicó Jason—. Aunque lo más probable es que no conserven el móvil, el de Laura Clark no da señal alguna.

—Gracias, Jason, sigue buscando, por favor —Nash colgó y miró a Gwen—. Vamos a buscar el móvil de Natalie.

Los dos agentes corrieron hacia su coche y Nash condujo todo lo rápido que pudo hasta el lugar de la ubicación del móvil. Un nuevo desengaño les esperaba en aquel callejón desierto. Había un viejo coche abandonado al que le faltaban un montón de piezas y unos contenedores de basura que apestaban. Echaron una mirada por el suelo, pero no había más que suciedad.

—Creo que toca mirar en el contenedor —sugirió Gwen sin acercarse.

Nash abrió la cubierta superior y la pestilencia lo echó para atrás; pero no era el momento de mostrarse escrupuloso. Se inclinó hacia el interior y empezó a sacar bolsas apestosas, algunas rotas, y a rebuscar entre la porquería. Entonces los vio en el fondo: dos móviles rotos. Tuvo que meterse dentro del contenedor para rescatarlos, pero esperaba que le dieran más información.

Reconoció el móvil de Natalie. A pesar de tener la pantalla agrietada y la carcasa rota, aún se encendía, por eso lo había localizado Jason. El de Laura estaba casi partido por la mitad y la tarjeta SIM hecha añicos, por eso no lo habían emplazado.

Jason volvió a llamar a Nash, que contestó enseguida.

—Dime.

—Creo que he conseguido localizar el «busca» de la enfermera, aunque podría haber alguna interferencia y que fuera un error, o que haya algún repetidor cercano —explicó Jason— y en caso de no ser así, se están moviendo en dirección inequívoca hacia el aeropuerto de Baltimore.

—Gracias, Jason, vamos hacia allí —contestó Nash—. Intenta enviar una señal de vibración al busca, a ver si hay suerte y llega. Si no, lo intentaré yo mismo con el que me han prestado en el hospital en cuanto estemos cerca.

—¿Al aeropuerto? —preguntó Gwen cuando su compañero la miró cruzando los dedos.

—Exacto —afirmó Nash—. Mientras yo conduzco, avisa a las autoridades del aeropuerto de que retengan a cualquiera que acompañe a Laura y Natalie, envíales sus fotos de nuevo, aunque creo que ya las tienen.

—Ojalá lleguemos a tiempo —dijo Gwen mientras llamaba—. Voy a pedir apoyo también, por si acaso.

20 – UNA TRAMPILLA EN EL SUELO

El viaje en la furgoneta hasta el aeropuerto fue rápido. No tardaron más de veinte minutos en llegar, pero, en vez de entrar por la carretera principal que llegaba hasta el enorme aparcamiento y a la entrada de la zona de embarque, se desviaron unos cientos de metros antes. Se dirigieron a una zona que ni Natalie ni Laura habían visitado nunca.

Estaban situados a unos quince kilómetros al sur de la ciudad de Baltimore, y en aquel momento estaban accediendo a uno de los vestíbulos para aviones privados. Nadie frenó a la furgoneta y uno de los trabajadores del aeropuerto se acercó a ellos en cuanto aparcaron, como si los estuvieran esperando.

—¿Todo en orden? —preguntó el calvo.

—Todo en orden. Ya está registrado el vuelo en la torre de control —contestó el otro, que miró a las chicas de reojo al verlas bajar del vehículo—. Mejor que salgáis cuanto antes, me han dicho que hay mucha vigilancia hoy por aquí.

Los dos tipos que las habían secuestrado asintieron y no hubo más intercambio de palabras. Natalie dedujo, por lo poco que había escuchado, que allí colaban a personas sin identificar en vuelos privados a cambio de pasta.

Por lo visto había gente comprada en todos lados y por cualquier causa. Era deprimente.

Las escoltaron hasta el avión de pequeñas dimensiones, aunque al entrar se encontraron con un interior lujoso y unos asientos muy cómodos de color beige. Ni Natalie ni Laura habían volado nunca en un avión como aquel.

—Aquí tenéis unos zumos —una azafata de vuelo les dejó unos vasos de tubo sobre una bandeja que contenían un líquido entre anaranjado y rojizo—. ¡Bebéoslo todo!

Natalie adivinó que aquel zumo, o lo que fuera, debía contener algún medicamento o quizá una droga. No confiaba en que fuera un gesto amable; no sabía hacia dónde se dirigían, ni para qué querían a Laura, ni qué harían con ella ahora que no les servía para nada. Estaba aterrada, aunque intentaba disimularlo por el bien de Laura; ella era la adulta y debía protegerla dentro de lo posible.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto los dos tipos habían comentado la opción de deshacerse de Natalie, de dejarla tirada por

allí para que se buscara la vida. A ella le entró el pánico al no conocer sus verdaderas intenciones, incluso pensó que la matarían y se desharían de su cuerpo. Pero la reacción de Laura fue la que los convenció de no dejarla atrás: se puso a llorar al escucharlos y chilló como si la estuvieran matando, a la vez que aseguraba que no iba a separarse de Natalie. Ante aquel rechazo extremo, los dos tipos decidieron conservar a la enfermera a su lado, ya verían que hacían después.

Ahora, ante aquellos zumos tan sospechosos, Laura la miró con el temor reflejado en sus ojos y los labios apretados. Ambas imaginaban que lo que fuera que contenía aquel líquido las iba a noquear.

—No tengo sed —aseguró Laura.

—Vas a beberte el zumo o te lo voy a hacer tragar con un embudo —el barbudo daba mucho miedo y la chica se encogió en su asiento.

Obligadas por aquel par de salvajes, acabaron por beberse el mejunje. Antes de llegar a los últimos tragos, a ambas se les cerraban los párpados sin que pudieran hacer nada para evitarlo. En cuanto apoyaron la cabeza en el respaldo del cómodo asiento, se durmieron como bebés.

—¿Has avisado al jefe de que estamos en camino? —preguntó el calvo y su amigo asintió.

—Sí, todo está preparado, un coche nos espera y nos llevará hasta el barco y de ahí a su mansión principal.

*****

Nash y Gwen casi volaron en dirección al aeropuerto. Nash le pasó el busca a su compañera y le dijo que fuera probando a enviar señal de vibración, por si obtenían alguna respuesta, pero fue en vano.

Nash llevaba guardada en su móvil la última ubicación en la que Jason había localizado a Natalie, pero de momento su destino parecía ser el aeropuerto, o sea que no se pararon a buscar antes de llegar hasta allí.

Las búsquedas realizadas en el aeropuerto, a petición del FBI y la policía, de Natalie Watts y Laura Clark, fueron negativas.

—Lo siento agentes —uno de los responsables del buen funcionamiento del aeropuerto, los estaba atendiendo en ese momento —. Podemos asegurarles que estas dos mujeres no han subido a ningún vuelo regular de los que ha salido durante el día de hoy desde este aeropuerto. Hemos realizado una búsqueda exhaustiva de nuestras bases de datos.

—¿Salen vuelos privados? —se le ocurrió preguntar a Nash.

—Sí, desde uno de los hangares, el último —contestó el hombre—. También les hemos pasado sus datos, pero la respuesta ha sido negativa. Han salido algunos jets privados, pero en ninguno de ellos se

han registrado esos nombres. Les aseguro que los controles son estrictos.

Nash no tenía tan claro que no pudieran colarse pasajeros encubiertos, todo dependía, como siempre, de que los que se ocupaban de controlar las salidas fueran corruptos e hicieran la vista gorda. Era una opción que no podían descartar.

—Gracias —se estrecharon las manos— les ruego que sigan con el control durante todo el día de hoy, por favor. Los nombres de las dos mujeres están registrados como «desaparecidas». Si las detectan en algún momento, avisen de inmediato al FBI. El resto de aeropuertos también están alertados.

—Por supuesto.

Se alejaron hacia el coche, Nash cada vez más nervioso y decaído. Con cada paso que daban, los secuestradores les llevaban más ventaja. Tenía la sensación de llegar siempre tarde, de que nunca los alcanzarían.

—Deberías relajarte un poco, Nash —se atrevió a decirle Gwen, que notaba los signos de ansiedad y desazón en su compañero—. Natalie significa mucho para ti ¿no?

—Pues… no sabía que tanto —contestó Nash, mirándola de reojo —. Si le pasa algo…

—¡Eh! No seas negativo —Gwen le dio un codazo—. Vamos a la última ubicación donde Jason localizó el «busca», por si encontramos algo. No está muy lejos.

—Vamos —Nash casi no tenía esperanzas, pero no podía perder las pocas que le quedaban.

Tras un trayecto no demasiado largo, se fueron acercando al punto que tenían guardado en el móvil. Allí no había nada, o al menos lo parecía.

El tráfico era muy fluido y no pasaban demasiados coches, por lo que circulaban muy lentamente. La carretera seguía recta y estaba flanqueada por arbustos y árboles.

—Nos hemos pasado —indicó Gwen, que seguía mirando la pantalla del móvil.

—Pero no había ningún desvío —Nash frunció el ceño y miró por el espejo retrovisor antes de dar media vuelta en medio de la carretera —. Volvamos atrás.

—¡Para aquí! —dijo Gwen de repente— estamos cerca, pero debemos girar hacia la derecha.

Nash miró hacia dónde le indicaba Gwen y detectó un camino muy estrecho, casi escondido entre los arbustos.

—Lo intentaremos —volvió a mirar a ambos lados de la carretera y cuando estuvo despejada giró para internarse entre el verde que bordeaba el camino—. A ver dónde nos lleva.

—Parece que este camino nos conduce al punto detectado por Jason —aseguró Gwen— estamos tan solo a trescientos metros.

—¡Pero si aquí no hay nada! —a Nash se le revolvieron las tripas —. Espero que encontremos el «busca» abandonado.

—Seguro que es eso —Gwen también estaba preocupada y no quería pensar en encontrar un cuerpo.

Al llegar a unos metros del punto de localización, ambos bajaron del coche y miraron a su alrededor. Campos, tierra, algunos árboles y una loma cercana. Pueblos y ciudades lejanos y montañas aún más apartadas.

Lo único que les quedaba era mirar al suelo y buscar alguna pista. Si Jason no se había equivocado, Natalie y supuestamente Laura, habían estado allí.

Ambos caminaron por los alrededores mirando a sus pies, por si encontraban el «busca» de Natalie, que en algún momento había estado allí.

Nash se fijó en unas ramas rotas y un montón de hojas secas, que formaban un pequeño montículo. Se acercó y se agachó para esparcirlas. Al pasar la mano por encima y apartar las hojas, tocó metal. El corazón le dio un vuelco.

—¡Gwen! ¡Aquí! —su compañera se acercó corriendo.

—¿Qué hay? —ambos miraron al suelo sin saber que era aquello.

—¿Qué es esto? —Nash hizo un intento de tirar de la argolla de lo que parecía una trampilla, de al menos un metro cuadrado—. Está cerrado ¿por dentro?

—¿Eso significa que hay alguien bajo tierra? —inquirió Gwen, al constatar que en el exterior no había ni candado ni cerradura alguna, solo una argolla para tirar.

—Como no hay timbre para llamar, vamos a intentar abrir esto como podamos.

Nash se incorporó y se acercó al maletero del coche para sacar una gruesa cuerda. La ató a la argolla con un fuerte nudo de nueve y repitió el proceso en la parte trasera del coche, que tenía una bola de remolque desmontable que guardaba en el maletero. Nunca la había necesitado, pero en ese momento podía funcionar; todo dependía del cierre de la trampilla y del aguante de la bola de remolque. La ajustó en su lugar y se dispuso a probar si la fuerza de arrastre superaría a la resistencia del cierre.

—Se admiten apuestas —le dijo a Gwen para rebajar la tensión—. ¿El coche o la trampilla?

—Con ese nudo que has hecho, apuesto por el coche —contestó Gwen con una sonrisa y cruzó los dedos.

Nash puso el coche en marcha y arrancó apretando el acelerador poco a poco. No fue instantáneo y llegó a creer que la pieza del

remolque se rompería, pero al final la trampilla saltó por los aires, Nash frenó con suavidad y salió del coche. La expresión de Gwen, que ya estaba mirando al interior, era de auténtica sorpresa.

—¿Tú ves lo mismo que yo, o estoy alucinando? —preguntó en susurros.

—¡Hay luz al fondo! —Nash no tenía nada claro que era lo que estaba viendo—. Hay que bajar.

—No podemos bajar solos, lo sabes —Gwen lo miró a los ojos—. Hay que notificar el hallazgo y pedir refuerzos.

—Mira Gwen, puedes meterte en el coche y esperarme, pero yo voy a bajar —Nash estaba decidido— Natalie y Laura pueden estar ahí abajo y en peligro.

—Si es una propiedad privada necesitaremos una orden judicial para entrar —Gwen lo dijo con poca seguridad, todo aquello era demasiado extraño—. Y es probable que, si están ahí, tú acabes tan secuestrado como ellas.

—Mira, hay momentos en los que debes seguir tus instintos. No voy a cuestionarte, pero tampoco lo hagas tú conmigo —Nash volvió a mirar al fondo y le pareció escuchar alguna voz lejana—. Llama pidiendo refuerzos, pero yo no voy a esperar a que lleguen. Si me sancionan lo aceptaré.

—De acuerdo, llamo y bajamos los dos, no voy a abandonarte en esto —Gwen lo decidió al ver que su compañero no iba a echarse atrás.

Hizo la llamada y dio aviso de que la situación podía ser de extremo peligro, ya que no sabían lo que iban a encontrar en aquel pozo, así como de gran urgencia.

Ambos empezaron a descender por los escalones de hierro insertados en una de las paredes del pozo, Nash en primer lugar, seguido de Gwen.

En cuanto llegaron al suelo embaldosado, sacaron sus armas antes de intentar atravesar las puertas dobles, pero estaban protegidas por un lector de huella digital. Nash se fijó bien en las puertas y supo que abrirlas no sería fácil.

Mientras dudaba en disparar en la cerradura, escucharon una voz de mujer a través de un interfono.

—¿Quiénes son ustedes? —solo una pregunta y ambos se miraron.

—¡Abran la puerta, FBI! —gritó Nash con la pistola apuntando al frente.

Era posible que los estuvieran observando, aunque no veían ninguna cámara. Nadie respondió, aunque escucharon movimiento al otro lado de las puertas metálicas.

—Si no abren en un minuto, vamos a disparar hasta hacer saltar la cerradura —advirtió Gwen y empezaron la cuenta atrás.

Antes de que se decidieran a hacerlo, la puerta doble se abrió y los agentes se quedaron impactados. El interior podía ser cualquier hospital y, a simple vista, parecía de unas dimensiones considerables.

Vieron personal que habían sustituido las batas blancas por unos uniformes de color gris oscuro y algunos vigilantes armados. ¿Una clínica clandestina? Dos hombres armados, de los cuatro que tenían a la vista, se acercaron a ellos.

Todos llevaban las armas cargadas, apuntándose unos a otros. Nash y Gwen, como ésta había predicho, estaban en minoría y en peligro.

—¿Tienen una orden para entrar en una propiedad privada? —preguntó uno de ellos.

—No creo que esté en disposición de solicitar nada —contestó Nash—. Por muy propiedad privada que sea este sitio, está enterrado bajo tierra y parece un hospital. No me creo que nada aquí sea legal. O sea que lo mejor será que colaboren.

—Si se van ahora, nos olvidaremos de este encuentro y los dejaremos vivir —fue la respuesta del matón que parecía más bruto.

—El FBI y la policía están avisados de que hemos localizado este lugar y vienen hacia aquí —respondió Nash—. Pueden matarnos, pero le aseguro que no saldrán indemnes de nuestros asesinatos. Es su decisión si quiere pudrirse en la cárcel.

Las armas seguían empuñadas en posición de ataque; las piernas abiertas, los brazos hacia adelante nivelando las miras a la altura de la vista y la tensión creciendo a cada segundo. Estaban en minoría. Veían a cuatro hombres armados, pero podía haber más. Los que parecían médicos y sanitarios se habían medio ocultado tras los mostradores o dentro de las habitaciones.

Si alguno de ellos apretaba el gatillo, todo se descontrolaría, pero nadie daba su brazo a torcer. Hasta que uno de los hombres dio un paso adelante, apuntando a Nash desde más cerca, sin posibilidad de error.

—Ni un paso más o disparo —le advirtió Nash.

Pero el hombre no hizo caso y volvió a acercarse. Nash le disparó en un hombro, con la intención de reducirlo, y se tiró rodando al suelo para parapetarse tras una pared, mientras su compañera lo cubría. Hubo un cruce de disparos entre ambos bandos y tanto él como Gwen se resguardaron en una de las habitaciones. Allí vieron una cama en la que descansaba un hombre mayor, con el rostro amarillento y demacrado, que debía estar muy drogado o anestesiado, ya que seguía durmiendo ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

Los estaban acorralando y solo se escuchaban gritos alrededor, carreras y órdenes de algunos médicos que intentaban preservar la salud de los enfermos que estaban allí ingresados.

Por suerte, cuando Nash pensaba que el caos no podía empeorar,

los refuerzos irrumpieron en aquel espacio soterrado convertido en hospital. Un grupo de SWAT, que llegó en helicóptero, entró con sus hombres armados hasta las cejas y pronto tuvieron la situación controlada. Desarmaron a los vigilantes de la clínica con facilidad que, dada su evidente inferioridad, no se opusieron. Uno de ellos se acercó a los agentes, que les mostraron sus identificaciones.

—¿Están bien? —les preguntó.

—Sí, por suerte han llegado justo a tiempo —respondió Nash y Gwen asintió.

—Deberían habernos esperado, algunos de sus compañeros están de camino, no tardarán en llegar.

21 – LA CLÍNICA CLANDESTINA

El hallazgo de la clínica clandestina iba a darles mucho trabajo, pero la prioridad de Nash y Gwen seguía siendo localizar y rescatar a Laura y Natalie.

Sin tener más información de su paradero, tuvieron que volver a la ciudad, no podían continuar dando palos de ciego, lo principal era tener clara la dirección que debían seguir para dar con ellas.

En cuanto llegó el grupo de agentes de su departamento, solicitaron ambulancias para que trasladaran a los enfermos y se dispusieron a interrogar al personal médico, aunque era mejor hacerlo en las instalaciones del FBI. Lo primero que detectaron es que casi todos los pacientes estaban recién operados o en fase de recuperación de una intervención reciente.

Era indispensable descubrir de quién era obra aquella moderna clínica enterrada bajo tierra. La zona donde se hallaba ubicada estaba apartada, en medio de la nada, por lo que imaginaron que su construcción pasó desapercibida, ya que no tenían vecinos cercanos. Pero ¿y el personal? Pronto lo averiguarían.

Una vez que los enfermos habían sido recogidos por los sanitarios de las ambulancias para su traslado a diferentes hospitales, Nash y Gwen solicitaron interrogar al máximo responsable médico, que ya había sido esposado y esperaba dentro de una furgoneta.

Un grupo de agentes se quedaron en el lugar para incautar todos los ordenadores y cualquier cosa que encontraran que proporcionara información.

Hallaron también algunos archivadores que contenían documentación y que fueron requisados como pruebas de lo que, a todas luces, era un delito; posiblemente con muchas ramificaciones. Tras una puerta camuflada descubrieron un túnel subterráneo que iba a dar a una granja abandonada, que estaba situada a más de un kilómetro y por dónde transportaban a los enfermos.

El traslado al edificio del FBI se hizo lo más rápido posible. Las personas detenidas, entre vigilantes y sanitarios (de los que había que comprobar su identidad y sus titulaciones), sumaban un total de treinta y cinco personas, treinta sanitarios y cinco vigilantes armados.

Aquellas detenciones se habían convertido en una operación estratégica para sus fines. Si habían situado el «busca» de Natalie en aquel lugar, era porque estaba relacionado de alguna manera con el secuestro de Laura, aunque ellas no estaban allí. En sus manos se hallaba la opción de vincularlos y Nash estaba decidido a extraer de

los detenidos hasta el último dato que pudiera servirles para dar con ellas.

Llegaron a media tarde a las oficinas de Washington y se repartieron a los detenidos para interrogarlos en diferentes salas. Nash y Gwen tenían ante ellos al máximo responsable médico y a uno de los vigilantes. El que había sido herido en el hombro estaba ingresado en el hospital.

Tuvieron que esperar una hora más, ya que todos los detenidos, sin excepción, habían pedido ponerse en contacto con sus abogados que, casualmente, pertenecían a un mismo bufete.

—Según la identificación que llevaban en su poder, usted es Norman Dallas —Nash señaló primero al vigilante y después al médico — y usted, el doctor Steve Manville. Antes de que se nieguen a contestar a nuestras preguntas, les recuerdo que todos los ordenadores de la clínica están en nuestro poder, el área tecnológica ya se ha puesto a estudiarlos y les aseguro que lo van a hacer minuciosamente. Lo mismo ocurre con los archivadores que hemos encontrado y con sus móviles. Si hablan, nos cuentan que hacían en esa clínica y nos adelantan alguna información, seguro que será beneficioso para ustedes.

—¿Van a ofrecernos un trato? —preguntó uno de los abogados con semblante hosco.

—De momento, no —Nash sabía que tenían la sartén por el mango y era el momento de jugar con ello. Ellos no sabían la prisa que tenía y debía mostrar calma—. Es muy posible que cuando tengamos toda la información de sus archivos, las pruebas sean suficientes para juzgarlos y encerrarlos. De momento ya tenemos permiso para interrogarlos y retenerlos, una clínica oculta bajo tierra abre muchas puertas. Les informo de que esta conversación se está grabando y la buena predisposición a ayudar siempre puede convertirse en un atenuante por parte de los jueces. Tanto como las injerencias pueden ser un agravante, no lo olviden.

Se hizo el silencio y las miradas entre los detenidos y sus abogados hablaban por sí solas. Los habían descubierto y siempre era mejor culpar a otros que quedarse callados, desviar la atención e intentar atenuar su futura condena. Estaban jodidos y lo sabían, sobre todo en cuanto empezaran a obtener algunas informaciones que, si llegaban a la prensa y a los cuantiosos canales de información, se convertirían en alertas de interés público que correrían como la pólvora y engendrarían indignación.

—De acuerdo —dijo el médico y nadie le contradijo, ni siquiera su abogado—. En la clínica se hacen trasplantes de órganos.

—Entiendo que son órganos obtenidos de manera fraudulenta — dijo Nash y el médico bajó la cabeza y suspiró—. ¿Es usted médico de

verdad o no llegó a conseguir el título?

—¡Por supuesto que soy médico de verdad! —exclamó Steve Manville ofendido—. Obtuve mi título en la universidad de Texas.

—¿Y qué hace trabajando para una clínica clandestina con órganos robados o comprados?

—Tuve un problema en un hospital —el médico parecía no querer explicar nada más, pero al final lo hizo—. Hubo una época en que bebía demasiado y una operación salió muy mal, cuando debería haber sido sencilla. Me echaron y no iban a contratarme en ningún otro centro médico. Mi reputación quedó hundida.

—¿Quién le ofreció este trabajo? —se interesó Nash.

—Otro médico de los que han detenido hoy. Cuando estaban construyendo esta clínica contactó conmigo. Habíamos estudiado juntos y se enteró de mi situación. Dejé la bebida y mis operaciones en ese lugar han sido impecables. En mi defensa diré que he salvado muchas vidas.

—¿Quién dirige todo esto? ¿Hay más clínicas? —preguntó Gwen, que había permanecido callada hasta ese momento—. ¿Está relacionada con los robos de órganos en el Hospital Central que tuvieron lugar hace poco?

—Creo que quién pone la pasta y nos paga es un narcotraficante del que no sé nada, solo que está muy buscado y que son pocos los que han visto su cara —respondió el médico y Gwen se fijó en la cara de Norman Dallas, que fruncía el ceño—. Me ha llegado que es un tipo con muchos negocios y que está muy protegido. Sé que hay más clínicas, pero solo conozco otra en el estado de Texas, que está camuflada en el interior de un rancho. Y en cuanto al robo de órganos, creo que sí; que el grupo está buscando un órgano muy concreto, pero no sé cual es ni para quién.

Nash desconfiaba de que hubiera tantos detalles que desconociera, pero era pronto y conseguirían descubrirlo. Miró entonces a Dallas y lo instó a hablar.

—Usted estaba de vigilante e iba armado —el hombre no movió ni un músculo de la cara—. ¿Quién es el jefe?

—Sólo sé que se llama Roberto Guillen, pero eso seguramente ya lo saben —el hombre se encogió de hombros y se le escapó un amago de sonrisa— muchos trabajamos para él, paga bien. Pero son muy pocos los que lo rodean y los que lo han visto. Yo no soy uno de ellos, ni mis compañeros de la clínica tampoco.

Interrogatorios como aquel se sucedieron durante toda la noche y se alargarían durante varios días. La noche fue larga, pasó volando y no pudieron descansar, a pesar de ser muchos los agentes que estaban colaborando.

Las investigaciones del área tecnológica empezaron a dar sus

frutos. Obtuvieron mucha información. Los enfermos de la clínica estaban todos necesitados de trasplantes, eran muy ricos, algunos habían venido desde otros países, y habían pagado cantidades astronómicas de dinero para que los operaran de urgencia en esa clínica, saltándose las listas de espera de trasplante de órganos y consiguiendo con dinero lo que otros aguardaban con infinita paciencia.

Gracias a los datos obtenidos, descubrieron algunos puntos de venta de riñones, donde gente desesperada se los dejaba extirpar y los vendía para poder subsistir; muchos de ellos eran indigentes y estaban desesperados. Otros órganos, imposibles de donar en vida, se conseguían directamente con asesinatos, casi siempre de personas solitarias o de mendigos sin familia.

Otro descubrimiento fueron distintas ubicaciones que habría que investigar a fondo. A través de las llamadas y mensajes de los móviles, de los correos electrónicos y de documentos archivados en ficheros encriptados, fueron desgranando un montón de datos. Fue como abrir el cofre del tesoro.

Estaban seguros de que algunas de esas ubicaciones, así como una serie de cuentas bancarias a nombre de empresas fantasma en paraísos fiscales, podían llevarlos hacia el cabecilla. Roberto Guillén ya podía empezar a temblar, por muy bien escondido que estuviera darían con él.

Toda la información fue compartida con la DEA, ya que iban tras él desde hacía mucho tiempo.

A Nash todo aquello le alegró mucho, pero no podía sacarse de la cabeza a Natalie y Laura. Habían pasado un par de días recibiendo toneladas de información, pero era hora de ponerse en marcha. Pero ¿hacia dónde?

La respuesta les llegó sin esperarlo tras la primera noche en vela. Dos de los contactos de uno de los móviles, del que también aparecieron correos electrónicos solicitando vuelos privados, trabajaba en el aeropuerto de Baltimore. Era lo más cercano a una pista sobre el paradero de las chicas y se aferraron a ella. Y señalaban a un destino concreto.

*****

Un par de días antes, el vuelo privado que había salido del aeropuerto BWI de Baltimore, se mantuvo surcando el cielo durante casi tres horas. Tanto Natalie como Laura estaban anestesiadas por la bebida que les habían obligado a tragar y que contenía una potente droga, pero los vigilantes pensaron que era lo mejor para mantenerlas calladas, que no dieran problemas y que desconocieran su destino. Calcularon que el efecto duraría más o menos lo mismo que el vuelo y

acertaron.

Estaban llegando cuando un gemido de Natalie los alertó de que estaban a punto de abrir los ojos.

—Voy a vomitar.

Fue lo único que pudo decir antes de que la acompañaran al baño y pudiera deshacerse del escaso contenido de su estómago. Antes de que pudiera recomponerse y dar un sorbo al vaso de agua que le acercaron, Laura le estaba tomando el relevo en el baño.

Ambas estaban mareadas y las nauseas no les daban tregua.

—¿Dónde estamos? —preguntó Natalie a uno de los secuestradores.

—Una de las razones de tu larga siesta, es que no hace falta que sepas dónde estás —el hombre acercó su rostro al de ella, que se echó para atrás—. Te recuerdo que ya no nos haces falta para nada, o sea que mejor mantén la boca cerrada, preciosa.

Natalie asintió. Sabía que se desharían de ella en cuanto llegaran a su destino. ¿Para qué iban a dejarla vivir? ¿Para que identificara a sus captores? ¿Para que contara lo de la clínica bajo tierra? Estaba sentenciada, o sea que su única salida era huir. Pero, en caso de que lo consiguiera, ¿qué ocurriría entonces con Laura? La querían a ella, pero ¿para qué? ¿Sería su supuesto padre quién la buscaba? ¿Quizá su madre biológica?

Las preguntas se arremolinaban en su cabeza y el mareo aumentaba con ellas.

Necesitaba un descanso real, no inducido por drogas. Le dio por pensar que el descanso definitivo le llegaría con la muerte y un escalofrío recorrió su espalda.

Cuando las hicieron salir del avión, Laura se colocó a su lado y Natalie le pasó un brazo sobre los hombros. Su mano derecha palpó con disimulo su bolsillo; su busca seguía allí, aunque nunca le había parecido más inútil.

No dieron más de cuatro pasos antes de entrar en un coche con cristales tintados, que las esperaba justo al lado del avión. En el breve vistazo que pudo echar alrededor, algo hizo «clic» en su cerebro. Jamás había estado en esa parte del aeropuerto, pero creyó reconocer el inmenso edificio. Estaba casi segura de que estaban en el aeropuerto de Miami.

Lo sabía porque hacía un par de años había pasado unas vacaciones de verano allí con dos de sus amigas. Estuvieron ahorrando durante bastante tiempo para pasarse quince días en aquellas playas.

El trayecto en coche hasta uno de los puertos deportivos de la zona, lo hicieron bastante rápido. Allí les esperaba un yate ocupado tan solo por la escasa tripulación. A uno de los marineros se le escapó el destino; estaba charlando con otro y no vio a las chicas a su

espalda.

—Son casi cien kilómetros hasta Bimini North, llegaremos en unas tres horas.

Natalie abrió mucho los ojos. Las llevaban a las Bahamas, a una de las Islas Bimini. Estaban muy lejos de casa, pero lo peor era no saber que iban a hacer con ellas. Laura estaba muy asustada y, por suerte, no las separaron.

En el barco les dieron de comer y, aunque les parecía tener el estómago cerrado, lo hicieron casi con ansia; estaban famélicas.

Natalie pensó en que no habían pasado ni un solo control hasta llegar allí. Nada. Solo había visto personas que se esperaban unas a otras en determinados puntos de encuentro y se saltaban cualquier tipo de registro o comprobación.

Vio como a Laura le caían un par de lagrimones por las mejillas y la abrazó.

—Estoy segura de que nos están buscando, cariño —le susurró al oído—. Nos encontrarán.

No sabía si intentaba darle ánimos a Laura o se estaba auto convenciendo de algo que le resultaba terriblemente lejano. Reflexionó sobre lo que alguien dijo una vez (y cuyo nombre no recordaba), algo así como que «no hay temor sin esperanza, ni esperanza sin temor».

Y ella estaba aterrada, pero se resistía a perder la esperanza.

22 – LAS ISLAS BIMINI

La colosal mansión, situada en Bimini North, a la que se llegaba por un camino llamado «La Carretera del Rey», parecía descansar bajo el sol esperando la llegada de noticias.

A simple vista no se detectaba movimiento alguno, pero la vigilancia desde aquel lugar era desmesurada: sistemas de alarma de última generación con inmediato aviso a los vigilantes armados; sensores de abertura, vibración o rotura en los cristales; cámaras ocultas situadas estratégicamente y un sistema de análisis de video con inteligencia artificial.

Por su aspecto nadie pensaría que se hallaba ante un búnker bien protegido, aunque las vallas electrificadas exteriores, que rodeaban el perímetro y los vastos jardines de cientos de metros, podían dar alguna pista.

En su interior, en el segundo piso, una lujosa suite dejaba entrar poca luz a través de las cortinas tupidas de las ventanas. Su inquilino respiraba con dificultad y, en su duermevela, dejaba salir algún quejido de su garganta. Su tiempo se acababa. Su rostro avejentado mostraba más años de los que llevaba vividos, que no llegaban a los sesenta; las arrugas surcaban su rostro cetrino y las ojeras ensombrecían su cara. Su pelo negro, ahora encanecido y ralo, había perdido el brillo y el rictus de dolor era casi permanente, solo atenuado por la morfina.

Los monitores conectados a su cuerpo mostraban sus constantes vitales en números parpadeantes de colores; su presión arterial, su frecuencia cardíaca, la saturación de oxígeno en sangre y la temperatura corporal, entre otros.

Una enfermera y un médico entraban y salían cada poco tiempo para ofrecer sus cuidados, intentando alargar su vida.

En las puertas de la habitación estaban apostados, permanentemente, dos vigilantes armados hasta los dientes. A uno de ellos le llegó un aviso y entró en la habitación. El hombre que yacía sobre la cama abrió los ojos y lo miró.

—Señor, me acaba de llegar un mensaje, ya han entrado en la isla.

—Bien —el hombre suspiró y volvió a cerrar los ojos, esta vez con un deje de esperanza.

*****

Aquellas tres horas surcando el mar se les hicieron eternas. En cualquier otro momento hubieran sido para disfrutarlas, estando de

vacaciones, viajando por placer o incluso soñando con aquel paisaje idílico de aguas transparentes.

Pero la ansiedad no les daba tregua. Laura estaba tentada de ponerse a gritar y patalear en cualquier momento. La inicial docilidad generada por el pánico, se estaba transformando en lo que podría convertirse en un berrinche en toda regla.

Natalie, por otro lado, estaba pendiente de los detalles. Buscaba con desespero un resquicio que le diera una oportunidad de salir con vida de aquella pesadilla, una grieta en aquella locura que parecía tan bien orquestada. Estudiaba con disimulo a los hombres que las custodiaban, sus armas, los detalles del barco. Tuvo claro que durante el viaje no había nada que hacer y que, cuanto más se alejaban, más se complicaba su situación.

Ahora, ya en tierra, circulaban en otro vehículo camino de algún otro lugar; lo que parecía evidente era que aquella isla era su destino final. Y parecía estar en el fin del mundo.

Se desviaron de la carretera principal por un camino señalado con un cartel en el que se podía leer «La Carretera del Rey». Tenía la mano libre de Laura asida a la suya, con los dedos entrelazados.

—¿Cómo va el brazo? —le preguntó a la chica.

—Me duele —le susurró Laura— pero no quiero que me den más pastillas ni zumos. Igual me drogan, prefiero aguantar el dolor.

Natalie asintió, entendía las razones de Laura. El automóvil disminuyó la velocidad y miró al exterior. Con los cristales tintados los colores se veían más apagados, pero estaban atravesando la cancela de una propiedad privada, eso estaba claro. Los vigilantes armados eran un buen disuasorio para cualquiera que se acercara a aquel lugar. Aunque pudieron apreciar la belleza de los jardines, mientras un amplio camino de losas pulidas de piedra los acercaba a una mansión con la que los ojos de Natalie y Laura se abrieron con fascinación.

La fachada era gigantesca y la vivienda en realidad era un complejo compuesto de un enorme edificio principal y una serie de viviendas anexas algo más pequeñas con forma hexagonal. Natalie observó la planta baja, sobre ella los dos pisos de altura que desprendían elegancia y lo que parecía un oasis de tranquilidad alrededor, (aunque imaginaba que solo era una primera impresión que podría resultar engañosa). El tejado inclinado sobrepasaba las paredes blancas y daba sombra a la balconada del segundo piso.

A simple vista, Laura contó más de ocho ventanas en cada planta, solo en la parte delantera. Todas ellas con formas curvas y algunas con saledizos formando miradores.

Jamás había visto de cerca una mansión como esa, era preciosa: una cárcel de oro.

Las hicieron salir del coche. La puerta central, acristalada y enorme, se abrió para dejarlas entrar.

Una mujer mayor con el ceño fruncido las miró con detenimiento, sobre todo a Laura. Subieron varios escalones antes de atravesar un porche diáfano y blanco, sostenido por columnas. Natalie miró hacia uno de los lados y descubrió un par de hamacas, también blancas, una mesa y varios parterres grandes llenos de plantas y flores. Absurdamente, se le ocurrió pensar que era un lugar ideal para sentarse y leer un buen libro.

—Les daremos algo de comer y después hay que llevar a la niña arriba —les dijo la mujer a los vigilantes, que solo asintieron—. Para la enfermera esperamos nuevas órdenes.

Natalie y Laura no se separaban, continuaban asidas de la mano y, de momento, no las habían aislado. Las hicieron atravesar una gran estancia con suelos de mármol, que Natalie cruzó sin saber si estaba ante un espejismo. Una de las paredes estaba engalanada de trampantojo, si no se equivocaba de un artista neoyorquino muy famoso. A pesar de su precaria situación, aquello era alucinante.

Subieron al primer piso, con los vigilantes tras ellas, que les indicaron en que habitación debían entrar, una al lado de la otra. Laura se agarró al brazo de Natalie.

—¡No, por favor! —se echó a llorar con desconsuelo—. No me separéis de Natalie, os lo ruego.

Los dos hombres se miraron mostrando el fastidio que les generaban los lloriqueos de la chica, pero uno se encogió de hombros.

—No pasa nada, igual estarán encerradas.

Las empujaron al interior y ambas se abrazaron. Al mirar a su alrededor se quedaron anonadadas con el lujo que las rodeaba. Era exagerado.

—De verdad que esto impresiona, pero es de una ostentación que da asco —comentó Natalie.

—Sí, tanta pompa y boato hacen que no me sienta nada cómoda —contestó Laura, secándose las lágrimas— aunque igual influye el hecho de que nos hayan secuestrado.

Natalie dejó escapar una ligera carcajada que le sorprendió incluso a ella. Abrazó a Laura y la besó en la coronilla.

—Oye, Natalie, me sabe muy mal que te hayas visto envuelta en esto —le dijo Laura—. Aún no entiendo la razón, pero es a mí a quien quieren. ¿Adivinas por qué?

—No pasa nada —le aseguró Natalie, aunque estaba muy asustada —. Yo también creo que tú eres el objetivo y creo saber quién ha dado la orden de secuestrarte.

—A ver si lo adivino… —Laura soltó un sonoro bufido—. ¿El hombre que me engendró? Mi «padre» no me suena bien; ni siquiera

lo conozco y ya me cae fatal.

—Te entiendo, aunque deberíamos aprovechar el tiempo y buscar una salida —contestó Natalie— vamos a mirar por las ventanas.

Todas las que rodeaban la suite, que hacía esquina en una de las paredes de la mansión, daban a una enorme balconada que rodeaba la casa. No tuvieron problemas para abrir la puerta que daba al mismo lugar y salir al exterior. Al mirar hacia abajo, detectaron a varios hombres armados.

Desde allí tenían vistas hacia un campo de golf no muy lejano, un solárium, una zona de barbacoa, una preciosa piscina con una caseta al lado y alguna de las casas hexagonales que habían detectado antes de entrar. Al fondo, el azul intenso del océano. Estaban cautivas en un paraíso.

Escucharon la puerta de la habitación y alguien entró de nuevo. Una sirvienta, con uniforme incluido, (como en una película ambientada a principios del siglo XX), entró con un carrito y un par de bandejas con comida.

Sin decir palabra y sin mirarlas a los ojos, dio la vuelta y volvió a salir. Seguidamente, se escuchó el girar de la llave.

—¿Has visto eso? —exclamó Laura—. ¡Llevaba cofia! ¿Seguro que esto no es una pesadilla?

*****

—Ya tenemos el nombre del tipo que trabaja en el aeropuerto de Baltimore y que estaba en contacto con uno de los detenidos —Nash lo comentaba con Moldoon, y Gwen estaba a su lado— nos presentaremos sin avisar y lo interrogaremos. Si conseguimos el lugar de destino de las chicas, avisamos.

—De acuerdo —contestó Moldoon— si es tal como imagináis, lo haremos así. Pero no os adelantéis, enviaremos un grupo numeroso de apoyo si es necesario. O pediremos ayuda en el lugar de destino.

—Sea como sea voy a ir allí —aseguró Nash y su jefe lo miró con el ceño fruncido, no le gustaban los enfrentamientos, pero al final no puso pegas.

—No hagas ninguna tontería, Brennan, creo que este caso te afecta demasiado de cerca —Nash asintió y Moldoon dio por concluida la reunión.

Los dos agentes salieron corriendo hacia su coche y casi volaron hasta Baltimore.

En cuanto llegaron al aeropuerto, se identificaron y solicitaron hablar con el mismo hombre con el que lo habían hecho en su primera visita. Éste los atendió, solícito.

—Ustedes dirán —los había hecho pasar a su despacho.

—Buscamos a un hombre que trabaja en este aeropuerto, esta vez

tenemos un nombre: Luke Templeton.

—Lo buscaremos —el hombre tecleó en su ordenador— sí, aquí está. Trabaja en la terminal de vuelos privados, en el área de maniobras, comprueba la identidad de los pasajeros y suele estar en contacto con la torre de control antes de los vuelos.

—¿Puede indicarnos como acceder hasta él? —preguntó Gwen— aunque no queremos alertarlo, podría huir.

—¿Huir? —se sorprendió el hombre—. ¿Por qué lo buscan?

—Es posible que su empleado esté dejando salir vuelos sin las comprobaciones y permisos oportunos de los pasajeros —contestó Nash—. Es decir, creemos que las chicas que buscamos y que han sido secuestradas, posiblemente hayan salido en un avión privado desde este aeropuerto y que Templeton lo ha hecho posible.

—Para poder hacer eso, uno de los controladores debería estar de acuerdo con él —aseguró el hombre—. ¿Tengo un problema?

—Si usted no estaba al tanto, no creo —respondió Gwen— aunque lo urgente ahora es hablar con ese hombre sin alertarlo antes.

—De acuerdo.

Cuando llegaron a la terminal, acompañados por el responsable del aeropuerto, varios empleados caminaban por allí. El hombre preguntó a uno de los mecánicos de los que realizaban revisiones periódicas de los aviones, que le señaló una avioneta. Cerca de ella dos hombres conversaban de espaldas a ellos. Eso era bueno, mejor que no los vieran acercarse.

—¿Luke Templeton? —dijo Nash cuando ya estaba a un par de metros.

—Sí —contestó el aludido, mirando a la pareja que se acercaba y a uno de los jefes del aeropuerto—. ¿Quién pregunta?

Tanto Nash como Gwen enseñaron su placa.

—Somos agentes del FBI y queremos hacerle unas preguntas —le dijo Gwen.

La reacción de Luke Templeton fue inmediata, no se paró a pensar. Dio media vuelta y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Su superior se quedo pasmado y los dos agentes salieron corriendo tras él. Aguantó la carrera durante un par de minutos, pero enseguida Nash le pisaba los talones. En un salto controlado se lanzó a su espalda y lo tiró al suelo. Gwen se frenó y sacó su arma, apuntándolo con las dos manos. Su huida fue razón suficiente para detenerlo y esposarlo. Nash se dirigió a su superior.

—Necesitamos interrogarlo lo antes posible, es urgente.

—Aquí mismo hay una cabina que pueden utilizar, no es muy grande, pero es lo que está más cerca.

—De acuerdo —contestó Nash y miró a Gwen— ¿Llamas para pedir refuerzos y que se lleven a nuestro amigo Luke?

El interrogatorio dio sus frutos con bastante rapidez. Nash fue muy convincente. Le aseguró a Luke, que si a las chicas secuestradas les pasaba algo, él mismo se ocuparía de buscar venganza y que se convertiría en algo personal. Debió resultar persuasivo, ya que el detenido no se calló nada.

Consiguieron también el nombre de dos empleados más que estaban trabajando para la misma red. Un controlador y un mecánico de otro hangar.

Tomaron nota para detenerlos y en cuanto llegaron los refuerzos lo hicieron.

Volvió a aparecer el nombre de Roberto Guillén, pero esta vez tenían algo más. Una dirección: una mansión situada en una de las Islas Bimini: Bimini North, en las Bahamas. Y la información de que su casa era un búnker y que estaba rodeado de seguridad. La búsqueda de más información sobre el propietario de la vivienda dio como resultado el nombre de una empresa fantasma.

—Ya he avisado a Moldoon, una unidad de élite táctica del HRT nos recoge en este aeropuerto y volamos hacia Miami con ellos —informó Nash a Gwen.

—Ya estamos más cerca, compañero —Gwen le dio una palmada en la espalda, sabía que Nash estaba muy alterado.

—Ojalá no lleguemos demasiado tarde.

23 – GENES

El equipo táctico salió desde Quántico, en Virginia y voló primero en un jet y después en helicóptero hacia Bimini North, no sin antes recoger a Nash y Gwen en el aeropuerto de Baltimore. El grupo de asalto ya tenía el visto bueno del gobierno bahameño, con cuyas autoridades habían tenido contacto previo para solicitarlo con urgencia.

Eran hombres entrenados como francotiradores, así como expertos en desactivar explosivos, en los rescates o en el dominio de técnicas de combate. Iban equipados con todo lo necesario, desde armas hasta un sinfín de accesorios para sobreponerse a cualquier eventualidad o peligro: protecciones, linternas, visión nocturna, chalecos blindados, cuerdas…

En un caso como el que les ocupaba, no servían los negociadores, cuando la otra parte no estaba dispuesta a hablar.

Ahora lo importante era llegar a tiempo. Tanto Nash como Gwen estaban agotados, pero la adrenalina los mantenía alerta. Si no los habían engañado, y Natalie y Laura estaban en su futuro destino, harían lo que fuera por rescatarlas. En unas horas estarían allí y el equipo táctico les había informado de que lo mejor era llegar en mitad de la noche, cuando la guardia solía estar más baja, incluso en lugares con vigilancia nocturna.

Llevaban también a un hacker en el equipo, que intentaría localizar sistemas de alarma, cámaras, móviles cercanos o cualquier otra señal que pudieran neutralizar o utilizar en su favor. Habían avisado a las autoridades de las Bahamas y tenían el permiso para utilizar drones de los que recibirían imágenes en directo. Mac, el *hacker* del equipo, sería el único que se quedaría en el helicóptero, junto al piloto, una vez descargaran al resto de los hombres en las cercanías, aunque lo suficientemente lejos como para que no los detectaran.

Nash y Gwen estaban cansados y sus compañeros de viaje les recomendaron dormir un poco durante el trayecto para coger fuerzas; ellos dirigirían el rescate, pero los dos agentes también estarían allí y era mejor que hubieran descansado. Los allí presentes apoyaron las cabezas en los respaldos y cerraron los ojos, sin separarse de sus armas. Parecía que podían dormir con los ojos abiertos.

Nash contó en total a quince personas; parecía mentira la cantidad de gente que cabía en un helicóptero de combate. No estaban en una guerra, pero Nash se sentía como si lo fuera.

Al final, a pesar de que no conseguía desconectar su cabeza,

poblada de negros pensamientos, se sumió en un sueño inquieto.

*****

Natalie y Laura picotearon un poco de la comida que les habían llevado.

—Creo que se me ha cerrado el estómago —comentó Laura— no sé si más por los nervios o por la posibilidad de que nos hayan metido algo en la comida. ¿Y si nos vuelven a dormir?

—Todo es posible, pero no podemos morir de inanición, es mejor que comamos y nos mantengamos fuertes dentro de lo posible —respondió Natalie—. No sabemos lo que va a durar esto, aunque estoy segura de que nos están buscando.

—Se supone que tenemos a personas que nos van a echar de menos ¿no? —apuntó la chica—. Aunque creo que más a ti que a mí.

—¡Eh! No nos pongamos trágicas —Natalie le pasó una mano por la espalda—. Estoy segura de que tu tía Grace está muy preocupada, tanto como tus amigas.

Cuando la sirvienta de la cofia entró para llevarse las bandejas de la comida, intentaron hacerle alguna pregunta, pero la mujer ni siquiera levantó la vista para mirarlas a los ojos. O no entendía su idioma o estaba bien adiestrada, probablemente la segunda opción.

Volvieron a escuchar el giro de la llave desde el exterior, pero no tardaron ni cinco minutos en ver como se abría de nuevo la puerta.

Una mujer con una bata blanca, ceño fruncido y un rictus de amargura en la boca, las miró y fijó sus ojos en Laura.

—Ven conmigo —le dijo, pero la chica se abrazó a Natalie y ambas se apoyaron en una de las paredes.

—¡No! —gritó, a la vez que las lágrimas acudían de nuevo.

—¿Quieres ver como pido ayuda y te traen a rastras? —la voz grave de la mujer y su actitud daban bastante miedo—. ¡No estás en posición de negarte a nada!

—¿Qué quieren de ella? —intervino Natalie.

—Eso a usted no le importa, de hecho creo que la van a trasladar pronto.

—¡No! —volvió a gritar Laura y dos vigilantes aparecieron tras la mujer.

—¡Vamos! —la arrancaron de los brazos de Natalie y la amenazaron con sus armas—. ¡Andando!

Cerraron la puerta y Natalie se quedó sola en la habitación, aunque no le duró mucho la clausura. Al cabo de unos minutos, otro vigilante al que no había visto nunca, la arrastró al exterior y la hizo caminar por una serie de pasillos interminables a punta de pistola. Aquella mansión parecía un laberinto por dentro. Tras unas cuentas entradas y salidas de estancias a cual más lujosa, llegaron a una biblioteca

inmensa.

Natalie imaginó una puerta secreta tras aquel montón de estanterías, como si estuviera en una película. Mejor fantasear que morirse de miedo. No sabía si su corazón aguantaría mucho al ritmo que galopaba, como un caballo desbocado. Más aún se asustó cuando lo que acababa de imaginar se hizo realidad.

El hombre extrajo un par de libros y metió la mano en el hueco. Debió activar algún mecanismo que hizo girar una estantería para convertirse en una puerta abierta.

La empujó al interior de una especie de zulo de no más de dos metros cuadrados, sin ventanas. Al menos tuvo el detalle de dejar encendida la luz de una bombilla que se bamboleaba desde lo alto del techo. Todo a su alrededor parecía cemento: suelo, paredes y techo. Un camastro en un rincón, un cubo de plástico y una botella de agua era todo lo que llenaba aquel exiguo espacio.

El hombre volvió a salir al exterior mientras ella no dejaba de chillar, gritando que no la encerraran allí, suplicando... No le hizo caso alguno y la confinó bajo llave. Escuchó el mecanismo de nuevo, que seguro dejó la biblioteca intacta.

Cuando consiguió dejar de llorar, Natalie pensó que se daba por vencida, no podía luchar contra ellos y nadie iba a localizarla allí dentro. No podía salir y tenía todos los números para que se deshicieran de ella sin dejar rastro, estaba segura.

Se estiró en el camastro y se hizo un ovillo, escondiendo el rostro entre sus brazos. Pensó en Nash y lo añoró, pero supo que ni él ni nadie la iba a encontrar allí. La posibilidad de no volver a verlo le encogió el corazón.

*****

Roberto Guillén descansaba en su cama, aunque cada día se sentía más débil. Sus hombres le habían informado sobre las detenciones realizadas y sabía que el FBI y la policía podían haber socavado su protección. Había dado órdenes de que aumentaran la vigilancia, las fisuras en la seguridad no traían más que problemas.

Desde hacía unos días su mente se paseaba por sus recuerdos más antiguos. Le venían a la mente imágenes que creía olvidadas, de cuando era un crío que siempre andaba por las calles con sus hermanos mayores; de cómo le enseñaron a negociar, a mentir, a amedrentar a los demás. Eran más pobres que las ratas, pero siempre supo que remontaría y conseguiría salir de aquel barrio de mendigos y traficantes. Jamás probó ni una droga de las que le ofrecieron, desde que tenía uso de razón había visto a hombres y mujeres convertirse en despojos humanos. Pero pronto aprendió que los que se las vendían eran los que se hacían ricos y en ello puso todo su empeño. Se rodeó

de hombres que tenían lo que a él le faltaba y dejó claro que él era el que tenía las buenas ideas, el que estaba al mando. Hasta conseguir el imperio que gobernaba. No fue fácil y no se arrepentía, pero ahora las fuerzas le fallaban, algo que lo angustiaba sobremanera.

Lo importante en ese momento era la chica. Había pedido que la llevaran ante él. No tenía deseo alguno de conocer a su hija, nunca la había querido ni se había preocupado por relacionarse con ella. Tenerla cerca solo hubiera sido una molestia más y no necesitaba a una mocosa que le importunara.

El día anterior, sus médicos ya habían certificado con una muestra de su ADN que esa niña era justo lo que necesitaba.

Recordaba que, durante un tiempo, quiso encontrarla y no lo consiguió, pero solo fue para hacer daño a la zorra de su madre, aunque finalmente acabó con ella. Ahora la causa era bien distinta, María Fletcher hacía muchos años que estaba muerta.

Uno de los médicos que lo trataba entró en la habitación monitorizada con un papel entre las manos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Guillén al notar su preocupación.

—Los resultados de sus pruebas son algo inestables —contestó el médico y se acercó hasta el cabezal de la cama—. Yo esperaría hasta mañana, intentaremos estabilizar algunos indicadores antes de operar. A la chica la revisaremos ahora, en cuanto haya hablado con usted, como ha ordenado. Pero ya sabemos lo más importante.

—¡Estoy harto de esperar! —gruñó Guillén—. ¿Qué va a cambiar entre hoy y mañana?

—Las pequeñas variaciones con un estado de salud tan precario como el suyo, pueden suponer la diferencia entre la vida y la muerte —el médico no pudo evitar mirarlo con suficiencia y usar un tono algo quisquilloso—. Usted elije, por supuesto; yo solo le doy mi humilde opinión como doctor en medicina y especialista en trasplantes.

—No me queda más remedio que hacer caso a los matasanos esta vez ¿verdad? —preguntó con desgana.

—Solo prevenimos males mayores, señor Guillén —el médico se alejó al ver que traían a la chica.

Dejaron a Laura al lado de la cama de aquel hombre que parecía estar moribundo. Intentó alejarse, pero uno de sus matones estaba a su espalda y la sujetaba por los hombros. Laura volvía a llorar en silencio, angustiada y mareada.

—Aquí está la niña —dijo Guillén mirándola con intensidad.

Se quedó unos minutos en silencio. Observó su rostro y vio algo del de su madre, pero también vio la juventud que él ya había perdido, incluso se vio a sí mismo a su edad. Un atisbo de compasión quiso asomar en su alma negra, pero la eliminó en cuanto brotó.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó, pero Laura no levantó la vista y

sus lágrimas siguieron cayendo, estaba amedrentada—. Ya veo que no vas a abrir la boca, pareces una mosquita muerta.

Aquel desprecio despertó algo en el interior de Laura: las ganas de pelear. Inspiró con fuerza y miró al hombre a los ojos negros rodeados de un tono amarillento, igual al de su piel cetrina.

—¿Eres mi padre? —preguntó con rabia— porque si es así, preferiría no haberte conocido jamás.

—Estoy seguro de ello, sobre todo cuando sepas para lo que me vas a servir —contestó Guillén con malicia.

—¿Por qué dices eso?

—Siento darte las malas noticias, pero mis hombres te han tomado muestras de ADN y ya han comprobado que eres mi hija y que tienes mi mismo grupo sanguíneo: AB negativo, el más raro y escaso que existe.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Mi sangre? ¿Me raptas para que te hagan una transfusión? —Laura estaba empezando a temblar, aquello pintaba fatal.

—La sangre no es el problema, sino mi hígado —respondió Guillén y la miró con superioridad a pesar de su estado, sabiendo que el dominio estaba de su lado.

—¿Mi hígado? —Laura intentaba apartarse, pero el guardia la mantenía al lado de la cama.

—Necesito un trasplante, pero mi hígado está muy maltrecho y con un pedazo del tuyo no será suficiente, lo quiero todo. Hay muy pocos donantes compatibles para una urgencia como la mía y las listas de espera son muy largas —la miró por última vez e hizo un gesto con la mano para que se la llevaran—. No voy a esperar más.

El quirófano estaba instalado en una gran sala anexa y al día siguiente lo operarían, salieran como salieran los resultados de sus pruebas.

*****

El helicóptero ya estaba sobre la costa de Bimini North, cerca de la propiedad a la que se dirigían. Debían aterrizar lo suficientemente lejos para no ser detectados. Se aproximaron a una planicie, necesitaban un espacio libre de árboles. Era el único lugar con poco riesgo que habían descubierto, teniendo en cuenta que la isla solo tenía once kilómetros de largo y era muy estrecha.

Tampoco podían apearse en un lugar demasiado cercano a Alice Town, la principal localidad, ya que podría verlos demasiada gente y hacer correr la voz. Sabiendo el poder que tenía Roberto Guillén, no sería extraño que toda la población estuviera bajo sus órdenes. Que fuera medianoche tampoco era seguro de nada.

Antes de llegar al punto en que el helicóptero inició su descenso,

todos comprobaron que los pinganillos que llevaban para comunicarse funcionaran correctamente. Nash quiso hacer otra verificación en cuanto aterrizaran y lo puso en conocimiento del resto.

—Natalie Watts, la enfermera que acompaña a Laura, es posible que tenga un buscapersonas en su poder, aunque no es seguro —les dijo, mientras paseaba la mirada de uno a otro—. Quiero hacer un intento de contactar. Yo llevo otro. ¿Funcionará?

—Para eso hay que teclear en el *beeper* el número de la empresa de comunicaciones y pasarles el número del receptor y el mensaje corto de texto, pero no sé si funcionará —contestó uno de los hombres—. Por probar no perdemos nada.

Eso hizo y lograron enviar un escueto mensaje, pero no recibieron respuesta alguna, con lo que la desesperación de Nash no hizo más que aumentar.

El helicóptero se quedó en silencio cuando aterrizó, su hélice dejó de girar y el motor se apagó. La mayor parte del grupo armado tuvo que caminar con sigilo a través de una zona boscosa, mientras otros lo hacían por la costa. Era mejor separarse para controlar el mayor espacio posible y que no los detectaran.

Tal como se acercaban a su objetivo, cuando los relojes marcaban las dos de la madrugada, se fueron aproximando a la enorme mansión desde diferentes flancos.

El primer escollo era superar la valla exterior y a sus vigilantes de guardia. Mac, el técnico que se había quedado en el helicóptero junto al piloto, les dio el aviso cuando lo tuvo desactivado por control remoto, tras infiltrarse en el sistema.

—Sistema eléctrico y alarma de la valla exterior desactivado —les comunicó—. El dron me envía imágenes de los vigilantes. En el perímetro exterior hay cuatro. Situación, norte, sur, este y oeste.

—¿Has detectado perros guardianes? —preguntó uno de los hombres.

—No en el exterior —respondió Mac—. Esperad a mi señal para entrar al interior de la casa, las alarmas no están siendo fáciles de desactivar, el sistema de protección es bueno. Os aviso.

Los hombres se agruparon de tres en tres y se dirigieron a los cuatro puntos cardinales en busca de los vigilantes. Dieron orden a Nash y Gwen de esperar ocultos cerca de la valla.

—No entréis hasta que os avisemos.

—De acuerdo.

Ambos se miraron cruzando los dedos. Sabían que si las chicas estaban allí dentro, como todo indicaba, pronto acabaría todo. Aunque los problemas para acceder siempre podían estropearlo. Y el miedo a no llegar a tiempo.

Solo podían concentrarse en el momento presente y rogar que

siguieran vivas.

24 – EL RESCATE

Natalie se había dormido debido al agotamiento nervioso, aunque cualquier sonido la despertaba. Eso, o las pesadillas que se sucedían una tras otra cuando conseguía adormilarse.

Juraría que un pitido y una vibración habían sido el detonante esta vez. La bombilla que colgaba del techo seguía encendida; el interruptor estaba al lado del camastro, pero no fue capaz de quedarse a oscuras en aquel zulo. Hacía mucho que no tenía el móvil en su poder, probablemente estaba destrozado. Entonces recordó el «busca».

Los vigilantes, una vez se habían deshecho de sus móviles, no la registraron más; sencillamente, las vieron como a mujeres indefensas que no tenían nada que hacer ante un grupo de tipos armados, lo cual era cierto.

Natalie levantó el faldón de la camiseta y palpó el bolsillo delantero de sus pantalones. Por suerte era de pequeño tamaño. Se sentó y miró la reducida pantalla. Tenía dos mensajes de texto: *Soy Nash ¿Dónde estás?* Y el segundo, que decía: *Vamos a mansión Guillén.*

Los latidos acelerados de su corazón le taponaron los oídos e inundaron su cuerpo entero. Nash estaba cerca. Fue como detectar una luz en medio de la oscuridad. Tenía la opción de responder a los mensajes dentro de la misma interfaz y lo hizo con manos temblorosas: *En biblioteca, pared falsa*.

Aquel desfasado aparato, que ya solo se utilizaba en algunos hospitales, quizá le salvara la vida.

*****

A Laura le habían tenido que administrar un calmante. Aún no la habían anestesiado, ya que la operación se llevaría a cabo por la mañana, en el caso de que Roberto Guillén hubiera reaccionado bien a los medicamentos que le habían inoculado y se hallara en condiciones óptimas para el trasplante.

La chica estaba tan alterada que le inmovilizaron muñecas y tobillos a una camilla y le administraron un sedante potente; era una tortura para los vigilantes y los sanitarios escucharla gimotear y llorar a todas horas.

En cuanto amaneciera, todo estaría a punto para la intervención. Una vez realizada se desharían de la chica, y se ocuparían también de

su compañera. No sería difícil hacer desaparecer los cuerpos, ni sería la primera vez. Los vertederos de basura eran muy útiles para eso. Deberían trasladarlos, posiblemente al *Harold Road*, en Nassau, donde procesaban hasta ochenta toneladas por hora de basura.

*****

Nash estaba en la parte exterior, esperando órdenes del grupo táctico, cuando sintió la vibración del «busca». Lo sacó del bolsillo, a toda velocidad, y encendió una pequeña linterna. Tenía un mensaje, Natalie había contestado. Lo primero que pasó por su mente fue el pensamiento de que estaba viva y eso le produjo una fuerte descarga de adrenalina que se convirtió en euforia. Leyó el texto: *En biblioteca, pared falsa.*

—He recibido respuesta del mensaje —comunicó a sus compañeros a través del pinganillo—. Natalie está viva y dice que en la biblioteca, tras una pared falsa.

—De acuerdo, cuando estemos dentro nos separaremos y buscaremos, la mansión es muy grande —Nash y Gwen escucharon la respuesta.

—Soy Mac —todos atendieron al *hacker* que seguía en el helicóptero— he localizado la ubicación exacta del busca, os lo paso a los móviles. Las alarmas de la casa principal ya están desactivadas, intentad no hacer ningún ruido.

A los hombres, que se habían acercado a los vigilantes de la valla exterior, los neutralizaron con cargas eléctricas, los amordazaron y los esposaron. Más tarde se ocuparían de su detención y solicitarían ayuda a las autoridades locales.

Los hombres se aproximaron en pequeños grupos y Nash y Gwen se unieron a tres de ellos, que se arrimaron a la entrada principal, para esperar a que les abrieran la puerta.

Otras dos parejas de hombres rodearon la casa y buscaron los puntos más débiles. Las ventanas, sabiendo que ya no saltaría ninguna alarma, eran el acceso más factible. Cortaron los cristales con destornilladores de impacto, aplicando una fuerza concentrada en un punto específico y logrando una rotura efectiva y silenciosa.

Accedieron al interior de la planta baja con las gafas de visión nocturna binocular, caminaron con las armas en posición de ataque y controlando el espacio para detectar a posibles esbirros de Guillén apostados en cualquier lugar. Descubrieron a uno fumando al lado de una ventana, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Uno de los grupos lo rodeó con presteza y antes de ser consciente, una descarga eléctrica le dobló las piernas, a la vez que una mano grande le tapaba la boca. Una nueva mordaza y una cuerda hicieron el resto.

Los hombres se movían entrando y saliendo de los infinitos

espacios de la mansión: la cocina, una enorme despensa, varios salones… todo despejado. Mientras algunos se quedaban en aquella planta, el resto se dirigieron a la primera y la segunda, y un pequeño grupo al sótano que habían descubierto y en el que solo encontraron una bodega bien surtida y una sala de cine.

Nash observaba el punto que le había enviado Mac y al acceder al primer piso supo que estaba cerca. Avisó al grupo de que iba a entrar en la biblioteca.

—Esperad, voy con vosotros —respondió uno de los hombres, que se acercó a ellos y los siguió.

Mientras ellos entraban, ocurrieron varias cosas a la vez, escucharon disparos y gritos en la planta superior y un hombre los apuntó con una pistola desde el interior de la biblioteca. Los que seguían en la planta baja empezaron a subir por las escaleras con sigilo.

El hombre que custodiaba la biblioteca era grande como un armario y los apuntaba con su arma, pero ellos eran tres y hacían lo mismo, por lo que estaba en clara desventaja.

—¡Tira el arma al suelo y levanta las manos! —le gritó Nash.

En respuesta, el hombre disparó y tiró al suelo a Gwen con el impacto. Tanto Nash como su compañero dispararon a la vez y el hombre cayó al suelo formando un charco de sangre a su alrededor. Estaba muerto, una de las balas se había incrustado en el cráneo, mientras la otra le había atravesado el hígado.

A Gwen le había acertado el disparo en medio del pecho y, por suerte, llevaba el chaleco que la protegía, aunque casi se desmayó por el dolor que le produjo la colisión.

Le costaba respirar; intentaba decir que estaba bien sin que le salieran las palabras por la falta de aliento.

—Respira hondo, tranquila —Nash la incorporó y la dejó sentada con la espalda apoyada en la pared, mientras resollaba—. Quédate aquí mientras busco la puerta falsa.

—Nash —miró a su compañero que le señalaba la puerta—. Cierra por dentro, hay un cerrojo interior. Voy a ayudar en el piso de arriba. Si encontráis a la enfermera no salgáis de aquí hasta que os avisemos.

—De acuerdo —contestó Nash, que no pensaba hacerlo, pero no quería discutir.

En cuanto el hombre se alejó, cerró la puerta y se dispuso a encontrar la puerta falsa, aunque no sería fácil, aquel espacio era enorme y estaba ocupado por decenas de estanterías.

—Podrías gritar a ver si te oye —le dijo Gwen casi sin resuello.

Nash lo hizo y se quedaron en silencio, aunque del piso superior llegaban voces y disparos. En un momento dado, mientras Nash revisaba estanterías y tiraba montones de libros por los suelos, le

pareció escuchar una voz lejana que pedía ayuda.

*****

En la planta superior, donde se encontraban los aposentos de Roberto Guillén, el quirófano y los médicos y enfermeras a su disposición, se había desatado un infierno.

La vigilancia era extrema y, a pesar de haber conseguido llegar hasta allí de manera sigilosa, uno de los esbirros de Guillén había recibido una alerta de invasión en la propiedad.

El enfrentamiento entre los dos bandos, había costado tres vidas de momento, debido al fuego cruzado.

Aquel combate ya tenía ganadores, el equipo táctico superaba a los esbirros del narco en número, armamento y estrategia. Consiguieron reducirlos uno a uno ganándose a un par de heridos más, pero sin más muertes.

El equipo médico se rindió sin más en cuanto los apuntaron con un arma. Enseguida supieron, y los detenidos lo corroboraron, que el enfermo que se había incorporado con dificultad en su cama, era el narco más buscado de los últimos años, Roberto Guillén, y también descubrieron que su lucha estaba centrada contra la muerte que le rondaba.

Hallaron a una Laura adormilada, que no conseguía despertarse del todo debido al potente sedante que le habían inoculado, y la chica solo podía repetir «*está loco, sacadme de aquí…*», como si hablara en sueños. Uno de los hombres la subió en sus brazos y descendió con ella a la planta baja para ponerla a salvo.

Se dio aviso a las autoridades locales y, mientras les daban tiempo a llegar, encerraron a los detenidos en un par de habitaciones, a la espera de su traslado.

*****

Nash escuchó la voz lejana de Natalie que decía su nombre. Los libros empezaron a volar hacia el suelo, a la vez que buscaba alguna palanca o mecanismo que abriera la supuesta puerta falsa.

—Nash —a Gwen casi no le salía la voz, estaba muy dolorida por el disparo—. Mira ahí arriba, faltan un par de libros.

El agente miró donde ella señalaba y se acercó para apartar los que quedaban en la estantería. Al hacerlo descubrió lo que estaba buscando. Presionó la pieza sin resultado, hasta que probó a hacerlo tirando hacia el exterior. Fue entonces cuando la estantería entera empezó a moverse y girar, dejando un hueco del tamaño de una puerta estrecha. Llegaba la claridad de una luz encendida desde el otro lado.

Antes de colarse en el interior, vio salir a Natalie. Estaba demacrada, unas oscuras ojeras y rastros de lágrimas le daban a su rostro la apariencia de una tristeza infinita. En cuanto lo vio su expresión cambió y se le lanzó al cuello repitiendo su nombre como una letanía y sollozando. Ella se sintió a salvo y él sintió un enorme alivio al verla entera y con vida, mientras la estrujaba con fuerza entre sus brazos.

—¡Laura! —Natalie se apartó y lo miró a los ojos, entonces vio también a Gwen en el suelo—. ¡Hay que buscar a Laura! ¿Estás herida?

—Empiezo a recuperarme —la agente se incorporó hasta ponerse de pie—. Suerte del chaleco. ¿Sabes dónde está Laura?

—Ayer me encerraron aquí y no he vuelto a verla —Natalie no soltaba la mano de Nash y este se la apretaba a la vez que la arrimaba a su cuerpo—. Ese tío está loco, Nash. Creo que es su padre, pero no entiendo por qué necesitaba secuestrarla.

—Pronto lo sabremos —Nash la besó en la boca, porque no pudo retenerse más y después miró a Gwen—. Por favor, quédate con ella aquí. Voy a salir y podéis volver a encerraros hasta que esto acabe.

Antes de que saliera al exterior, unos nudillos llamaron a la puerta. Escucharon una voz conocida.

—¡Brennan! Soy Rob, ya están todos detenidos, podéis salir.

Nash abrió la puerta.

—Veo que habéis encontrado a la enfermera —miró a Natalie—. Arriba está la chica; está medio drogada. Hemos detenido a Roberto Guillén también, aunque creo que está a punto de palmarla.

—¿Esta herido? —preguntó Gwen.

—Está enfermo —contestó Rob—. Arriba tiene montado un hospital con quirófano y todo y un equipo médico al completo. Alucinante, es como entrar en un auténtico hospital.

—Necesitamos organizarnos para interrogar a todo el mundo y creo que a Guillén nos lo llevamos a Washington, tiene tentáculos por todo el país —comentó Nash.

—¿Podemos ir a ver a Laura? —preguntó Natalie, que seguía muy preocupada por ella.

—Claro, es mejor que te vea en cuanto se espabile —Nash la cogió de nuevo de la mano, no pensaba volver a soltarla.

*****

Laura empezó a despertarse y a ser consciente de lo que ocurría a su alrededor, pasadas casi tres horas. El dolor de cabeza era fuerte, pero la tranquilizó mucho ver a Natalie, y a los agentes que ya conocía, con ella.

—¡Ese hombre está loco! —volvió a llorar desconsolada—. Me iban

a quitar el hígado para hacerle un trasplante. Tiene una cirrosis avanzada y no le servía cualquiera. Tanto él como yo tenemos un grupo raro de sangre y no habría tanto rechazo si el órgano era de un pariente cercano con un ADN similar.

La chica lo iba explicando a trompicones, a la vez que no podía dejar de sollozar.

—Hemos interrogado al cirujano y sus ayudantes —le dijo Nash—. Nos lo ha contado, pero por suerte ya estás a salvo .

—¡Es mi padre! —Laura lo miró confundida—. ¿Qué genes me habrá transmitido? ¿Podría volverme como él? ¿Convertirme en un monstruo?

—¡Por supuesto que no! —la tranquilizó Gwen—. Tu madre era Abra Clark y tú eres Laura Clark. Ella fue quien te crio y quien te transmitió sus valores y su manera de ser.

—No tengo claro que sus genes no me hayan trasmitido algo que pueda convertirme en un… engendro —la chica estaba destrozada—. Aparte de mi pelo y mis ojos negros, que nunca supe de donde habían salido, mientras creía que Abra era mi madre.

—¡Laura! —Natalie hizo que la mirara a la cara y le repitió las palabras de Gwen—. Abra era tu madre ¿entiendes? Lo fue a todos los efectos. Y estoy segura de que los genes te han dado tu color de pelo o el tono de tu piel, pero el amor que te dio tu madre, te ha trasmitido lo mejor de ti, no lo olvides. Lo que somos no es solo lo que heredamos, sino lo que construimos mientras crecemos.

Desde la oficina del FBI de Nassau, enviaron a un equipo para que los ayudaran a la identificación y los interrogatorios de los detenidos.

Antes de eso, Nash, junto a un par de compañeros del equipo táctico, entraron en las habitaciones para comprobar que los detenidos estuvieran controlados. En una de ellas, Nash observó las caras de las personas allí reunidas y se fijó en un hombre que llamó su atención. Miraba hacia sus pies y tenía los hombros encorvados, pero algo intangible le resultó familiar. Una alerta saltó en su cerebro y se acercó. Ese pelo castaño algo canoso, esas gafas, esa camisa verde oscuro…

—¡¿Trevor O'Neil?! —exclamó y preguntó al mismo tiempo, completamente anonadado.

El Director del FBI al que había sustituido Moldoon durante unas semanas, supuestamente debido a un viaje por un asunto en el que estaba trabajando en secreto, se encontraba detenido en aquella habitación.

Al escuchar su nombre levantó la vista y, durante un momento, ambos vacilaron ante lo que aquello significaba. La desconfianza se dibujó en sus rostros, aunque O'Neil enseguida intentó disimular.

—¡Agente Nash Brennan! Suerte que encuentro una cara conocida. Estaba en esta casa trabajando de incógnito —algo no le cuadraba a Nash, no parecía sincero y se quedaron de nuevo en silencio.

Nash sabía taxativamente que un director de su nivel no trabajaba de infiltrado en ninguna banda, ni en una red de narcotraficantes, ni en nada similar. Para eso estaban los especialistas entrenados específicamente para ello. No era un trabajo fácil ni que pudiera hacer cualquiera.

Los directores dirigían, tramaban estrategias, controlaban a sus agentes, les encomendaban trabajos y les pedían que les rindieran cuentas. Pero no se infiltraban.

—Lo siento, O'Neil —dijo Nash ante el asombro de sus compañeros —. Sigue detenido hasta que no pueda demostrar lo que está afirmando. Puedo llamar a Moldoon para corroborarlo.

Se hizo el silencio. Si su actual jefe estuviera al tanto de ello, O'Neil no hubiera dudado ni un segundo, e incluso lo hubiera amenazado. Sin embargo intentó excusarse.

—Guillén me tenía entre la espada y la pared —su semblante cambió y vio a un O'Neil derrotado y envejecido—. Por culpa de la cocaína.

—¿Es adicto? —preguntó Nash.

—Lo era…

—Lo siento, no puedo hacer nada más y usted lo sabe —contestó Nash, muy decepcionado—. Deberá rendir cuentas ante la justicia, como el resto. Seguro que contará con una buena defensa, gracias a su posición.

—Lo entiendo —O'Neil se encogió de hombros, se sabía vencido—. Siempre he sabido que era la única manera de acabar con esto.

—Abra Clark estuvo durante años buscando a Guillén y usted estaba bajo sus órdenes, ¿verdad? —preguntó Nash—. Por eso siempre se encontraba con muros infranqueables y no había manera de llegar hasta él.

—Cierto, hablaré y lo contaré todo —cedió O'Neil— pero no aquí ni ahora. Quiero volver a casa.

—No creo que vaya a pisar su casa de momento, a los fiscales y los jueces se les va a acumular el trabajo.

*****

Fue una noche larga, pero consiguieron evacuar de la mansión a todos los detenidos. Sabían que habría muchos más. Habían atacado a un punto neurálgico, tenían al mandamás y a muchos de sus hombres de confianza, pero los tentáculos de la red eran largos y llegaban muy lejos. Lo peor de ese tipo de negocios ilegales es que son como la cola cortada de una lagartija: se acaba regenerando.

Se llevó a cabo el traslado de Roberto Guillén hasta Washington, aunque debido a su precario estado lo ingresaron en el Hospital Central, en una habitación vigilada con hombres armados, dentro y fuera. Al conocer su enfermedad, los médicos no le dieron demasiadas semanas de vida si no se realizaba un trasplante, pero lo pusieron en la lista de espera, como al resto de enfermos.

Los ordenadores y móviles que se requisaron tenían mucha información para revisar y estudiar. De allí podrían obtener muchas más detenciones. Nash pensó que, por primera vez, estaban dando un paso de gigante, habían descabezado a la bestia.

Sabían que la alerta generada habría prevenido a muchos de sus integrantes, que huirían y se esconderían para seguir delinquiendo. Durante los días siguientes los agentes del área tecnológica se pusieron las pilas y hacían turnos para no perder ni un minuto. Mucha de la información a la que accedieron estaba encriptada y protegida con niveles altos de seguridad. Aunque no había nada infranqueable.

Ese día Nash iba a interrogar a Guillén a fondo, estuviera como estuviera. Trevor O'Neil, mientras tanto, estaba en un calabozo a la espera de juicio y las pruebas se acumulaban en su contra. No le esperaba un futuro agradable.

Nash entró en la habitación y se quedó mirando al hombre que

dormitaba sobre la cama de hospital. No parecía muy fiero aunque, por su historial, sabía que había sido una mala bestia. Pero el tumor no se asustaba por el carácter de su dueño y seguía creciendo imparable, devorándole las entrañas. Le tocó el hombro y Guillén entreabrió los párpados.

—Vamos a charlar un rato —le dijo el agente.

—No diré nada sin la presencia de mi abogado.

Guillén lo miró con aversión y sus ojos negros parecieron brillar. Debía ser efecto del odio que destilaban.

—Bien, lo llamaré; aunque si tarda mucho igual ya se ha muerto. ¿Qué gana llevándose sus secretos a la tumba? ¿Ya tiene un sucesor? ¿Familia que va a disfrutar de todas sus posesiones? Es muy posible que en el fondo sea un fracasado que lo único que ha hecho en su vida es matar y traficar para llenar unas cuentas bancarias y tener un montón de propiedades que se van a quedar aquí para que los demás las disfruten mientras a usted lo entierran —lo pinchó esperando una reacción y tras un lapsus de miradas silenciosas, lo consiguió.

—Me van a dejar morir ¿verdad? —Nash notó que le costaba hablar, su respiración era como un ronquido.

—Que yo sepa está en una lista de espera, como todos los que necesitan un trasplante.

—Si cree que todo está centrado en las Bahamas, se equivoca —contestó Guillén y tosió con fuerza—. No me queda suficiente aliento para explicarle hasta dónde se extienden mis negocios.

—Ya hemos localizado a unos cuantos de sus sicarios en el país, y otros han sido detenidos en Puerto Rico y Colombia —lo informó Nash, para que no se sintiera tan ufano, quería que supiera que lo estaban destruyendo—. Se han requisado varias lanchas rápidas con cargamentos de droga. La DEA ha tomado el mando con ello y está disfrutando de lo lindo. Los médicos nos han dado las ubicaciones de todas las clínicas fraudulentas que estaba manteniendo para el tráfico de órganos y están siendo desmanteladas. Muy lucrativo todo, ¿eh? Algunos de los detenidos serán extraditados a los Estados Unidos.

—Si sabe tanto, no sé para qué pregunta —dijo Guillén despectivamente.

—¿Qué ocurrió con la madre de Laura? —se le ocurrió preguntar a Nash—. Eso es por curiosidad.

—Hace un montón de años que está muerta, uno de mis hombres la hizo desaparecer —el hombre quiso reír pero no consiguió más que una mueca.

—Usted quería a la niña.

—La quería entonces para moldearla y que fuera mi hija de verdad, para que heredara mi legado y para instruirla en mis negocios.

—Entonces tuvo una inmensa suerte de que su madre la apartara y

la escondiera.

—Pero conseguí dar con ella, a pesar de esa zorra.

—No insistiré en preguntar más por sus negocios y el blanqueo de capital que ya hemos detectado, tenemos a un montón de gente cantando como los pájaros en primavera.

—Solo ha venido a regodearse, ¿no es eso?

La rabia de Guillén supuso un triunfo para Nash, que necesitaba devolverle de alguna manera el daño que había causado a Natalie y a Laura, una mujer y una niña inocentes, a las que les costaría recuperarse del cautiverio al que habían sido sometidas. Que hubieran salido ilesas físicamente, era lo que se repetía para controlar las ganas de matarlo con sus propias manos.

—Un poco, la verdad —Nash se alejó hacia la puerta— creo que su final está cerca y que es justicia divina. Y aún tengo tiempo para que me conteste a las preguntas de un test psicológico, seguro que no le importa hacerlo. Son fáciles.

—¿Ahora va a tratarme como a un conejillo de indias?

—Solo me gustaría ver si encaja con el perfil de un capo de la droga, incluso si me miente en sus respuestas —Nash intentó provocarlo, con éxito—. ¿Cree que puede engañarme si no me dice la verdad?

Fue la pregunta necesaria para que Roberto Guillén contestara a las cuestiones del test. Una vez realizado, Nash pudo comprobar lo que ya imaginaba. Roberto Guillén tenía un enorme sentimiento de inferioridad, era un resentido social, era agresivo, nada empático, mentiroso y manipulador. Sus ansias de poder lo guiaban, su sed de venganza ante cualquier traición era desmedida, le gustaba el riesgo y era vengativo y calculador. Guillén se consideraba un hombre de negocios; sin embargo ordenaba los crímenes a través de sus sicarios sin participar en ellos, aunque deseaba que se supiera su autoría para infundir temor en el resto.

Si su estado no fuera tan frágil, Nash estaba seguro de que, tras su detención, le hubiera encantado aparecer ante los medios de comunicación y de que hubiera enviado señales a sus seguidores de continuar al mando desde la cárcel. No dejaba de ser un sociópata.

Aquel hombre era un buen ejemplo de los de su clase. Nash guardó sus conclusiones y decidió que necesitaba un paréntesis. Quería llegar pronto y hablar con Natalie.

*****

Natalie estaba de baja laboral. En cuanto llegaron a casa y toda la operación se hizo pública y apareció en todos los canales de televisión, en internet y en las redes, su móvil se llenó de llamadas que no contestó. Era incapaz de hablar con nadie. La única excepción la hizo con su familia. Se reunió con sus padres y su hermana, que la esperaban en su casa y les detalló lo ocurrido, mientras intentaba dejar de llorar.

Alana y Jeff querían quedarse con ella, lo mismo que sus padres, pero consiguió convencerlos de que necesitaba soledad, poner sus ideas en orden y reconstruirse por dentro. Lo que nunca imaginó es que sería tan difícil.

Nash se había quedado a pasar las noches con ella desde que habían vuelto, pero tenía tanto trabajo que llegaba cuando ella estaba supuestamente dormida y se marchaba antes de que fuera capaz de levantarse de la cama. Sabía que estaba preocupado. Tener su cuerpo pegado al suyo durante la noche le daba calma, pero era incapaz de hablar. Tenía un nudo en la garganta que le impedía explicarse y dejar salir lo que guardaba en su interior. Tampoco sabía qué decir ni que hacer para sobreponerse. Se sentía como si se hubiera envuelto en un capullo protector, enroscada sobre sí misma, y solo pudiera cerrar los ojos e intentar poner la mente en blanco, algo que le resultaba muy difícil. Quería poder eliminar lo ocurrido como una goma borra un trazo de lápiz sobre el papel, pero era imposible.

Aún era temprano y estaba tirada sobre el sofá del salón. El televisor encendido parloteaba y, si le preguntaran, sería incapaz de decir qué habían estado emitiendo durante todo el día. Las películas y los anuncios se sucedían mientras ella los atravesaba con la mirada, perdida en el infinito.

Escuchó la puerta de entrada, pero no hizo movimiento alguno. Sabía que era Nash. Había conseguido que le diera un juego de llaves para poder entrar y dormir con ella aquellos días, pero ninguno de ellos había llegado tan pronto. Miró el reloj de colores colgado en la pared y vio que eran las seis.

Nash se sentó a su lado, se acercó y besó su mejilla, aunque Natalie no reaccionó.

—¿Cómo estás?

Esa era la pregunta que no quería escuchar, por eso se hacía la dormida cuando Nash llegaba, pero esa tarde la había sorprendido al aparecer tan pronto. Lo miró casi sin verlo y no contestó.

—Nat, no puedes seguir así —la voz de Nash era calmada y dulce, pero ella solo quería apartarlo—. Deberías pedir ayuda profesional. Según mis conocimientos estás sufriendo un trastorno de estrés agudo.

—¿Ahora eres médico? —le preguntó ella con el ceño fruncido. A Nash le sirvió la reacción. Prefería que se enfadara a que se mostrara como un zombi.

—No me hace falta ser médico para saber que debería tratarte un psicólogo o un psiquiatra —Nash le acarició un brazo y ella volvió a apartarse—. Has vivido un suceso traumático.

—Quiero que te vayas, por favor —Natalie se miró las manos, era incapaz de mirarlo a los ojos—. Quiero estar sola, ya mejoraré. ¡Solo necesito un poco de tiempo! ¿Eso es pedir mucho?

—No, no lo es, pero no tienes porqué pasarlo sola. Si no me ahuyentas a patadas seguiré viniendo a dormir a tu lado —Nash le cogió la barbilla con suavidad para levantar su rostro y hacer que lo mirara—. No me apartes, Natalie. Por favor. Déjame ayudarte, yo lo necesito y tú también. Deberíamos poder apoyarnos el uno al otro.

—Te agradezco que me sacaras de allí, de verdad —Natalie empezó a dejar salir las lágrimas que llevaba días conteniendo—. Pero no sé cómo sacarme lo ocurrido de la cabeza. No paro de sudar y sentir vértigo, creo que estoy enferma, no lo sé. ¡Y me cuesta tanto respirar!

—Eso son los síntomas del estrés que has sufrido. ¡Por favor, Natalie! ¡Eres enfermera y lo sabes! ¿Qué harías con un paciente en el hospital que tuviera esos síntomas? ¡Piensa! —Nash no sabía si estaba cruzando un límite prohibido, pero algo debía hacer—. Háblame, por favor. Sé que te haces la dormida cuando llego por las noches. Noto que te relajas cuando te abrazo, pero que no quieres mirarme y hablar. Estoy seguro de que lo necesitas. Igual que le ocurre a Laura.

Escuchar el nombre de la chica hizo que Natalie se sintiera muy culpable y egoísta.

—¿Cómo está?

—Por lo que sé, acude casi cada día a ver a la doctora Annie Evans al hospital —contestó Nash—. He llamado varias veces a tu amiga, la terapeuta, y dice que lo está pasando mal, pero que está mejor que el primer día. Annie me pregunta por ti. Laura le pregunta a ella por ti. Te ha llamado pero no le contestas. ¿No te das cuenta? ¡Estas apartando a todas las personas que te quieren! ¡Háblame!

—¡Lo siento! —un sollozo arrancó de su garganta y dejó caer los puños cerrados contra el pecho de Nash y éste le cogió las muñecas para que no se alejara—. Lo siento, lo siento…

Nash la abrazó con fuerza y Natalie, esta vez, respondió igual. Lloró y se vació, dejó salir aquella congoja que la estaba ahogando.

Nash besaba su frente, acariciaba su espalda y sufría al verla así, aunque la conocía lo suficiente como para saber que lo superaría. Era fuerte, estaba seguro.

Natalie se fue calmando lentamente y por fin dejó salir lo que llevaba dentro. Las palabras empezaron a surgir a trompicones y Nash

solo la escuchaba, sin interrumpirla.

Volvió a explicarle lo que ya sabía, pero esta vez no le contó los hechos, sino cómo se sintió: el miedo abrumador, la necesidad de huir sin poder hacerlo, el olor del acecho de la muerte, la preocupación por Laura, el odio ciego hacia sus captores, la falta de libertad. Fue como vomitar lo que llevaba pudriéndose en su interior durante los últimos días, como cortar las cuerdas que la inmovilizaban y extender las alas. Fue curativo, aunque la dejó exhausta.

—¿Te sientes mejor? —ya llevaban un buen rato en silencio y Natalie parecía haberse relajado.

—Creo que… se me han licuado los huesos —apoyó la cabeza en su hombro y levantó el rostro hacia él, reclamando un beso, algo que no hacía desde días atrás.

Los labios de ambos se encontraron y Natalie sintió que, de alguna manera, volvía a sentirse viva. Supo que llevaba ausente demasiado tiempo y que Nash era quién le daba fuerzas. Se sobrepondría por ella misma, pero no era malo entender que lo necesitaba. Allí y ahora.

—Necesito sentirme viva, tanto como una ducha —entonces se dio cuenta de que seguía en pijama desde que se había levantado a media mañana—. ¿Te apetece acompañarme?

—Te frotaré la espalda.

—Es un buen plan.

Aquella noche, cuando se metieron en la cama de Natalie, Nash la abrazó para que no olvidara que no estaba sola, pero ella se incorporó y se situó a horcajadas sobre su cuerpo.

—Te necesito —lo besó con intensidad mientas se sacaba la camiseta—. Quiero sentirme viva, celebrar que estoy viva. Debería haber sabido que tú me harías reaccionar. Gracias por eso.

—Todos necesitamos nuestros tiempos —Nash la besó de nuevo y un gemido escapó de sus labios, demasiados días sin sexo—. ¿Estás segura de esto?

—Tanto como de que te quiero —las palabras le llegaron a Nash al centro de su ser. Eran sinceras, no tenía duda alguna, y… ya hablarían de ello más tarde.

Hicieron el amor con calma, dando más que tomando, recreándose en la hoguera que formaban juntos, dejando salir una ternura que parecía haber estado oculta hasta entonces, esperando el momento oportuno para aparecer y hablar por sí sola. Dos corazones latiendo al mismo ritmo, besos interminables, los cuerpos derritiéndose lentamente, desnudando las almas con confianza, abiertos e indefensos, en una clara invitación a tomar lo que quisieran.

Más tarde, cuando los dedos de Nash reseguían la piel de la espalda de Natalie, creando caminos llenos de curvas, ella tuvo la necesidad de hablar de nuevo, de dejar salir lo que sentía. Había descubierto que

compartir lo que anidaba en su interior, fuera malo o bueno, la hacía sentir mejor.

—Antes te he dicho que te quiero. Nunca me había atrevido a cruzar la fina línea que separa el sexo del amor, pero ahora, de pronto, me encuentro al otro lado de esa línea y ni siquiera he sido consciente de haber dado ese paso —hizo una pausa y notó como Nash soltaba el aire contenido en sus pulmones, sin saber si eso era bueno o malo—. Creo que ha sido por uno de esos besos tuyos que me nublan la mente y me ensanchan el corazón.

—Si es así —respondió Nash a la vez que besaba su cuello y se incorporaba para buscar su boca— espero que la línea ya no exista y te quedes a este lado conmigo.

—Bonita manera de decirme que me quieres —a Natalie se le escapó una sonrisa.

—Te adoro.

Laura volvió a la consulta con la terapeuta un día más. La doctora Evans le gustaba y ella misma notaba que estaba haciendo progresos.

Había estado cerca de morir y solo pensar en lo que podría haber ocurrido, las pesadillas aumentaban y sus noches hubieran sido un infierno si no estuvieran aplacadas por los sedantes suaves que le habían recetado para poder desconectar de verdad.

—¿Cuántas horas estás durmiendo? —le preguntó la terapeuta.

—Consigo dormir unas cinco horas seguidas, sin pesadillas —contestó Laura— o, al menos, no las recuerdo.

—La recuperación necesita un tiempo y lo bueno es que quieres mejorar —Annie le sonrió, aunque había algo que intuía que Laura no le contaba—. Hay algo que te preocupa y que no me has contado ¿verdad? No tengas miedo a hablar, Laura. Sabes que aquí puedes expresarte con total libertad y decirme lo que piensas y sientes.

Se quedaron en silencio. Annie había pronunciado unas palabras que llevaron a Laura a reflexionar y dudar. Las preguntas estaban allí, en su cerebro; enterradas entre el miedo a las respuestas y la negación, entre la necesidad de saber y la de olvidar, la de enfrentarse a un problema o rehuirlo.

—Está bien… —Laura meditó cómo hacer las preguntas que la asolaban—. ¿Existe un gen criminal? ¿Puedo heredar la maldad de mi padre? Hasta hace poco tiempo ni siquiera sabía quién era, pero ahora… ¡es un monstruo! Ha matado a personas, ha traficado con drogas, con órganos, ha dirigido una red de delincuentes y yo… ¿podría ser como él?

—Laura, debes entender algo —Annie la miró con orgullo, la chica estaba dejando salir algo que la aterraba y eso era bueno—. No has sabido quién era tu padre biológico hasta ahora. Es cierto que hay genes que se heredan, pero los genes por sí solos no hacen que las personas se vuelvan criminales. Para eso hace falta que se unan muchos factores: el maltrato o el abuso infantil, la falta de afecto, la manipulación de personas del entorno… Tú has tenido durante tu infancia a tu madre adoptiva que, por lo que me has contado, fue una buena madre para ti. Te dio su amor, te educó con cariño y te pareces a ella.

—Lo entiendo —Laura asintió— pero he estado buscando información en internet y…

—No lo hagas, por favor —la interrumpió Annie—. En internet encontrarás tantas verdades como mentiras y no es bueno para ti leer

según qué cosas ahora. ¿Puedes fiarte de la información que yo te dé, como profesional?

—Claro, pero es que he leído sobre un gen, que si no lo tienes, te comportas de forma agresiva —insistió Laura.

—Ese gen que dices, produce una enzima que regula los niveles de neurotransmisores involucrados en el control de los impulsos —le explicó Annie—. Si te quedas más tranquila, te haremos una prueba para comprobar que tengas el gen. Su falta es la que induce a la violencia. ¿Alguna vez le has pegado a alguien?

—No, que yo recuerde —Laura se encogió de hombros—, solo algún empujón en el colegio, cuando era pequeña. Creo que como todos los niños ¿no?

—Claro. Mira, Laura, con las sesiones que llevamos, creo poder afirmar, sin temor a equivocarme, que no te vas a convertir en una asesina ni en una maleante —la terapeuta observó que Laura la escuchaba atentamente—. Has tenido una buena infancia, una buena educación y has recibido amor y cariño de tu madre. No tienes instintos agresivos, al contrario. Eres sensible y amable, pero ahora estás en plena adolescencia y es normal que te pasen por la cabeza miles de pensamientos contradictorios. Voy a proponerte algo: cuando tengas esos pensamientos, preguntas sin respuesta o cualquier cosa que se te ocurra, ponte a escribirlos. En cada nueva visita me los traes y lo comentamos. ¿Quieres saber algo? Un psicópata ni siquiera se hubiera hecho las preguntas que tú te estás haciendo, ni hubiera tenido el miedo que tú me has explicado. Eres una persona empática, me lo has demostrado con tu preocupación por Natalie.

—¿Sabe algo de ella? ¿Sigue de baja? —preguntó Laura.

—¿Lo ves? —Annie le sonrió—. A eso me refiero. Quiero que estés tranquila, tus genes son los que son, pero no van a definirte. Tu carácter se forja con la experiencia también, no solo con lo que te viene dado. Cuenta tu voluntad, tus deseos, lo aprendido, las experiencias.

—Lo entiendo, creo.

—Por cierto, tengo una sorpresa para ti. Natalie ha venido hoy a trabajar, está mucho mejor. Me ha dicho que la avise cuando salgas de aquí, quiere verte.

—¡Oh! ¡Me alegro mucho! Tuve mucha suerte de que estuviera conmigo, no sé qué habría hecho sin ella.

Annie llamó a Natalie, que le dijo que esperaba a Laura en la cafetería. La chica dejó la consulta, a la que volvería a la semana siguiente, y corrió en dirección a la planta baja.

Natalie estaba en la puerta y cuando Laura la vio, salió corriendo hacia ella y ambas se abrazaron con fuerza. Las emociones volvieron a la superficie, a los ojos empañados y a esa presión en el pecho que

duele hasta llegar a la garganta.

—Siento no haber venido a verte antes —le susurró Natalie—. He estado de baja, me ha costado un poco rehacerme de todo, seguro que lo entiendes.

—Yo tampoco estoy para tirar cohetes, la verdad —Laura se restregó los ojos y la miró con una sonrisa emocionada—, pero la doctora Evans me está ayudando mucho.

—Tengo un rato libre ¿Quieres que vayamos a tomar algo fuera? Me encanta el café, pero el del hospital es como agua sucia, incluso en la cafetería.

—Claro, vamos —contestó Laura— hoy ya no tengo clases. He vuelto al instituto y no llevar guardaespaldas es una pasada. Por fin me siento libre.

Caminaron hacia la salida sin dejar de charlar.

—¿Cómo está tu tía Grace? —se interesó Natalie.

—Como siempre, más o menos —Laura hizo una mueca que acabó en sonrisa—. La he convencido para que nos mudemos a mi casa. Ella vendrá conmigo, aunque me ha asegurado que cuando sea mayor de edad volverá a su piso.

No les dio tiempo a más. Al salir a la calle y empezar a caminar por la acera, camino de la cafetería más cercana, un alud de reporteros y fotógrafos de varias cadenas de televisión y otros medios de comunicación, las asaltaron por la espalda. La sorpresa fue mayúscula, pero los flases de las cámaras no dejaron de cegarlas con su luz.

Laura consiguió esconderse tras Natalie, que plantó cara a los reporteros y les dijo lo que pudo para intentar sacárselos de encima.

—¿No pueden darnos más datos de lo ocurrido en el secuestro?

—¿Es cierto que estuvieron varios días encerradas en las islas Bimini?

—¿Cómo es la mansión del narco Guillén?

—¿Es cierto que el capo es el padre de la chica?

Las preguntas eran cómo flechas lanzadas a la diana con fuerza. Los micros se acercaban a sus rostros como animales rabiosos. Parte de las investigaciones había salido a la luz de manera controlada, ya que el FBI y la policía decidían lo que debían contar. El resto se sabría con los juicios pendientes que se irían resolviendo en el futuro. Pero aquello era un asalto imprevisto. Natalie solo quería pasar un rato con Laura y charlar con ella y ahora se habían metido de lleno en una pesadilla.

—Les ruego, por favor, que nos dejen tranquilas —les dijo Natalie y, al menos, consiguió un momento de silencio—. Hemos pasado unos días horribles, eso ya pueden imaginarlo. Laura tiene quince años y no va a hacer ninguna declaración. Yo, por mi parte, solo puedo decir que estamos vivas y queremos disfrutar de ello igual que si no nos

hubiera ocurrido nada. ¿Pueden respetarlo? Seguro que con un poco de tiempo, y si dejan trabajar a los responsables de las investigaciones, tendrán la historia completa. Ahora, por favor, me gustaría que se fueran.

A pesar de sus ruegos, varios reporteros las siguieron hasta que entraron en la cafetería. La dueña, que había estado observando lo ocurrido desde su local y conocía a la enfermera, le abrió la puerta y la cerró a su espalda, girando el cartel de «cerrado», para que lo vieran los periodistas, a los que hizo algunos gestos lo suficientemente elocuentes para que la entendieran.

*****

Las imágenes y las palabras de Natalie se emitieron por todo el país. Se veía claramente a Laura, aunque no abrió la boca, las cámaras no dejaron de enfocarla, buscando la imagen de aquella adolescente a la que habían secuestrado por ser la supuesta hija de Roberto Guillén.

Pronto otra noticia superó a aquellas imágenes: el narcotraficante más buscado desde hacía años, Roberto Guillén, acababa de morir en el Hospital Central de Washington DC, enfermo grave de una cirrosis avanzada, cuando se encontraba a la espera de un trasplante de hígado. Alguien se había colado en el hospital, probablemente con una bata blanca, y había conseguido una imagen algo borrosa, realizada desde el exterior de la puerta acristalada de su habitación.

*****

A muchos kilómetros de distancia, desde una pequeña ciudad llamada Marfa, situada en Arizona, en medio del desierto de Chihuahua, una mujer miraba la pantalla de su televisor conteniendo el aliento. Estaban diciendo su nombre, ese que le seguía produciendo escalofríos: Roberto Guillén había muerto. Ese malnacido que le había destrozado la vida, por fin estaba muerto. Jamás se había alegrado de la muerte de nadie, pero en ese momento le dieron ganas de abrir una botella del champan más caro del mundo para celebrarlo. Era capaz de viajar hasta su tumba para bailar sobre ella.

Reflexionó sobre lo que había escuchado en las noticias. No acababa de entender todo lo ocurrido, pero algo había llamado poderosamente su atención: la imagen de la chica: Laura Clark. Era ella, era la hija de Roberto, pero sobre todo era su hija. La que regaló a su amiga Abra para salvarla, para que su padre no pudiera localizarla, ni corromperla, ni hacerle daño. No fue un hecho altruista, no fue por negligencia o abandono; fue para salvar su vida.

Él la había buscado y la había encontrado. Mató a Abra. No con sus manos, claro. De eso se ocupaban sus esbirros, como los que la

apalearon a ella, casi hasta matarla, hacía tantos años. La dieron por muerta, pero nadie sabía que seguía viva y sana.

Nunca había imaginado que un día podría intentar recuperarla, pero era ahora o nunca. Quizá Laura no quisiera hablar con ella, pensaría que se había desentendido. Pero si no lo intentaba no iba a saberlo jamás.

No sabía cómo contactar con su niña y no quería presentarse ante los periodistas como la madre biológica de Laura Clark. Lo mejor para acercarse sería contactar con el FBI o la policía. Ellos tenían información sobre su pasado, al fin y al cabo la habían metido en el programa de protección de testigos que abandonó por no sentirse segura del todo. Se fue a vivir al fin del mundo para poder esconderse y sobrevivir. Primero fue Sarah Donovan, al escabullirse del programa se convirtió en Margo Finch. Ahora era el momento de resucitar a María Fletcher, la auténtica. Era hora de mudarse y de acercarse a Laura, pero debía hacerlo paso a paso.

*****

Habían pasado unos cuantos días más y las investigaciones no hacían más que acumular nuevos datos, desvelar el nombre de algunos asesinos y reunir nuevas pruebas de decenas de transgresiones, robos y ventas fraudulentas de todo tipo. Las cuentas bancarias en paraísos fiscales, se estaban estudiando a fondo e intentando presionar a los bancos para obtener más información.

Nash estaba hasta arriba de trabajo, igual que sus compañeros. Los interrogatorios eran continuos y el papeleo se les comía las horas del resto del día, pero no podían evitar los informes obligatorios para dejar constancia de cada paso que daban y de cada prueba que acreditaban.

La muerte de Roberto Guillén, había sido como abrir el grifo; de pronto, todo el mundo quería hablar a cambio de una reducción de la pena. Los detenidos estaban perdiendo el miedo, a pesar de que sabían que, con el capo muerto, alguien tomaría el mando para intentar salvar lo que pudieran. Pero que el viejo estuviera enterrado, les daba algo más de coraje para intentar un pacto.

El teléfono volvió a sonar por enésima vez. Nash descolgó con desgana, era tarde y estaba deseando volver a casa. La de Natalie casi era ya la suya, así pensaba en ella.

—¿Sí?

—Agente Brennan, soy el agente Powell, tengo en línea a una mujer que dice ser la madre biológica de Laura Clark —a Nash casi se le cortó la respiración por la impresión—. Dice que es María Fletcher y que ha estado escondida hasta ahora por miedo a que Guillén la matara. He pensado que querría hablar con ella. He comprobado los

antecedentes que tenemos del caso y todo coincide, no creo que sea mentira.

—¡Vaya sorpresa! —contestó Nash—. Pásamela.

Al cabo de un momento escuchó la voz temblorosa de una mujer.

—Hola, no sé si su compañero le ha dicho quien soy, pero creo que ya he hablado con cinco agentes ¿Alguien va a hacerme caso? —preguntó María.

—Señora Fletcher, si es la madre de Laura como dice ser, yo he conocido a la chica y participé en su rescate, o sea que me interesa mucho hablar con usted —respondió Nash—. No se preocupe, no voy a pasarla con nadie más. ¿Desde dónde llama?

—He viajado hasta Washington, estoy en una pensión. Me enteré de que Guillén había muerto, lo vi en la tele, y me gustaría acercarme a mi hija y poder hablar con ella, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Le importaría que habláramos cara a cara? —propuso Nash—. Mañana por la mañana, si le parece bien. En nuestras oficinas. Supongo que conoce el edificio, ya sabe en el 935 de la Avenida Pensilvania, entre las calles nueve y diez. ¿A las diez le parece bien?

—¡Por supuesto! —se notaba el alivio en su voz—. Allí estaré.

—Pregunte por el agente Brennan y le indicarán cómo llegar.

En cuanto llegó a casa de Natalie, la arrastró desde la cocina hasta el sofá y la sentó sobre sus rodillas.

—¿Qué pasa? —Natalie se echó a reír— tengo algo en el horno y me gustaría que fuera comestible para la cena.

—Solo será un momento, pero es que tengo una noticia importante.

—¿Más importante que mi asado? —bromeó ella.

—Hoy he hablado por teléfono con María Fletcher, la madre biológica de Laura —Nash soltó la bomba y el rostro de Natalie reflejó una sorpresa absoluta.

—¿En serio? —su boca seguía abierta—. ¿No conseguisteis dar con ella y ahora aparece de la nada?

—Ya sabes que se largó del programa de protección de testigos sin dejar rastro. Seguro que ha estado viviendo estos años bajo otra identidad y habrá sido muy cuidadosa con ella.

—¿Y qué te ha dicho? —quiso saber Natalie.

—No mucho, he preferido que hablemos cara a cara, pero su intención es poder hablar con Laura, eso me ha dicho —Nash le explicó lo poco que sabía—. He quedado con ella a las diez de la mañana. Le diré a Gwen que participe también en la reunión.

—¿Puedo hablar con Laura de esto? —rogó Natalie—. Creo que será mejor que sepa que su madre está viva y que quiere verla, para que se vaya haciendo a la idea. Al fin y al cabo supongo que será su elección ¿no?

—Iba a pedírtelo, puedes aprovechar alguna de sus visitas al hospital —Nash estuvo de acuerdo—. No vamos a precipitarnos con esto.

—Eso haré, Laura es una chica bastante reflexiva y supongo que querrá comentarlo con Annie y exponerle lo que siente al respecto; se lo comentaré también a ella —a Natalie le llegó un intenso olor desde la cocina—. ¡Mierda! ¡Se va a quemar la cena!

—Me comería cualquier cosa —Nash se levantó con ella para ir a ver el desastre— estoy famélico.

—Mmm… —Natalie apagó el horno y lo abrió—. Lo hemos salvado, solo se ha tostado un trocito.

—¡Genial! Será un primer plato estupendo —decidió Nash al mirar el asado con patatas, que tenía buen aspecto.

—No hay segundo plato, listo. Y mañana te toca cocinar a ti, no te olvides.

—Tú eres el segundo plato —se acercó por su espalda y abarcó su

cintura con los brazos para besar su cuello—. Ya sabes que siempre tengo hambre.

*****

Al llegar al hospital por la mañana, Natalie fue directa a la consulta de Annie Evans y la encontró tomando un café antes de empezar con el primer paciente.

—¡Si que apareces temprano! —levantó su taza humeante—. ¿Un café? Tengo diez minutos.

—No, gracias —se sentó en una silla, al otro lado de su mesa—. Vengo a traerte una noticia y a que me des consejo.

—Tú dirás —Annie la miró interrogante.

—Nash tiene esta mañana una reunión con la madre biológica de Laura Clark —notó la sorpresa en el rostro de su amiga—. Solo sé que pretende ver a Laura, pero no la conocemos, ni sabemos cuáles son sus intenciones. Nash se ocupará de desentrañar sus propósitos y de adivinar si viene de buena fe. Yo le he pedido hablar con Laura y decírselo, pero no sé si es mejor que lo hagas tú.

—Es importante que yo lo sepa, pero contigo tiene una relación de mayor confianza, como si fuerais amigas. Además habéis pasado juntas por mucho y eso ha creado un vínculo especial. Se fía de ti y te quiere —la terapeuta hizo una pausa y la miró a los ojos—. Habla con ella y espero que ella hable conmigo, creo que será lo mejor.

—Si decide ver a su madre será mejor que haya alguien con ellas ¿no crees? —era algo a lo que Natalie le iba dando vueltas desde el día anterior.

—Y esa persona puedes ser tú, incluso mejor que su tía Grace —señaló Annie—. Ella confía en ti y se sentirá más segura contigo a su lado.

—De acuerdo —Natalie se levantó y sonrió a su amiga— estamos en contacto, hay que ayudar a Laura a sobrellevar esto, la pobre va de sobresalto en sobresalto.

—Hoy tiene visita a las tres de la tarde, aunque creo que sus clases son solo de mañana —la informó Annie— llámala y queda con ella antes de que venga aquí. ¿Tienes un hueco?

—Lo tendré, avisaré a Ava o a Lorna para que me cubran, hoy no tengo quirófano.

*****

Natalie hizo lo que había comentado con Annie. Envió un mensaje a Laura, a la espera de que estuviera libre y la llamara. Cuando lo hizo quedó con ella, una hora antes de su visita, en la cafetería del hospital. No le dijo la razón, solo que tenía algo que contarle.

La vio llegar, mientras ella tomaba un té acomodada en una mesa

pequeña al lado de una ventana. La saludó a través del cristal con un gesto de la mano y una sonrisa. Laura entró y se sentó frente a ella.

—¡Hola, Natalie! —la saludó con un beso—. ¿No estás trabajando?

—Sí, pero tengo un rato para hablar contigo, hay algo que debo decirte.

—¿Algo malo? —Laura se puso seria de golpe y frunció el ceño, Natalie estaba seria.

—No tiene porqué ser malo, solo muy sorprendente y te afecta directamente —Natalie no quería ponerle suspense, pero no sabía cómo se lo iba a tomar y le daba un poco de miedo su reacción—. Ha aparecido tu madre biológica, María Fletcher.

—¡Entonces está viva! —Laura parpadeó con fuerza y se llevó una mano a la boca—. ¿Dónde está?

—Sé muy poco, contactó con el FBI y llegó ayer hasta Nash. Esta mañana tenía una reunión con él, o sea que está aquí, pero me ha sido imposible contactar con él, los dos hemos tenido una mañana ajetreada. Por lo que sé quería verte, ha venido por ti.

—Me abandonó cuando tenía poco más de un año —Laura lo dijo atravesando a Natalie con la mirada, como si no la viera—. No la conozco, no la recuerdo. Podría haberse quedado conmigo, pero no lo hizo.

—Yo no puedo darte explicaciones, no la conozco a ella ni lo que le ocurrió —Natalie alargó las manos sobre la mesa para coger las de Laura—. Quizá quiera explicarse, es posible que tuviera mucho miedo por ti, ya sabemos que estuvo en protección de testigos y acabó huyendo. Tienes muchas preguntas.

—Las tengo, pero no sé si soy capaz de enfrentarme a ella, porque cuando pienso que he vivido una mentira toda mi vida la culpo a ella y culpo a mi madre, a la que siempre pensé que lo era. Las dos me engañaron —un par de lágrimas escaparon sin poder controlarlas.

—Yo creo que ambas querían lo mejor para ti, pero verla ahora es tu decisión.

—Lo pensaré —Laura miró su móvil— voy ahora a ver a la doctora Evans. ¿Lo sabe?

—Se lo he comentado esta mañana, sabes que puedes hablar con ella.

Laura asintió, se limpió las lágrimas y se alejó. Natalie se quedó preocupada, maldiciendo internamente a Roberto Guillén; ese hombre había hecho daño a mucha gente y de muchas maneras.

*****

Aquella mañana, a las diez en punto, María Fletcher se hallaba sentada en una sala del edificio del FBI, reunida con los agentes Brennan y Taylor. Lo primero que hicieron fue confirmar su verdadera

identidad, ya que tenían sus huellas digitales en el sistema de protección de testigos y pudieron cotejarlas. El resultado fue inequívoco.

—Antes de que hablemos de Laura, nos gustaría que nos explicara donde ha estado estos años y porqué dejó el programa —comentó Nash, ya que querían conocer todos los hechos.

—Lo dejé porque sabía cómo actuaba Roberto —contestó María—. Llevaba solo un tiempo en aquel piso, con mi nueva identificación como Sarah Donovan y pronto detecté indicios de que me estaban buscando. Roberto siempre ha tenido contactos en el FBI y en la policía. Tienen ustedes hombres comprados, no lo duden. El FBI me escondió en Arizona, en Alpine. Pero un día descubrí a uno de los hombres de Roberto preguntando por mí en el pueblo. Tuve que huir.

—¿A dónde se fue? —preguntó Gwen.

—No excesivamente lejos, seguí en Arizona —María se llevó una mano a la larga melena y se enrolló un mechón entre los dedos, se la veía nerviosa—. Me defendía trabajando en bares, supermercados o limpiando para otros. Lo que salía para sobrevivir.

—Entonces ya no tenía a Laura con usted ¿verdad? —se interesó Nash para situarse.

—No, se la entregué a Abra cuando tenía un año y Roberto me buscaba; sus hombres me encontraron, me amenazaron y me dieron una paliza tal, que seguro pensaron que estaba muerta. Fue entonces cuando supe que no podía quedarme con ella y ponerla en peligro, lo más difícil que he hecho en esta vida —María los miró a ambos, primero a Nash y después a Gwen—. Yo quería a mi hija más que a nada.

—¿Y estos últimos años?

—He vivido en Marfa, en Texas —María se encogió de hombros—. Es un buen lugar y mi piso está en una zona apartada. Allí he estado trabajando en un pequeño local de alquiler barato y vendiendo comidas preparadas. La gente me conoce como Margo. Lo he cerrado antes de viajar hasta aquí. Roberto está muerto y yo lo celebro. No quiero volver a huir, ya nadie va a perseguirme. Quiero estar cerca de mi hija. Si no quiere verme ahora, esperaré. Tendré paciencia y esperaré a que quiera verme.

—Sabe que la decisión es suya, no debemos obligarla, lo ha pasado mal —Nash quería dejar eso claro.

—Solo sé lo que he escuchado por televisión —los ojos de María se tornaron acuosos—. Vi la grabación donde aparecía su rostro. Es guapa y está muy mayor.

—Usted me la recuerda mucho —dijo Gwen y le sonrió— se parecen. Son como dos gotas de agua.

*****

Laura accedió. Pasó una semana dando vueltas a los pros y los contras, habló con Annie y con Natalie, dejó salir lo que llevaba dentro.

La rabia, la pena, las preguntas que ellas no sabían contestar. Y eso la hizo decidirse, no tenía nada que perder. Quería verla cara a cara. Quería hacerle todas las preguntas que llevaban acribillándola desde que supo que era adoptada. Ya se hacía una idea de que lo había pasado mal por culpa de su maldito padre, pero necesitaba las respuestas de su boca o iba a volverse loca.

Quedaron en una plaza cercana a su casa. Nash se ocupó de darle la dirección. Era un parque amplio, con zonas de césped, bancos y un pequeño lago artificial donde los patos nadaban cerca de la orilla. Nash y Natalie le prometieron a Laura que estarían cerca. Las presentarían y se sentarían a cierta distancia, para que no se sintiera sola, era lo que la chica les había pedido y accedieron de buen grado.

—Allí viene —le indicó Nash a Laura y señaló el camino por el que llegaba María Fletcher, paseando.

Laura caminó hacia ella con pasos lentos, mirando su rostro y su larga melena oscura.

María levantó la vista y la detectó rápidamente. Se llevó una mano al pecho y cogió aire con fuerza. Hubiera echado a correr para abrazarla, pero no quería asustarla. Se quedaron a un paso de distancia la una de la otra y ambas tuvieron pensamientos parecidos: era como mirarse en un espejo. Allí los genes sí habían tenido que ver; el pelo negro, la piel canela, los ojos oscuros y brillantes, las cejas arqueadas, los labios marcados... Laura se vio a sí misma con veinte años más. María se recordó de adolescente.

—Hola… —María tragó los cristales que parecían destrozar su garganta; no quería llorar.

—Hola —Laura no sabía cómo sentirse, pero su corazón latía resonando como un tambor en el pecho.

Empezaron las preguntas y ambas se sentaron en un banco. Desde una cierta distancia, Nash y Natalie las observaban.

—Parece que la conversación es amigable —Natalie apoyó su cabeza sobre el hombro de Nash—. Estoy cruzando los dedos porque esto funcione.

—Están emocionadas y llevan un buen rato charlando, incluso he detectado alguna sonrisa —corroboró Nash—. Yo creo que todo va bien para un primer contacto. Si la cosa cuaja acabarán discutiendo.

—¿Por qué? —se sorprendió Natalie.

—A ver, cariño, son una madre y su hija adolescente, si dentro de un tiempo discuten será un buen síntoma, será lo normal. ¿Tú no discutías con tu madre con quince años?

—¡Uf! A todas horas.

—Pues a eso me refiero.

En ese momento algo les hizo guardar silencio. María y Laura se abrazaron y lloraron juntas.

—Creo que podemos irnos —dijo Natalie—. Laura acaba de recuperar a su madre, y aunque nunca olvidará a Abra, volverá a tener a su familia.

EPÍLOGO

Ya estaba cerca el verano y en la casa de los padres de Nash empezaba la época de las barbacoas del domingo. Su madre llevaba días insistiendo en que llevara a esa chica con la que estaba saliendo para que la conocieran, que parecía algo serio. Nash quería hacerlo, pero no sabía cómo decírselo a Natalie; eso y algunas cosas más que tenía en mente.

Lo mejor sería empezar por algo concreto. Era viernes y estaban en casa de Natalie, dónde casi vivía. Iban a cenar una ensalada y unos sándwiches y Natalie estaba llenando dos copas de vino. La costumbre de pasar allí las noches se había normalizado y ambos parecían a gusto con la situación, pero Nash estaba un poco harto de vivir con una bolsa y una muda a cuestas.

—¿Quieres que pongamos una película o prefieres que salgamos a tomar una copa por ahí? —le preguntó Nat.

—En realidad quiero que hablemos —Natalie se giró y lo miró interrogante.

—Eso no suele traer buenos augurios. ¿Pasa algo? —Natalie se sentó a su lado y tomó un sorbo de la copa—. Si lo que vas a decirme es que ya es hora de que vuelvas a dormir en tu casa, lo entiendo, yo…

—¿Eso es lo que quieres? —a Nash se le encogió el estómago, no se esperaba esa respuesta.

—¿Es lo que quieres tú?

—Yo he preguntado primero.

—¡Cobarde!

—Vale, pues no, no es lo que quiero —Nash se dio por vencido, Nat no iba a soltar prenda—. En realidad te iba a proponer lo contrario, trasladarme contigo del todo.

—¿Es una cuestión de comodidad? —preguntó Natalie con un tono algo altanero.

—Me lo vas a poner difícil ¿verdad? —Nash se acercó a su cara y cogió su mentón para levantarlo y mirarla a los ojos—. Quiero vivir contigo porque te quiero y te necesito y te adoro ¿está claro? Porque me gustaría que seamos una familia. En realidad ya lo somos, incluso he aprendido a cocinar. Podríamos adoptar a un perro, de momento. Y, más adelante, tener un bebé o dos. Aunque en realidad, cuando te he dicho que quería hablar contigo era para decirte que mi madre me está acosando para que vayamos, los dos, a una barbacoa el domingo a su casa. Estarán mis hermanos pequeños, los gemelos, Cade y Bret, que tienen veinte años y son como un dolor de muelas. Mi padre es

bastante majo, no te dará problemas. Y mi madre te someterá a un interrogatorio, aunque ladra pero no muerde. Y eso es todo.

—Bueno, me has dejado sin palabras —Nash estaba muy cerca, sus labios a punto de rozarse y Natalie apoyó su frente en la suya.

—Yo también te quiero y no hay nada que pensar —lo besó y volvió a apartarse para mirarlo—. Sí a todo, incluso a la barbacoa, con tus hermanos gemelos incluidos.

Nash la levantó en volandas, se besaron entre risas y lágrimas y el vino quedó olvidado en las copas de cristal.

*****

Ese mismo domingo, mientras Nash y Natalie pasaban un día familiar, comían hamburguesas y bebían cerveza, Gwen Taylor dudaba si contestar al correo que había recibido.

Bill Peters, el agente de la DEA que conocía desde hacía tiempo, quería comentar con ella algunos aspectos relacionados con la droga decomisada de Roberto Guillén y las detenciones de algunos de sus matones.

¿Un domingo? ¿Es que ese hombre no tenía vida propia? ¿O no era más que una excusa para verla?

Al menos le preguntaba por su salud y por el último impacto de bala recibido, del que aún le quedaba un buen moretón como recuerdo.

Al final se decidió a contestar…

FIN

¿Qué tal una reseña?

Si has llegado hasta aquí, te agradecería muchísimo que dedicaras unos minutos para dejar tus comentarios sobre esta novela.

No es necesario un texto largo, puedes reseñar en **Amazon**, en **Goodreads** o en **Instagram,** con una frase sobre tus impresiones**.** No imaginas lo importantes que son las reseñas para dar visibilidad a nuestro trabajo.

AQUÍ TIENES EL CÓDIGO QR PARA CONECTAR CON MI PÁGINA DE AUTOR EN AMAZON.
ENCONTRARÁS TODAS MIS NOVELAS Y PUEDES DEJAR TU VALORACIÓN O TU RESEÑA.

O si lo prefieres puedes escribirme, prometo contestar:

—email: elenacruzm62@gmail.com
—Instagram—> @elenacruzmar

¡Anímate a comentar y valorar mis escritos!
¡Millones de gracias!
Es de gran ayuda para los escritores independientes.

AGRADECIMIENTOS

Siento repetirme en este apartado, pero es lo que me sale de dentro: dar unas GRACIAS enormes a todos y todas mis lectoras. A la familia y las amigas por su apoyo incondicional y sus ánimos. A cada una de las personas que eligen una de mis novelas, todo un logro cuando hay tanto dónde escoger. A cada lector que decide dejar un comentario sobre lo leído y a esas seguidoras de las redes que, a pesar de no conocerlas en persona, se han convertido en amigas virtuales.

Y, por supuesto, a mis lectoras octogenarias, mi madre y mi tía, que se sienten muy orgullosas de mí y me hacen publicidad a través de conocidas y vecinas, siempre poniéndome por las nubes, faltaría más.

Esta serie me está dando muchas satisfacciones. Estoy aprendiendo mucho con tantas consultas sobre temas de los que no conocía demasiado y me doy cuenta de que me sumerjo en las historias cuando las escribo como si estuviera metida en ellas. Para mí, lo mejor de escribir es disfrutar del proceso y eso lo tengo y lo valoro mucho.

Como siempre, aparatado especial para las lectoras (y el lector) cero, a los que agradezco enormemente sus consejos y sus correcciones.

Anna de la Cruz, mi lectora más directa, la que lo lee todo sobre la marcha, mi hermana. Mil gracias siempre por la constancia, por los ánimos y por ser tan positiva. Tu compañía constante mientras escribo es impagable.

Marga González Benavides, que se leyó el borrador cuando se lo envié… ¡en un día! Debo decir que eso me emocionó, ya que me dijo que se había enganchado a la lectura. Gracias por tus acertadas aportaciones y por la nueva redacción de la sinopsis que me regalaste. Y a ver si te decides a escribir tu propia novela… ¡atrévete!

MariaL Pardos, una de mis escritoras preferidas desde que la conozco a través de las redes. ¡No os perdáis sus increíbles novelas! Tu opinión y tus acertados comentarios sobre algunos puntos argumentales son de inestimable ayuda para mí, precisamente porque te admiro. Mil gracias por estar siempre disponible.

Andreu Purroy, ávido lector que vuelve a repetir en esta serie y al que agradezco su dedicación, sus correcciones y sus comentarios. Y sus reseñas, que son largas, detalladas y muy elaboradas, todo un regalo que siempre acabo leyendo varias veces.

Verónica Sevilla amiga en redes y una fantástica escritora, que acaba de publicar su última novela Familia de Sangre (no os la perdáis). Mil gracias por tus acertados apuntes, por tus comentarios durante la lectura que siempre ayudan a ver algo que parecía indetectable y por esos detalles que ayudan a pulir el texto.

Sonia Muñoz, a la que doy unas enormes gracias por su colaboración, ya que siempre encuentra un hueco para leerme a pesar de estar atareada y encontrar los errores que nadie detecta. Eres una ayuda fundamental, el toque final antes del estreno.

Y, una vez terminado este apartado… voy pensando en mi próxima idea. Prometo volver.

Estos son mis 25 libros, autopublicados en Amazon:

Bilogía EN PAPEL
—1. EN UN TROZO DE PAPEL
—2. UNA CARTA EN MI BUZÓN
Trilogía GALWAY—SNOWSHILL
—1. LA MAGIA DE LOS PEQUEÑOS MOMENTOS
—2. LA MAGIA DE TU MÚSICA
—3. LA MAGIA DE TU RISA
Trilogía Nuestras Vidas
—1. MI MEJOR ACTUACIÓN
—2. MI MEJOR BAILE
—3. MI MEJOR ELECCIÓN
Serie Intrépidos
—1.LA TRAMPA
—2.LA BÚSQUEDA
—3.LA VISIÓN
—4.LA SOSPECHA
—5.LA VENGANZA
—6.EL FALSIFICADOR
—7.GENES
Libros Independientes
—OTOÑO 2016
—SUEÑOS CUMPLIDOS
—LAS CENIZAS DE LA MENTIRA
—UN JUEGO PELIGROSO
—A SEIS GRADOS DE SEPARACIÓN
—UN DÍA DE ESTOS…
—PERDIDA EN EL OLVIDO
—TRES MÁS TRES
—ABRAZA MIS TINIEBLAS
—NO HAY HOY SIN AYER